

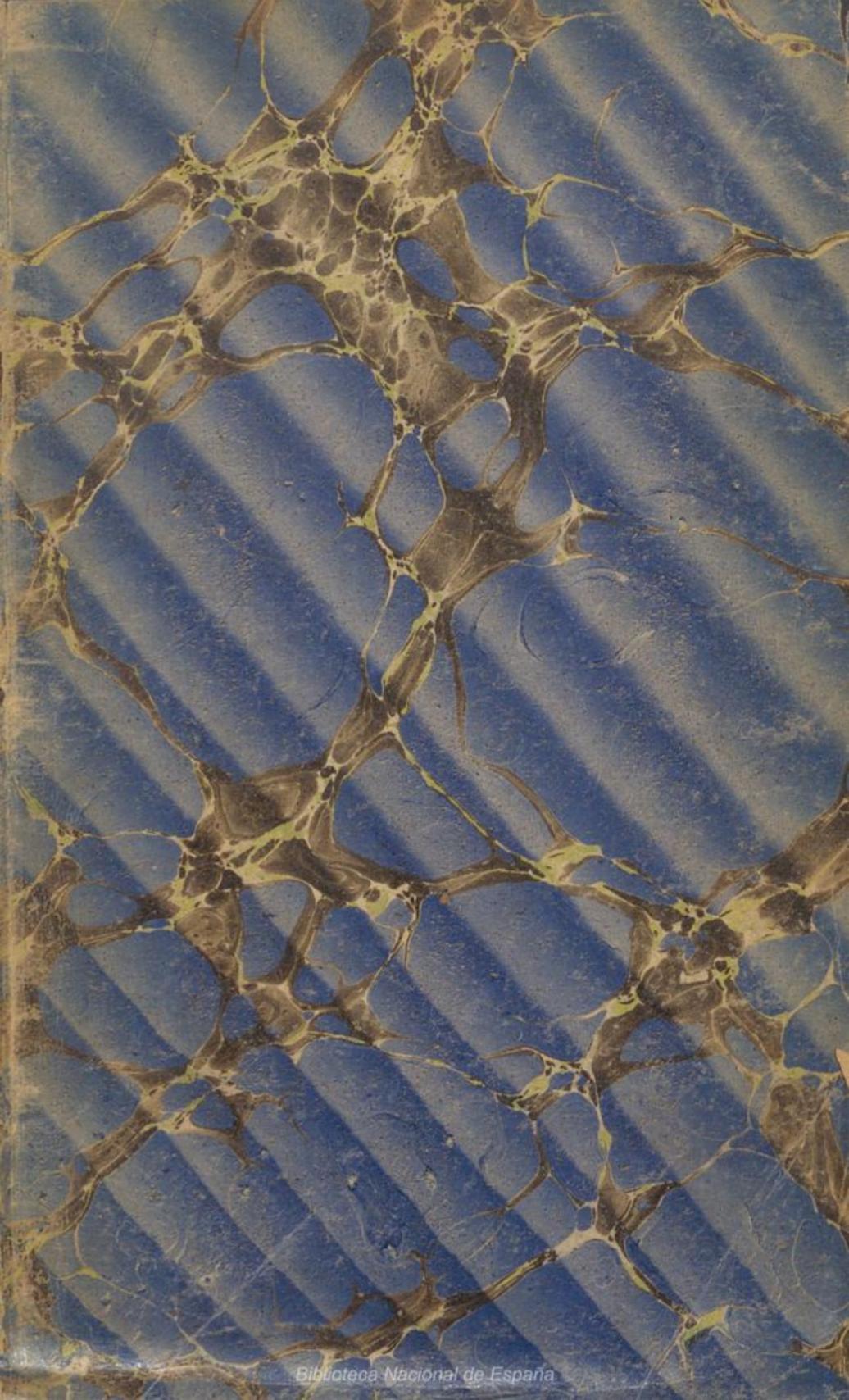
BIBLIOTECA
GALLEGA

52

1

37012

1
37.012



ALCAIDE
ENCUADERNADOR
VALVERDE, 1, DUPDO.
MADRID

R

004233

BIBLIOTECA GALLEGA 52

DON BENITO VICETTO

LOS HIDALGOS DE MONFORTE

(HISTORIA CABALLERESCA DEL SIGLO XV)

CON UN PRÓLOGO

DE

DON NICOLÁS FORT

5.^a edición.

TOMO II



LA CORUÑA
ANDRÉS MARTÍNEZ, EDITOR
1904

001203

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

LOS HIDALGOS DE MONFORTE

Historia Genealógica del Valle de

DON BENITO VICETTO

Propiedad de

LOS HIDALGOS DE MONFORTE

TOMO II



136

LA COMPAÑIA DE EDITORES

Tipografía de la Casa de Misericordia

Es propiedad.

LOS HIDALGOS DE MONFORTE

Tipografía de la Casa de Misericordia.

R

004263

BIBLIOTECA GALLEGA, vol. 52

LOS HIDALGOS DE MONFORTE

(HISTORIA CABALLERESCA DEL SIGLO XV)

POR

DON BENITO VICETTO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON NICOLÁS FORT

5.ª edición.

~~~~~  
TOMO II  
~~~~~



LA CORUÑA
ANDRÉS MARTÍNEZ, EDITOR

—
1903

004283
BIBLIOTECA GALLEGA, No. 22

LOS HIDALGOS DE MONFORTE

HISTORIA CABALLERESCA DEL SIGLO XV

POR

DON BENITO VICETTO

CON EL PRÓLOGO

DE

DON NICOLAS FORT

5.^ª Edición.

TOMO II



LA CORUÑA
ANDRÉS MARTÍNEZ RUIZ

1883



TERCERA PARTE

EL MARISCAL PARDO DE CELA

I

UN DIPUTADO REVOLUCIONARIO

LA pintoresca aldea de Narón, situada en la altura de Ornambela, en uno de los terrenos más productivos y feraces de Galicia, y casi en el centro de esta provincia, viene á ser el foco ó el corazón de donde se despiden los mil rayos, las mil arterias, los mil y un caminos trasversales que la surcan en todas direcciones.

No hay línea rojiza, trazada en el risueño verdor de los valles, ó ligeramente indicada en

los pizarrosos flancos de las montañas, cuyas caprichosas sinuosidades, perdiéndose unas en otras, no vayan á morir á esa *centrovia*, llamada las ventas de Narón.

Porque allí, cada casa es una venta; cada labrador, un ventero.

En 1481, en la época en que estallaron con más fuerza las disensiones feudales, y á su sombra tomaron más vuelo las hermandades ó comunidades, ya porque el movimiento mercantil de la provincia no se desarrollara, como más adelante, ó por otras causas que no es nuestro ánimo averiguar ahora, tan sólo tres casas constituían las ventas de Narón.

Entre todas, la que se hacía más notable por sus proporciones y más crédito gozaba por la diversidad de vinos del país, que despachaba, era la de la Cruz roja. No pediríais en esta venta vino de Amandi, del Rivero, de las Mariñas, de Esperón y de Valdeorras, sin que al instante os lo sirvieran; al paso que en las demás no había más vinos que de una sola comarca.

Al espirar el día en que acaecieron en el castillo de Monforte los tristes sucesos que acabamos de referir, notábase en las ventas más afluencia de pasajeros y más caballerías con pellejos á la puerta del privilegiado mesón de

Salvador Atán. No parecía sino que de todos los distritos del *antiguo reino* se hubieran diputado allí para un mismo día gentes que decidieran la primacía de los vinos que producía.

A aquella misma hora, pues, y como á un cuarto de legua escaso de la plazuela triangular que mediaba entre las ventas, subía hacia ellas, rodeando el horroroso precipicio de Ornambela, un obeso gañán como de cuarenta á cincuenta años, de rostro afable, ginete en una no despreciable cabalgadura, y de vestidos nuevos y aseados, que en aquellos tiempos, como en los presentes, indicaban casi siempre el buen estado de los intereses del individuo.

Aunque la noche se anunciaba próxima, pues el sol ya hacía algún tiempo que se hundiera tras de los inaccesibles picachos de Villareda, extinguiéndose completamente la aureola rojiza y dilatada de su disco, el personaje que nos abre la escena, no apuraba su yegua, dejándola seguir el paso tardo y perezoso á que parecía haberla acostumbrado.

De tiempo en tiempo salía de sus labios un murmullo, que ni se dirigía á la cabalgadura, ni parecía una canción. Parecía más bien un recuerdo de palabras.

En efecto, semejante á los niños ó á las per-

sonas faltas de memoria, maese Sueiro da Porta, fabricante de curtidos de la buena ciudad de Orense, trataba de que no se le olvidasen ciertas frases latinas, que él chapurraba á su modo, y cuyo recuerdo parecía importarle sobremañera.

De tiempo en tiempo, también, solía dar su voz al viento y entonar esta canción tan popular en aquellas montañas, pero repitiendo siempre la misma redondilla:

Tres cosas hay en Orense
que no las hay en España,
el Santo Cristo, la Puente,
y la Burga, hirviendo el agua.

Al terminar una vez su canto, un juramento terrible y un golpe que sonó en el camino, detrás de él, hizo cesar el movimiento de sus labios y le obligó á volver la cabeza algo asustado para ver lo que pasaba.

Un caballo acababa de caer reventado á pocos pasos, y el jinete se levantaba medio estropeado y menudeando *iras de Dios* entre otras palabras fuertes que denotaban el peligro que corriera.

Llevado de ese poderoso impulso de caridad tan innato á todos, se acercó al caído el bueno de Sueiro da Porta, que, á juzgar por su traje,

era un gañán por su estilo, aunque mucho más joven.

—¡Qué desgracia!... ¡qué desgracia!... exclamó al llegarse á él; ¡pero gracias á Dios que puedes contarla, muchacho!

—Sí, jira de Dios!... puedo contar que sufro un dolor en este hombro de los demonios, respondió bruscamente el otro sin hacer cuenta de su caballo, hermoso animal que espiraba á pocos pasos de él entre sangre y polvo.

—Estos caminos tan pedregosos, tan mal cuidados... aventuró maese da Porta, dan al traste con los mejores caballos. Y sinó, ahí tienes el que montabas, un corto galope bastó para matarlo entre los guijarros.

—¡Corto! exclamó el joven, mirando á su interlocutor de pies á cabeza, á quien hasta entonces no había apenas mirado, ¡corto! ¡un galope de más de doce leguas!...

—¡Doce leguas! ¡un galope de doce leguas! gritó maese; eso es querer burlarse de uno. ¡Ya, ya! A otro perro con ese hueso. No se engaña tan fácilmente á maese Sueiro da Porta.

El joven volvió á mirarle otra vez, pero con un desdén que hizo bajar la cabeza de maese.

Repuesto este en seguida de la turbación que le produjera aquella mirada tan elocuente acerca

de las dudas que acababa de manifestar, acercó más al joven su cabalgadura.

—Pero, para caminar así, le dijo con interés creciente; para caminar así, como un rayo, por esas montañas, preciso es que...

—Preciso es que calleis y me dejéis en paz; contestó el joven con fuerza.

Esta brusca contestación, lejos de disminuir el interés de maese da Porta, lo avivó más; porque esta contestación indicaba reserva, y mucha, en el que la daba.

Entonces se tiró de la cabalgadura, se cuadró delante del joven, y llevando la mano derecha al corazón, haciendo en él la señal de la cruz, masculló con un tono de voz ridículo:

Deus fratresque Gallæciæ.

Un rayo de luz fueron estas palabras para el aburrido ginete.

—¡Dios y los hermanos de Galicia, pensó; será esta la divisa de la terrible hermandad!

Y enderezándose á su vez, y llevando la mano derecha al corazón, repitió con majestuoso continente:

Deus fratresque Gallæciæ.

—¡Hum! refunfuñó el bueno de maese da Porta; eso no es sino repetir lo que te dije.

—¡Ira de Dios! exclamó el joven apesadum-

brado: sino me acuerdo de la contestación, y eso que tantas veces me la repitieron.

Y se pasaba la mano por la frente, como un desesperado.

—Entonces, prorumpió el otro; entonces quiere decir que eres muy torpe para asistir al ayuntamiento, á la gran sala... ¡Hum! mira como á mi no se me olvida la contestación: *Per infinita secula seculorum*.

—¡Ah! exclamó el joven con visibles muestras de alegría. Es verdad... *Per infinita secula seculorum*.

—Con que en ese caso... dijo maese con no menos satisfacción, en ese caso... somos todos unos.

Y lo estrechó en sus brazos con efusión.

—¡Chito, ira de Dios! no venga por ahí... algún espía y... todo se pierda, advirtió el joven gañán con misterioso acento.

—Tienes razón, tienes razón, por vida de... Muchacho, silencio y marchemos. Monta en mi yegua; bien cabemos los dos en el albardón. De esta manera podemos ir confiados en que aunque hablemos, nadie nos oirá y... todo se pierda.

Y al decir esto maese da Porta con un aire sumamente enfático, obligaba á su compañero á que montara en la cabalgadura detrás de él, la

cual por más que la acosaban ambos, pues ya se acercaba una noche triste y oscura, y creían estar más lejos de las ventas de lo que en realidad estaban, no por eso el animal tomaba el trote largo y sostenido que deseaban.

—Vamos á ver ¡demonstre! dijo maese, el cual parecía el más hablador y curioso de los dos: ¿es esta la primera vez que vienes á las ventas?

—La primera.

—Entonces estamos iguales.

—¡Qué! ¿vos no habeis asistido á la gran sala?...

—Nunca. Hasta ahora mi partido tenía otro diputado, el cual ha muerto hace veinte días, á poco de llegar á su casa de vuelta del gran ayuntamiento del mes pasado.

—¡Ah! vos le sustituís por primera vez, ¿no es verdad?

—Eso... pero habla bajo... no nos oigan y... todo se pierda.

—¿Y estais impuesto en los usos?... quiero decir, en las costumbres que ellos tienen para ser admitido alguno por primera vez en sus sesiones.

—¿Cómo ellos?... tartamudeó maese todo trémulo.

—Sí, nuestros hermanos, los hermanos de

Galicia, contestó el joven con un aplomo que tranquilizó completamente á su compañero.

—Sí, sí, estoy bien impuesto. Ya ves... me parece que para reconocerte lo hice como el mismo mariscal lo hubiera hecho.

Y se frotó las manos con importancia.

—En efecto; habeis puesto la mano derecha en el corazón y pronunciásteis la divisa de la hermandad, para reconocerse entre sí los afiliados: *Deus fratresque Gallæciæ*.

—Bien... y la otra... para entrar en el gran ayuntamiento, ya la recordarás...

El joven palideció.

—Sí, sí, tartamudeó, es mas sencilla.

—¡Cómo sencilla! exclamó maese; mas corta querrás decir; pero no por eso deja de ser más difícil de retener en la memoria: *Et lux in tenebris lucet*. En las instrucciones que recibí al venir aquí, así me lo dijeron. ¿No es eso?

—En efecto; apoyó el joven asustado; pero... ¡silencio!... ¡no os oigan y... todo se pierda!

Caminaron un rato silenciosamente, pero maese sentía una necesidad grandísima de hablar y sonreirse, que parecía una condición precisa de su existencia. Tal vez por lo mismo le habían elegido diputado en su jurisdicción, partido ó provincia.

—Pero á todo esto, tu no me has dicho aún, muchacho, dijo al fin, ¿por qué has reventado un caballo para andar doce leguas ó más, tal vez en pocas horas!

—Ya lo sabreis luego.

—¿Tú vienes á representar algún pueblo, ó eres portador de alguna noticia de gran importancia?

—Lo uno y lo otro.

—¿Por qué pueblo vienes?...

—Por Orense.

—¿Cómo por Orense!... exclamó maese da Porta recibiendo otro susto mortal.

—Sí, por Orense... volvió á afirmar el joven á pesar de las sacudidas de su compañero; pero no sin sentirse algo turbado.

—Pues entonces... yo... ¿yo por dónde vengo?

—Eso, vos lo sabreis.

—¡Esto es para desesperarse cualquier hombre honrado! ¡Tú mientes, muchacho!

—¡Maese!

—Pero si yo... ¡yo soy el verdadero representante de los intereses de la ciudad!...

—¡Acabáramos, ira de Dios! Vos sereis el diputado por la ciudad; pero yo... por el partido de Orense, es decir, de Monforte.

—¡De Monforte! volvió otra vez á exclamar da Porta.

Y gruesas gotas de sudor corrieron por su rostro.

—¡De Monforte! exclamó otra vez todo aturcido; de Monforte, donde reside el mas terrible caudillo del despotismo, su conde!

—En efecto, maese; pero en Monforte, á pesar de aquella multitud que se encierra en el castillo y domina la villa, hay hombres que ven, hay hombres que meditan, hay hombres que saben; hay hombres que conocen que los llamados nobles sacrifican á los llamados villanos; hay hombres que piensan en que el feudalismo no es una institución de Dios, y sí del más fuerte para oprimir al más débil, y hay hombres, en fin, que saben que en las ventas de Narón se reúnen todos los meses los defensores del pueblo, para aniquilar el feudalismo para siempre.

—Basta... basta... ¿y te han diputado á tí?

—Primero á Orense á recibir instrucciones para ser admitido en el gran ayuntamiento...

—Que las habrás recibido iguales á las mías... Preguntar por la venta de la Cruz roja... ¿no es esto?

—Sí...

—Acercarse á la puerta, que estará cerrada

desde las siete: pronunciar estas palabras: *Et lux in tenebris lucet*, y la puerta se abrirá; ¿no es esto?

—Sí... sí...

—Lo guiarán á uno en seguida á la gran sala, saludará al gran ayuntamiento con estas otras palabras: *In hoc misterium fidei firmiter profite-mur*, y... después de hacer presente uno los males que aflijan á su país... esperar la decisión del gran mariscal... ¿no es esto, muchacho?

—Y se frotaba las manos satisfecho de su memoria, al espontanearse así como su joven compañero.

—¡Oh! sí... sí... igual... exactamente igual á lo que me han dicho, maese.

—¡Pero, chito, no nos oiga alguno y... se pierda todo; pues se sabe, según las últimas instrucciones, que el conde de Lemos ha mandado algunos de los suyos á observar lo que pase en las ventas, para echarse él encima después con sus vasallos.

—Eso será una patraña. El conde no piensa en nada de eso; no piensa más que en su caballo árabe Abenhamar, en oprimir á sus estados con las contribuciones que impone para mantener el lujo de los Reyes Católicos y el vino que consumen los hidalgos, y en cazar en sus tierras de Lobloi y Lousadela.

—¡Oh! ya llegará el día en que lo cacemos á él... pero, ¡chito! no nos oigan, pues... me temo, á pesar de lo que odecís, que sorprenda alguno secretos de tanta trascendencia como el nuestro y... todo se pierda. Callemos, pues, hasta que nos veamos en presencia del mariscal.

Y acompañaba sus palabras con una risita de necio, que lo caracterizaba cumplidamente.

—Hoy conoceré á Pardo de Cela, maese, exclamó el joven, á pesar del silencio que quería imponerle su compañero.

—Y yo.

—Estará en el gran ayuntamiento, ¿no es verdad?

—¡Tomá! como que sin él... no hay nada. Esta noche va á ser una de las sesiones más importantes. Tal vez la última...

—Lo creo; recalcó el joven siniestramente.

—Pues van á decidirse muchas cosas: si el mariscal se coronará por rey de Galicia, ó si el padre Ares, gran arzobispo que va á ser de Melid, corte del reino, será el que gobierne el estado en nombre de Dios. ¡Eh! ¿qué tal, qué os parece?

—¡Va á estar eso bueno!

—¡Y tan bueno! Y por lo que á tí te toca, muchacho, sabe que yo... mira...

—Y saco un pergamino del pecho.

—¿Qué es eso, maese?

—Un manifiesto de más de ochocientos vecinos de Orense, comprometiéndose con sus vidas y haciendas á entregar la ciudad al mariscal, y arrasar el castillo de Monforte antes de concluir el mes.

El joven frunció las cejas.

—Este manifiesto, de que tiene ya conocimiento el mariscal, prosiguió maese, entusiasmándose por momentos, es el que espera esta noche con ansiedad para decidir la toma y esterminio de Monforte: ¡pero silencio! no nos oiga alguno y... todo se pierda.

—¡Ya es tarde, maese Sueiro da Porta! gritó el joven con terrible acento. Ya lo habeis dicho todo. ¿A qué el silencio? ¿A qué el temor de que alguno nos oiga?

Y arrojándose del caballo, obligó á su compañero á que hiciera lo mismo.

En aquel momento habían llegado á la altura de Ornambela, y la noche, oscura y borrascosa, ocultaba con su inmenso velo el precipicio que se abría á pocos pasos de los viajeros.

—Pero... ¿qué es esto? ¿qué me queréis? exclamó el honrado fabricante de curtidos, temblando ante el ademán imponente de su joven

compañero; ¿qué me quereis aquí, en una noche como esta? ¿por qué nos paramos ahora que empieza á llover?

—Cándido y obeso maese da Porta, sentaos.

—¡Cómo!

—¡Sentaos! ¡sentaos ahí, sobre esa roca!

—Pero... ¡por el Santo Cristo de Orense, muchacho!

—¡Sentaos!

Pálido, trémulo y confuso, sentóse el fabricante en la roca que le designaban, bien ajeno de que fuese la más alta del precipicio que costeaban.

—Bien: ya estoy sentado: ¿pero, qué quereis?

—Quiero revelaros antes que al ayuntamiento el gran secreto por qué he reventado un caballo desde Monforte aquí, andando más de quince leguas.

—En la junta... en la junta... aquí hace frío, ¿no veis cómo tiemblo?

Maese temblaba de miedo. Empezaba á comprender que debajo de aquel traje de gañán se ocultaba un hidalgo, un conde tal vez. Pero ya era tarde, como le acababan de decir: su secreto lo había revelado sin instancia alguna. Su situación era crítica ante un joven membrudo, de hercúleas fuerzas al parecer, y en una noche como la que empezaba, fría, lluviosa y oscura.

—Cándido y obeso maese Sueiro da Porta, volvió á decirle el joven; escuchad lo que me dijo el conde de Lemos ayer noche reservadamente.—«Fernán de Amante, tú eres tal vez de todos mis hidalgos el que tenga más ingenio... y más sangre fría, para los grandes casos...»

—!Un hidalgo de Monforte! ¡Dios mío, estoy perdido! grito maese con el más doloroso acento.

El hidalgo continuó:

«Ve, me dijo el conde; toma uno de mis mejores caballos, y ve á las ventas de Narón á ver si es cierto cuanto me dice el conde de Villalba en esa carta: que los jefes de los rebeldes vuelven á celebrar sus sesiones en la venta de la Cruz roja: que entre sus jefes se dice que hay hidalgos míos, que me hacen traición uniéndose á ellos; y que en la junta que van á tener esta noche, se va á tratar de la entrega del castillo. Ea, Fernán de Amante, el medio de introducirte allí, el medio de descubrirlo todo, lo dejo á tu discreción.» Y héteme ya aquí, maese. Ahora, gracias á vuestra sempiterna habladuría, me encuentro en disposición de averiguarlo todo por mis propios ojos, pues los latinajos que me habeis dicho, y el pergamino que me habeis mostrado, me harán un lugar entre los hermanos de Galicia, con el nombre de maese Sueiro da Porta.

—Pero... ¡y yo, y yo! ¿qué vas á hacer de mí?
—Deciros por segunda y tercera vez, que sois muy cándido y muy obeso para conspirador, y que no debisteis meteros nunca en nada.

—¡Ah! tenía razón mi mujer en decirme siempre otro tanto.

—Ahora, dadme vuestro capote...

—¡Mi capote, Dios mío! ¿para qué quereis mi capote?

—¿Qué os importa? Venga...

—¡Oh, señor hidalgo! ¡por el Santo Cristo de Orense!

—¡Venga, venga! gritó Fernán, acercándose á él, resuelto á quitárselo si no se lo daba de buen grado.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó maese, quitándose el capote y presentándolo.

El hidalgo lo tomó, y se lo puso sobre su traje.

—Por mucho pan nunca hay mal año, maese, murmuró. Ahora venga vuestro sombrero.

—Pero... ¡y yo, señor! ¿qué me queda á mí con la noche que hace? ¿Cómo me voy á presentar en el gran ayuntamiento sin él?... exclamó maese con acento compungido.

Una sonrisa amarga agitó los labios del hidalgo.

—¡El sombrero! ¡el sombrero! gritó.

—Pero... ¡vos para qué lo quereis, señor de mi alma! ¿no teneis montera?...

—No me cubre la cabeza y pueden conocerme con ella.

—El sombrero, maese; el sombrero y tomad mi montera.

Maese alargó su sombrero con un acompañamiento de ayes y suspiros que ablandaría al más insensible infanzón, recibiendo como maquinalmente la montera que le daban en cambio.

Pero al encasquetárselo el hidalgo, se le coló hasta los hombros.

Era un sombrero de paño de una dimensión inconmensurable, un sombrero con funda de hule y bolsillos en el forro como uno de esos sombreros antiguos que aún se conservan en los desvanes de las casas solariegas del país. Sombrero-paraguas, sombrero-maleta.

—¡Ira de Dios! murmuró Fernán, sacándose-lo; me caben en él diez cabezas. ¡Ah! me lo pondré encima de la capucha del capote. Veamos si así está bien.

Dicho y hecho; calóse la capucha y se lo puso encima. Aún estaba grande; pero en aquel tiempo y en aquellas circunstancias, le venía de molde.

En seguida cogió un poco de barro y se dió con él en la cara como para acabar de desfigurarse completamente.

Después, se volvió otra vez hacia maese, que lo veía hacer todo esto como quien ve visiones, en medio de su aturdimiento en momentos tan críticos.

—Maese, dijo; ahora... ahora... dadme el pergamino.

—¡El pergamino! ¡señor hidalgo, el pergamino! exclamó el pobre fabricante lleno de asombro.

—¡El pergamino! sí; el pergamino ¡ira de Dios!

—¡Oh, por el Santo Cristo de Orense, señor! ¡por el Santo Cristo de Orense, no me vayais á comprometer tan cruelmente.

Y su voz era lenta y desgarradora en su lastimoso ruego.

—¡Comprometeros! exclamó el hidalgo irónicamente.

Y una sonrisa mucho más amarga dió tal expresión á esta palabra, que el bueno de maese empezó á enjugarse las lágrimas con la bocamanga de su chaqueta.

—¡Vamos, el pergamino, maese! el pergamino, y no lo lloreis como un mandria.

—¡Pero señor!...

—¡El pergamino, ira de Dios!

Maese le alargó el pergamino, temblando como un azogado.

En aquel momento, á la luz de un relámpago, brillaron las facciones del hidalgo con una expresión dura, terrible, feroz...

—¡Adios, maese! gritó con una voz de demonio; ¡adios hasta el valle de Josafat!

El ruido de un cuerpo que baja rebotando por entre escarpadas rocas, y los quejidos de dolor de un hombre martirizado, fueron absorbidos en aquel instante por el fragor de un trueno, que estalló hacia las montañas de Curbián, de donde venía la tormenta.

Hasta entonces había ignorado el desgraciado maese Sueiro da Porta, que se hallaba sentado sobre la más alta peña del precipicio de Ornám-bela, que dista dos ó tres tiros de fusil de las ventas de Narón.

II

EL CÁSPITA Y EL DIANTRE

El hidalgo de Amande montó en seguida en la perezosa yegua del infortunado cuanto imbé-

cil fabricante de curtidos, abrochó bien las cintas de su capote de paño de Somonte, y entrando en el camino de las ventas, continuó su ascensión sin que la menor idea de tristeza oscureciera su semblante.

Cerca ya nuestro hidalgo de la plazuela de las ventas, oyó detrás de sí el ligero y progresivo escape de dos caballos que parecieron brotar de los abismos de Ornambela.

Quiso pararse y hacerse á un lado para dejarles paso; pero al revolver su caballería, chocó con ella la primera que avanzaba, y luego la otra contra las dos.

Ginetes y caballos todos mordieron el polvo, volviendo á levantarse cada uno por su lado.

—¡Cáspita! exclamó dolorosamente uno.

—¡Diantre! exclamó otro desesperado y sujetando por la brida á su caballo.

—¡Ira de Dios! murmuró Fernán sordamente.

—¿En quién tropezaste? preguntó á su compañero el del diantre.

—En ese maldito y atortolado rufián, que Dios confunda.

—¿Te lastimaste? volvió á preguntar el mismo?

—Un poco; pero más mi caballo. ¿Y tú ¡cáspita!

—¡Diantre! Yo más que mi caballo. Bueno es

que de aquí á la venta no hay más que dos pasos, si no...

—Llevémoslos de la brida... Ea, adelante.

—Adelante.

Y los ginetes se dirigieron hacia la venta de la Cruz roja.

—¡Ira de Dios!... ¡ira de Dios!... ¡ira de Dios!... exclamaba Fernán de Amante todo trémulo y espantado luego que se quedó solo. ¡Rodrigo de Canaval y Mauro de Lecín! ¡Mis amigos más queridos!... ¡Oh!... ¡ira de Dios!... ¡ira de Dios!... ¡ira de Dios!...

Y á cada exclamación de estas, pausada y desgarradora, apretaba los dientes y los puños, expresando la desesperación más triste.

Inmóvil y pensativo, como si acabara de saber una nueva que le atormentara horribilmente, quedóse algún tiempo Fernán de Amante al lado de la malparada mula de maese Sueiro da Porta.

Cuando montó en ella, estuvo algunos instantes indeciso entre volverse á Monforte ó asistir al ayuntamiento. La aparición en aquel sitio de sus dos compañeros tan queridos le desconcertaba. Hubiera sacrificado de buena gana cuanto poseía por no tener que delatarlos.

Cuantas ilusiones de prosperidad para con el

conde había concebido por el buen éxito de su comisión, todas se estrellaban ante aquéllos dos hidalgos que amaba como á dos hermanos.

Y sin embargo, aquellos dos donceles compañeros suyos tan queridos, aquellos dos hermanos eran dos traidores. Vendían al conde, vendían juntamente á los demás hidalgos, lo vendían á él mismo, uniéndose á los rebeldes. Asistían á las juntas de los conjurados para entregar tal vez á las llamas el castillo de Monforte y sus moradores, para conservar la vida, tendrían que luchar contra el fuego y sus puñales.

Si fueran otros, si en lugar de llamarse Mauro de Lecín y Rodrigo de Canaval, se llamaran Pedro de Tor, Sancho de Remesar, ó cualquier otro nombre, Fernán de Amante no temería en delatarlos al conde en cumplimiento de su misión; pero siendo éstos, se sentía perplejo, anonadado, como si tuviera que delatar á individuos de su familia.

No obstante lo que atormentaba su corazón esta lucha que le asaltó, desde el momento en que el *cáspita* y el *diantre* taladraron sus oídos como dos palabras de fuego, el hidalgo quiso continuar hasta el fin su jornada y se dirigió á la venta de la Cruz roja.

La venta de la *Cruz roja*, llamada así por una

enorme cruz pintada con almazarrón que tenía en la fachada, presentaba un aspecto lúgubre y siniestro. A pesar de su dilatado frontis, malamente retejado, todas sus ventanas se reducían á una pequeña ojiva enrejada como la de los campanarios del país, la cual correspondía al cuarto del ventero, y una puerta ó portón, cuyas pesadas y respetables hojas no desdeñarían para sus palacio-fortalezas los nobles de aquel tiempo. Si los vinos de la Cruz roja no fueran tan buenos, y sus truchas tan sabrosas, al diablo que penetrara en aquel mesón de mal agüero, con una ojiva que de día servía de marco al detestable rostro de Salvador Atán, siempre en acecho y siempre vigilante, y una puerta de cementerio ó catedral, abierta más bien para colosos que para hombres.

Al llegar el hidalgo de Amande á la plazuela triangular que marcaban las tres ventas, alzándose cada una en su respectivo vértice, se detuvo como para adivinar cuál podría ser la de los grandes ayuntamientos ó congreso de diputados revolucionarios; sin embargo del viento que silbaba fuertemente entre las altas ramas de los nogales y castaños tan abundantes en aquel territorio frío y húmedo, y del agua, que cayendo á torrentes parecía querer anegarlo todo.

El cielo estaba oscuro, negro. De tiempo en tiempo su enlutado manto, cargado de espesos nubarrones, parecía rasgarse por la mano de un demonio para mostrar una inmensidad de fuego, rojizo, abrasador y espantoso.

Estas llamaradas instantáneas que despedían una luz fosfórica y rápida, recortaban los objetos entre la oscuridad aterradora de la noche, y á favor de estos instantes infernales, el hidalgo de Amante podía distinguir cuanto le rodeaba, aunque confusamente.

Pero la tormenta, arreciando cada vez más, dió al traste con sus observaciones, y le obligó á guarecerse entre los árboles.

Era tarde; los árboles, no pudiendo resistir el aguacero que caía, despedían más agua por entre sus corpulentas ramas; y el viento, que las columpiaba con furia, parecía amenazar al infeliz que se guareciese á ellos, con esos silbidos prolongados que infundían no menos espanto que la lluvia.

Entonces, aprovechándose el hidalgo de la luz de un relámpago, distinguió la puerta de la venta más cercana, y corrió á ella.

Iba ya á llamar, y se detuvo con el puño levantado.

Había oído un *diantre* dentro de la venta y

esta locución tan aneja al hidalgo de Lecín, le dió á conocer que sus compañeros se hallaban allí; y entrar, estando ellos á la entrada, no le convenía por el temor de que lo descubrieran.

Inmóvil y silencioso por la fuerza de esta idea, permaneció en el dintel de la puerta, empotrado en su estrecho marco, por decirlo así; pero resguardado de la tormenta que estallaba furiosamente, y oyendo cuanto hablaban Rodrigo de Canaval y Mauro de Lecín.

—¡Cáspita, si salió bien la jugarreta! decía el de Canaval.

—Bien empleado les está ¡diantrel! continuó el de Lecín; bien empleado les está por las malas ideas que abrigaban.

—Querían deshacerse de él á todo trance. Los dos, Pedro de Tor y Sancho de Remesar, estaban enamorados de ella, y Amaro les estorbaba. Entonces fué cuando, celosos de él, forjaron la carta de acusación que sabes. Yo estaba allí...

—Pero... y ellos... ¿cómo estando tú allí?...

—Me creían dormido ¡cáspita!

—¡Ah!

—Pedro de Tor dictó la carta, y Sancho la escribió. ¡La carta estaba de oro!

—Y tú...

—Esperé á que el sueño ó el Esperón los rin-

diera; y en efecto, primero cayó Sancho y después Pedro. Yo estaba impaciente, trémulo, rabioso, porque iban á dar las doce, y á aquélla hora tenía que salir de la cámara para entrar de centinela. Estaba temiendo que dieran sin que yo pudiera hacer una de las mías.

—¿Y por fin?...

—El Esperón era de ley; y los dos se quedaron como piedras. Entonces saqué de la escarcela de Pedro la dichosa carta, y después de enterarme de la acusación terrible que hacían contra Amaro, formulé allí mismo otra contra los calumniadores, que después metí en la misma escarcela, y para darle más fuerza, como el mariscal se hallaba allí para tratar de nuestros asuntos, silbé, se presentó, y le hice una intimación para que la firmase.

Fernán escuchaba esto con una ansiedad creciente. Aquellas palabras del de Canabal: *el mariscal estaba allí*, le hicieron temblar instintivamente. Además de que cuanto oía, aclaraba la aventura que tanto diera que hablar en el castillo, respecto á la famosa acusación en que los acusadores se vieron acusados por sí mismos. Cada palabra que la casualidad le hacía oír, le interesaba vivamente, y abría sus ojos á la luz de varios acontecimientos que de algún tiempo

pasaban en Monforte, y que para muchos eran enigmas indescifrables.

—¿Y firmó tu carta el mariscal? preguntó el de Lecín.

—No; no quiso.

—¡Diantre!

—Yo lo estrañé también, y se lo dije.

—¿Y por qué no la firmó?

—¿Por qué?... Por que dijo que su firma, tan conocida del conde, los perdería, y que él no quería perderlos.

—¡Diantre! volvió á declamar otra vez Mauro, admirado de lo que oía.

—No quería perderlos porque cuenta con reducirlos á nuestro bando...

—¡Hum! interrumpió Mauro.

—Quién sabe ¡cáspita! Tantas vueltas y revueltas da una llave, que no será extraño que Pedro de Tor y Sancho de Remesar sean los más decididos capitanes de los hermanos de Galicia.

—¡Qué sé yo! volvió á refunfuñar el hidalgo de Lecín; pero me parece imposible.

—Pues el mariscal no lo cree así. Unos son sus parciales por convicción; otros por adhesión á su persona, y otros por mil otras causas. ¡Pueden tanto los resentimientos! El odio, la

venganza, el juego, el vino, ¡qué sé yo! hay tantas cosas que trastornan á uno!

—En efecto, Rodrigo.

—Y aun el amor, Mauro. ¿Quién dice que dos amigos, dos hermanos, dos personas, en fin, las más unidas por los lazos de la amistad y la fraternidad, no puede el amor volverlos enemigos irreconciliables?

Mauro de Lecín parecía no contestar nada.

Rodrigo prosiguió:

—¿Quién dice que los dos, tan amigos como somos, tan compañeros, tan hermanos... unidos, además, del cariño sincero y profundo que nos profesamos, por nuestra identidad de opiniones políticas y de situación; opinión tan contraria al bando en que militamos, y situación tan crítica y expuesta, pues la vida de uno está á merced del otro á la menor palabra que revele... quien dice, pues, que los dos que tanto nos queremos, y que conspiramos juntos por la revolución... quizá el amor no nos divida, nos obligue á aborrecernos á muerte?

—¡A muerte! exclamó el de Lecín.

—Sí, á muerte; todo puede ser.

—No, no, ¡diantre! no será así. Si tuviera la fatalidad de enamorarme algún día, y tú te enamorasés también de la mujer que yo ama-

ra... ¡qué sé yo, creo que todo lo sacrificaría por tí!

—Gracias, querido mío. Tienes fama de generoso y lo eres en efecto; pero no creo que haya generosidad igual á la que dices, abnegación semejante.

—¡Sí... sí... no lo dudes, diantre! Una mujer se reemplaza con otra. Un amigo, y máxime un amigo como tú, no se reemplaza con nada; no se reemplaza jamás.

—Gracias por segunda vez, señor lisonjero; pero creo que la misma idea tienes del amor que Sancho de Remesar.

—¡Rodrigo! ¿me crees así?...

—Mauro, ¿amaste alguna vez?

—Es verdad, contestó el hidalgo lentamente, como si reflexionara mucho sobre lo que hablaban; no amé nunca, nunca... más que por pasatiempo.

—Pues... entonces... ya ves, ¡cáspita!... ¡no puedes hablar del amor, del verdadero amor, de ese amor que desvela... que le hace á uno muchas veces olvidarse de sus padres, y... hasta de Dios!

—¡Oh! no; tanto como eso no, ¡diantre! yo no soy de ese temple... ¡jamás haría eso por mucho que amase!... ¡Oh! ¡jamás, jamás me olvidaría de mi madre, mi pobre madre, Rodrigo!

—O sí, Mauro.

—No, no, y cien veces no. ¡Mi madre y Dios primero que el amor de una mujer, primero que todo!

Una carcajada del de Canaval pareció acoger aquéllas palabras del buen doncel de Lecín.

—No te rías así, no; y no digo mi madre y Dios, sino un verdadero amigo...

Otra carcajada de Rodrigo volvió á sonar, como burlándose de cuanto hablaba su compañero.

—Bien, riéte; haz lo que quieras, ¡diantre!... pero escucha y juzga.

—¡Hola!... ¿qué me vas á contar?

—Hace algún tiempo ya, que en la feria de Sarria vi una dama, jóven y bella, que arrebató mi atención desde el momento que la vi. Ella lo conocía, y no me miraba menos de lo que yo á ella. En fin, por abreviar, aquel mismo día nos hablamos, y me dió una cita para la noche en su casa.

—¿Era de allí... de Sarria?

—No sé... no sé de donde era.

—¡Cáspita! ¡siempre tan reservado! En asuntos de amor, jamás se te arranca un nombre, una señal siquiera.

—¡Qué quieres!...

—Al grano, pues.

La cita era á las tres de la mañana, y yo estuve hasta las doce cenando con unos amigos. En aquella cena supe que la dama estaba en amores con... un amigo mío, un amigo que apreció mucho, y no fuí á la cita.

—¡Cáspita! ¿desististe por eso?

—Nada más que por eso.

—¡Hum! eso no prueba más que una cosa: que ella era fea, y por ser fea, sin gracia alguna, por eso no te atraía.

Rodrigo quería obligar al hidalgo con esta conclusión lógica, ó más bien sofisticada, á que le dijese el nombre de la dama, para conocerla.

—¡Fea!... ¡sin gracia alguna!... ¡cuando reunía á la belleza de la condesa Ildara, el espíritu de la condesa Maret; sueño dorado del hombre que anda á caza de mujeres-diosas!

—Bien; todo eso que dices de ella está muy bueno; pero á saber lo que dirá la fama.

—La fama aún dice más, pues en toda la ciudad de...

Y el de Lecín se contuvo vivamente al llegar al nombre de la ciudad donde residía la dama, como si con decirlo se descubriera.

—Vamos; prosigue... ¿qué dice la fama de la ciudad en que reside?...

—Nada; que es divina... que difícilmente se hallarán dos como ella.

—¡Cáspita... ¿Lo dicen por su amabilidad en citarte para media noche?

—No; lo dicen por su hermosura.

—Y bien; ¿no tienes que decirme más de tí y de ella para probar esa abnegación de amistad que dices?

—¡Sí, diantre! ¡Pues si aún no entramos en lo mejor!

—Cuenta, pues.

—Como yo no fuí á la cita, al saber que estaba en relaciones con un íntimo amigo mío, aquella noche, última de la feria, no la volví á ver hasta de allí algún tiempo, cuando yo no me acordaba ya de ella, pues me había retirado á mi torre de Lecín y ella á Lugo...

—¡Hola! ya caíste... ¿con que era de Lugo?

Fernán de Amante se estremeció vivamente al oír el nombre de esta ciudad, y más y más se pegó á la puerta como si aquella historia tuviera relación con algún acontecimiento triste y doloroso de su vida.

Mauro de Lecín, arrepentido sin duda de haber indicado el nombre de la ciudad, como si con esto revelara todo, trató de desmentirse.

—He dicho Lugo y fué en Chantada... Mon-

terroso... Lalin... ya no me acuerdo donde ¡diantre!

—Bien, bien, palmoteó Rodrigo; di el pueblo que quieras, pero para mí no es otro que Lugo. Adelante... ibas en que no la volviste á ver más desde aquella noche en que faltaste á la cita, hasta de allí algún tiempo, cuando ya no te acordabas de ella.

—Había pasado como un año, continuó el hidalgo, y un día la volví á ver en el torneo de...

Y se quedó perplejo, como si no encontrara nombre con que sustituir al del sitio verdadero, sin caer en falta.

—En fin, en un torneo cualquiera, dijo, después de la corta pausa que marcaba aquella perplejidad.

—Adelante, mi buen Mauro; ¿y allí?

—Allí, bien ajeno de encontrarla, lidié con Payo de Donas, el Sr. de Pallares, y Enrique de Vilamor; y los vencí. Me condujeron á la presencia de la dama que presidía, á recoger una banda bordada por ella, y... ¡diantre! ¿quién crees que era la reina?

—¿Ella?

—Ella... Elvira...

—¡Elvira! exclamó Rodrigo; ¡ah! ya caigo... y... ¡ya caiste!

—Y volvió á palmotear con más fuerza el de Canaval, al oír aquel nombre.

—¡Elvira! murmuró Fernán de Amande, sin mover los labios y respirando con violencia.

—Tampoco se llama Elvira, dijo el de Lecín, ni es de Lugo. He querido sustituir con esos nombres los verdaderos, ¡diantre!

Y el doncel trataba de reirse, como para hacer ver que quería burlarse de la credulidad del de Canaval; pero su risa era áspera, violenta, falsa.

—Bien, bien; tú dí lo que quieras; ¡cáspital pero por más que trates de corregir esos deslices, para mí el nombre del pueblo es Lugo, y el nombre de ella Elvira.

—Como quieras, Rodrigo; pero no es así.

Y volvió á soltar otra carcajada más forzada todavía.

—Bien, Mauro; cada loco con su tema. Además de que hace bastante tiempo que me conoces, y bien sabes que secretos que se me confían, los guardo como nadie.

—En efecto, contestó el hidalgo de Lecín; pero... ¿qué quieres? en cosas de mujeres... en toda aventura de amores ó de delicadeza, soy el reverso de Pedro de Tor. No quiero, no quiero y no quiero que por mí se llegue á saber nunca nada; ¡diantre!

—Haces bien, muy bien; y todo el mundo aplaude esa reserva tuya invencible, pero, ahora, hazte cargo que no hablas con quien pueda vender tus secretos, y con ellos la honra de una mujer, que hayas ó no querido; hablas solo conmigo, con tu querido Rodrigo de Canaval, pues aunque hay más gentes en esta venta, esos diablos de gañanes se ocupan más bien del mariscal, el vizconde de Tuy, el padre Arenillo, el conde de Villalba, el de Lemos y demás grandes señores, sin hacer caso maldito de nosotros, ni de todas las mujeres habidas y por haber, como estas mujeres no hayan dirigido una revolución ó jugado en ella.

—Ya, ya, ¡diantre!... pero Dios me hizo así, tan reservado en asuntos de honra, y por cuanto hay no quisiera causar mal alguno con mis indiscreciones.

—¡No temas nada, cáspita!

—Sí, sí, á veces las paredes oyen y... después no hace uno más que mesarse los cabellos con el estribillo consiguiente de *¡quién lo había de decir!*

—Pero... estos rufianes...

—Nada, nada. El agua ya creo que cesó. Veamos si podemos encaminarnos á la Cruz roja, donde nos llaman asuntos más formales.

—Bien, pero quiere decir que, á nuestro regreso á Monforte, continuarás la historia pendiente.

—¡Hum! refunfuñó el hidalgo.

—¡Sí, cáspita! así nos será más llevadero el camino.

—Entonces, abrióse repentinamente la puerta de aquella venta, y Mauro de Lecín se dibujó en el dintel sobre el fondo de luz que describía uno de esos velones enormes del país, elaborados para los señores priores y curas, y que, á su vejez ó á su inutilidad, caían en manos de los venteros ó de los labradores más acomodados.

Fernán no tuvo más tiempo que para retirarse un poco, y se puso como á arreglar el albardón de la yegua del desgraciado maese, pero no sin que su presencia despertara sospechas en el de Lecín.

—¡Eh! ¿quién va? preguntó éste, dirigiéndole la palabra.

Fernán calló, como si no hubiera oído.

—¡Eh! ¿qué haces aquí? le preguntó el de Lecín con voz colérica y sacudiéndole un brazo con brío.

Deus fratresque Gallæciæ, chapurró el de Amande, haciendo una cruz en el corazón con el índice de la mano derecha.

—Por siempre de los siglos, amén; murmuró el de Lecín volviéndole la espalda.

—No lo había conocido. Creyó ver en él lo que indicaba su traje y sus palabras, un gafián revolucionario.

III

SORPRESA

Acababa de cesar la tormenta.

Aunque el cielo continuaba encapotado y negro como un manto de terciopelo, empezó á distinguirse alguna que otra estrella de oro aquí y allá sobre su oscura bóveda.

Luego, casi de repente, apareció la luna más blanca que nunca, inundándolo todo con su luz plateada, y recorriendo el firmamento por entre mil nubes bronceadas, al parecer, semejante su disco á la gigantesca pupila de un genio maléfico, el genio de las borrascas, que avanzaba por do quiera para gozarse en los estragos del viento, del rayo y del aguacero, sus agentes.

El hidalgo de Amande la vió salir con igual placer que Mauro de Lecín, Rodrigo de Canaval

y demás conspiradores, ya curas, nobles y pecheros, refugiados en aquella venta. A favor de la viva claridad que difundía, podría distinguir cual de los tres que se veían en la plazuela era la de la Cruz roja, ó esperar á que los conspiradores penetraran en ella; pues desde luego se figuró que no sería aquella á cuya puerta se había acercado, huyendo de la tempestad, y desde la cual había oído hablar á sus compañeros de asuntos que ninguna relación tenían con la revolución de los hermanos de Galicia.

No tardaron mucho en salir los conjurados y dirigirse en grupos de dos, tres ó más hacia la plaza.

Al mismo tiempo, ó poco antes, casi cuando la luna apareció después de la borrasca, apareció también otra luna terrestre, por decirlo así, una luna de media vara de diámetro, pajiza, inmóvil y luminosa, cuyo disco, redondeándose siniestramente entre las inclinadas ramas de los castaños, parodiaba la que parecía recorrer el firmamento. Era la ojiva de la Cruz roja, la ventana de Salvador Atán, la pupila del gran ayuntamiento, el fanal de los hermanos de Galicia.

Fernán vió dirigirse hacia ella al de Lecín, al de Canaval y demás sucesivamente; murmurar allí algunas palabras cabalísticas, como si habla-

ran con la luz, y abrirse después un portillo por donde iban penetrando todos en la venta.

Esperó á ser el último en entrar, y se acercó á la ventana cuando vió quedar la plaza desierta y no oyó ruido alguno de caballos que se aproximaran.

Conforme se iba acercando, resuelto á presenciar uno de los grandes ayuntamientos, una inquietud vivísima le agitaba; temblaba. La idea de que lo descubrieran entre los conjurados, le arredraba; porque su muerte era infalible.

Sin embargo, animoso y emprendedor como él solo, escogido al fin para aquel objeto por el exquisito tacto del conde de Lemos, el hidalgo de Amante trató de vencer el temor que empezaba á apoderarse de él, y se acercó resueltamente.

Un hombre de unos cuarenta ó cincuenta años, bajo, delgado y amarillento como si le consumieran unas intermitentes de cinco meses, se hallaba sentado detrás de la ojiva con la frente al nivel de su marco, quien, al divisar á Fernán, frunció el ceño como si nunca lo hubiera visto, y clavó en su rostro una mirada fija y prolongada, como si quisiera leer en él el alma que lo animaba.

—¡Eh! ¿qué se ofrece? le dijo con mal tono.

—*Deus fratresque Gallæciæ*, contestó el hidalgo, haciendo la señal de la cruz sobre el corazón.

—*Per infinita secula seculorum*, contestó Salvador Atán.

Fernán no encontró qué decir más á aquel cancerbero para que le abriera; pero éste ni se levantaba, ni dejaba de mirarlo solapadamente, como si esperara alguna otra palabra más, ó como si desconfiara de aquel conjurado.

—¿No me abris? le dijo cansado de esperar, y de aquel examen que maldita la cosa que le gustaba.

—No, contestó Salvador secamente.

—¡Ira de Dios! gritó Fernán, ¿por qué no me abris?

Salvador entonces dejó de mirarlo, y por única contestación se encogió de hombros.

—Os digo que ¿porqué no me abris? volvió á instar el hidalgo, irritándose por momentos de aquella indiferencia.

Salvador continuó como una estatua, inmóvil y silencioso.

Esta inmovilidad y este silencio dieron al traste con la paciencia del hidalgo.

—Ved que si no me abris, volvió á gritar, entro y os abro el corazón con el puñal.

Tampoco á esta amenaza se levantó el can- cerbero. Tan sólo dió señal de oírla, derraman- do una sonrisa despreciativa, glacial.

—¡Ira de Dios! exclamó el colérico hidalgo; si os cojo un día entre mis manos, os he hacer añicos.

Y dió unos cuantos pasos hacia el centro de la plaza, como si se retirara poseído de la más completa rabia.

Al mismo tiempo sonaron en ella las pisadas de un caballo.

En efecto, uno llegaba á la Cruz roja, y al ver el ginete á Fernán, le dijo con voz fuerte y pre- cipitada:

—¡Eh! ¿quién sois? ¿qué quereis? ¿adónde vais?...

Fernán no vaciló en creerlo uno de los con- jurados.

—Soy, contestó, maese Sueiro da Porta, fa- bricante de curtidos de la ciudad de Orense.

—Bien... apoyó el ginete, como para que con- tinuara.

—Quiero entregar este pergamino al gran ayuntamiento, para lo cual me comisionó la ciudad, al nombrarme su representante...

—Bien...

—Y me vuelvo á la ciudad con el pergami-

no, continuó, porque al llegar á esa ventana y decirle la señal de la hermandad para reconocerse, el demonio del perro que está en ella no me quiso abrir.

—Bien; volvió aún á decir el ginete.

Y llevando seguidamente la mano derecha al corazón y haciendo con ella la señal de la cruz, dijo:

Deus fratresque Gallæcie!

—*Per infinita secula seculorum;* contestó Fernán.

Entonces el ginete se apeó de su arrogante caballo, se arrolló bien en su capa, y dirigiéndose á la luz de la ventana, le dijo:

—Seguidme.

Fernán le siguió.

Cuando llegaron á la venta, el de la capa lo mandó acercarse bien á ella de modo que la luz le diera en el rostro.

Mirólo algunos instantes detenidamente; pero á Fernán ni lo reconociera su misma madre; tan disfrazado estaba con aquel capote, su traje de rufián, el enorme sombrero con funda de hule y el barro que tenía en la cara.

Volvióse después el de la capa á Salvador Atán, y le dijo como reconviniéndole:

—¿Cómo no le dejaste entrar?

—Al verlo, al sentir aquella voz que parecía habituada al mando, Salvador se enderezó, descubriéndose con respeto.

—No me dijo la señal de entrada, contestó.

—¡Cómolo no os he dicho lo mismo que al señor... *Deus fra...*

—Sí, sí, pero esa no es la entrada; murmuró Salvador.

Fernán recapacitó entonces. Le pareció que aquel hombre tenía razón, que maese Sueiro le había dicho otro latinajo para entrar en la venta.

—¡Ah! exclamó cayendo en él y dando un golpe muy natural en su sombrero: *et lux in tenebris lucet*, dijo.

—Bien; contestó el de la capa, que parecía muy optimista; pero... el pergamino... venga el pergamino.

Fernán sacó el pergamino; pero no se lo presentó.

—No me dijeron que lo presentara aquí, sino en plena junta, dijo, y en manos del mariscal.

—¿Es decir que no me conocéis á mí? preguntó el de la capa, presentándose de modo que á su vez le diera á él la luz de la ojiva para que lo mirara el hidalgo.

—No señor, no os conozco, dijo, después de mirarlo.

—Bien... no me habreis visto nunca... será la primera vez que venis á la junta.

La primera, dijeron á una Fernán y Salvador.

—Bien; dijo entonces el de la capa, como satisfecho de la verdad que corroboraba aquel duo del hidalgo y el ventero al decir *la primera*, pues yo soy el mariscal Pedro Pardo de Cela.

Y descubriéndose al decir esto, mostró una rica banda amarilla y roja, con las armas reales, por el estilo de las que usaban los mariscales de Castilla.

Fernán comprimió un grito y empezó á temblar.

Esta impresión visible, que sus interlocutores la creyeron hija del respeto que inspiraba el jefe revolucionario, era en efecto la impresión del reconocimiento, pero... ¡qué reconocimiento!

Al descubrirse el mariscal para mostrar la banda, Fernán, si bien antes no había caído en ello por más que lo mirara, ahora, por uno de esos efectos que muchas veces no sabe uno definir, había reconocido en él á Clodio Espasende, el ex-arquero mayor de Amaro de Vilamelle.

Este reconocimiento, que tanto le sorprendió, lo dejó aterrado por un momento.

—El pergamino... dijo el mariscal, sin hacer caso de su turbación, dadme el pergamino.

Fernán se inclinó, como si volviera de su terror, y le presentó el pergamino.

—Allí mismo, por fuera, y á la miserable luz que prestaba el velón de la ojiva, lo desdobló el mariscal, y se puso á leerlo con una ansiedad que sólo pudieran comprender los que conspiraran alguna vez.

—Bien; dijo el joven, después de recorrerlo con visibles muestras de satisfacción, representais una buena ciudad, maese Sueiro da Porta; seguidme.

Aquel nombre que le tributaban por primera vez á Fernán, le horrorizó, como si el puñal del remordimiento se le clavara en el pecho para ir consumiendo poco á poco su vida.

Le tributaban el nombre de su víctima.

Aquel hidalgo que había llegado á la edad de treinta años sin tener que arrepentirse, conoció que, desde entonces, había sido malo, asesino, y asesino de un pobre hombre inocente de todo; su vida no podría ser la del bueno.

Abatido, atormentado por este pensamiento doloroso y por los remordimientos que empezaba á sentir, siguió al mariscal y ambos penetraron en la junta.

—El pergamino... dijo el mariscal, sin hacer caso de su turbación, dadme el pergamino.

IV

LOS HERMANOS DE GALICIA

El unitarismo monárquico, que era por entonces en España la expresión más tangible del espíritu público, se debía más bien á la afinidad teocrática de sus diferentes estados, que á la conveniencia recíproca de las coronas y á la omnipotencia parcial del feudalismo.

Identificados los pueblos indígenas por el cristianismo, la idea de la unidad monárquica ensanchara su horizonte político por una parte, con la fusión de los reinos de Aragón, de Navarra y del condado de Cataluña; y por otra, anexionara los reinos de Galicia, de León y de Castilla, extinguiendo el antagonismo de la hetarquía, tan conveniente para los privilegios de la nobleza señorial.

Más tarde, esas anexiones particulares que dividieron el país en dos grandes potencias, fueron absorbidas en una por el casamiento de Fernando V con Isabel I, y entonces el espíritu monárquico-religioso, que había consumado con este enlace la obra de tantos siglos, á mediados del siglo XV, se evidencia más esencial y más gráfico por medio del catolicismo, que coloca á es-

tos poderosos reyes frente á los arabescos torreonnes de la Alhambra.

Pero mientras que el poder real, vigorizado por la fusión plausible de los tronos, lucha en persona desde Sante Fe contra el islamismo del Mediodía para que en el litoral de la antigua Iberia no hubiera más que un solo Dios y un solo rey; pero mientras que á esa lucha potente y sacrosanta consagra sus fuerzas, su corazón y su inteligencia, descuidando la organización político-social del Estado, uno de sus antiguos tronos del tiempo de la hetarquía, cuna de esa misma monarquía absorbente que llevaba su ambicioso anhelo hasta más allá de los mares conocidos, vejado y oprimido por las depredaciones de una teocracia fanática y de una aristocracia cruel, se levanta en son de guerra contra sus opresores; y no faltan nobles y clérigos, que monopolizando su espíritu legítimo de rebeldía, conciben el pensamiento de sustraer á Galicia de la corona de Castilla y proclamarse luego reyes independientes.

Este contraste no podía ser más expresivamente fatal.

En las mismas montañas donde surgiera el lábaro de la cruz y de la independendencia territorial, volvía á surgir de nuevo el de una emanci-

pación popular contra la tiranía y el despotismo de sus opresores indígenas.

Los pueblos de aquellas montañas, si alguna vez habían humillado la cerviz á la tiranía del clero y al despotismo de la nobleza, la habían humillado con decoro y con abnegación para contrarrestar á toda costa el espíritu de conquista que animaba á los musulmanes que las invadieran. Pero cuando estos enemigos pasaron sobre la haz de sus sembrados, hollando los ensangrentados cuerpos de sus padres; cuando por fin, después de una lucha tenaz de cinco ó seis siglos, vieron desaparecer de sus horizontes aquellas dominaciones exóticas, mal podían tolerar ya las dominaciones injustificables é irracionales que surgían con el carácter religioso y feudal, dueñas absolutas de sus *vidas* y de sus *haciendas*.

Por más que aquellas instituciones invocaran el nombre de Dios y de sus derechos de vida ó muerte sobre sus vasallos para vivir con el sudor de sus frentes, los pueblos de aquel país apelaron á la fuerza moral de los municipios, por una de esas inspiraciones de progreso y de civilización que el cielo deja caer sobre ellos como un rayo de luz sobre las densas tinieblas de un abismo.

Pero como quiera que los municipios no fue-

ran bastante para contener las dilapidaciones repetidas de la teocracia y de la aristocracia, los pueblos de aquellas montañas se sublevaron de hecho contra sus verdugos en toda la plenitud de su dignidad y de su preponderancia colectiva, constituyéndose en hermandades imponentes.

He aquí la democracia española de los siglos medios, iniciándose rudamente por un sentimiento instintivo del espíritu de conservación; he aquí, pues, á los *hermanos de Galicia*:

Pequeñas partidas de artesanos y labradores se alzan por una parte contra los caprichosos tributos de un rico-home, y arrasan su castillo: pequeñas partidas de artesanos y labradores se levantan, por otra, contra los onerosos impuestos de los prelados, y arrasan las iglesias y los monasterios. La fe vacila; el principio de autoridad se escarnece; y aquellos hombres, honrados, pacíficos y laboriosos momentos antes en sus chozas, arrojan lejos de sí el arado, miran con horror sus labores, y se esparraman á la desvanecida por montes y llanuras, blandiendo amenazadores la espiocha de la devastación (1).

(1) Esta obra no es puramente fantástica: sin necesidad de autorizar estos cuadros históricos con la autenticidad de los manuscritos que nos sirvieron para su redacción; abrid las crónicas antiguas del territorio, donde se verán aún recargados con tintas más sombrías.

En Lugo es asesinado su obispo en un rebato popular.

En Villagarcía es demolido el castillo feudal, y arrastrada por las calles de la villa la condesa de este señorío.

En Meimón es sorprendido el obispo de Orense y arrojado á un gran pozo con los sacerdotes que lo acompañaban.

En la puebla de Mesía es incendiado el castillo feudal, y sucumben sus altivos señores entre las llamas que envuelven las cámaras en un mar de fuego.

En Bayona se encierra en una prisión al obispo de Tuy bajo el capcioso pretexto de convidarle á comer un venado.

En las cercanías de Mondoñedo son asesinados tres sacerdotes que conducían pliegos del obispo de aquella diócesis.

Y en Mellid, Baamonde, Sas de Penelas y otros puntos, son derribadas las fortalezas y acuchillados sus castellanos.

Aquella era una guerra decidida, sin tregua ni cuartel; los nobles morían defendiendo sus torreones palmo á palmo, con las llamas por la espalda y los puñales por el pecho; los prelados, orando sobre las gradas de los altares; y los revolucionarios exhalando ese doloroso grito de:

¡*Deus fratresque Gallæciæ!* que nos dejaron por herencia en los tenebrosos muros de un subterráneo, sus catacumbas, en el susurro del aura, en las enramadas de nuestras montañas, y en el murmullo de los ríos, en los álveos peñascosos de sus desfiladeros.

En medio de aquella ebullición popular que todo lo trastornaba, sin un principio fijo para mañana, sin más propósito que *respirar* para *vivir*; en medio de aquella conmoción popular que propendía á destruirlo todo sin edificar nada, creencias, formas y dignidades, como un vívido destello de la igualdad y fraternidad moderna en el oriente de la civilización de las sociedades, se iniciaron tres ambiciones notabilísimas, representadas en otros tantos personajes: el mariscal Pardo de Cela, el vizconde de Tuy, y el padre Ares de Arenillo.

La primera de estas figuras históricas es digna y elevada en nuestras crónicas; y su único anhelo era el de hacer del país un reino independiente del de Castilla, obedeciendo á un santo sentimiento de grandeza provincial que vibraba en su cerebro y abstraía su alma.

La segunda, pérfida, traidora y egoísta, al mandar demoler todas las fortalezas solariegas de los nobles, encerraba su política en este cé-

lebre dicho suyo que nos legó la tradición palpitante de sus crímenes: *en Galicia basta mi casa* (1).

Y la tercera, piadosa, astuta y cabalística, tenía la aspiración noble de la primera; pero bajo una forma de gobierno puramente teocrática que destruía la importancia que había sabido adquirirse con sus prácticas cristianas, ostensiblemente desinteresadas y beneficiosas.

Estos tres personajes vinieron por fin á enseñorearse en el ánimo de los *hermanos de Galicia*, imprimiéndole un carácter más dogmático á aquella sobrecitación del pueblo; pues habiéndose adherido leal y abiertamente á su causa, guiaban el espíritu democrático á su albedrío, tratando de utilizarlo en pro de sus ideas de emancipación, con sus discursos evangélicos, fogosos y apasionados, contra el abyecto vasallaje clerical y nobiliario, vasallaje que los había envilecido tanto hasta entonces, sumiendo en un océano de sufrimientos su existencia de ilotas y de mártires.

Al mariscal Pardo de Cela lo apoyaban todos

(1) El vizconde de Tuy era además conde de Caminha, y entre los demócratas que acaudillaba, solía designársele por *Pedro Madruga*: con estos tres nombres es conocido en las crónicas del territorio.

lós nobles identificados con el movimiento revolucionario, y hasta el mismo vizconde de Tuy, si bien se reservaba éste en su día arrebatar la corona que pretendía ponerse aquél en la frente; al padre Ares de Arenillo, benedictino de Sobrado de los monjes, todos los clérigos de sana moral y ardiente patriotismo, adheridos á la causa de los *hermanos de Galicia*, y éstos, pobres y oscuros obreros de aquella regeneración liberal á que aspiraban, apenas sabían formular su pensamiento instintivo de una organización municipal, que fuera un dique contra las irrupciones desapiadadas del poder teocrático y del poder irracional del feudalismo.

Esto originaba, sin embargo, excisiones muy lamentables.

La espada, el puñal y el fuego todo lo extinguían inhumanamente, vidas y haciendas; la anarquía, con todos sus horrorosos crímenes, se cernía sobre aquel desolado país, entregado á los recursos de una nobleza subdividida además por odios hereditarios; y ocupados los reyes con la conquista de Granada, y no habiendo comunicaciones tan activas como hoy entre la corte y sus apartados territorios, no restaba más esperanzas que la del cielo para poner coto á aquel desbordamiento que amenazaba borrarlo todo

para siempre, sin crear nada estable para el porvenir.

La idea de las asambleas populares surgió por fin en medio de aquel caos moral en que desaparecían las conciencias, inspiración del mariscal y del padre Ares de Arenillo para formular un derrotero que concentrase las individualidades y las hiciese converger hacia un foco de luz civil y religiosa.

Estas asambleas llegaron á hacerse sumamente temibles de la nobleza y del clero, porque eran el más poderoso ariete contra su omnipotencia feudal y temporal; y perseguidas de muerte por los condes de Villalba y de Deza, que habían organizado sus vasallos, no sólo para la defensa, como el de Lemos, sino para el ataque, solían tener sus juntas en distintos parajes, si bien el más frecuentado era el de los subterráneos de la venta de Narón, como el más central del territorio.

El viajero que atravesase hoy aquellas montañas, ni la más leve señal exterior encontrará de la revolución popular que reseñamos; ignorará que su planta huella las catacumbas de los *hermanos de Galicia*, y que en aquellas fragosidades han sido sorprendidos un día por las huestes del marqués de Laza, y que en el choque san-

griente que resultó de esta sorpresa, fueron despedazados con él muchos caballeros que le acompañaban, si bien de los sublevados que hicieron cara, sucumbieron vigorosos atletas, como Mao de Ferro, que era el terror de las montañas de Lugo, y cayeron prisioneros nobles valerosos, como el hidalgo de Portela, que fué á morir torturado á los pocos días en las mazmorras del castillo de Monforte.

El tiempo todo lo extingue, todo lo borra, y gracias á las rotas crónicas que hemos encontrado en nuestras investigaciones, podemos trazar un boceto histórico de aquella efervescencia popular, de aquella antigua lucha de siervos y de señores en el siglo XV, lucha que devastó al país por muchos años, sin dejar otras huellas más que los objetos tradicionales que nosotros hemos podido ir eslabonando al cuerpo principal de nuestra obra, conforme á su plan dramático, y que los lectores podrán ir apreciando en el espíritu histórico y arqueológico, que se halle latente en los cuadros más ó menos claros ó sombríos que constituyen nuestro panorama.

Quisiéramos dedicar otros capítulos más para evidenciar mejor el afflictivo estado del país; hablaros de la ambición del clero, de su dominación intelectual y material, y de sus esfuerzos

por conservarla y extenderla tanto que sofocara el desarrollo de toda inteligencia popular, cuya ilustración sería su muerte, como lo fué más tarde; hablaros de las disensiones de aquellos tiranos ó nobles de *horca y cuchillo* que, no teniendo de qué privar á sus vasallos, á no ser de la vida, se hostilizaban entre sí sangrientamente; hablaros de los resentimientos del pueblo, de sus instintos de libertad y de su tendencia á concluir con las depredaciones de que era víctima; con la ambición, el egoísmo y las demás pasiones y costumbres depravadas de los unos, y con el despotismo cruel y bárbaro de los otros. Pintaros minuciosamente todas aquellas luchas diversas de poder á poder, ténues al principio por temor á los reyes, y ruidosas después que vieron que los reyes, ocupados en expulsar á los moros de España, descuidaban el gobierno de ella. Hablaros, en fin, de la anarquía horrorosa que resultaba de aquella trinidad de poderes, clero, nobleza y pueblo, que aspiraba al dominio con las armas en la mano, y que se lanzaba á conquistarlo sin concierto alguno de partido, ni unidad de acción ni de pensamiento.

Quisiéramos, pues, detallaros la época, referiros todas aquellas contiendas espantosas que devastaron al país por largos años, y de las cua-

les no conserva la historia más que el nombre de los conventos y castillos arrasados por el furor popular, y dos nombres más, el del mariscal Pedro Pardo de Cela, y el del vizconde de Tay, álias Pedro Madruga (1), no dedicando ni una línea á la desastrosa muerte del alma de la conmoción, el padre Fray Alvaro Alonso de Ares ó Arenillo.

Porque sin duda á los cronistas de esta época en que apareciera la terrible comunidad de los hermanos de Galicia, frailes todos, les repugnaba confundir entre los rebeldes á esa capacidad revolucionaria, gloriosa víctima de sus esfuerzos y afanes mal interpretados, por dar á los sublevados la concentración de miras indispensables para el buen éxito del movimiento, la organización necesaria para triunfar en él; por hacer, en fin, una bandera de tantas como existían, un lema de tanto lema, un poder de tanto poder.

Pero, como dejamos dicho, todos esos capítulos disentirían de nuestro plan dramático; é iríamos tal vez más allá de lo que nos propusimos. Al hablar de la revolución de Galicia en el

(1) Se llama Pedro Madruga el conde de Caminha, por haber entrado en Pontevedra en son de guerra una mañana muy temprano, en cuyo punto sorprendió á muchos nobles y clérigos realistas en la cama.

siglo XV, anhelamos que así los caracteres, como la época, surjan de cada hidalgo, de cada episodio.

Tracemos, pues, uno de sus grandes cuadros; asistamos á una de esas juntas mensuales que celebraban en las ventas de la Cruz roja los hermanos de Galicia, ó grandes ayuntamientos, como los designan las crónicas; penetremos en esas asambleas populares donde no se oían más que quejas y palabras de sangre y exterminio, y donde un día las tres clases señaladas que aspiraban á la emancipación del *antiguo reino*, á su gobierno y administración, no bastándoles la palabra para hacer prevalecer sus derechos, los discutieron á puñaladas.

TEOCRACIA, ARISTOCRACIA Y DEMOCRACIA

Para presentaros en un solo lienzo todas las visualidades político-teocráticas, aristocráticas y democráticas que figuran en las comunidades de Galicia á fines del siglo XV, nos sería preciso también emplear cuatro ó cinco capítulos descriptivos, ajenos de nuestra obra, cadena de epi-

sodios de más ó menos interés, pero al fin episodios ó escenas que concurrirán á un todo, que constituirán un drama, por la relación que guardan entre sí. Bien quisiéramos por lo menos describiros detalladamente muchos de los jefes y diputados revolucionarios que se reunían mensualmente en la gran sala subterránea de la Cruz roja; pero contentaos con ver todas esas figuras y todas esas ideas en un lienzo estrecho, donde gracias que las podamos perfilar; si bien trataremos de poner en relieve las que más van á sostener la acción por su importancia dramática.

Al abrir, pues, Salvador Atán, el portillo de la venta, para dar paso al mariscal y al hidalgo de Amante, se dejó ver un zaguán bastante espacioso, en el cual se levantaban dos mesas de pino largas y paralelamente colocadas, cuatro bancos á los lados de igual extensión que las mesas, algunos vasos y jarros vacíos sobre ellas, que en su desorden indicaban no haber trascurrido mucho tiempo que les hicieran honor alegres y aturdidos bebedores, y un farol en el medio de él, que esparcía su claridad dudosa entre aquellas cuatro paredes desnudas.

Como no se veía ninguna persona allí, pues estaba desierto, Fernán quedó sorprendido de

aquel silencio, de aquella soledad; porque él creyó encontrarse de manos á boca con los conjurados.

El mariscal atravesó aquella sala húmeda, fría y desmantelada, y se dirigió hacia un ángulo donde había una chimenea de esas del país, constituida por una enorme campana de seis ó más varas de longitud ó frente, por la mitad de latitud ó costado.

En aquella chimenea, que casi abarcaba un lienzo de pared, no ardía el menor tronco ó rama de castaño ni de árbol alguno, ni indicaba haber sido encendida aquella noche ni nunca.

Antes que el mariscal y Fernán hubieran llegado á ella, Salvador Atán colocó en su centro una escalera portatil y bastante ancha, apoyada en la pared por dentro de la campana, de modo que sus últimos pasos terminaban en el marco de una ventana apaisada, por donde cualquiera creía que tendría salida el humo, pues carecía de otro respiradero.

El mariscal subió y detrás el hidalgo, y cuando llegaron á la ventana, otra escalera, también portatil, parecía esperarlos por la parte de afuera para facilitar su descenso á un subterráneo, donde, según los comarcanos, tenía su depósito de vinos el famoso ventero Salvador Atán.

Se adivinaba aquella bodega ó subterráneo por el resplandor de una ó más luces que ardían en él, y que iluminaban confusamente su entrada.

Dos soldados se hallaban allí, inmóviles y silenciosos como dos estatuas, los cuales, al reconocer al mariscal y á Fernán, abrieron las macizas puertas de la cueva, haciéndose á un lado al mismo tiempo para que penetraran en ella.

Era un salón cuadrilongo de más de sesenta varas, perfectamente baldosado como el del más poderoso castillo feudal ó nave de iglesia de convento, cuyos dos frentes colaterales tenían inscrita esta divisa de la hermandad, con letras muy grandes: *Deus fratresque Gallæciæ* debajo de dos banderas rojas tendidas hacia el centro.

Una de estas banderas, la de la derecha, entrando, ostentaba por armas dos espadas de caballero cruzadas encima de un caballo, y la otra, la de la izquierda, dos arados, también cruzándose, sobre un buey.

Los atributos del lienzo ó pared de frente á la puerta de aquella pieza tan rara, consistían en las armas de Galicia: un escudo en campo de gules; custodia de oro en palo, acompañada de seis cruces de este metal, todo timbrado, y la divisa: *In hoc misterium fidei firmiter profitemur;*

pero sin corona real, cosa que maldita la gracia que haría á los Reyes Católicos, si la vieran.

Cada uno de estos trofeos ó escudos era iluminado por un farol de tres mecheros, únicas luces que alumbraban aquel salón inmenso.

En el centro de él se distinguía una mesa con tres tinteros y varios pergaminos, y asientos en que estaban otros tantos secretarios, al parecer de las clases que allí se reunían, los teócratas, los aristócratas y los demócratas; y en derredor, casi dando con los respaldos en la pared, veíanse muchos bancos llenos de personas. Sobre la mesa alzábase también un crucifijo enorme.

Cuando penetraron allí el mariscal y Fernán, los que ocupaban los bancos de la derecha se levantaron y saludaron á aquel con distinción, como si saludaran á su jefe, que en efecto lo era: y el primero, después de corresponder al saludo, tomó asiento entre ellos, los cuales parecieron dar muestras de vida á su presencia.

Fernán que le seguía con ánimo tranquilo y resuelto al parecer, tuvo que volverse á una señal del mariscal. Le señalaba los bancos que tenía á su frente, los de la izquierda.

Sentóse en ellos el hidalgo, debajo de los arados y del buey que representaba la divisa de la democracia, labradores ó artesanos, gente en fin,

la más útil de todo estado por su laboriosidad tan preciosa como indispensable.

Al momento, apenas se había sentado, se dirigió á él uno de los secretarios, y le preguntó su nombre y su misión, tomando nota de lo que contestaba.

Otro estremecimiento de disgusto agitó los miembros del asesino al tener que designarse á sí mismo con el nombre de su víctima. Le pareció que se ahogaba allí, que le faltaba aire para respirar, y que una nube densísima oscurecía la luz de sus ojos.

Reinaba un silencio glacial en aquel recinto sombrío; y se necesitaba bastante valor para ver aquellas personas tan calladas é inmóviles en sus asientos, con sus hábitos blancos ó negros la teocracia, con sus trajes de veludillo la aristocracia, y con sus capotes ó capuchones de somonte la democracia.

En medio de este silencio imponente, y como sino se esperase más que la llegada del mariscal, sonó el ruido de una campanilla y todos se levantaron.

—*Deus fratresque Gallæciæ*, dijo lentamente y con voz sonora un monje que se hallaba debajo del escudo de armas de Galicia, que parecía cobijar el bando y los representantes del clero.

—*Per infinita secula seculorum*; contestaron todos á una.

Y aquel murmullo que se elevó á la bóveda del subterráneo, recorriéndola en distintas direcciones hasta apagarse en una vibración dolorosa, tenía algo de fúnebre y siniestra en aquellas horas de una noche terrible, y en aquel salón débilmente alumbrado por los tres faroles que indicamos, cuya escasa luz para tanto ámbito, se esparcía por sus elevadas paredes como las medias tintas de un cuadro sombrío, de cuyo oscuro fondo se destacasen aquéllos republicanos del siglo XV, graves y melancólicos entonces, como los reyes de la vieja Escocia al tético Macbeth.

Mariscal Pedro Pardo de Cela, volvió á decir el monje, dirigiéndole la palabra; como eco que sois en esta asamblea de la nobleza del país pronta á desnudar la espada por su independencia, erigiéndolo en república venturosa, hablad, los hermanos de Galicia os escuchan.

El mariscal se inclinó ante todos al concluir esta fórmula del monje que abría la sesión, y el monje se sentó enseguida, imitándole los concurrentes; excepto Pardo de Cela que permaneció en pie y en el uso de la palabra.

—Dignísimos y reverendos padres, que repre-

sentais en este lugar al clero de Galicia, empezó á decir con voz robusta; dignísimos y respetables condes, marqueses é hidalgos del país que representais igualmente su ilustre nobleza; y dignísimos y apreciables ciudadanos que también á vuestra vez representais los intereses más legítimos de los pueblos, y sus deseos de libertad; salud, valor y honra.

Casi todas las cabezas se inclinaron á este exordio. El mariscal continuó:

—Antes de exponer á vuestra consideración ideas de gobierno y administración que deben regir el país al emanciparse de la corona de Castilla, como se ha prevenido en la última sesión que celebramos en este sitio, á fines del mes pasado, empezaré á manifestaros las ventajas que sobre los realistas han adquirido mis mesnadas en este interregno.

«Hermanos, el vizconde de Tuy, que se hallaba á mi lado, D. Pedro Alvarez de Sotomayor, acaba de ser derrotado en Allariz.»

A estas palabras del mariscal, parecieron temblar los conjurados.

—«Ha sido derrotado y puesto en fuga con sus valientes soldados, por los que capitaneaba ese miserable realista Luís de Abreu, con quien estoy deseando dar para escarmentarlo de una

manera terrible, como escarmentaré á todos los que se opongan á la libertad de Galicia.

»El señor vizconde de Tuy, deseoso de exterminar las partidas realistas de D. Alvaro Alonso de Figueroa, reunió sus gentes y las obligó á encerrarse en el castillo de Vigo con gran pérdida. Cargó en seguida contra los soldados de D. Gomez Pazos de Proben, y después de hacer retirar también á este á su castillo de Tenorio, le puso sitio ganoso de escarmentarlo.—Al segundo día del sitio, cuando ya las valientes tropas del vizconde D. Pedro iban á asaltarlo, cargaron sobre ellas las mesnadas realistas de D. García de Sarmiento, señor de Sobroso, las del señor de Valladares, y las de D. Tristán de Montenegro, señor de las torres de Pontevedra.—Teniendo que retirarse el señor vizconde, se dirigió á Allariz, y allí fué donde acosado además por las de Luís Abreu, quedaron sus soldados en completa dispersión.

»Pero entre tanto, hermanos, que sufríamos este terrible golpe en Allariz, la villa de Mellid y su castillo se rendían á las valientes tropas de mis aguerridos capitanes Pedro Bolaño, señor de Torés, y Pedro Miranda, señor del Boulloso, poniendo en vergonzosa fuga al conde de Ribadeo.»

Esta noticia pareció revivir á los conjurados, muertos al parecer por la de derrota del vizconde de Tuy, D. Pedro Alvarez Sotomayor, más conocido entonces por el sobrenombre de Pedro Madruga.

«Mis brabos capitanes, continuó el mariscal, recibieron la orden de batir al Adelantado Mayor de Galicia D. Pedro Villandrando, conde de Ribadeo, en tanto que yo, deseando castigar la alevosía del conde de Monterroso, caí sobre su castillo y sepulté su arrogancia y su realismo entre sus escombros.—De esta manera, la revolución que nació en mis torres de Adelán y la Frouseira, llega al centro de Galicia y se prepara á invadirla por entero y derribar bien pronto el poder afrentoso de unos reyes que nos guardan menos consideración que á los moros que cautivan.

»Desde Monterroso, hermanos, hasta Monforte, ya no me queda más que una jornada; pero en Monforte no es tan fácil de rendirse, no es tan accesible como Ribadeo, Friol, Baamonde, Mondoñedo, Puertomarín y otros pueblos y castillos sobre cuyas ruinas hemos clavado nuestras banderas sacrosantas. La toma de Monforte me ocupa hace más de dos años. Inexpugnable y guarnecido, un cerco sería una derrota; una sorpresa, una victoria.

»Pero ha sonado ya la hora de esta victoria; y los hermanos de Galicia la obtendrán sobre los realistas. Mis soldados acamparán uno de estos días en las montañas de Ousende, Orense me ofrece ochocientos soldados, y las almenas de Monforte, y las cabezas de los condes de Lemos y de Monterrey, se rendirán al grito de: *¡Deus fratresque Gallæciæ!*»

Vivos aplausos acogieron las palabras del mariscal.

Después, reinó un silencio singular, sin un murmullo, un rastro de pies, ni el menor movimiento que lo alterase.

Había tal orden, tal precisión en las palabras y ademanes de aquella asamblea republicana, que parecía compuesta de figuras más ó menos uniformes, pero animadas por un ingenioso mecanismo, vivificadas por un solo pensamiento.

En esta pausa que hiciera el mariscal, como proponiéndose descansar de su discurso, volvióse á levantar el monje que parecía presidir aquel congreso, y le dijo:

—Mariscal, los hermanos de Galicia confían en vuestra actividad y arrojo, y os dan las gracias por vuestro valor en exterminar á los que defienden la corona de Castilla. Dichoso de vos que mereceis bien de la patria al sacrificar por

ella vuestra tranquilidad y bienestar. Decidnos ahora lo que pensais para su régimen gubernativo, cuyo parecer se aplazó para la sesión de hoy.

Y el monje se sentó.

—Pienso, hermanos, dijo el mariscal, que nada puede convenirle mejor á nuestra querida patria, después de hacer pedazos sus cadenas, que una corona en la frente de un hermano de Galicia.

Un murmullo de desagrado circuló por los bancos teocrático y democrático.

—Un rey de Galicia para Galicia, es lo que pido, hermanos; continuó el mariscal con brío.

—Los hermanos de Galicia no quieren rey; dijo una voz que salió del lado de Fernán de Amande.

—Callad, Roque das Mariñas, gritó el monje irritado; dejad que cada uno vaya dando su parecer, que luego discutiremos este punto; y decidnos lo que tengais por conveniente respecto á los ciudadanos que capitaneais contra los realistas. Hablad; Galicia os escucha.

Al levantarse el ciudadano á quien se dirigían estas palabras, el mariscal se sentó.

—«Hermanos, dijo Roque das Mariñas, yo no sé hablar por el estilo del hermano mariscal;

pero ya que es preciso decir lo que hemos hecho los hermanos de Galicia de las orillas del Eume y del Landrovè... sea, que quien tiene lengua á Roma va, como decía mi abuelo Xan ó Roxo. Con que así, oidme... Como la ociosidad es madre de todos los vicios, como decía... pues, entré hace dos semanas con mi partida en el castillo de Moeche, que quien no se aventura no pasa la mar, y creyendo hacer una buena jugada cogiendo al conde de Andrade allí, no encontré más que á cuatro ó cinco nobles al rededor de una mesa cenando á las mil maravillas.

»Con que así... los maniaté á todos y á sus criados, y como los locos hacen banquetes para los cuerdos, zás: nos pusimos á cenar delante de ellos que... como dice mi compañero Tiago do Couto, contra gusto no hay disputa.»

—Y bien, ciudadano, dijo el monje levantándose; ¿á qué tanto refrán para decirnos que no habeis hecho más que cenar en la torre de Moeche?

—¡Que no hice nada!... ¡cuando quien poco tiene poco teme; cuando uno sabe donde le aprieta el zapato!

—Hablad, pues.

—Cuando concluimos la cena, saqueamos el castillo que, á hierro caliente batir de repente, y

dejando encerrados en él á todas aquellas buenas gentes, le pusimos fuego.

Un murmullo de horror acogió estas palabras del demócrata, en los bancos teocrático y aristocrático. Él continuó impassible.

—Al resplandor de las llamas, divisamos al conde que venía de Puente dueme á Moeche con su hija y unos cuantos criados. Hermanos, al vernos huyeron; pero cogimos á su hija prisionera...

—¿Y qué hicisteis de ella? preguntó el monje amedrentado.

—¡Ay! hermano... hicimos de ella lo que ellos hacen con nuestras hijas y nuestras mujeres...

—¿Qué hicisteis de ella? volvió á preguntar el monje; decidlo, ciudadano.

—¡Ah! señor... como decía mi abuelo, más vale buen callar que mal hablar.

—¡Miserable! gritó el presidente con tristísimo acento; ¡y después quereis que Dios nos ayude!... ¡Tanto valiera querer que Dios sacara el Miño de madre y todo lo devastara! *Improbis homo probitatis præceptor, gracchus de seditione querens.*

Y santiguándose, se sentó.

—Roque das Mariñas pareció quedar confundido por un momento, al vibrar la voz del mon-

je pidiéndole cuenta de la hija del conde de Andrade. Era en efecto imponente la catadura de fray Alonso de Ares; y su ademán impuso á toda la asamblea.

De repente se levantó aquel hombre, que parecía ejercer tanto dominio sobre los demás.

—Hermano, le dijo á Roque das Mariñas; no queremos oír más proezas vuestras en favor de la libertad del país. Decidnos tan sólo vuestra opinión y la de vuestra clase para el gobierno que ha de adoptar, una vez emancipado.

—Señor, dijo el demócrata; como decía mi madre, con el tiempo maduran las uvas... con que así... logremos primero hacerlo independiente, ahorcando y quemando á todos los que lo atan á la corona de Castilla, que... soplar y sorber no puede ser, como decía...

—¡Al diablo con vuestros refranes! gritó el monje; la opinión... decid pronto vuestro parecer de gobierno... Es preciso saber adonde vamos, ya que estamos embarcados; pues me temo...

—Hermano, mi opinión y la de los míos, es decir, la opinión del pueblo que trabaja, es ser gobernados por labradores ó artesanos, el pueblo por el pueblo. ¡No queremos rey!... que, como dicen los míos, un pueblo puede pasar sin rey, y un rey no puede ser rey sin pueblo.

—Pues bien; dijo el monje después de oír aquel aforismo democrático; mejor será ni lo uno ni lo otro. Ni rey, ni Roque.

Y se dirigió al mariscal y al ciudadano al proferir con energía estas últimas palabras.

Entonces les llegó la vez á los dos bandos aristocrático y democrático, de despedir otro murmullo de desagrado.

—«Hermanos, dijo el padre Ares, todo debe ceder al gobierno de Dios. Dios gobernará á Galicia, una vez emancipada. Vosotros, nobleza y pueblo, sereis el brazo que ejecuta; nosotros, clero, la cabeza que piense, la cabeza que organice, así ahora como entonces.

»Para probaros las ventajas que alcanzaría el país con un gobierno teocrático, os manifestaré que no sólo se emancipa un reino en los campos de batalla, sino también desde el fondo de un gabinete, de una celda. Mirad:

Y desdobló un pergamino.

—»En este breve, el Papa promete apoyar y reconocer la independencia de Galicia, siempre que sea regida por el poder espiritual que residirá en un gran Arzobispo. Mirad:

Y desdobló otro pergamino.

—»En este, el rey de Portugal, D. Juan II el Grande, el príncipe perfecto, como le llama su

pueblo, promete también apoyar y reconocer la desmembranza de Galicia y Castilla, con gente, dinero y armas. Mirad:

Y desdobló otro.

—»Y en este otro pergamino se compromete el clero que represento á sostener un ejército inglés que desembarcará en la Coruña y acabará en menos de un mes con la revolución. Y bien, hermanos, ¿gobernará el pueblo á nuestra querida patria? El que más haga por ella, ¿no es verdad? el clero, su pensamiento, su cabeza.

»Era preciso hablar así, y hablo. Era preciso hablar, y hablasteis. Porque era preciso saber, hermanos, adonde nos dirigíamos con nuestros gritos de *Justicia, independencia y libertad*. Era preciso que arrojásemos la máscara, y nos presentáramos aquí con la frente desnuda, y en nuestra frente el pensamiento político que nos hace luchar contra los que apoyan á Fernando V y á Isabel I.

»Ahora bien, ¿quereis la independencia del país? pues obedeced á la cabeza de él, al clero, y ahorrando la sangre de sus hijos, un ejército extranjero que sostendrá, nos llevará á cantar el *Te Deum laudamus* á la catedral de Santiago.»

—No queremos extranjeros, padre: dijo el mariscal; queremos deberlo todo á nuestros es-

fuerzos, á nuestro brazo, y... aun á nuestra cabeza.

—Y dirigiéndose al crucifijo que había sobre la mesa:

—Juro, dijo—poniendo la mano izquierda sobre el corazón y la derecha sobre él—y conmigo todos los nobles que represento, derramar hasta la última gota de sangre por erigir en reino el abatido y oprimido reino de Miro XV y de Leovigildo III, sin que una espada extraña brille entre nuestras espadas. Dios, á quien apelo, me lo tome en cuenta, y sinó, me lo demande.

Y tornó á su sitio.

Entonces, Roque das Mariñas se dirigió también á la mesa, y poniendo las manos sobre el corazón y el crucifijo, á semejanza del mariscal:

—Juro, gritó, y conmigo los míos, que moriremos combatiendo por la libertad de Galicia, ahorcando á todos los extranjeros que entren en ella, á todos los que se coronen por reyes, y á aquellos que los defiendan, llámense como quisieren, y fueren quien quisieren.

Entonces, viendo que no obtenía las simpatías de la nobleza ni del pueblo, y temiendo una sesión borrascosa, el padre Ares se contentó sólo con murmurar:

—*Insania non omnibus cadit.*

Y sonando tres veces la campanilla en señal de terminarse la discusión, atravesó por entre los conjurados, á la cabeza de los miembros de la Iglesia que se hallaban allí con ánimo de salir del subterráneo.

Pero cerca de la puerta se detuvo trémulo, espantado.

Cuatro hombres se presentaron en ella conduciendo en unas parihüelas un bulto informe.

—¡El representante de la puebla del Brollón! murmuraron aquellos cuatro gañanes, dejando las parihüelas sobre la mesa, al pie del crucifijo.

Todos los conjurados se agolparon con ansiedad hacia la mesa...

La luz de los faroles, recortó distintamente la forma del bulto que se veía sobre las parigüelas...

Era la de un hombre descegado.

Al ver aquel cadáver tan espantosamente mutilado, todos despidieron un grito de horror y este nombre:

—¡Guimaró!!..

Después retrocedieron, llevaron la mano á la cruz de sus espadas y de sus puñales, se arrodillaron en torno de la mesa y exclamaron instintivamente con los ojos clavados en el techo:

—*¡Deus fratresque Gallæciæ!*

Y aquel grito vengador recorrió las profundidades de la venta, y oscilante y pavoroso como un eco enérgico de dolor, se extinguió en las oscuras enramadas de la montaña entre el sepulcral silencio de la media noche.

V

ABNEGACIÓN

Cuatro horas después, es decir, á las cuatro de la mañana del siguiente día, dos hombres, ginetes en briosos alazanes, y embozados en sus grandes capas negras, atravesaron las desiertas calles de Chantada y tomaron el camino de Monforte por los Codos de Belesar.

Ambos, recatados y silenciosos, volaban paralelamente por el anchuroso camino que hay desde la villa á la primera montaña de los Codos; pero al entrar en ellos se colocó el uno en pos del otro y pusieron al trote sus caballos por los peligrosos accidentes del terreno, y ser la senda tan estrecha y sinuosa que les impedía marchar unidos y á escape como hasta allí.

El alba empezaba á blanquear los objetos; to-

do parecía salir de un caos á aquella hora en que, así como la naturaleza despierta de un profundo sueño, los pájaros y las flores vuelven también á la vida, trinando aquéllos y abriendo éstas sus corolas para saludar el nuevo día.

Un poco después, las encendidas tintas de una aurora como la de los lienzos de Villaamil, prestaron al paisaje todo el encanto indefinible que ostenta en sus mañanas de primavera, dibujando en el horizonte sus graciosos árboles frutales y los pintorescos obeliscos de rocas que se alzan entre sus lindísimos viñedos.

El camino que constituye los Codos de Belesar, es un tránsito practicado en la rápida pendiente de una cadena de montañas empinadas, roto en ángulos bastante agudos, á los cuales llaman codos en el país; y que se prolonga siempre faldeando la cordillera con el Miño á los pies, cuyas negras aguas resbalan espumosas por entre su alveo de rocas puntiagudas.

Sin embargo del peligro á que iban expuestos nuestros viajeros por la escabrosidad y disposición del terreno, bajando á caballo por él, cuando el sol se redondeó en los lejanos picachos de Ousende, llegaron á las pintorescas casas de San Fiz, situadas casi á la conclusión de los Codos de Belesar.

Al pasar por enfrente de una de estas casas que ostentaba á la puerta un ramo de laurel, símbolo ó señal de taberna, el caballero que iba delante se paró y dijo al que venía detrás.

—¿Te parece que almorcemos aquí, diantre?

—Es muy tarde, contestó el otro.

—¡Qué diantre! de paso que nos mudamos de traje, ¿no mudamos á la vez de caballos? Y además, ¿no hemos dicho ayer que nos preparasen un buen almuerzo?

—Bien, almorcemos.

Y cediendo ya el otro, ambos se apearon y entraron en la taberna con sus caballos.

El tabernero corrió á llevarlos á la cuadra, y su mujer á poner dos sillas alrededor de una mesa que acababa de fregar y cubrir con un mantel aseado.

—¿Qué tal, buena Mariña, preguntó uno de los ginetes, sentándose, ¿habéis frito las truchas de la manera que os dije ayer?

—Si, señor, contestó la tabernera; están riquísimas; como las pudiera desear el mismo conde de Lemos. Mirad; ahí tenéis uno que dice que en su vida las comió mejores.

Y señalaba á un hombre que se hallaba almorzando vuelto de espalda á los que habían entrado, y en una mesa del rincón.

Mirólo el de las truchas; y haciendo una señal á su compañero para calarle el sombrero enorme, con funda de hule, que tenía el que almorzaba, apartó la vista de él con la sonrisa en los labios.

—¿Y el vino? volvió á preguntar á la tabernera, ¿tendréis el vino de Esperón que os encargué? ¡diantre!

—¡Vaya! contestó la mujer haciendo un horrible visaje; ¡no os lo había de tener! Siquiera para que no maldigerais tanto como ayer de noche cuando pasasteis por aquí. ¡Jesús y María, qué cosas deciais!

—Sí... sí... pero que sea legítimo de Esperón ¡cáspita! dijo el que menos hablaba.

—¡Diantre!... ¡pues no faltaba más! Si no es Esperón legítimo, le pongo fuego á la casa.

El tabernero, que volvía de la cuadra, dió un salto al oír estas piadosas palabras del parroquiano.

—Descuidad, señores hidalgos, dijo, que no lo beberéis tan bueno tal vez en Monforte. Y si no, pronto vamos á salir de dudas.

Y cogiendo un jarro de barro, se dirigió hacia un pellejo.

—Las truchas... vengan las sabrosas truchas del Miño, gritó uno.

—Sí, sí, pronto; gritó el otro.

La tabernera presentó una gran fuente de ellas, cuya vista hizo brillar de alegría los ojos de los ginetes y desapareció en seguida.

—El pan... el pan, ¡diantre!

—Pero que no sea del de ayer, ¡cáspita!

—Eso es imposible, contestó el tabernero, poniendo el jarro y dos vasos de vidrio sobre la mesa: aun no ha venido de Chantada á donde lo habíamos encargado expresamente para vuestras mercedes.

—¡Diantre! ¡Con que vamos á almorzar truchas sin pan!

—Qué queréis, mis buenos señores; como no queráis del de ayer, no sé que haceros.

—¡Cáspita! ¡ya me lo temía yo! por eso quería almorzar mejor en el castillo. Ea, mudémonos y marchemos.

—No... no; no te levantes... Almorcemos con pan de centeno, ¡diantre!

—¡Pero si es más negro que mis botas!

—Pero más sabroso y saludable que ninguno, dijo el tabernero poniendo sobre la mesa un pedazo de torta de centeno.

Los jinetes, como no tenían otro remedio sino comerlo, á no ser que almorzaran sin él, empezaron á partir pedazos de aquel pan.

—A buen hambre no hay pan negro, diría Roque das Mariñas si se hallara aquí. ¿no es verdad, Mauro? dijo uno de ellos clavando en él los dientes.

—¡Diantre con el rufián aquel! siguió el otro; ganas me daban de atarle á la cola de mi caballo por los disparates que decía. Si los hermanos de Galicia lo esperaran todo de él y los suyos, estaban frescos!

—No habléis así, le dijo su compañero quedamente; puede oirnos ese gañán.

—¡Huf! y aunque nos oyera... ¿puede abrigarse algún sentido común debajo de una caja de tambor como esa?

Y señaló riéndose el deforme sombrero del solitario y silencioso hombre que estaba almorzando de espaldas á ellos, en un rincón de la sala, como dejamos dicho.

—Por mis abuelos, prosiguió dejando de reirse del gañán del sombrero; como algún día lo encuentre de modo que su canalla no pueda comerme, le he de enterrar la cabeza entre los hombros á ese tiburón das Mariñas, que tan lindas cosas dijo ayer, ó le descepo como el Oso negro á Guimaro.

—¿Y el monje? preguntó el otro; ¿qué me dices del monje, cáspita?

—¡Otro que baila!... El monje anda buscando tres pies al gato, y tiene cuatro. ¡Pues no quería gobernarnos!

—¡Así andaría ello!

—¡Diantrel tendríamos que aprender latín, sino... nos mandaba ahorcar como tres y dos son cinco.

—¡Y yo... que ni aun sé la letanía!

—Ni yo.

—De cada castillo haría un convento ¡cáspita! y de cada casa un altar.

—Y á las chicas las encerraría en ellos... ¡diantre! Bien andaría todo. Nada, á ese monje se le descepa como á Roque das Mariñas.

—¿Cuánto mejor no será un hombre como el mariscal al frente del reino?

—Ya lo creo ¡diantre!

—El valor y el talento en una pieza.

—¡Vaya!

—¿Quién más arrojado que él? ¿Quién dió primero el grito?

—Cierto; y si no que conteste Vivero, Mondoñedo, Santa Marta...

—Y mil pueblos más que ha despertado de su letargo ¡cáspita! ya con su espada, ya con sus palabras.

—¡Cómo se quedará el clero y el pueblo cuan-

do él, después de tomar á Monforte, plante sus reales en la catedral de Santiago!

—Bien merecido lo tienen. El clero no es nada sin la nobleza, el pueblo tampoco es nada sin la nobleza, y la nobleza lo es todo por sí.

—Claro está ¡diantre! Pero veremos cómo salimos nosotros en la toma de Monforte.

—¿Cómo hemos de salir?... bien. Yo pienso que, según el plan del mariscal, no habrá necesidad de desnudar la espada, ni una gota de sangre se derramará. Una sorpresa como la que él quiere, ya hace mucho que le traía preocupado.

—¡Diantre si le traería! ¡Cuando él mismo se metió allí de arquero mayor del pobre Amaro!

—Gracias á eso, conoce mejor los flacos del castillo que el mismo conde.

—Flacos... no tiene ninguno ¡diantre! ¡Si es fuerte y sólido como si saliera así fundido del infierno.

—Sí tiene flacos.

—¿Cuáles?

—Nosotros.

—¡Ah!

Y esta aspiración tan significativa de Mauro de Lecín, pues ya le habrán conocido nuestros lectores por sus *diantres*, así como á su compa-

ñero por sus *cáspitas*, hizo estremecer al gañán que se hallaba almorzando en el rincón.

Siguió después un momento de silencio producido por el Esperón que acercaban á los labios.

—El Esperón va á concluir contigo, Mauro, dijo el de Canaval dejando de beber.

—¿Quién lo dice á quien?

—Yo á tí, ¡cáspita!

—Eso es, quien no puede dormir sin ir borracho á la cama, y quien...

—A quien no puede hacer lo mismo por levantarse ya borracho de ella, ¿no?

—¡Qué cosas tienes, Rodrigo?

—Ea... concluye tu historia y bebe lo que quieras.

—¿Qué historia?

—La que me estabas contando ayer, durante la tormenta.

—¡Ah!!

No parecía sino que cada ¡ah! de Lecín era un puñal para el gañán del rincón, pues á este otro también volvió á estremecerse visiblemente.

—Ea... cuenta tu historia, volvió á instar Rodrigo. Conclúyela. Quedaste en el torneo... cuando ella te iba á poner la banda.

—¡Diantre! ¡Tú estás loco!... ¿A qué asunto he de contarte eso que ya no recuerdo?

—Tu objeto al referirmela, era probarme que jamás harías mal tercio á un amigo en asuntos amorosos.

—En efecto; jamás le haría mal tercio.

—Bien; pero eso no pasa de un dicho... de una broma.

—No, no; no es broma. Te dije que un amigo vale más para mí que todas las mujeres del mundo y es así.

—Lisonjas.

—Como gustes. Da la importancia que quieras á mis palabras; pero he dado mil pruebas de ello.

—En fin; veamos esa que me empezabas á contar.

—¡Qué diantre! estoy muy cansado del viaje.

—El Esperón tiene la virtud de quitar el cansancio; bebe.

Y el de Canaval llenó su vaso.

—Bebamos, pues, dijo el hidalgo sorbiéndolo de un trago. ¡Ya que te empeñas en que beba!...

—Sí, pero no olvides mi otro empeño.

—¿Todavía la historia?

—Todavía.

—¡Cuidado que estás... fastidioso!

—¡Cáspita! yo no me hubiera hecho tan inte-

resante como te haces, si un amigo como tú me pidiera un favor semejante.

—Pues señor; veo que no hay remedio, y que si no es ahora será algún día; porque te veo muy decidido á fastidiarme con tus instancias.

—No haber empezado la historia. Nadie te preguntaba cuantos años tienes.

—Así es.

—Quedaste, y van dos veces, en el torneo, cuando ella...

—Ella era la reina de él. Me acerqué á recibir la banda y me la puso, no hablándome otra palabra que las que se acostumbran en esos casos... «Sea un talismán, etc...»

—Bien... después...

—Después la ofrecí el brazo para acompañarla al castillo, y lo aceptó. Por el camino íbamos silenciosos como dos esposos enfadados; ni nos hablábamos, ni nos mirábamos. Yo porque quería huir... olvidar para siempre aquella belleza que se acababa de casar con un amigo...

—Luego el torneo fué...

—En celebridad de la boda. Y ella iba silenciosa como una dama resentida.

—Tiempo tuvo para que le pasase el enfado.

—Las mujeres, querido amigo, no se desenfada-

dan con el tiempo. ¡Un resentimiento puede tanto en ellas!

—Suprime la parte filosófica de tu historia, ¡cáspita!

—Qué quieres, Rodrigo, hace tantos milagros este soberbio Esperón, que no es extraño que diga... mil sandeces.

—Ibas del brazo para el castillo...

—Ibamos del brazo para el castillo, cuando ya cerca de él vimos unos jazmines entre unas rocas.—¿Os gustan los jazmines, caballero de Lecín? me preguntó.—Poco, le contesté secamente, como si yo tratara de que la conversación no pasara adelante.

Pero ella, que atribuía este desvío á otra cosa que al lazo que acababa de contraer con un amigo mío, pareció resentirse de él, y en vez de desear llegar al castillo cuanto antes para soltar mi brazo, se paró un momento á mirarlos.—¿Los quieres? le preguntó su esposo, que venía al lado.—Sí, coge uno, uno tan solo, contestó. Y el marido se lanzó á cogerle la flor.

Al desviarse él, me dijo casi al oído:—Caballero, esta noche á las doce os espero ahí, en el sitio de los jazmines.—Pero... ¿y vuestro esposo? repuse yo.—Esta noche estad ahí, caballero, lo demás no os importa.

—¡Cáspital! exclamó el de Canaval; ¡y eso que era la noche de boda! ¡Cuidado con las mujeres!

Si los hidalgos pudieran ver en aquel momento el rostro del gañán del rincón, se admirarían de su mirada fija, vidriosa, y de las gruesas gotas de sudor que le corrían por la frente.

—¿Y fuiste? preguntó Rodrigo.

—Fuí... No quería ir por la consideración que tanto me dominaba, pero creí muy prudente desengañar á aquella mujer; manifestarle francamente cuanto podía en mí esa consideración, no obstante el cariño que su hermosura me inspiraba. A las doce, un poco antes de dar, llegué á las rocas de los jazmines, y esperé. Estaba la noche bellísima ¡diantre! y no me hizo esperar mucho, pues á la luz de la luna ví avanzar hacia mí una especie de fantasma. Era ella, envuelta en un hábito de monje bernardo!

—Já... já... celebró el de Canaval; ¡no lo digo yo!... ¡cuidado con las mujeres!

—En aquel instante el gañán llevó las manos á la frente como para componerse el pelo que le caía sobre los ojos, y asió tanto un mechón que parecía que iba á arrancarlo de furor.

—Señora, le dije, tanto favor para... No me dejó concluir.—Me alegro que hayais venido,

caballero, me dijo sin acercarse, os doy las gracias: sois tardío, pero cierto. Gracias. Y se fué.

—¡Cáspita!... ¡se fué!

—Se fué sin decirme nada, sin oirme nada.

—¿Y no la seguiste?... ¿no la?...

—¡Que diantre! ¡si me turbó!... ¡si me dejó alelado con aquella salida!

—Pero bien, todo eso no prueba lo que pretendes probar.

—Es que aún no concluí.

—Prosigue entonces.

—Aquel desaire, aquella venganza hirió profundamente mi amor propio, y quedé algún tiempo como loco; no pensaba en nada más que en ella. Unas veces quería montar á caballo, volar á su lado y arrojarme á sus pies... y la imagen de aquel amigo que se alzaba entre ella y yo, me contenía. Yo padecía; pero ella no padecía menos.

—¡Ella!... ¿por qué?

—Porque así como el hombre cuando se venga, olvida; la mujer cuando se venga, ama.

—¡Cáspita!... no entiendo eso... pero sigue.

—Ella y otras me lo demostraron así. Poco después de aquella noche en que ella se burló de mí, y estando yo cazando en mis montañas de

Lecín, pasó por allí á caballo. Un paje la seguía.

—¡Qué ocasión, Mauro, qué ocasión!... Pero lo que yo más extraño en todo esto, querido mío, es como ella casándose enamorada... porque ella se casaba enamorada ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues bien: ¿como ella casándose enamorada, te amaba á tí también?

—¡Oh! yo te hacía más ducho en eso, Rodrigo. ¿Nunca oiste decir que la mujer por muy enamorada que esté, siempre tiene en el corazón un segundo amante?

—¡Cáspita! exclamó el de Canaval estreme-ciéndose.

Y se quedó pensativo, mirando á Mauro fijamente.

—Sorprendido de su aparición en aquel sitio, continuó éste, ni aun me incliné á su presencia; pero la devoraba con los ojos.—Caballero, me dijo, como si nunca me hubiera visto, ¿falta mucho de aquí á Monforte?—Media legua, tartamudeé asombrado.—Gracias, volvió á decir poniendo al trote su caballo. Y se fué.

—¡Otra vez!

—Otra vez, ¡diantre!

—Aquello era tentarte la paciencia, Mauro. Yo no tendría tanta...

—Pero aquello curó la herida de mi amor propio. Aquello curó mi cabeza, mi corazón.

—Con poco te contentabas. ¿Y qué más sucedió?

—Una semana después apareció en el mismo sitio. Venía sola... el paje se divisaba á lo lejos, al pie de unos castaños.

—Buena señal... bien... bien... ¡Cáspita!

Y el de Canaval soltó una carcajada estrepitosa.

Cada una de estas carcajadas parecían otros tantos puñales que se clavaban en el pecho del innoble gañán; pues su rostro se contraía con una expresión terrible, como si una sensación dolorosa y desesperada lo aniquilase completamente.

—Caballero, me dijo; creo que estamos al corriente de nuestras cuentas ó citas, y que ni me debéis ni os debo. Yo no le contesté; y me senté en una roca con indiferencia. Ella pareció despreciar también mi silencio, y apeándose del caballo, lo ató á un árbol cercano y se sentó á mi lado.

—¡Cáspita! exclamó Rodrigo; esa mujer estaba loca de amor.

Los dientes del gañán rechinaron terriblemente.

—Jamás la había visto tan hermosa, continuó el hidalgo de Lecín; pero mis ojos se oscurecían por intervalos, la frente me pesaba como una montaña, y padecía horrorosamente en aquella lucha cruel entre el cariño que le profesaba á ella, mi ídolo; y á él mi amigo.—Parece que os hacéis valer mucho, caballero, me dijo; pues para veros es preciso andar más de una legua. Yo continué inmóvil y silencioso.

—O queréis, me dijo, reformar las costumbres, haciendo que la mujer declare á un hombre... Y se detuvo.—¿No habláis? ¿no me decís nada, caballero? Y su voz suave y armoniosa; y su aliento, que casi se confundía con el mío, parecía abrasarme como si respirara una atmósfera de fuego.

—¿Pero tú... nada le contestabas, cáspita?

—Nada. Otra mujer en su lugar se hubiera ofendido; pero ella no lo demostraba al menos; pues á pesar de mi silencio despreciativo, continuaba á mi lado mirándome y hablándome, como insensible á mi aspereza, á mi desabrimiento. La mañana estaba deliciosa; un arroyuelo murmuraba cerca de nosotros; trinaban las aves en las ramas del árbol que daba sombra á las rocas; las flores embalsamaban el aire con sus perfumes... y toda la naturaleza respiraba

vida y alegría. Hubo un momento en que, no pudiendo resistir más las melosas palabras de aquella hechicera criatura, la miré con una expresión de amor vivísima, me dieron impulsos de tomarle una mano para estrechársela con vehemencia, pero ¡diantre! el recuerdo de él, tan bueno, tan amigo mío, me estremeció. Entonces, sojuzgado por aquel poder que tanto influjo tenía sobre mi espíritu, me levanté de repente y me precipité como un loco hacia mi torre.

El hidalgo de Canaval miraba con admiración al de Lecín. Eran tan convincentes sus palabras, y hasta el tono con que las pronunciaba, que no podía dudar de lo que oía. Además, su compañero había mostrado siempre y en todas ocasiones unos sentimientos de una delicadeza extremada. Dudar, sería herir profundamente su susceptibilidad exquisita.

Mauro continuó:

—Al otro día, y casi á la misma hora, volví á las rocas, resuelto á manifestarle cuánto la amaba, y cuánto padecía por verla unida á otro hombre, á un amigo querido. Esperé y no vino; pero en cambio un bellissimo ramo de jazmines encontré sobre la roca en que se había sentado la víspera. Al siguiente día ví otro ramo, que también recogí. Al otro, ella me esperaba allí.

—¡Cáspita! Era cosa resuelta el perseguirte.

—La presencia de aquella mujer me hacía estremecer de dolor y de alegría; y tal era mi turbación al verla, que pocas veces me asaltaba una idea que revelara sentido común; su presencia me trastornaba. Sin embargo, aquella vez reuní todas mis fuerzas y me dirigí á ella resuelto á acabar para siempre aquel juego que me traía sin sombra, como suele decirse.—Señora, le dije, acabemos de una vez, y no os espongaís así viniendo á estos sitios. Yo os amo más que vos podáis amarme; pero sois la esposa de un amigo mío, á quien amo como á un verdadero hermano. Adiós, señora, olvidadme en vuestra torre de... como yo trataré de hacerlo en mi torre de Lecín. Adiós, adiós, señora! Y me alejé precipitadamente.

—Bien... bien, prorumpió Rodrigo enternecido.

Mauro continuó:

—Por un sentimiento, no sé si de amor ó de compasión, volví los ojos para mirarla cuando distaba unos cien pasos de ella, y la ví con un pañuelo en los ojos... lloraba...

—¡Lloraba!

—Sí; ¡y aquella fué la última vez que la ví!...

—¡Pobre Elvira!... Y su marido, preguntó el

de Canaval ¿comprendió alguna vez lo que pasaba en el alma de ella?

—¡Jamás! ¡ni lo sabrá nunca!

—¡Oh! ¡Mauro... Mauro... gritó entonces el gañán, levantándose del rincón y estrechándole en sus brazos, con las lágrimas en los ojos.

—¡Fernán de Amandel... exclamaron los dos hidalgos despavoridos.

Y retrocedieron unos cuantos pasos, como si un fantasma se les apareciera de improviso; el de Lecín, con los ojos extremadamente abiertos, los brazos extendidos y con una expresión de terror sumamente marcada; el de Canaval, con la mirada fija, viva, recelosa, y la mano derecha en el puñal que llevaba oculto en el pecho.

—¡Dios tenga piedad de mí, como tú la tuviste, Mauro! volvió á decir el hidalgo de Amande.

—Pero... si... no era Elvira de Somoza... si no era tu esposa, tartamudeó el de Lecín; si era otra...

—Es en vano que lo niegues, Mauro. Ella fué la que te dió una cita antes de casarse; ella la que te colocó la banda en el torneo de Losada; yo el que cogí el ramo de jazmines cuando la llevabas del brazo, y ella, en fin, la que te iba



á buscar á tus montañas de Lecín, después de casada.

—Pero... si fué otra ¡diantre! Si Elvira de... quiso disculpar el hidalgo; pero se quedó perplejo por un momento, como si no encontrara palabras.

—Me hiciste un bien; pero al mismo tiempo un mal, Mauro, prosiguió Fernán en medio de su abatimiento doloroso: me hiciste un bien, porque se necesita ser un verdadero hidalgo, un verdadero caballero como tú, para resistir á las poderosas seducciones de una mujer, y de una mujer tan joven y tan bella como Elvira de Somoza; ¡ira de Dios! Y al mismo tiempo un mal, porque mi amor hacia ella se convertirá en un odio profundo... ¡oh! sí, profundo!

—Pero yo... yo no sabía ¡diantre!

—No; tú no sabías que yo oía esa historia ayer... y hoy... porque la casualidad, ó más bien la fatalidad, lo ha dispuesto así.

Después de estas palabras del de Amande, hubo un momento de silencio tristísimo que interrumpió el de Canaval diciendo:

—Y bien, ¿qué es lo que indica ese traje, Fernán? ¿De dónde vienes?

Y la voz de Rodrigo era brusca y enérgica, y su diestra apretaba aún el puñal convulsivamente.

Este traje indica una aventura de poco más ó menos, Rodrigo, contestó el hidalgo, como queriendo descartarse de aquella circunstancia á los ojos de sus amigos; y vengo de ver á una dama de Chantada.

—¿Y para eso es preciso disfrazarse así? volvió á insistir Rodrigo, poseído de una duda cruel.

—Es preciso... yo casado y ella soltera... ya ves.

Esta contestación de Fernán y el tono indolente con que la pronunciaba, pareció satisfacer al hidalgo receloso.

—¿Y vosotros? preguntó aquel á su vez, como si se fijara por primera vez en sus trajes; ¿por qué cambiasteis vuestros gabanes y birretes por estas chaquetas y monteras de somonte?

—¡Cáspita!... es que nuestras aventuras las corremos más lejos de aquí... y á pique de caer en las uñas de los hermanos de Galicia.

El hidalgo de Amande pareció creer esto; al menos debía fingirlo así.

Pasadas estas satisfacciones recíprocas, el de Lecín y el de Canaval se pusieron sus trajes de hidalgos de Monforte, que les presentó el ventero, y mandaron sacar los caballos.

Instantes después los tres jóvenes cabalgaban

por los Codos de Belesar, aguijoneando cuanto podían el paso de sus cansadas caballerías.

Fernán iba delante callado y pensativo.

Los otros dos hidalgos, aunque también iban silenciosos, como si no cuidaran más que de arrear á los corceles para llegar á Monforte cuanto antes, de cuando en cuando el de Canaval excitaba la atención de su compañero con algunas palabras á *sotto voce*, ó algunos gestos de desagrado señalando al aburrido esposo.

Bien pronto, y al trote que iban, llegaron al *Paso de las Piedras*.

Llámase el *Paso de las Piedras*, el lugar en que el Miño ofrece una de esas rarezas que presentan otros ríos, desapareciendo totalmente en ellas, como si un sumidero terrible por el estilo de los *Ojos de Guadiana*, lo absorbiera sin dejar señal alguna de su gran masa de cristal.

Esta desaparición que produce un ruido ronco é imponente, es debida á que en su curso encuentra un banco de peñascos sólidos, debajo de los cuales hay sustancias menos duras, que mina ó socava en su marcha eterna, abriéndose paso por entre ellos hasta que vuelve á aparecer en claros en que el alveo peñascoso no existe.

Pero allí, en el sitio designado el *Paso de las*

Piedras, no se sabe donde van á parar en su espantosa sumersión los objetos que arrastra la corriente, pues al tiempo de atravesarla por este puente de rocas, algunas personas tuvieron la desgracia de caer entre ellas, y no volvieron á verse más en la superficie del río, ni aun sus cadáveres.

Cuando nuestros hidalgos, llevando los caballos del diestro, lo atravesaban con la precaución consiguiente al peligro que corrían, el de Canaval, que iba detrás, volvió á hacer al de Lecín otros gestos de disgusto como designándole al de Amande por funesto; pero el de Lecín le contestaba con encogimientos de hombros, como si no diera importancia alguna á sus temores.

—No sé por qué se me figura, le dijo quedamente Rodrigo, que Fernán va á sernos fatal.

—Aprensiones, murmuró Mauro.

—¡Oh! no... no... ese hombre debe morir ahí antes que malbaratar nuestros planes, pues me temo algo, ¡cáspita!

—Miedoso, contestó Mauro.

—Por sí ó por nó, al agua con él, Mauro.

Mauro lo miró con extrañeza.

—¡Líbreme Dios! exclamó.

—Arrójalo, ¡cáspita!

—Primero me arrojaría yo, ¡diantre!

—Pues entonces déjame ir á mí á su lado.

E intentó pasar.

—¡Rodrigo! gritó Mauro rojo de cólera.

—Bien, tartamudeó el de Canaval. ¡Dios quiera que un día no maldigas tu buen corazón! ¡Dios quiera que no nos toque igual suerte que á Guimarol!

Mauro pareció despreciar esta profecía guardando un silencio profundo.

Pasaron...

Media hora después, al dar las ocho de la mañana en el castillo de Monforte, entraban en él nuestros descarriados hidalgos y se admiraron de la agitación y espanto que reinaba dentro de sus muros.

VI

LOS HOMBROS DEL DOCTOR VILELA

¿De qué provendría esta agitación, este espanto que poseía á los habitantes de Monforte en aquella hora?

Auxiliemos la memoria de nuestros lectores. Aquellos que hayan leído la segunda parte

de esta obra, nos agradecerán, no que nos remontemos á explicar las causas de aquel efecto, porque ya las han encontrado en sus capítulos; pero sí que anudemos la cadena de episodios, rota en el último, con lo que va escrito en esta tercera parte, conforme al plan dramático que hemos indicado en el prólogo.

El retroceso no es mucho. Estamos en las seis de la mañana del día siguiente al en que fué asesinada la condesa Maret. El retroceso no es más que de pocas horas, bien empleadas por cierto, pues en ellas hemos asistido á una junta de la terrible comunidad de los hermanos de Galicia, que tan necesaria nos era para el objeto de esta historia, además de que la imaginación del narrador tiene sus caprichos, su arte, su coquetería, que es necesario perdonarle.

El soberano señor de los estados de Monforte, corte de ellos, tenía la costumbre de levantarse muy temprano y dirigirse al picadero, donde veía limpiar ó trabajar á sus caballos favoritos Abenhamar, Almanzor y Abdalla, bautizados así con nombres árabes, en señal de su privilegiada raza.

Era el picadero un coso que envidiaría el más aficionado á la equitación. Además de reunir todas las ventajas de espacio, de luz y piso que

estos encarecen en toda su apreciación, se hallaba adornado como un salón de recreo.

Perdónennos las cenizas del orgulloso señor feudal si sacamos á plaza sus debilidades ó extravagancias; pero en las paredes de aquel circuito veíanse nichos, de trecho en trecho, en los cuales había mandado colocar los bustos de sus antepasados. Por un singular capricho que explican más que todo su decidida vocación de ginete, su amor á los corceles; así como los demás varones, altivos y orgullosos de su alcurnia, contemporáneos suyos, ostentaban en sus grandes salones los retratos de sus abuelos, el conde D. Alonso los presentaba en su picadero.

También es verdad que pocas veces salía de él, y que su mundo se concretaba al reducido horizonte que abarcaba aquella pared circular, pues allí se le veía las más de las horas.

En ningún salón ó paraje del castillo se notaba un escudo de armas tan bien labrado y adornado como el que decoraba la puerta del picadero; el roel y los doce blancos en campo de gules, en señal de las doce doncellas que libró Fernán López de Lemos del famoso tributo de las cien que se daban á los moros, y de que tanto hablaron las crónicas antiguas y los poetas modernos.

Veíase, después, el retrato de Vasco López de Lemos, progenitor de esta familia y uno de los más esforzados caballeros de su tiempo, el cual ayudó á D. Alonso I á rescatar la ciudad de Lugo del poder de los moros, y otros pueblos más de bastante importancia en aquellos tiempos.

A éste seguían por riguroso orden cronológico, Lope López de Lemos; Diego López de Lemos, uno de los primeros que asaltaron el castillo de Santa Cristina del Viso; Alonso López de Lemos, con su traje de Trece de la orden de caballería de Santiago, de la cual fué uno de los fundadores; otro Alonso López de Lemos, que tanto se señaló en la batalla de Clavijo; Lope López de Lemos, en la batalla de Aguasmais contra el rey D. García; Alonso López de Lemos, en la de Fuente Culebras, sirviendo al emperador D. Alonso, el cual le dió el título de conde y señor de la tierra de Lemos; Diego López de Lemos, en la batalla de las Navas; Lope López de Lemos, rico hombre del rey Alonso IX y de su hijo D. Fernando el Santo; Lope López de Lemos, llamado *el buen caballero* por no abandonar jamás al rey D. Pedro en sus desgracias; Alonso López de Lemos, fundador del monasterio de Bernardas de Ferreira, y, concluyendo aquella galería genealó-

gica, el de Lope Alonso de Lemos, padre del conde D. Alonso.

A las seis de la mañana de aquel día, el conde de Lemos entró en el picadero, como de costumbre; donde le esperaba Abenhamar, en pelo, solo y en medio de él, impaciente por empezar su ejercicio.

Al entrar paseó sus miradas por los retratos de sus antecesores, como si los saludara; y fijándola en el caballo, se dirigió á él directamente, sacudiendo como por distracción el látigo con un puño de oro que llevaba de continuo.

Aquella mañana Abenhamar quiso hacerse el interesante, y contra su costumbre de dejarse acariciar por la blanca mano del poderoso señor, cuando este iba ya cerca de él, pegó dos ó tres botes y se disparó á la carrera como un rayo.

El conde hizo un gesto de extrañeza, y lo dejó correr hasta que buenamente se parara.

En esto compareció en el circo un paje de sus caballerizas, lindo y gracioso, que se le acercó con respeto.

—Muy buenos días, gran señor; le dijo, inclinándose con la gorra en la mano.

—Hola, dormilón, contestó el conde, sin mirarlo apenas: ¿no te da vergüenza que siempre sea yo el primero en venir?...

—Esta vez, dispensadme, señor conde; repuso el pajecillo; pero creo haber madrugado más que vos...

—¡Cómo, madrugado más que yo, cuando fui el primero en llegar! Por Santiago, que te vas haciendo un embusteruelo.

—¡Oh, señor! parece que no os acordáis de vuestro encargo de ayer...

El conde seguía con los ojos todos los movimientos de Abenhamar en su galope al rededor del picadero, y parecía que esto absorbía toda su atención. El paje que notó esto, trató de excitarla para justificar la tardanza ó falta porque aquel le había reconvenido.

—Os probaré que vine primero que vos, señor, dijo respetuosamente.

El conde volvió la cabeza á estas palabras.

—¡Cómo, primero que yo! ¡Aun vuelves á lo mismo, bribonzuelo! dijo, sacudiendo el látigo de una manera bastante significativa.

—¡Pero olvidais, señor, el encargo que me hicisteis ayer noche!

—¿Qué encargo?...

—Que fuera á la cámara del doctor Vilela y le...

—¡Ah, sí, sí! interrumpió el conde, pasándose la mano por la frente como si aquel nombre

despertara en él una idea terrible. ¡Por Santiago, Froilán, que ya no me acordaba!..

—Ya veis si madrugué primero; pues hice el encargo y os tuve listo el caballo, como lo pedisteis. ¿Lo veis, gran señor?... todo él brilla como un lucero... vedlo qué limpio.

—Bien; ¿pero qué dijo el doctor? insistió el conde, como si el recuerdo de aquel personaje pudiera más en él que cuanto le hablaban de su idolatrado Abenhamar.

—Que vendría.

—¿Temprano? ¿ahora?

—¡Vaya, señor! pues no faltaba más sino que no os obedeciera. Tan pronto como le dije que lo esperabais aquí, que deseabais hablarle, saltó de la cámara á pesar de sus muchos años, y empezó á vestirse apresuradamente.

—Bueno, perfectamente, murmuró el conde pensativo; es decir, que no tardará en venir, ¿no es verdad?

—No señor, no debe tardar; y si me dais vuestro permiso, iré á ensillar la yegua de la señora condesa.

—¡Cómo! ¡también hoy sale á pasear!

—¡Ayer, al volver de Destriz, me dijo que para hoy también la tuviera ensillada.

—¿Y vais muy lejos siempre que salís?

—No señor, dijo el pajecillo con aire descomulgado; no parece sino que la señora condesa tiene miedo de su Maravilla, pues apenas sale treinta tiros de ballesta de Monforte.

El conde dobló tanto el látigo, que á pesar de su flexibilidad, parecía que iba á saltar en mil pedazos.

—Bien, dijo, desviando la vista del pajecillo como si le hiciera daño su presencia; avísame cuando venga el doctor Vilela.

—Hélo ahí, señor.

Y Froilán le mostró un hombre obeso y como de sesenta años que entraba en el picadero en aquel momento.

—Tengo el alto y envidiable honor de saludaros, señor conde, gritó el recién venido desde lejos, empezando á hacer cortesías ridículas con el sombrero en la mano.

—Entrad, doctor; contestó el conde; acercaos...

Y le hizo una seña á Froilán para que se retirara.

En tanto el brioso Abenhamar continuaba su carrera, que provocaba de cuando en cuando el conde con su látigo; pero sin darle con él.

—¿En qué puedo tener la dicha de servirlos, señor conde? volvió á decir el doctor, saludando nuevamente.

—Nada, doctor; nada quiero de vos... por ahora, á Dios gracias; contestó el conde.

Y trató de sonreirse para borrar la tristeza que revelaba su semblante.

—Entonces, señor... tartamudeó el doctor encogiéndose de hombros... ¡no sé á qué atribuir la premura con que me mandasteis á llamar!...

—¡Yo! exclamó el conde, haciendo que se admiraba de oír aquello. Yo no os mandé á llamar. ¡Por Santiago, eso debe ser alguna muchachada ó torpeza de ese imbécil de Froilán!

Los hombros del doctor volvieron á elevarse; pero esta vez frunció el ceño con disgusto.

—En ese caso, dijo, me retiro: no debo importunar más vuestra alta atención...

—No, no, no os marchéis, doctor. Ya que estais aquí, veréis cuanto ha adelantado Abenhamar ¡oh, no hay caballo que lo iguale! ¿lo veis? Quizá Fernando V de Aragón no tendrá un caballo como este.

En efecto, es de una estampa sin igual; encareció el doctor.

—¿Y sus habilidades?... ¿vos nunca visteis sus habilidades?...

—Señor, nunca he tenido esa ventura.

—Entonces, no iréis descontento de la jugarrera de mi paje. Mirad.

Y se dirigió al caballo.

—¡Abenhamar, quieto!

El caballo se quedó parado de repente.

—Bien, muy bien; palmoteó el doctor.

—Veréis ahora.—¡Abenhamar, bájate!

El caballo se bajó tanto, que su vientre rozaba la arena del circo.

—¡Jesús y nuestro señor San José me valgan! exclamó el doctor estupefacto: ¡ese animal tiene entendimiento!

—Veréis aún, doctor... dijo el conde en el colmo de su alegría, al ver así celebradas las gracias de Abenhamar.

Y dirigiéndose á él, se montó.

—¡Abenhamar, alzáte! gritó después.

El caballo se enderezó lentamente hasta quedar de pie con el jinete.

—¡Señor! ¡señor! exclamó el doctor, juntando las manos, esto parece increíble.

—Pues aún sabe más, doctor; veréis.—¡Abenhamar, al paso!

Y el caballo rompió á andar al paso, como si en efecto tuviera sus sentidos tan despejados como el conde.

—¡Jesús, Jesús!, siguió el doctor santiguándose.

—¡Abenhamar, al trote!

Abenhamar tomó el trote.

—¡Abenhamar, á escape!

Abenhamar se tiró al escape.

—¡Abenhamar, alto!

A esta voz, se paró el caballo repentinamente en medio de su carrera.

—¡Abenhamar, bájate!

El conde, bajándose el caballo como antes, se quedó de pie en el circo.

Después se dirigió al doctor que estaba con la boca abierta contemplando al obediente corcel.

—¿Qué tal?... ¿vale esto la pena de madrugar algo, doctor? gritó el conde con una alegría frenética.

—Qué... ¡si todo me parece un sueño, señor! tartamudeó aquél, sin dejar de mirar al animal.

De repente el conde se quedó pensativo, triste, muy triste, como si un recuerdo cruel volviera á asaltarle en medio de la satisfacción que le producía la celebridad de las gracias de su caballo.

—Y bien, doctor; le dijo, ¿á dónde vais á ir ahora?... ¿hay muchos enfermos?

—Así, así, señor; pero el que más me ocupa hoy día es ese pobre doncel...

El conde se estremeció vivamente.

—Ese pobre Amaro de Vilamelle; concluyó el doctor.

El nombre era como un puñal para el conde D. Alonso: su recuerdo un tormento horroso.

Al acabar de pronunciarlo el doctor, apartó de él sus miradas y se levantaron hacia el retrato de su abuelo Diego López de Lemos, que se recortaba á su frente con toda aquella gravedad que imprimían á sus obras los artistas de los siglos medios.

—Se acaba de manifestar la gangrena en el brazo del infeliz, continuó el doctor; y no habrá más remedio que amputárselo.

Las miradas del conde cayeron entonces en el rostro del doctor, y sus pupilas parecieron dilatarse por una sensación rápida y vivísima.

—Y para que la amputación sea útil, siguió el doctor, será preciso hacerla por la articulación.

—¡Lo siento! exclamó el conde, como si saliera de una reflexión profunda; pero bien empleado le está por querer hacer más de lo que debía.

Los hombros del doctor se elevaron como si

le importara poco la causa de la enfermedad de Amaro.

El conde se puso á jugar con el látigo, tratando de hacerse el indiferente.

—¿Y cuándo le cortáis el brazo, doctor? preguntó.

—Mañana, ó pasado, á lo más, señor. Si que réis presenciar la amputación...

¡Oh, no, por Santiago! no quiero nada de eso... lo que quiero es que...

Y se detuvo.

—Mandad, señor; dijo el doctor inclinándose con reverencia.

El conde se quedó pensativo, inmóvil.

—Podéis ordenarme lo que gustéis, señor; volvió á instar el doctor, en vista de aquel silencio tan raro del conde.

Pues bien, doctor; murmuró el conde, como si no pudiera pronunciar resueltamente lo que quería; esa operación quirúrgica, es preciso que sea una operación de muerte.

Los hombros del doctor volvieron á elevarse, como si no entendiera lo que le decían.

—¿Me comprendéis, doctor?

Y la respiración del conde era agitada.

—¡No por cierto, señor! respondió el doctor. Si lo decís porque yo ignore la práctica de

esos casos ó porque, en efecto, no esté tan malo el enfermo que sea necesario cortarle el brazo, á eso os diré que...

—No, no; lo digo porque esa operación es arriesgada, mortal.

—Señor, Dios sobre todo; pero hasta ahora no se me desgració uno.

—Lo sé, lo sé, y por lo mismo os he querido hablar; sí, porque yo fuí quien os mandé á llamar; os he querido hablar de ello.

—Cuanto gustéis, señor; el honor que recibo me envanece.

—Dejaos de cumplimientos, doctor, y entremos en la cuestión cuanto antes.

—Sí, entremos, señor.

—Doctor, ese doncel va á morir en esta operación, ¿no es verdad?

Esta vez tampoco comprendió el doctor aquellos rodeos del conde, y sus hombros se elevaron según la costumbre que tenía cuando una cosa se le presentaba oscura.

—Ya os dije antes, señor, que Dios sobre todo; pero que en mis manos...

—Es que yo quiero que sea así, doctor.

—¡Cómo!!.. exclamó retrocediendo espantado.

Y sus hombros se contrajeron hacia el pecho, en señal de la verdad que penetraba.

—¡Vos!!... ¡vos queréis que muera ese hidalgo, señor!

—Yo, yo, doctor...

—¡Pero, yo sueño, señor! Vos tan magnánimo... tan humano... tan...

—Callad, doctor; suprimid mi apología, pues sinó, no le dejáis nada á mi cronista el padre Sernande. A ese hidalgo de Vilamelle le cortaréis el brazo mañana ó pasado, ¿no es verdad?

—Sí, sí, señor; ya voy preparando todo, y el enfermo y sus deudos acceden á ello, ¡es el único medio de salvación!

Los labios del conde se contrajeron por una sonrisa terrible.

—Es el único medio de salvación, ¿no es verdad? recalcó siniestramente. Pues bien, doctor; mañana ó pasado le cortáis el brazo y... el infeliz doncel no pudiendo resistir el dolor de la amputación, morirá, ¿no es esto?

—¡Señor!!..

—Doctor, claro... claro... ¡quiero que muera! ¡que muera ese hidalgo de Vilamelle!

—¡Pero, señor!!

—Ni una palabra más. Todo esto quedará enterrado en la sepultura con el cadáver del doncel.

—¡Señor, jamás!!

Este *jamás* revelaba una energía de conciencia que heló al conde; al mismo tiempo que los hombros del doctor Vilela se redondearon hacia atrás, en el juego de ellos con que acentuaba siempre sus palabras.

—¡Cómo! exclamó el conde doblando el látigo hasta juntarlo, ¿osáis oponeros á mis deseos?...

—Señor, antes que vos, está Dios; está mi deber, está mi conciencia...

—¡Por Santiago! que esto es terrible... Os oponéis á un mandato mío, á una medida política.

—¡Medida política, señor!

—Sí, porque ese hidalgo es un traidor.

—En ese caso, señor, tenéis á vuestro verdugo Dardalleito, que se encargará bien pronto de hacer vuestra justicia.

—Pero yo no quiero que su muerte sea pública... quiero ocultar su traición con una muerte así... que no dé nada que sospechar.

—Señor, no comprendo esa clase de traiciones, cuyo castigo se encomiende á los médicos!...

Y sus hombros volvieron á enderezarse.

—No quiero tampoco ilustraros más sobre ellas, porque no lo tengo á bien... En conclusión, ¿ese doncel morirá, ó nó?...

—Lo que es en mis manos, no sé; porque ya os dije que Dios sobre todo... pero en las de vuestro verdugo...

—Ese lo reservo para vos si persistis en no obedecerme.

—¡Cómo gustéis! exclamó el doctor.

Y sus hombros manifestaron un aplomo y una indiferencia absoluta hacia aquella amenaza, en su lenguaje mímico.

—Por última vez, doctor, ¿cuento con vos, ó nó?, preguntó el conde tembloroso.

—Os dije que no, y no, gran señor; contestó el doctor con brío.

—Bien... ¡salid! gritó el conde.

Y dobló tanto el látigo, que saltó.

Los hombros del doctor Vilela llegaron hasta la puerta del picadero enhiestos, con una expresión de triunfo que se traslucía hasta en su semblante bondadoso.

VII

TRISTÁN

El conde arrojó lejos de sí los pedazos de su látigo y se quedó inmóvil en el centro del picadero, con los ojos en la arena y los brazos cruzados sobre el pecho.

Una ráfaga de viento que penetró en aquel instante en él, murmuró débilmente en los nichos en que estaban las estatuas de sus antepasados, y aquel murmullo sordo y misterioso del viento, al chocar en ellas, se pareció á un rumor de desagrado lanzado á su frente por sus abuelos.

Casi al mismo tiempo, otro rumor más pronunciado, aunque confuso, producido por destempladas voces, hirió sus oídos y agitó la cabeza de Abenhamar, que se hallaba tendido á pocos pasos.

A este rumor siguió una algazara de ayes de terror y de espanto, que iban llegando á él más claros y perceptibles cada vez, en su *crescendo* lastimoso.

—¡Qué desgracia!... ¡qué desgracia!... murmuraban las voces. ¡Avisemos al señor conde!

D. Alonso fijó los ojos en la puerta del picadero, esperando la llegada de los que así se quejaban, y bien pronto vió agolparse á ella en desordenado tropel á Enrique de Marcelle, Alfonso de Doáde, Pedro de Tor, doncellas de la condesa Maret é hidalgos del acompañamiento de Sancho de Ulloa.

—¡Por Santiago! gritó el conde sobresaltado; ¿qué es esto, señores? ¿qué ha ocurrido?

—Señor, ¡ha sido asesinada la condesa Maret!... gritaron á una muchas voces.

—¡La condesa Maret!!.. repitió el conde aterrado por aquella nueva terrible... ¿y quién?... ¿quién la asesinó?... ¿dónde?... ¿cómo!... ¡poder del cielo!

—En su cámara... esta noche... contestó una doncella enjugándose las lágrimas que derramaba.

El conde se lanzó fuera del picadero, desatentado, y seguido de aquella turba entristecida; penetró en la cámara de la condesa de Monterey, y bien pronto retrocedió espantado, con los cabellos encrespados.

Aun estaba el cadáver sobre el sillón... aún tenía el crucifijo entre las manos.

En medio del horror que le inspiró este espectáculo doloroso, el conde se lanzó súbitamente por el corredor sombrío y estrecho que ponía en comunicación la cámara de la condesa de Monterrey con la de Sancho de Ulloa.

Allí estaba él, solo, y al parecer dormido en un canapé, uno de esos antiguos muebles de la edad media, sobrecargados de molduras y almohadones.

—¡Sancho!... ¡Sancho!... gritó el de Lemos, sacudiéndole un brazo fuertemente.

Abrió los ojos el conde de Monterrey, y lo miró á él y á todos como asombrado.

—¡Perdón... perdón, Alvaro de Ulloa!, gritó con destemplado acento y juntando las manos como si implorase compasión; yo no tengo valor... no tengo valor!... no!... no!... no!...

Y sus ojos inyectados de sangre, el desorden de sus cabellos blancos, y sus facciones descompuestas, todo demostraba en él un abatimiento profundo, un delirio cruel.

—¡Sancho!... ¡levántate, Sancho! gritó el conde cada vez más agitado; ¡despierta, despierta!... ¡han muerto á tu esposa!

—¡No... no... no tengo valor, Alfonso de Ulloa! ¡déjame!... ¡déjame! contestó con voz sumamente afligida el pobre conde.

Y apartaba con sus manos al de Lemos, lanzándole mirados suplicantes.

—¡Oh!... ¡Está loco! gritó D. Alonso mesándose los cabellos de desesperación; loco... loco... ¡por Santiago!

Y volviéndose á los circunstantes con miradas desconsoladoras:

—Salid, gritó; llamad al doctor Vilela.

Al despejarse la cámara, tornó otra vez junto á Sancho de Ulloa el conde D. Alonso.

—¡Sancho, Sancho! le dijo; ¡despierta! ¿Quién ha matado á tu esposa?

—¡Yo no tengo valor!... ¡yo no tengo valor!... volvió á clamar el pobre anciano, rompiendo á llorar... ¡yo la quiero mucho!... ¡yo la quiero mucho!... ¡más que á mi vida, más que al honor de mi raza!

Y su acento desgarraba el corazón; sus ojos, su actitud, todo el aspecto de su locura.

El conde de Lemos corrió otra vez á la cámara de la condesa Maret, aturdido por el peso de aquellas desgracias.

Un hombre estaba allí esta vez, un paje, Tristán.

—¿Quién sois?... ¿qué hacéis aquí? gritóle el conde en su aturdimiento.

—Señor, soy Tristán, el paje de la señora condesa.

Y el semblante pálido y macilento del joven, su voz entrecortada, chocó vivamente al conde.

—Bien, bien, gritó; salid... ya se os llamará para que denunciéis al asesino.

—¡El asesino! repitió el paje, el asesino soy yo, señor.

—¡Tú! gritó el conde, como si dudara de aquella espontaneidad terrible; ¡tú... tú, miserable!

Y sus ojos parecían saltarle de sus órbitas al fijarlos en aquel joven impasible, que cruzado de brazos y moviendo su birrete negligentemente, respondía con aquella serenidad á su desesperación violenta.

—¡Tú!... ¡tú!... volvió á decir, cogiéndole por un brazo. ¿Y por qué la mataste?... ¿por qué? ¿por qué, poder del cielo?

—Por amor... balbuceó el paje.

—¡Por amor!... ¿Cómo por amor, rapaz?

—La amaba como un loco, señor.

—¡Tú! ¡tú!

—Y no pudiendo sufrir por más tiempo aquel amor que me consumía, se lo dije, me despreció, y la maté...

—¡Oh! bramó el conde, no pudiendo con la cólera de su pecho.

El paje permaneció como indiferente á aquella desesperación imponente.

—¡Fid de Hortelle!... gritó el conde, viendo venir á este hidalgo; aquí, Fid de Hortelle... venid.

—Señor...

—Llevad á este miserable al patio del castillo.

El paje salió sin estremecerse en lo más mínimo, conducido por Fid de Hortelle y algunos arqueros.

El conde abrió entonces una ventana de la cámara.

—Mauro de Lecín, gritó á este hidalgo, viéndole llegar al castillo con sus otros dos compañeros; que formen mis gentes al instante.

—¿Todas, señor? preguntó aquel.

—¡Todas, por Santiago!

Y al lanzar estas palabras, pareció haber reunido cuanta voz le había dado el cielo, pues resonaron en todo el castillo como un furioso grito de alarma.

En seguida cerró la ventana con fuerza y bajó á su cámara.

En la escalera encontró á la condesa Ildara que subía en brazos de sus doncellas.

—¿Qué tiene? ¿qué tiene? preguntó en medio de la precipitación con que bajaba.

—¡Ah, señor! contestó una; vuestra esposa se ha desmayado al saber la desgraciada muerte de la señora condesa.

—¿Y á dónde iba?... ¿á dónde iba mi esposa tan de mañana?

—A dar un paseo á caballo, señor, como se lo tiene mandado el médico.

—¡Oh! volvió á rugir el conde entrando en su cámara.

Y se dejó caer en el canapé, como un hombre que ha agotado sus fuerzas en una lucha desesperada.

Tres cosas le aquejaban dolorosamente á la vez; el asesinato de la condesa, la locura del conde y... el amor de Ildara á Amaro de Vila-melle.

En medio de estos pensamientos é imágenes que no podía borrar de su frente, se abrió la puerta del salón, y un paje de cámara anunció al hidalgo de Amande.

—Que se vaya á formar con los demás, dijo el conde; después hablaremos.

Tal era el doloroso abatimiento en que estaba sumido por aquellas tres desgracias, que ni aun quería recibir noticias de la terrible comunidad de los hermanos de Galicia. Fernando V, Isabel I, el mariscal de Cella y demás revolucio-

narios ¿qué pesaban en la balanza de su sentimiento?

En aquel momento no pensaba más que en Maret, horrorosamente asesinada; en Sancho de Ulloa, loco; en Ildara de Courel, amando á otro. Esto tan sólo hacía palpitar su corazón, esto tan sólo torturaba su pensamiento.

Percibió el ruido de los clarines y se levantó.

Asomóse á la ventana de su cámara que cala al patio del castillo, y vió á su pequeño ejército formado alrededor.

—Brísimo, dijo al paje de sala; que formen un cuadro frente á la almena de Juan de Grian.

El paje se inclinó y salió á transmitir aquella orden.

Cuando vió despejado el patio, salía de la cámara y se dirigió al torreón á que correspondía la almena de Juan de Grian.

—Que venga Dardalleito; gritó.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras compareció á su presencia un hombre fornido, bajo y cuadrado, con unos cordeles en la mano.

—¡Cómo! ¡ya vienes prevenido!... le dijo el conde.

—¡Oh, gran señor! contestó aquél arrodillándose delante de él, yo os adivino al vuelo como á vuestro señor padre...

—Prepara, pues, la almena.

—Ya está, gran señor... ya tengo puesta la garrucha... no me falta más que pasar las cuerdas.

—Bien; contestó el conde: retírate á tu puesto. El verdugo se retiró.

—Que venga el padre Sernande, volvió á mandar el conde.

Su escudero partió ligeramente en su busca.

Cuando se presentó el vicentino, el conde le dijo secamente:

—Padre, confesad á un paje llamado Tristán, que está en el patio del castillo... que sea breve.

El padre Sernande se inclinó y salió.

El conde vió en seguida cómo sus tropas formaban cuadro frente al torreón en que se hallaba.

—Señor, dijo el vicentino, regresando instantes después, está confeso... no niega su crimen.

—Muy bien, padre; auxiliad á ese perro en sus últimos momentos.

Y volviéndose á su escudero:

—Que suba el reo; le gritó.

A estas palabras del conde, sucedió un silencio terrible, que nadie se atrevía á alterar ante el imponente aspecto de aquella escena.

Breves instantes después turbaron este silencio las palabras religiosas del sacerdote, repetidas con valor por el pajecillo, saliendo á pasos lentos del patio principal del castillo para subir á la almena de Juan de Grian.

Al poco tiempo de oirse las palabras del vicentino y del reo, el alguacil mayor del conde, todo vestido de negro y con una vara larga en la mano, y el pregonero vestido de encarnado y con una trompeta en la diestra, aparecieron en la plataforma del torreón, absorbiendo la atención de todos los que presenciaban aquel acto.

El conde les hizo una señal, y el pregonero tocó dos ó tres veces como para que prestaran atención á lo que iba á decir.

Luego, con voz bronca y fuerte, publicó esta sentencia que le dictaba el alguacil:

—Oid; sabed: «Esta es la sentencia, que manda ejecutar, el muy alto, y poderoso, conde de Lemos, en la persona, de Tristán, por asesino, de la esclarecida, é ilustre, condesa, de Monterey; mandando, que después, de ahorcado, sea, descuartizado, y quemado, en una hoguera, para, escarmiento, de los que así atentan, á la honra, y vida, de sus señores.»

Y después de resonar estas palabras que tanto terror infundían á los presentes, se volvían á

oír, en medio del silencio que reinaba, las voces del padre Sernande y de Tristán.

—¡Que tenga Dios piedad de mí! decía el padre y repetía el paje, ¡qué se apiade... en su infinita misericordia... de la ciega pasión... que me hizo cometer un crimen!... ¡Piedad, Dios y Señor mío, piedad!!...

Cada una de estas palabras que lanzaba el infeliz joven con un acento dolorosísimo, revelando la angustia de su alma, pronta á comparecer á la presencia de Dios, hacían temblar de lástima á los que las oían, á pesar del asesinato que cometiera.

El sol brillaba en todo su esplendor; las aves trinaban en la enramada gorgoros de suavísima dulzura, sacudiendo sus pintadas alas; un manso viento agitaba ó más bien mecía las verdes hojas de los árboles adyacentes al castillo, y, más abajo, la villa de Monforte se prolongaba pintorescamente á orillas del Cabe, cuya corriente de cristal se deslizaba por entre las flores que le dan sus perfumes, y de los alisos y álamos negros que le prestan sombra. Era una bella mañana de verano en que todo se presentaba bajo un aspecto delicioso, respirando suavidad, dulzura y armonía.

El paje se dibujó en la almena, pálido, con-

vulso, con los brazos atados á la espalda, y sumamente inclinado hacia el crucifijo que le mostraba el sacerdote que iba á su lado, murmurando palabras piadosas para que él las repitiera.

—Oid; sabed: volvió á gritar el pregonero. «Esta es la justicia que manda hacer el muy alto y poderoso señor D. Alonso López de Lemos, en la persona de Tristán, por asesino de la ilustre condesa de Monterrey, mandando que después de ahorcado, sea descuartizado y quemado en una hoguera, para escarmiento y baldón de los que así atentan á la vida de sus señores.»

—¡Oh madre!... ¡madre de mi corazón!... exclamó el pobre joven, desoyendo por un instante las palabras del sacerdote para tributar aquel recuerdo á la que le diera el ser, allí, frente á la almena en que iba á ser ahorcado. ¡Oh madre de mi alma!... ¡madre mía!!

Y dos lágrimas se deslizaron de sus ojos hinchados y enrojecidos, é inclinó la cabeza sobre el pecho, como si no pudiera con aquel recuerdo atormentador.

—¡Tened piedad de mí, Dios mío! Señor mío! exclamaba el sacerdote para que él lo repitiera; y concededme vuestro perdón en la tierra, todos los que me oís, si en algo os he ofendido.

Y al decir esto Tristán, se inclinó sobre la almena para abarcar con sus miradas el cuadro de gentes de guerra que presenciaba á sus pies aquel espectáculo.

En seguida, á una señal del alguacil, el verdugo le echó los cordeles á la garganta.

—Oid; sabed: volvió á gritar el pregonero.—
«Esta es la voluntad del muy esclarecido señor D. Alonso López de Lemos, conde de Lemos, en la persona del paje Tristán, por asesino de la muy nobilísima señora condesa de Montrerey; mandando que después de ahorcado sea descuartizado y quemado en una hoguera, para escarmiento y castigo de los que así atentan á la honra y á la vida de sus señores.»

—¡Dios mío, tened piedad de mí! gritó el sacerdote, dándole á besar el crucifijo por última vez, de mí que os ofrezco en expiación de mis culpas esta hora de agonía!

—¡Dios mío, tened piedad de mí! repitió Tristán, besándole frenéticamente; de mí que os ofrezco en expiación de mis culpas esta hora de agonía!

Y apenas pudo besarlo bien. Se abalanzó á él Dardalleito, y, arrastrándolo consigo, se arrojó de la almena con brío.

Aquellos dos cuerpos se balancearon en el

aire por unos instantes, fuertemente asido el del verdugo á la víctima, como si ésta fuera á escapársele de las manos.

Después, le pegó aquél una furiosa patada en el pecho, y se deslizó ligeramente por una de las sogas.

Casi todos los circunstantes bajaron la cabeza á un tiempo, como horrorizados ó deslumbrados por un rayo.

Tristán quedaba solo en el espacio, y las campanas del castillo doblaron á muerte con lúgubres tañidos.

VIII

DELACIÓN

Así se moría en esta época por el fanatismo con que se acogían las insinuaciones de aquella aristocracia poderosa, cuyos individuos se hacían amar y respetar como pequeños dioses en la tierra.

Así se mataba y así se dejaba matar uno de aquellos siervos, sin exhalar un ¡ay! una queja.

De entonces acá variaron mucho las circunstancias para que nuestros lectores puedan acoger

en toda su apreciación estos hechos que caracterizan la omnipotencia del feudalismo.

Los unos, señores de vidas y haciendas, señores de *horca y cuchillo*, colgaban de una almena al que querían.

Los otros, siervos desde su nacimiento, y desde su nacimiento esclavos de aquellos señores ó tiranos, creían aún sacrificarles poco, sacrificándoles la vida.

Esta obediencia ciega, esta sumisión tan inherente y pasiva del vasallo al señor, parecía divinizar á aquellos déspotas de *pendón y caldera*. La ley era su voluntad; su absolutismo su gloria. ¡Un mandato se escuchaba de rodillas!... ¡Ah, qué utilidad se pudiera haber sacado de aquella humildad, de aquella obediencia, y cuánto se exasperó, cuánto se irritó esa misma humildad y esa misma obediencia de la servidumbre-pueblo!

Terminada la ejecución de Tristán, el conde mandó despejar la gente, y que dejasen colgado el cadáver del pobre paje por tres días, al cabo de los cuales se cumplirían las demás partes de la sentencia que había fulminado.

Después despidió á su acompañamiento de nobles y subió á la cámara de Sancho de Ulloa.

En la escalera encontró al doctor, que le detuvo...

—No subais, gran señor, le dijo, haciendo mil reverentes cortesías; no subais, porque su estado es sumamente doloroso. A mí me ha enternecido profundamente.

—¡Pero, es posible, doctor! exclamó tambaleándose; ¿no hay remedio alguno capaz de volverle la razón?

—Ninguno.

Y arqueó los hombros visiblemente.

—Yo al menos no encuentro ninguno, señor conde; le mediciné algunas cosas... le he mandado sangrar, pero... me temo que no alcance nada. ¡Sin embargo, Dios sobre todo!

—Sí, sí, pero, apurad la ciencia... ved si hay algo... algo que le vuelva la razón, doctor.

—Tal vez los aires de su país... Esa impresión funesta que habrá recibido al ver á su esposa asesinada, esa impresión que apagó la luz de su pensamiento, tal vez con volver á Monterrey ó á la Limia...

—¡Pero, y esas palabras de perdón que pronuncia, doctor! por Santiago, ¿qué pensais de ellas!

Los hombros del doctor se elevaron expresando que no sabía á qué atribuir las.

El conde movió dos ó tres veces la cabeza desesperado, y entró en la cámara de la condesa, á cuya puerta le había detenido el doctor; pero el doctor siguió detrás de él.

—Qué, ¿vais á ver á la condesa? preguntó el conde, enarcando las cejas, presintiendo alguna novedad en su salud.

—Me han mandado á llamar: está mala, gran señor.

—¡Mala!!

Y se estremeció, pasándose la mano por la frente.

—Ya se ve; siguió diciendo el conde débilmente; después de la muerte de su amiga... y esa ejecución... Entrad, doctor; entrad y venid á mi cámara en seguida para enterarme de la salud de la condesa Ildara.

Y dejando pasar al doctor, se retiró á su cámara.

Una vez allí, se dejó caer en un sillón, profundamente abatido.

Al poco tiempo entró Brísimo.

—Gran señor, el caballero de Amante, anunció.

—Que entre, contestó.

Instantes después entró Fernán, y le saludó desde la puerta.

—Hidalgo de Amande, dijo el conde, venid, acercaos.

Fernán se acercó.

—Tomad asiento y hablad, continuó el conde.

—Señor, hace dos horas que regresé de mi comisión; dijo el hidalgo sentándose respetuosamente.

—Y bien, hablad. ¿Estuvisteis en la junta?

—Sí señor; gracias á un asesinato.

—¡Un asesinato!! Y ¿á quién matasteis, Fernán?

—A un gañán, á un diputado revolucionario...

—Bien, bien, apoyó el conde; ¿pero con qué fin lo habeis muerto?

—Primero, pude sonsacarle, ó más bien él me declaró sin instancia alguna, las palabras latinas con que se reconocen entre sí los hermanos de Galicia, y las que pronuncian al entrar en la venta donde celebran sus ayuntamientos. Después me enteró que era portador de un pliego para el mariscal, en el cual la ciudad de Orense se comprometía con ochocientos soldados á ayudarle á la toma de Monforte...

—¡Por Santiago! exclamó el conde palideciendo.

Y se enderezó en el sillón, lanzando miradas de fuego.

El hidalgo continuó:

—Ya veis que aquel gañán estaba de más, una vez que me inició en aquellos misterios.

—Sí, sí.

—Y por lo mismo, así que los penetré y me hice dueño del documento de los revolucionarios de Orense, aquel hombre fué precipitado en el abismo de Ornambela.

—¿Y después? preguntó el conde, con la respiración fatigada, con una ansiedad vivísima de saber cuanto iba á declararle el hidalgo.

—Después, con su traje, con sus latinajos, y con sus pergaminos, me hice pasar por maese Sueiro da Porta.

—¿Y no te descubrieron?

—Nadie; engañé á todos... engañé al mismo mariscal... porque es de advertir que el diputado de Orense era la primera vez que asistía á la junta y nadie le conocía.

—Adelante, adelante, Fernán.

—Antes de pasar adelante, señor, me es preciso ilustraros en un punto que os asombrará.

—Habla, habla.

El arquero que hemos tenido en el castillo... aquí... con el nombre de Clodio Espasende, ese arquero, señor, era el mariscal Pardo de Cela.

—¡Oh, poder del cielo! ¡él, él! ya lo presenté yo, pero tarde.

Y el conde se llevó las manos á la cabeza, al decir esto, y sus dientes se chocaron con rabia...

—Adelante, Fernán; adelante, murmuró después.

—Cuando entré en el salón de la junta de los hermanos de Galicia, señor, había como unos ochenta hombres allí... En un lado se veía al mariscal con el vizconde de Tuy, su merino Alvaro García y muchos nobles caballeros; en otro el padre Ares, monje del monasterio de Sobrado, con otros monjes y frailes; y en el otro varios ciudadanos de la Coruña y Betanzos, capitaneados por un gañán del Ferrol, ese pobre lugar de la jurisdicción de los condes de Andrade.

En efecto, Ferrol era aun entonces un miserable lugar de pescadores. Aun no había nacido el marqués de la Ensenada; aun no habían nacido los célebres ministros que hicieron de él el primer departamento marítimo del mundo, en obras hidráulicas, capacidad y situación hidrográfica.

—Adelante, adelante, Fernán; volvió á decirle el conde en su impaciencia.

—En la junta de ayer, señor, tenían que de-

cir aquellos tres partidos ó clases de los hermanos de Galicia, el clero, la nobleza y el pueblo, el régimen ó forma de gobierno que se había de adoptar al conseguir la independencia de Galicia.

—¿Y lo discutieron?

—No, señor; expusieron sus opiniones sin discutir... El clero, pidió un gobierno teocrático; el mariscal, una corona; y el pueblo, al pueblo. Cuando después de estos pareceres, creí yo que se discutiría este punto, el padre Ares, que tenía la presidencia, levantó la sesión por considerar peligrosa una discusión.

—Pero, ¿y respecto al castillo?... ¿respecto á la toma del castillo? preguntó el conde.

—El mariscal, que acaba de arrasar el de Monterroso, se propone hacer lo mismo con este dentro de poco tiempo.

—¡Oh, no, no! se guardará muy bien, ¡por Santiago!; gritó el conde, haciendo un movimiento majestuoso con el brazo derecho.

—Así lo creo, señor; pero...

Y se detuvo el hidalgo.

—¿Qué, qué, Fernán? instó el conde.

Fernán se puso á dar vueltas al birrete, como un paje mal educado.

—Hablad, hablad, ¿qué temeis?

—Señor, nada, estando vos al frente del castillo.

—Sí, sí, ó él ó yo: ó perecerá él ó pereceré yo. No le temo; desafío su poder, y en prueba de ello... en prueba de ello yo le saldré al encuentro con mi ejército. ¡Oh, nos veremos! ¡nos veremos, por Santiago!

Y se levantó; y empezó á dar vueltas por la cámara.

—Fernán, dijo el conde al cabo de algún tiempo de pausa y de reflexión, creo que vuestro objeto á la junta tenía aún otra causa, averiguar, saber si era cierto lo que me decía en su carta el conde de Villalba.

—¿Respecto á qué, señor?

—Respecto á los hidalgos de Monforte, á mis hidalgos.

—Fernán se quedó pensativo. Una nube de dolor pareció ofuscarle á estas palabras del conde, que esperaba y temía.

—¿No visteis ninguno, Fernán?... ¿no visteis allí ninguno? insistió aquel.

Fernán le dejó sin contestación estas preguntas.

La lucha que le agitaba interiormente llegó á ahogarle por un momento, á suspender en él el uso de la palabra.

Quería y no quería delatar á los hidalgos.

Quizá creereis que lo que más le contenía era la abnegación de Mauro de Lecín, al despreciar el amor de su esposa, sólo por serlo.

No; al contrario, esto era lo que más le impulsaba á delatarlo, porque... un marido jamás perdona al amante de su mujer, y este amante debía desaparecer para su tranquilidad conyugal, porque según él, era preciso esto.

¿Y el agradecimiento? preguntareis; ¿nada podía en él el agradecimiento?

No; nada, nada pudo en él el agradecimiento.

Había empezado á ser malo por un asesinato, y aquel doncel tenía que continuar así hasta el fin de su vida, como dicen las notas que tenemos á la vista para la redacción de esta historia.

El conde se paró al ver aquel silencio del hidalgo á sus preguntas.

—Y bien, le dijo con energía; ¿no vistéis allí á ninguno, hidalgo?

Fernán aun vaciló.

—¡Hidalgo! ¿qué significa ese silencio? gritó el conde, enarcando las cejas.

—Señor, he visto... balbuceó Fernán.

—¿A quién?... ¿A quién?... decidlo pronto, por Santiago!

—Señor, he visto allí á Rodrigo de Canaval...

—¡Rodrigo de Canavall!

—Y á Mauro de Lecín...

—¡Mauro de Lecín!... repitió el conde retrocediendo, ¡Rodrigo de Canavall y Mauro de Lecín!... ¡los que venían con vos no ha mucho!

—Sí, señor, venían de allí...

—¡Oh, rugió el conde! ¡que me los traigan pronto á mi presencia!

Fernán se levantó.

—¡Señor! tartamudeó, implorando.

—¡Que me los traigan!... ¡pronto!... ¡pronto!... ordenó el conde, ciego de rabia.

Y casi empujó al hidalgo, para que fuese á cumplimentar la orden que emanaba de sus labios.

El conde se quedó solo.

Sus ojos recorrían toda la cámara con un brillo siniestro; sus dientes rechinaban por momentos; sus manos se crispaban con movimientos convulsivos; y aquella cólera que lo agitaba, se revelaba en él espantosamente, como si fuera á concluir con su vida ó con la del desgraciado que se presentase á su presencia.

Sentóse en el sillón, como si no pudiera tenerse en pie; y se levantó al aparecer los dos hidalgos acusados de traidores.

—¡Bien, señores! gritó al divisarlos; bien

compensais, por el Cielo, el cariño que os profesó. ¡Entrad, entrad, por Santiago!

—Señor, tartamudearon á una los acusados.

—¡Nada podrá libraros de la muerte que os espera!... continuó. Traidores á vuestro rey, traidores á vuestro señor, y traidores al suelo que os alimenta, moriréis descuartizados, ¡vive el Cielo!

Los dos hidalgos temblaban como los *attoniti* de Celso.

Pálidos y mudos en el centro de la cámara, con las cabezas inclinadas sobre el pecho y los brazos caídos en toda su laxitud, parecían sufrir todos los tormentos morales que pudieran abatir el espíritu que los animaba.

—Sí, continuó el conde; en tanto que yo os honraba con mi confianza, en tanto que yo entregaba á ciegas á vuestra hidalguía mi persona, mi honor y mis estados, vosotros conspirabais contra mi persona, contra mi honor y contra la tranquilidad y el porvenir de mis deudos. Y eres tú, Rodrigo de Canaval, tú, el descendiente de Antolín de Canaval, modelo de fidelidad y lealtad en la batalla de Aguasmais, cuando se dejó acuchillar por los soldados del rey D. García antes que llegaran con las hojas de sus lanzas al pecho de su señor Lope López de Le-

mos. ¡Y eres tú su descendiente!... ¡Oh! ¡execración y muerte para tí! ¡execración y muerte para tí!

¡Y tú, Mauro de Lecín; tú también me vendías!... tú, el hijo de Fid de Lecín, el que en nuestras guerras de Portugal plantó el pendón de mi señor padre D. Alfonso en los torreones de Estremoz y de Melgazo, y tremoló esa gloriosa enseña de los Lemos en la batalla de Villabelha, al grito de: *¡Lemos, Lemos, y la victoria*, como su alférez mayor que era! ¡Y eres tú, tú su hijo!... ¡tú!... ¡Oh! ¡oprobio é infamia! ¡Mil muertes para tí!

—¡Señor, exclamó Mauro! ¡matadme, mandadme matar! pero no habéis más. ¡Cada una de vuestras palabras me despedaza el corazón! Fuí traidor, bien: ¡matadme, pero no me lo digáis!

—¡Pero, qué ceguera os poseía? continuó el conde, moderando un poco la voz, ¿qué era lo que así os hacía ser desleales é infames, uniéndoos á los hermanos de Galicia?

—¡Señor, el país! tartamudeó Mauro.

—¡La felicidad del país! completó Rodrigo.

¡La felicidad del país! exclamó el conde.

Y sonrió amargamente.

—¡Y qué es el país, señores? continuó con

sarcasmo; ¿qué es el pueblo? hablad, por Santiago; ¿qué cosa es el pueblo?

—Señor, hombres como los demás, con dignidad y derechos á...

No pudo proseguir.

—¡Dignidad! ¡derechos! repitió el conde, sonriendo con los dientes apretados. Tanto valiera que os esforzarais por dar voz á las serpientes, si después que elevarais á esos reptiles á vuestra altura, os devorarían. ¡Dignidad! ¡derechos!

Y su voz sarcástica y áspera parecía más bien una carcajada incisiva, cáustica, que hacía daño.

—Señor, balbuceó Rodrigo; ¿dónde hay país más vejado, oprimido y abandonado que el nuestro? ¿hay alguno que pague más para sostener los caprichos de sus reyes y esas desastrosas gueras en que derraman tanto oro y tanta sangre, oro y sangre que ningún beneficio le reporta?

Decís, mengua y oprobio para nosotros, señor; pues bien: nosotros á la vez os decimos: *¡mengua y oprobio para los realistas gallegos!*

—¡Hidalgo! bramó el conde.

—Sí; continuó el doncel de Canaval, olvidándose de todo respeto y miramiento, en la exaltación patriótica que lo poseía; mengua y

oprobio para aquellos que se oponen á la independencia del país, y así dejan arrastrarse á sus habitantes por el cieno ni más ni menos que si nacieran esclavos.

¿Por qué un rey aragonés ó castellano para un país que nada debe á Aragón ni á Castilla? ¿Por qué no un rey de Galicia para Galicia?

¿Vamos á buscar acaso á Aragón la caza de nuestras montañas, la pesca de nuestras costas, el pan de nuestros campos, los vinos de nuestras riberas? ¿Qué nos falta para ser independientes? ¿carne, pan, vino? No; porque tenemos para las demás provincias de España...

Un país de cerca de dos millones de habitantes; un país con abundantes aguas y abundantes frutos, quizá el país más rico del mundo por el mar que lo cerca y la tierra que lo constituye; un país que el Océano lo defiende por dos lados en el cuadro que forma en las cartas geográficas que hemos visto del Abad de Mezonzo; Portugal por otro, y los desfiladeros de Valcárcel por otro; esos desfiladeros donde podíamos resucitar la gloria de los espartanos entre sus peñascos: ¿por qué, pues, ese país que trabaja para otros, por qué da sus frutos para el regalo de unos, y sus hombres para siervos de castellanos y aragoneses que ni aún se lo agradecen?

El conde le escuchaba caviloso; parecía sojuzgado por las palabras del hidalgo patriota, no obstante la cólera de que se había revestido.

—Y bien, señor, prosiguió el doncel de Canaval con arrogancia, como si jugara el todo por el todo: ese es nuestro delito... nuestro crimen. Conspirar por la independencia de Galicia.

—Sí, la independencia de Galicia; repitió el conde con desprecio soberano, ¿pero quién sostendrá la independencia? Los hermanos de Galicia han de morir por sí mismos. La ambición les perderá.

—¡La ambición!..

—Sí, la ambición del clero, la ambición de la nobleza, y la ambición del pueblo, que empieza á despertarse. ¿Creeis que me son desconocidas esas ambiciones?

—Pero eso, señor... no obstará para su independencia... y quiere decir que si continúan esas aspiraciones... habrá un remedio eficaz que salvará y asegurará el porvenir tan próspero que le espera.

—¡Un remedio! ¡jál!.. ¡jál!.. ¡jál!..

Y otra vez la risa del reyezuelo estalló como un trueno de sarcasmo á pesar de su cólera.

—¡Un remedio! ¡delirais! gritó. ¡Un remedio para locos!., ¡por Santiago, que sois un médico

político con la lectura de esos libracos antiguos que leéis! Hablad, designadnos ese remedio.

—Señor, un triunvirato.

—¿Qué cosa es un triunvirato, señor hidalgo?

—Un gobierno compuesto de tres personas.

—¿Y esas tres personas?.. ¿la elección de esas tres personas, creéis que no bastaría para aniquilaros?

—¡Oh, no señor! ¿No son tres clases, tres partidos los que aspiran al poder?

—Y bien.

—Quiere decir que cada clase ó cada partido nombraría uno de sus tribunos; y los tres, puestos de acuerdo, conducirían al país á su...

—Perdición, ¿no es verdad? concluyó el conde.

—O á su felicidad, señor.

—Já... já... já... prorrumpió el conde; ¡por Santiago, que no sabía yo *hasta ahora* lo bueno que tenía en mis estados! ¡Qué feliz será Dardalleito! pues luego cortará la cabeza mas sabia de los hermanos de Galicia, uno de sus... ¿como decís, tribunos, ó triunviros? ¡Já .. já... já!..

Los hidalgos sufrían horrorosamente á cada una de estas carcajadas.

—Y vos, Mauro de Lecín, continuó el conde, ¿no aspirais también al triunvirato?

Mauro tembló más y más á aquel donaire harto cruel del gran señor.

—¡Qué lástima que no seais más que dos continuó riéndose... ¡qué lástima que no fuerais tres para tener el placer de mandar ahorcar á todo un triunvirato.

Y después, dejando de reirse, deponiendo aquel tono zumbón que empleaba para ridiculizar á los republicanos.

—Salid, dijo, salid.

Y parándose en medio de la cámara, les señaló la puerta con un ademán de rey.

Los hidalgos se dirigieron á la puerta lentamente, pálidos, cadavéricos, pero firmes.

Al mismo tiempo el conde gritó desde la ventana:

Dardalleito... prepara las cuerdas.

Pero de repente, como si le asaltara una idea luminosa, corrió hacia los desgraciados donceles.

—Esperad, les dijo, una cosa más aún. ¿Qué otro hidalgo me vende más que vosotros?.. ¿con qué gente contabais más en el castillo para entregárselo al mariscal?

—Señor, éramos solos, contestaron á una.

—No... no, ¡por Santiago!... hay más... hay más arqueros y lanceros... y aun... ¡quién sabe

los traidores que abrigará en su seno este pobre y confiado castillo de Monforte!.. Hablad, decidme quienes más me venden en mis estados.

—Nadie. . nadie más que nosotros... No hay más comuneros que nosotros; volvieron á afirmar los hidalgos de Canaval y de Lecín.

—Sí... pues bien. Os doy dos días de término para que los descubrais; pasado este tiempo os espera el tormento.

—¡El tormento! exclamaron los hidalgos, más espantados aún que si los sentenciaran á la almena de Juan de Grian.

Y el conde les volvió la espalda, mandándolos encerrar en un horrible calabozo.

IX.

LA CONCIENCIA DEL DOCTOR VILELA.

Al quedarse solo D. Alonso en su gran cámara, se dejó caer en un sillón, dolorosamente afectado por los sucesos que le abrumaban de consuno.

Al cabo de unos instantes, y como si no pudiera permanecer por más tiempo en aquel estado, y aquel sitio le fuera sumamente odioso, se

levantó repentinamente, cruzó el salón á grandes pasos y se dirigió al picadero.

Al entrar en él, vió al paje Froilán que, gineete en Abenhamar, lo recorría como por distracción, ya al paso, ya al trote, ya al escape, según la voz que diera el joven; si bien el caballo no ejecutaba estos cambios con la precisión y regularidad que empleaba al acento de D. Alonso.

Paróse Froilán al verlo, ó más bien mandó parar á Abenhamar, y se apeó en señal de respeto á la presencia de su soberano señor.

—No, Froilán, le dijo el conde; pásalo... continúa.

El paje se inclinó á esta orden, montó y siguió su ejercicio, con más cuidado y moderación que cuando no se hallaba allí el de Lemos, el cual, inmóvil en el centro del picadero y con los brazos cruzados, parecía seguir todos los movimientos del caballo.

Pero muy lejos de eso, Abenhamar no llamaba su atención en lo más mínimo. Aunque lo miraba, su pensamiento, preocupado con los terribles incidentes de actualidad que le hacían padecer en alto grado, su pensamiento estaba en otra parte. Pensaba en la fatal pasión de la condesa Ildara, en aquella pasión superior á sus fuerzas, tan superior á sus fuerzas que no pu-

diendo vencerla, que no pudiendo dominarla, se la había confiado á él, su esposo; y confiado franca y espontáneamente.

Por otra parte, el asesinato de la condesa Maret, no obstante el terrible castigo que por su orden sufriera el asesino, se mezclaba también entre las ideas dolorosas que le atormentaban. La locura del conde D. Sancho, y los hermanos de Galicia minando su poder para derrocar el de Fernando V é Isabel I, también entraban en sus meditaciones profundas hasta abismarlo completamente, dejándolo en una atonía moral que lo anonadaba.

Era tan intensa esta atonía, este anonadamiento espiritual, que no echó de ver los saludos pomposos del doctor Vilela, que estaba á su lado, ni sus palabras ruidosas.

El doctor debió comprender la disposición de su espíritu, porque se quedó parado cerca del conde, esperando á que diera señales de vida.

No tardó mucho tiempo. El conde levantó los ojos del suelo lentamente, miró á Abenhamar que pasaba por enfrente de él en aquel instante, se quedó con ellos clavados después en el retrato del *buen caballero* Lope López de Lemos, y en seguida, como si no pudiera soportar su gravedad, el rico hombre se volvió hacia el doctor.

Al verlo, ajeno de encontrarse con él allí, sufrieron sus facciones un cambio notable; depuso su áspera melancolía y una sonrisa tranquila favoreció su semblante.

—¡Oh, doctor!... exclamó.

—¡Señor!... contestó este, inclinándose reverentemente.

Dejad las cortesías para el salón, doctor... ¿Cómo está Ildara?...

—La señora condesa está muy afectada, señor... ¡sumamente afectada! Además, la consume una fiebre cruel, producida por la funesta impresión...

—Si... si... interrumpió el conde; pero... ¿no es verdad, doctor? la salvareis pronto ¿no es verdad?

El doctor encogió los hombros con tristeza.

—¡Oh! ¡mala señal, doctor! dijo el conde sumamente apesadumbrado por aquel movimiento que parecía comprender; pero... vuestra ciencia es grande, doctor; y vos la salvareis pronto, ¿no es verdad?

Y el conde no hablaba; imploraba. ¡Revelaba tanta ternura, tanta pasión en su ruego!

—Dios sobre todo, señor; contestó el doctor. Él se mostrará compasivo con nosotros, lo espero... pero también temo...

Y no pudo continuar, como si fuera á pronunciar una palabra fatal. Sin embargo, el movimiento de sus hombros completó la idea. Era un movimiento siniestro.

—¡Temeis... temeis, doctor! balbuceó el conde dolorosamente; ¡Oh! ¡no me digais eso... no me digais eso, por Santiago!

Y parecía horrorosamente mortificado por un pensamiento terrible.

—Es una organización muy delicada, señor, continuó el doctor pausadamente; es una sensibilidad extremada... y esas organizaciones así, esos espíritus tan exquisitos suelen evaporarse... desaparecer del mundo con la sonrisa en los labios, en alas de las sensaciones fuertes que reciban.

—¡Dios... Dios! clamó el conde desesperado.

—Vuestra esposa, señor, es la *mimosa púdica* de los naturalistas, la sensitiva de los floricultores. Como esta planta exótica, señor, vuestra esposa presenta fenómenos muy singulares. Así como esta planta, se contrae cuando la tocan, así como esta planta es sensible, no sólo á la impresión de los cuerpos que se le aplican inmediatamente, sino aún á la de aquéllos que la cercan, sin contar con el calor, el frío, el humo; todo, en fin, lo que pueda producir efecto sobre los órganos nerviosos de los animales; así en

vuestra esposa, señor, la luz de su espíritu puede contraerse y apagarse al menor choque... y... también, también como la planta, puede revivir si consigue dominar las causas que la abatan, ó estas desaparecen á tiempo.

—¡Oh, doctor... me aturdí!... volvió á esclamar el rico-home con melancolía.

El doctor continuó impávido, después de desplegar su erudición-botánica, como si se hallara en cuestión con algunos de sus compañeros.

—Vos, señor, que tan cerca estais de ella... vos, que habreis podido analizar siempre sus emociones, y que habreis penetrado hasta el fondo del alma... vos, señor, pudierais ilustrar á la ciencia más que nadie, respecto á la enfermedad moral que mata á la señora condesa. Decidme, señor conde; ¿no ha recibido alguna impresión notable antes de la de esta mañana?... ¿ha turbado algo hasta ahora la tranquilidad de su espíritu?... alguna pasión... alguna pasión... Perdonad, señor; no sé explicarme...

Y se detuvo con un encogimiento de hombros hacia el pecho, tan pronunciado, que le obligó á encorvarse.

El conde lo había comprendido bien.

—¡Oh, no!... murmuró; nada... nada que yo sepa, doctor.

Pero su mano derecha, puesta sobre el corazón por debajo de su gran gabán de terciopelo negro recamado de armiño, parecía crisparse como si quisiera arrancárselo del pecho.

El doctor se sosegó y guardó silencio.

El conde continuó después de una pausa:

—Quería mucho á su bella amiga... á la desgraciada condesa y, ya veis, doctor; su muerte inesperada y las circunstancias de esa muerte...

—Sí... sí, apoyó el doctor, eso será... tal vez nada más que eso.

Y haciendo una profunda reverencia, continuó:

—Ahora, señor conde, confiemos en Dios y nada más. Dadme vuestro permiso, porque me llama un asunto muy urgente.

—¿Qué asunto, doctor?.. ¿Qué es ello?

—El hidalgo de Vilamelle... todo está preparado para hoy, señor.

—Con que hoy por fin...

—Hoy le haré la amputación, señor... es cosa resuelta ya... la gangrena avanza hasta el húmero cubital.

El conde se quedó pensativo por un momento y con la vista en la arena del circo.

—Y bien, dijo al cabo, ¿persistís aún en negaros á mis deseos?

Los hombros del doctor se elevaron como diciendo que persistía.

—Muerte por muerte, continuó el conde, ¿cuánto mejor no será la que sufra á consecuencia de la amputación, que no en la almena de Juan de Grian, en la almena de los traidores?

—¿De los traidores, señor? él... Amaro?

—Sí, Amaro. ¡Todos me venden, doctor; todos!.. Mauro de Lecín, Rodrigo de Canaval, Amaro de Vilamelle... todos quieren entregar mi castillo y mi persona al furor de esas devastadoras partidas de comuneros que, bajo el grito de libertad y de independencia, quieren regenerar el país, quemándolo.

—Pero... ¡Amaro, señor; Amaro postrado en una cama... Amaro mutilado... sin brazo para sostener la espada!..

—¡Qué importa eso! si ahora no puede con ella... si ahora no conspira, conspiraba antes de la cacería en que perdió ese brazo.

Los hombros del doctor se elevaron casi hasta las orejas, como manifestando duda, incredulidad.

—¿No creéis tal infamia de Amaro, no es verdad, doctor? á mi me sucedía lo mismo que á vos; pero las pruebas son terribles. ¡Me venden!.. ¡me venden todos esos hidalgos!

—Siento profundamente oiros semejante cosa, señor. ¡Conspiraba!.. conspiraba!.. pobre doncell!

—Ya veis... quiero hacer con él esa distinción... ¡quiero que muera sin que deje manchado el buen nombre de su padre con la afrenta que hace á mi casa, al rey nuestro señor...

Y se descubrió.

—Y al país en que ha nacido. Prestaos á mi plan, doctor; sí, prestaos.

—Señor... me es imposible. Mi conciencia...

—La conciencia... ¿y qué es la conciencia, doctor? Todos los medios son buenos si dan buenos fines, buenos resultados. ¡La conciencia es una quimera!

—Señor... yo no estudié en Braga para asesino... vuestro verdugo Dardalleito...

—¡Dardalleito!.. Dardalleito deshonra el nombre de la cabeza que toca con sus manos, el nombre de la garganta que oprime con sus cordeles, el nombre del pecho donde pone su pie... y yo quiero librar del deshonor el nombre de Vila-melle.

—¡Imposible, señor!.. imposible.

—¡Oh! no... vos secundareis mi plan... lo llevareis á cabo con cualquier movimiento desgraciado del cuchillo candente que caiga sobre

su brazo lastimado... con cualquiera polvo, cuya virtud sólo vos conozcais, que depositado en una poción que apague la sed que le devore... la apague para siempre.

—¡Horror!.. ¡horror!.. exclamó el doctor con angustia.

—Sí... vos vencereis el horror que os asalta á esa idea; volvió á instar el conde. ¡Ya que no podamos salvar el cuerpo, salvaremos un nombre honroso al menos!

—Señor... permitidme retirarme; suplicó el doctor, no pudiendo resistir el tono de voz que empleaba el conde para hacerlo dócil á sus palabras; de ninguna manera me prestaré á semejante crimen... Mi conciencia... mi delicadeza...

—¡Otra vez la conciencia, doctor!... ¡Es insufrible vuestra obstinación! Yo daría la mitad de lo que poseo por vencer esa pertinacia.

Y de repente le asaltó una idea que animó sus facciones con una expresión de bondad soberana.

—Mirad, doctor; acceded á mis deseos... y... os daré...

Pero se detuvo. Creyó que iba á herir la susceptibilidad médica del doctor Vilela; sin embargo de que este había aguzado las orejas de una manera que le alentó.

—Os daré, continuó debilmente; os daré *cien ferrados* de tierra... de la que vos escojais en todo mi delicioso valle.

—¡Señor! exclamó vivamente afectado el doctor... ¡Vos quereis comprar mi conciencial..

Y retrocedió dos ó tres pasos.

—Quiero vencer vuestra obstinación, doctor; continuó el conde con un aplomo majestuoso; quiero premiaros... recompensaros el gran servicio que vais á hacer á mi casa... porque vos me servireis, doctor; vos me vais á servir...

—¡No... no... ¡libreme el cielo! exclamó este, extendiendo los brazos hacia el conde y volviendo á otro lado la cabeza como para no verle.

—Sí... sí... me servireis... y os daré cien ferrados de tierra... y os haré hidalgo de Soterdey ó de Castroncelos, en nombre de mis muy amados reyes Fernando V de Aragón é Isabel I de Castilla.

Y aun en aquel acto, se descubrió el rico-home al nombrar á sus monarcas.

—¡Jamás!.. ¡Jamás!.. balbuceó el doctor con voz ahogada.

—Sí, sí, os haré ahora mismo una escritura otorgándoos esas mercedes, mercedes que figurarán en ella como recompensa por vuestros desvelos en la curación de esa enfermedad que padece Ildara de Courel, mi muy querida esposa.

—Pero, ¡y si se sabe; señor! si alguien llega á penetrar esto alguna vez... ¡Oh, eso sería horroroso! ¡horroroso, señor!

—Pero, quién... ¿quién lo ha de decir, doctor?..

El doctor miró á todas partes como asombrado, y el paje Froilán que oía todo esto desde una ventana de las caballerizas, retiró la cabeza prontamente, sin que lo vislumbraran.

—¡Oh, señor!.. continuó el doctor, ¡hasta esas estatuas creo que tomarían voz para denunciar mi crimen!..

El conde levantó los ojos hacia las estatuas de sus antepasados que le señalaba el doctor, y los bajó ligeramente, estremeciéndose de terror.

Pero esta sensación que agitó sus miembros, fué instantánea, y se repuso muy pronto.

—¡Las estatuas!.. exclamó, como esforzándose por reirse, ¡delirais, doctor! sólo-eso pudiera hacerme reir...

Y se violentó nuevamente para soltar una carcajada que ridiculizara los escrúpulos del doctor.

¡Jesús, María y nuestro Señor San José me valgan, señor conde! exclamó el doctor, ¡vos me vais á perder para con Dios!

—¡Dios!.. ¡Dios!.. exclamo el rico hombre,

viendo aún la indecisión del doctor Vilela, Dios nos premiará en su día el bien que hacemos por salvar del lodo de la infamia el nombre honroso de Vilamelle... Doctor, ¿queda corriente nuestro trato? ¿Amaro de Vilamelle morirá en el acto de la amputación ó después?.. A los pocos días, ¿no es verdad?

—¡Señor!... ¡señor!.. ¡que me perdeis para con Dios!

—¡Dios!.. volvió á repetir el conde.

Y soltó otra carcajada desesperada y violenta.

—Dios, señor; Dios que está en todas partes... y aquí mismo... aquí donde nosotros estamos, y nos ve... y nos oye... ¡Oh!

Estas exclamaciones del doctor eran sofocadas por las risas sarcásticas del conde de Lemos.

—Doctor, dijo, al verlo tan compungido. ¿Amaro morirá en la amputación?..

—¡Oh, señor, señor!

¿En la amputación ó después de ella?

—Mejor será después, tartamudeó por fin el doctor con los ojos bajos y los hombros inmóviles.

—¡Después!... decid cómo, doctor.

—En un brevaaje, señor... compondré un brevaaje para después de la operación.

—Decidido.

—Pero, ¿y si llega á saberse, señor?

Y tendió otra vez los ojos á todas partes con muestras del mayor recelo; pero tampoco esta vez divisó al pajecillo.

—Las estatuas no tienen voz, doctor, como temíais antes.

El doctor pareció quedar convencido.

Después de estas palabras reinó un profundo silencio por parte de aquellos interlocutores.

—Seguidme, doctor; dijo el conde al cabo de algún tiempo que permaneció reflexionando con una satisfacción visible.

Y se dirigió á la puerta del picadero.

El doctor Vilela le siguió cabizbajo.

Salieron del picadero, atravesaron el patio principal del castillo, y subieron por la espaciosa escalera que conducía al primer cuerpo del edificio.

En seguida se dirigieron á la cámara del conde, y entraron en ella silenciosamente.

—Brisimo, llamó el conde.

El paje se presentó inclinándose humildemente.

—Que venga mi escribano de cámara, le dijo.

El paje se retiró, y poco después entró el escribano con pergaminos en la mano y un tinte-

ro de asta debajo del brazo, como solían presentarse siempre ante sus señores cuando los llamaban.

—Extended una escritura de cesión, le dijo el gran señor, la cual sirva de título al doctor Vilela para entrar en posesión del vínculo é hidalguía de Soterdey que, como sabeis, ha sido hasta aquí de mi pertenencia.

Desdobló unos pergaminos el escribano, y extendió la escritura.

El conde se la entregó en seguida al doctor, dándole un fuerte apretón de manos.

El doctor encogió los hombros distraídamente al recibir una cosa y otra, y se despidió para la torre de Vilamelle.

Esta escritura que tenemos á la vista y que no consignamos aquí por su pesadez, que no nos perdonarían jamás nuestros lectores, fué el origen de una de las familias *nobles* de España.

X

RECUERDOS AMOROSOS

Ahora nos es preciso coger otro ramal que tiene su origen en las montañas de Vilamelle,

para unirlo al cauce ó tronco de esta historia; Monforte.

Dejemos al doctor Vilela dirigirse á la humilde torre del hidalgo enfermo al paso lento de su cabalgadura, y volemós nosotros allí con la rapidez del pensamiento.

Eran las diez de la mañana... dos monjes ginetes en soberbios caballos andaluces, corrían á todo escape por la angulosa vereda que de las pendientes de Nogueyra conduce á la barca de Sernande.

Era cosa muy rara en aquellos tiempos ver así dos hábitos negros volar á toda la carrera de sus arrogantes caballos; y tanto más daría esto que sospechar, cuanto que apenas podían distinguirse sus rostros por llevarlos cubiertos con las capuchas.

Al descender de las montañas al río Miño y pararse en la casa del barquero de Sernande, donde dejaron los corceles, negros también como sus luengos hábitos, aquel sacó dos mulas y las metió en la barca.

En tanto que el barquero, con una actividad y precisión automática, ejecutaba esta operación que le ocuparía breves minutos, aquellos dos monjes benedictinos, sentados en unos peñascos de enfrente de la casa, almorzaban unas

truchas y apuraban un jarro de vino como para reponerse de la fatiga consiguiendo á una penosa marcha.

Casi á la vez concluyeron unos y otros; el barquero de coger los remos en disposición de lanzarse al río con su barca, los monjes de almorzar.

Instantes después todos atravesaban el Miño.

Cuando llegaron á la otra orilla y saltaron en tierra las mulas, los monjes mandaron al barquero que se esperase allí con la barca, montaron en los albardones, sin estribos, y tomaron el camino de Ribas de Miño á un paso sumamente corto y abandonado.

El sol empezaba á sentirse en toda su fuerza; el viento levantaba remolinos de polvo que caía en las hojas húmedas de los árboles y de las espesas y enroscadas zarza-moras que marcaban el camino; pastaban los ganados tranquilamente en aquellos campos, guareciéndose en la sombra los pastores; y el paisaje, si bien carecía de accidentes que lo singularizase, carecía también de monotonía en su variedad topográfica y agrícola.

Internados entre el laberinto de castaños y robledales que se levantaan en la extensa llanura que media de Ribas de Miño á las prime-

ras pendientes de Villar de Hortelle, nuestros viajeros apuraron el paso de sus cabalgaduras, poniéndolas al escape y al abrigo de las corpulentas ramas, como si marcharan por un camino subterráneo, y nadie los pudiera distinguir.

Después, cuando salieron de aquel embovedado de esmeralda tan extenso, guiaron á las mulas á paso corto por las montañas de Villar de Hortelle, en cuyos flancos se veían diseminadas las humildes casas de la parroquia.

Al ofrecerse á su vista la esbelta torre del hidalgo Fid, dieron un rodeo para no divisarlos desde ella, perdiéndola luego de vista entre los altos y bajos del terreno.

Más tarde, otra torre cuadrilonga se perfiló á su frente sobre el uniforme azul del cielo, y entonces los dos monjes parecieron respirar y mirarse con alegría.

Era que llegaban al término de su viaje, la torre de Vilamelle.

—Eloy, dijo uno de ellos, el de más años al parecer y gravedad: corred hacia aquel cerro, el del Pantón. Desde allí podeis dominar todo el camino de Monforte y demás.

Y le señalaba un elevado monte que se alzaba á su izquierda.

Inclinóse Eloy á esta orden, y se desvió de

su compañero. Este siguió entonces uno de esos atajos que suelen tener en el país hasta los caminos de herradura y que se extendía recto y estrecho hacia la torre; dejando á un lado la maciza iglesia de la parroquia ó hidalguía de Vilamelle, que se levantaba negruzca y medio arruinada sobre el risueño verdor de los prados que la circuían.

Un viejo criado de la torre, que se hallaba tomando el sol en uno de los asientos de piedra que tenía el portón á derecha é izquierda, se enderezó respetuosamente al acercarse el monje, y con la gorra en la mano desde que lo viera.

—Jam... le dijo el reciénvenido apeándose, quédate aquí con la mula.

Y le entregó las riendas.

—No te desvies de aquí por nada, continuó el monje; y mira de cuando en cuando hacia mi compañero para trasmitirme las señales que haga.

Y le mostraba al otro monje que se dibujaba sobre el cerro en aquel momento.

—¡Señor... señor... esa voz!... tartamudeó el criado, tendiéndole las manos.

—Es la voz de este rostro; contestó el monje, echando la capucha atrás.

—¡Ah! exclamó el gañán, cayendo de rodillas

al ver las facciones del monje; loado sea Dios que aun os veo antes de morir, señor! ¡loado sea Dios que os verá *él*, por fin, antes que le corten el brazo!

Dos lágrimas surcaron las mejillas del anciano, y el monje se cubrió con la capucha, profundamente afectado.

En seguida, atravesó el portón y el patio y entró en el primer piso de la torre, sin encontrar un alma.

Allí, en la sala baja, pobremente decorada, pero rica de luz por la que penetraba por las tres ventanas enrejadas de cada frente, vió una joven sentada cerca de una, y ocupada en buscar pedazos de lienzo en una enorme cesta de mimbres blanquísimos, la cual estaba llena de retazos de tela.

Al ver entrar al monje, fijó en él sus llorosos ojos con muestras de la mayor tristeza. Era Isabel de Vilamelle, la bella hermana de Amaro.

—¡Señor! tartamudeó levantándose y corriendo á besarle una mano.

—La paz del Señor sea en esta casa; murmuró, el monje echando la bendición sin descorrer la capucha.

—Y la tendió después la diestra, que ella besó según costumbre.

—Guiadme á la cámara del enfermo, ordenó dulcemente el monje después.

—Señor, repuso la joven, sobresaltada por aquella visita que tanto mal auguraba en la habitación de un hombre á quien iban á cortar un brazo; mi hermano duerme ahora.

—Esperemos, dijo el monje con calma; no debemos turbar el sueño de los que padecen.

Y se sentó en un sillón de baqueta que le presentaba Isabel.

La joven continuó buscando los pedazos de lienzo, y el monje permaneció callado y observándola por el corto espacio que le dejaba la capucha, no del todo corrida sobre su rostro.

Una gruesa rama de las encinas que cercaban la torre de Vilamelle, asomaba á la reja de la ventana, cerca de la cual se hallaba la bella dama. Sus verdes y frescas hojas brillaban al sol entre los claros de oro de la atmósfera, y un ruiseñor vino á posarse en ella.

Cantó... y sus gorgeos vivos y alegres estremecieron á la joven.

Poco después vinieron otros pájaros, y agitando y plegando sus alas de colores, retozaron y cantaron viva y alegremente como el primero.

A esta armonía dulcísima y grata de las aves, dos lágrimas asomaron á los ojos de la joven...

Después rompió á llorar de pronto, pero sofocadamente.

El monje quiso murmurar algunas palabras que consolaran á la dama, que borrarán aquella sensación dolorosa que habían despertado en ella los bulliciosos ruiseñores con sus gorgoros cerca de la habitación de su doliente hermano; pero... un murmullo ahogado salió de su pecho, fuertemente oprimido, crispó las manos arrugando el hábito y... aquel monje... aquel hombre, también dejó correr lágrimas de sus ojos, á través de la capucha que ocultaba la expresión de su semblante.

Alejáronse las aves... y sucedió un silencio profundo.

No obstante... las mismas sensaciones agitaban á aquellas dos personas en medio del silencio que reinaba... silencio más elocuente que todas las páginas tristes que pudiera escribir un hombre torturado físicamente.

De pronto, penetró un débil suspiro en la cámara baja en que se hallaban, como si saliera de una pieza contigua ó de una de las de arriba. Al mismo tiempo se sintieron pasos muy quedos y descansados en la escalera, como si descendiera uno con mucho tiento ó la persona fuera de edad avanzada.

En efecto, pocos instantes después una anciana se presentó en la sala.

—Pide un caldo, dijo, dirigiéndose á Isabel.

Levantóse Isabel prontamente, y salió, volviendo en seguida con una taza de él.

—Si quereis ver á mi hermano, padre, dijo al monje, podeis subir ahora conmigo.

El monje pareció vacilar entre esperar á que tomase el caldo el enfermo ó subir inmediatamente.

—Permitidme subir solo, señora, contestó, levantándose. Además de hablar á Amaro palabras de consuelo, tengo que hablarle algunas otras que es preciso que sea á solas. Dadme el caldo; yo se lo subiré.

La dama de Vilamelle no titubeó en acceder á los deseos del monje. Aunque no lo conocía, en aquellos tiempos un clérigo éra un Dios en la casa en que entraba; sus insinuaciones órdenes sagradas.

Recibió el monje el plato y la taza, y subió solo y despacio por la estrecha escalera que conducía á la cámara del enfermo doncel.

Al entrar, apenas divisó cosa alguna. Como venía de una habitación clara, y aquella en que estaba el doncel tenía las ventanas entornadas,

reinaba tal oscuridad, que le fué preciso esperar un poco, como sucede en esos casos.

Poco á poco, como si fuera amaneciendo, los objetos empezaron á distinguirse en aquella noche, en aquel caos en que yacía la cámara. Mostraron á los ojos del monje los sillones de nogal, en que pocos días antes recordarán nuestros lectores haber visto á Mauro de Lecín, á la desgraciada Maret y á Isabel de Vilamelle; la ventana con su lista de luz, y las blancas colgaduras de una cama en que estaba el enfermo.

Al mismo tiempo otro suspiro de dolor, ó más bien un ¡ay! apagado, pareció impregnar el aire que allí se respiraba.

—Amaro; dijo el monje sordamente y dirigiéndose hacia el lecho paso á paso.

Al vibrar aquella voz se agitaron las cortinas, como si el cuerpo que descansara entre ellas hiciera algun movimiento.

—¿Quién... quién está ahí? preguntó la dolida voz del doncel de Vilamelle.

—¡Yo... yo... hijo mío! exclamó el monje quedamente.

Y corriendo las cortinas, le presentó el caldo.

—¡Clodio Espasende!... exclamó á su vez el hidalgo, incorporándose pálido y extenuado, con

un brazo apoyado en una almohada; ¡vos aquí, señor!

Y clavaba en él sus ojos, cuyas pupilas, dilatadas por una sensación vivísima de sorpresa, revelaban el asombro que lo poseía.

—Yo... yo... hijo mío; volvió á decir otra vez el monje, acentuando con dolor estas palabras tiernísimas.

Estremecióse otra vez Amaro al cerciorarse que no era un sueño, que no se hallaba bajo la influencia de una pesadilla cruel, y le tendió una mano á su antiguo arquero mayor, que veía convertirse en monje.

—¡Oh! no tengo más que esta, señor... murmuró; y dentro de poco...

Y se detuvo en su dolorosa idea, apretando fuertemente la que le tendía el monje, é inclinando la cabeza sobre el pecho.

—¡Tomad... tomad un caldo antes de que hablemos, Amaro... porque yo necesito hablaros... necesito hablaros, hijo mío!

—Y yo oiros, señor... yo también necesito oiros como á Dios, padre mío; contestó el hidalgo.

Y tomó dos ó tres sorbos de caldo, dejándose caer después sobre las almohadas.

En seguida dejó el monje la taza sobre una

mesa en que se hallaban muchas medicinas, y se sentó en un sillón cerca del enfermo.

—¡Amaro, hijo mío... dijo; valor, ten valor para oirme... como yo también lo tendré para hablar... Valor, valor, Amaro.

—Hablad... hablad... tartamudeó Amaro.

—Rodrigo de Canaval y Mauro de Lecín acababan de enterarme de la desgraciada cacería de Lobios... todo... todo me lo dijeron. Tu amor á la condesa Ildara.

—¡Ah! suspiró Amaro.

—Y la terrible oferta de la sortija que le obligó á hacer el conde de Lemos al que primero clavase su cuchillo de monte en un lobo. Tú querías obtener la sortija, desgraciado, como habías obtenido la rosa blanca... y Dios tenga piedad de las locuras de los jóvenes... esas locuras en que exponen la vida por una flor, una sortija... nada...

—¿Nada, señor? ¡esta flor no es nada!... prorumpió el doncel, devolviendo dulcemente reconvencción por reconvencción. ¡No es nada esta flor!... persistió enseñando una rosa blanca, ajada, y seca por el fuego de sus labios, ¡no es nada esta flor en que la veo á ella... siempre... á todas las horas del día y de la noche!... ¡Oh! señor... ¡no es nada esto cuando su vista sofoca mis padecimientos!

Y el hidalgo la miraba con frenético delirio...

—¡Oh! exclamó el monje con ceño; ¡esta flor te va á enloquecer de amor... y ese amor á esa mujer... ese amor, Amaro, te va á matar, hijo mío!

—No... no... señor... esta flor es mi vida. Ella me hará soportar todas las desventuras con que me abata la suerte... ella me las hará soportar sin quejarme...

Y enderezándose en el lecho, exclamó con toda la ternura de su pecho enamorado:

—¡Oh! ¡señor!!.. ¡señor... ¡si vierais lo que es su amor!... ¡si vierais lo que yo la amo!

—¡Pero, casada, infeliz!

—¡Casada!... ¿Y qué me importa eso, señor?... ¡En el ardor de mi pasión me contento sólo con verla aunque sea á veinte pasos de distancia... sonriéndose para las flores ó sonriéndose para el Cielo! ¡Oh! lo que yo siento por ella no podré explicároslo nunca!... No es el amor que sentí por Inés de Novaes, ni por otras damas... es un sentimiento tan puro como inocente. Yo quisiera depositar en vos todo el peso de este amor que me anima, quisiera describíroslo, porque nadie mejor que vos... nadie tan acreedor á esta confianza amorosa en que se exhalará mi alma! A un amigo, á cualquiera á quien yo le

revelara toda la intensidad de la pasión que despertó en mí la condesa Ildara, tal vez se reiría de ella incisivamente; sí... tal vez... ¡porque esta pasión no se parece á ninguna.

Y en su exaltación febril, se contuvo por un momento el pobre hidalgo.

El monje quiso aprovecharse de aquel silencio para hablar; pero Amaro volvió otra vez á hacerle una pintura de su funesto y espiritual amor á Ildara de Courel.

—Mirad, señor... este amor no es igual al amor que forma el encanto de los demás donceles, de los demás hombres, por lo que he podido juzgar... Este amor es la esencia del alma rendida á otra, como el perfume, el aroma de la flor más delicada que se rinde, que se evapora al sol, su amante. Este amor casto y respetuoso que se contenta con poco... con tan poco, señor, como ver al objeto amado; este amor es la vida; desde que se siente es la vida; la vida en toda su magnificencia de espiritualidad, porque sus emociones purísimas sólo la constituyen desde aquel instante... Es un amor que sólo se paga de flores, de miradas, de palabras... ¡Nada más... nada más, señor! Amor puro y respetuoso, no admite deseo alguno, falta alguna. Y he aquí, señor, porqué, aunque la con-

desa sea casada, no por eso deja de ser el ídolo de mi corazón, mi único bien, mi único culto!

Y cayó sobre las almohadas, guardando otro instante de silencio, que el monje no quiso interrumpir, continuando pensativo con los ojos fijos en las hebillas de plata de sus zapatos.

Amaro volvió á incorporarse.

—Todo esto os parecerá incomprensible, señor, dijo con la misma vehemencia; tal vez os parecerá incomprensible... palabras sin concierto... ideas de un delirante... cualquier cosa, señor... pero yo... yo retrato mi corazón á vuestros ojos... mi corazón feliz con el tesoro de amor que encierra!... ¡Oh! ¡si la amo!... ¡Y dais poca importancia á una flor desprendida de su seno! Ved si se la doy yo cuando con esa flor en una mano, me voy á dejar cortar la otra con valor, un brazo, si es preciso, y sin ella... sin ella... nada me alentaría en la tierra para soportar los acerbos dolores de mi destino.

—¡Oh! ¿tendrás valor, hijo mío? prorrumpió el monje con una alegría inmensa. ¿Tendrás valor para dejarte cortar el brazo... para vivir, Amaro!

Y juntó las manos como si rogara.

—¡Para qué no tendría yo valor, señor!... Con este talismán que me concedió su bondad, ¿qué peligros no arrostraría Amaro?

Así era el amor de aquellos tiempos. Por una flor, por una mirada, mataban, ó se dejaban matar.

—¡Bien... bien... hijo mío! exclamó el monje, tranquilo por aquella promesa.

Y le estrechó con fuerza la única mano que le quedaba.

—Dadme un caldo, pidió Amaro después de un instante de silencio.

El monje se lo sirvió con una solicitud admirable.

—Pero... esa historia, señor... ¡hablad... hablad de una vez! imploró Amaro, como si le asaltara un recuerdo repentino.

El monje no contestó, como si recogiera sus ideas para contarla.

Colocó la taza sobre la mesa, y se sentó al lado de Amaro silenciosamente.

Después tomó su mano entre las suyas, y lo miró tristemente.

—Hablad... hablad, señor.

—Hace muchos años, dijo por fin el monje, hace muchos años... en 1458... que vine á una montería de Gundibós, convidado por el conde de Deza. Acababa de regresar de las guerras de Castilla, y después de las fatigas consiguientes á las revueltas que la agitaron por largos años,

durante el reinado de Enrique IV, esas diversiones de nuestras montañas me eran sumamente gratas. Había muchos nobles que como yo fueron convidados, y damas que, á semejanza de las que te expusieron...

—¡Oh! ¡callad!... callad! balbuceó Amaro comprendiendo la idea del monje.

—Bien, bien, continuó éste; procuraré descartar mi relación de cuanto pueda afectarte. La cacería fué feliz; nuestras gentes cogieron muchas piezas y nos retiramos al castillo de Quiroga, donde el marqués de Sarria tenía dispuesto un festín.

En él reinó la alegría; casi todos éramos jóvenes, y poco antes de media noche nuestras cabezas se hallaban abrasadas por el Ribadavia y el Esperón, y nuestros labios sólo murmuraban palabras sin concierto.

Entre todas las damas que concurrieron, había una que llamaba desde luego la atención por su tímida reserva, como si fuera la primera vez que alternara con la aristocracia del país, y por los pocos encantos con que la dotara el Cielo.

Era de una blancura mate, de cabellos negros, miradas lánguidas, una boca perfectamente dibujada; pero su nariz larga, extremadamente

caída, destruía la armonía de su rostro, dándole una expresión tristemente repugnante y anti pática.

Los ojos de Amaro brillaron siniestramente en la oscuridad, como si le interesara aquel retrato hasta lo sumo.

—Mis amigos la tomaron por blanco de sus bromas aquella noche.

Más y más se fijaron sus pupilas en el monje, el cual continuó:

—Lanzándole crueles sarcasmos indirectamente, que obligaban á las demás damas á llevar el pañuelo á la boca para contener la risa que les asaltaba. A mí me daba lástima la infeliz; pero mi compasión ó mi lástima me iba poniendo en ridículo, y traté de ahogarla con Esperón. Bien pronto lo conseguí, y llegué á ser de los más cáusticos y más vivos en las hilaridades que producían los epigramas que menudeábamos.

—Y bien... me dijo el conde de Maceda; vos que habeis tenido tanto valor en las guerras de Castilla, ¿á que no lo teneis ahora para decirle cara á cara á esa dama, que es horrible, fea, atroz?

Aquellas palabras eran para mí como un insulto; pues se dudaba de mi arrojo para esos casos.

—Ahora mismo... cuando queráis... le contesté.

—Pues bien; sentaos cerca de ella, me dijo el de Lemos.

—¡El conde!... exclamó Amaro interrumpiendo la relación del monje.

—Sí, el conde, el conde D. Alonso... que también estaba allí, afirmó éste.

—Hacedme lugar, les dije; haced que se sienten en otro lado la dama de Marcelle, que está á su lado.

—Eso corre de mi cuenta, dijo el de Lemos.

Y dirigiéndose á Inés de Marcelle, no sé lo que le dijo al oído, que la dama me miró, se llevó el pañuelo á los labios para disimular la risa que le sobrevino, y se levantó para hablar á la marquesa de Sarria.

—¡Se levantó!... volvió á interrumpir Amaro estremeciéndose.

—Sí, se levantó, continuó el monje. Entonces yo, al ver desocupado aquel sillón, bebí otra copa más y me dejé caer en él brusca-mente.

Todos los nobles que había allí no me dejaron de mirar desde aquel instante, y las damas suspendieron sus cuchicheos. A la algazara más

pronunciada acababa de suceder un silencio extraño. Parecía que todos estaban pendientes de mis palabras.

—Señora, dije por fin á aquella infeliz con voz sonora; he corrido toda Galicia, desde Ribadeo á la Guardia, y desde la sierra Segundera al cabo de Finisterre; estuve en Valladolid, en Sevilla, en Burgos y en Toledo; pero jamás he visto un rostro de mujer más feo que el vuestro, envuelto en seda.

Los dientes de Amaro crugieron como si no pudiera sufrir el dolor del brazo.

El monje continuó:

—Y yo, caballero, contestó ella palideciendo, sin atreverse á mirarme como antes, y con la voz más dulce que oí en mi vida; yo, caballero, tal vez por no haber salido nunca de estas montañas, no habré tenido el disgusto de encontrar un hombre más descortés que vos, envuelto en terciopelo.

Aquella contestación, que hizo reír á todos tanto como mis palabras, aquella entereza, y aquel metal de voz me desconcertaron, y ya no supe lo que me decía.

—Señora, volví otra vez, permitidme que os dé un abrazo, porque vos no sois otra cosa que un escudero horrible que tuve en Medina del

Campo, disfrazado de mujer. ¡Nuño Sanchez, un abrazo!

Y me levanté para dárselo.

Pero la dama no pudo contenerse y se levantó á su vez; me miró como para decirme alguna cosa que me contuviera, y de repente, en medio del silencio que impuso á los circunstantes su ademán... rompió á llorar como una Magdalena. Rompió á llorar, y salió del salón.

Este desenlace, lejos de imponernos á todos, se celebró con estrepitosas carcajadas, riéndose tanto ó más que nosotros las damas que presenciaron la escena.

—¡Las damas! murmuró Amaro.

—Las damas, afirmó el monje... las damas que, muchas como aquellas, darían siempre algo porque se repitieran semejantes lances á su vista.

—Continuad, señor.

—Luego supimos que á la infeliz le había costado una enfermedad aquel bochorno, una enfermedad que la condujo á las puertas de la muerte; y nos dimos todos palabra de no volverla á injuriar más, mostrando un interés que no experimentábamos.

Tres meses después de este suceso, volviendo yo para Monforte de otra cacería en Gundibós, se desbocó el caballo que montaba y me arrojó

en los barrancos de Gullade, dislocándome un brazo. Me llevaron á la hidalguía de Canaval...

Amaro volvió á estremecerse.

—Y me recogió en su torre su anciano señor, donde me hicieron la primera cura. Allí estaba ella... ella era hija suya.

—¡Oh, señor! exclamó Amaro... ¡ya lo presentía!... ¡ella!... ¡mi madre!

Y tendiéndole su única mano al benedictino, y volviendo á otro lado la cabeza, parecía sufrir terriblemente.

Hubo una pausa triste y lúgubre en aquella habitación sombría, oscura, y entre aquellas dos personas que estaban en ella, un monje y un doncel enfermo.

—Continuad, señor... continuad... rogó Amaro con voz débil.

—Es imposible, prosiguió el monje, que mujer alguna haya asistido con más dulzura á un enfermo, como Elvira me asistía á mí; y aquello me hacía padecer más que la dislocación del brazo. Aquel insulto, aquella grosería del castillo de Quiroga, que tanto afectara su sensibilidad, me la recompensaba con unos cuidados, una asiduidad, una ternura tanto más rara, cuanto que no revelaba rencor ni resentimiento alguno.

Habían pasado tres días, y aún me hallaba en cama.

Acababa de salir el cirujano, después de mandarme varios medicamentos para el brazo, y ella se había quedado según costumbre, sentada al lado de una ventana, única que daba luz á la cámara, y con la cabeza vuelta hacia las montañas que se veían en su marco. Nadie más estaba allí; los dos estábamos solos; y pagado de las atenciones y de la dulzura de aquella niña, arrepentido en fin del mal que le había causado, quise pedirla perdón.

—Señora... le dije; el interés que demostrais por el que padece, ese interés tan afectuoso que me demostrais, es el castigo más cruel que me pudiera reservar el Cielo.

Ella se estremeció al oirme, y guardó silencio.

—¿Por qué?... murmuró al cabo de algun tiempo, viendo que yo no decía nada más... ¿por qué decis que mis cuidados hacia un enfermo son el castigo más cruel que pudiera daros el Cielo?... ¡Todavía, señor!... ¡Todavía me insultais!

Y su voz, la voz más dulce y argentina que había oído en mi vida, y la interpretación tan distinta que daba ella á mis palabras, creyendo-

las otro nuevo insulto, me obligaron á incorporarme en la cama rápidamente.

—¡Oh, señora!... no, ¡yo no os insulto! exclamé, profundamente triste; por el contrario, os pido perdón del ultraje que recibisteis de mí una noche de orgía, una noche en que mi frente estaba peor que la de un loco.

Ella volvió entonces la cabeza, y las lágrimas temblaban en sus párpados. Se levantó, me miró como para asegurarse de la expresión de mi semblante, y salió con el pañuelo en los ojos.

El monje sintió que la mano que Amaro tenía entre las suyas se crispaba, como si padeciera mucho con aquellos detalles.

—Amaro, continuó el monje, reasumiendo, tu madre era el alma más bella que yo había visto; la de sensibilidad más exquisita; la de la voz más seductora; la mujer de miradas más dulces y pudorosas. Aquella niña, á pesar de la repugnancia que inspiraba á primera vista, era cien veces más celestial que cuantas mujeres tratara yo hasta entonces... mujeres de los frescos de los pintores, sin sentimiento, sin corazón.

Al desaparecer de la cámara con las lágrimas en los ojos, cuando yo imploraba su perdón, sentí una tristeza, un vacío que nada, ningún recuerdo consiguió llenar.

Poco después entró una doncella á mudarme un vendaje y sentí dolor y disgusto al poner el brazo entre sus manos. Suspiré por Elvira... y le mandé que fuera á suplicarle en mi nombre que volviera.

—¿Y vino?... ¿volvió?... preguntó Amaro impetuosamente.

—Sí, apoyó el monje; vino, volvió... Se acercó á mi lecho... sin mirarme, sin hablarme... me mudó el vendaje y se dirigió á la puerta para salir así que concluyó su operación, llevada á cabo tan silenciosamente.

—¡No, le supliqué yo; no os vayais, señora!... ¡no me dejéis solo...

—Vendrá mi doncella; murmuró ella.

—No, no, insistí yo; vos... ¡solo vos, señora!

Y se quedó... volviéndose á sentar en el sillón que había colocado antes junto á la ventana.

Otros tres días pasaron, y me acostumbé tanto á la presencia de aquella niña, que no podía estar sin ella una hora. Al cabo de algunos más, me levanté: estaba completamente curado. Sin embargo, quise permanecer más tiempo allí, haciendo creer que aún no tenía juego el brazo, que aún necesitaba más días de reposo; porque así, de esta manera conseguía estar siempre á su lado.

—¿Sabeis cuánto prolongué esta superchería?... más de dos meses. ¿Sabeis cuando salí de la torre de Canaval cómo quedaba Elvira, Amaro?... ¡Quedaba perdida!...

—¡Dios!... ¡Dios mío! exclamó el enfermo, volviendo á estremecerse, volviendo á apretar con su mano la del monje.

En aquel momento el benedictino se levantó repentinamente y rechazó la mano del hidalgo. Había oído un silbido... una señal... un silbido como los que despidiera Rodrigo de Canaval en el peligroso paso de la *Boca da Serpe*.

Cuando Amaro, admirado de aquel brusco movimiento del monje, volvió la cabeza para mirarlo, para ver qué era lo que pasaba en el alma de su interlocutor al rechazar así su mano, no lo vió en su sitio y se encontró solo en la tenebrosa cámara.

XI

LA ROSA BLANCA

El silbido saliera del cerro del Pantón, donde recordarán nuestros lectores que quedaba en acecho el otro monje.

Al escucharlo el que se hallaba al lado de

Amaro, se deslizó ligeramente hacia la escalera, descendió por ella paso á paso, atravesó con lentitud la pieza en que estaba Isabel de Vilamelle, echándole la bendición con tranquilidad, y salió de la torre.

Aquella lentitud, aquella calma, se conoció que era violenta ó calculada, pues al llegar al portón, arrancó las riendas de la mula de las manos del criado, á cuyo cuidado la confiara, montó en ella con viveza y se lanzó al escape hacia la iglesia por el escabroso atajo que atravesara poco antes.

Sin embargo, en la mitad de su carrera le detuvo otro silbido.

Al oirlo, volvió la cabeza hacia el cerro del Pantón, en cuya eminencia se diseñaba su compañero, con un brazo tendido hacia el camino de Monforte, como si le enseñara algo que pudiera interesarle.

El monje trepó á una pequeña lomita cercana para descubrir mejor lo que parecía indicarle; y vió á lo lejos, siguiendo con la vista la cinta del camino, una carreta de bueyes que avanzaba hacia la torre de Vilamelle con el paso que le es tan peculiar.

Esta vista pareció tranquilizarle, y tomó otra vez el atajo, regresando á ella al trote.

—¿Qué gente es esa que viene en esa carreta? preguntó el anciano criado, que aun permanecía en el portón...

—Señor, no sé qué gente pueda ser; pero viene con el señor doctor Vilela... ¿No veis al señor doctor en la mula que viene al lado de la carreta?

—¿Ese es el doctor?

—Ese, señor...

—¿Pero, esa carreta?... esas dos ó tres personas que vienen en ella...

—Serán tal vez criados suyos... ó ayudantes, señor...

¡Ah! exclamó entonces el monje, llevándose la mano á la frente, como si acabara de comprenderlo todo. Vendrán á cortarle el brazo... será cosa resuelta para hoy... ¡para ahora mismo!

Y arrojándose de la mula, se dirigió al encuentro de la carreta, calándose bien la capucha, como si temiera ser conocido por alguno.

Al acercarse á ella, vió dos ayudantes, al parecer, del doctor Vilela, que venían dentro entre una mesa, un cajón como de instrumentos de cirugía, un botiquín y un hornillo. El doctor venía un poco más atrás.

—Dios os bendiga á su vez, doctor; dijo el monje, saludándole con una bendición.

—Él nos preserve de males y nos ayude, contestó aquel descubriéndose.

—¿Venís decidido á la amputación? preguntó el monje.

—Sí, afirmó el doctor; es cosa resuelta... voy á cortarle el brazo ahora mismo; contestó. Se hace indispensable la amputación por la unión del tercio superior con el medio, porque la gangrena de la extremidad invade hasta el tercio inferior. ¿Vos entendéis?...

—Un poco... contestó el monje; soy muy aficionado á la ciencia, y no desperdicio ocasión alguna de ver para aprender. Decid, y dispensadme esta objeción que voy á hacer; ¿no sería mejor, como he visto en Valladolid?...

Y se detuvo un momento, como si dijera algo que le comprometiera. Después continuó.

—¿No sería mejor cortarle el brazo por otra parte que la que indicáis... en el paraje de la mortificación, por ejemplo, y próximo á su límite?

—Padre, quereis decir entre la gangrena y la parte sana, ¿no es verdad?

—Eso... en el mismo punto.

—No, yo no acojo vuestra idea; y Dios sobre todo seguiré las del ingenioso Ambrosio Pareo en los nuevos descubrimientos que acaba de

desarrollar en las guerras de Italia. ¡Oh, son mucho más ventajosos!

En efecto; por aquel tiempo aparecía en la escena quirúrgica esa luminosa antorcha francesa, el inolvidable Pareo.

El monje inclinó la cabeza y la discusión no siguió más adelante.

Acababan de llegar al portón, y empezaban á aligerar á la carreta de su peso.

Al apearse el doctor y dar algunas órdenes á sus ayudantes, entró en el patio de la torre, donde le esperaba Isabel llorosa, abatida, exhausta de fuerzas.

—Animo, le dijo el doctor.

—¡Oh! balbuceo la infeliz, elevando los ojos al Cielo, empañados de lágrimas.

Subió después el doctor á la habitación de Amaro, seguido del monje, y al atravesar la cámara, notando los bulliciosos gorgoros de tres ó cuatro ruiseñores posados en la rama de encina que penetraba por la ventana, la mandó cerrar para espantarlos.

Subió, entró en la cámara del enfermo, abrió las hojas de la ventana de par en par, y se dirigió á tomarle el pulso. El hidalgo tendió la mano al doctor, en la cual tenía la rosa blanca, que miraba con delirio.

Con la mano del enfermo entre las suyas, levantó el doctor la cabeza para mirar su semblante pálido y desencajado, como si le precisara un examen fisionómico.

—¿Vamos?... le dijo al cabo de algun tiempo... ¿Estais dispuesto, Amaro de Vilamelle?

—Cuando querais, señor... cuando querais; contestó el hidalgo precipitadamente.

Y miró con tristeza al monje que, inmóvil y con los brazos cruzados al pie de la cama, parecía alentarle con sus ojos.

—Bien; continuó el doctor, con la vista baja.

Y clavándola de pronto en el monje:

—Padre, le dijo: confesáadlo...

El monje dirigió una mirada-pregunta al hidalgo, el cual cerró los ojos como aturdido.

—Ya está... no es necesario... tartamudeó sin moverse.

—Entonces, siguió el doctor, podeis despediros de vuestra hermana, Amaro... porque... Dios sobre todo, hijo mío.

—Bien; contestó el enfermo tranquilamente.

El monje salió en busca de Isabel, y le dijeron que estaba en la iglesia de la parroquia.

Corrió al templo, y se volvió sin decirle nada apenas la vió orando al pie de una Virgen.

—No quiere venir, dijo el monje regresando á la cámara del enfermo.

—Bueno... tanto mejor... murmuró el doctor... así podía afectarse más, sin embargo de que lo encuentro muy decidido.

Y descendió á la cámara baja, seguido del monje.

—Quiero mejor operarlo aquí, dijo el doctor, porque hay más capacidad, más luz.

En efecto, la cámara estaba ya dispuesta convenientemente y el aparato quirúrgico impuso al monje.

—Os horrorizais ¿no es verdad? dijo el doctor, notando su turbación; os creía ya más ducho, padre.

—No... no... es la primera amputación que veré; contestó el monje.

—Aunque no se tomara interés en la infeliz situación de un enfermo, esto horroriza; ¿no es verdad? Y ya veis... es preciso... la humanidad autoriza estos actos cuando de ellos pende la conservación de la vida, pues la contemplación de una parte no debe poner en compromiso el todo. Además, siendo el blanco de las operaciones que parecen más crueles, el establecimiento de la salud, se desvanece la idea que se las asigne.

—Habeis hecho muy bien, doctor, en que

pénetrara aquí el aparato de una manera furtiva al paciente; ver entrar estos objetos le desanimaría tal vez; verlos de golpe no tanto.

Era en efecto imponente el cambio que acababa de operar en la cámara baja. Alzábase á un extremo, y cerca de una ventana, una mesa de regulares dimensiones cubierta de un tapete de lana de color rojo; y veíase encima un número crecido de instrumentos, como cuchillos de varios tamaños y figuras, tenazas incisivas, sierras, agujas, pinzas, tijeras, etc.; objetos pertenecientes á lienzos en diferentes formas de compresas, vendas, cintas, hilas, y finalmente otros varios tarros con sustancias medicamentosas como elixires confortativos, ó de una virtud anti-espasmódica como se denominan hoy los polvos astringentes, y más aún que sería prolijo enumerar.

Inmediato á este temible aparato, hallábase un brasero con materias en combustión, conteniendo dos cuchillos que, próximos á su color rojo, confundíanse con el resto de los cuerpos en ignición.

Dispuesto todo y todos al doloroso acto de la operación, mandó el doctor que bajara Amaro, vigorosamente ayudado por el monje y los ayudantes, y cubierto con ligeras ropas.

Al presentarse el enfermo en brazos de sus conductores, señaló el doctor un banco pequeño de respaldo; corto, pero firme, donde mandó que lo sentaran.

Entonces, la viva claridad que entraba por las ventanas, dió de lleno en el rostro macilento del hidalgo, y fué muy triste la impresión que hizo en todos su melancólico aspecto. Sus pupilas continuaban como enclavadas en la rosa blanca.

Viéndolo el doctor dispuesto á soportar los mayores sufrimientos, colocó al monje á la espalda del doncel, á fin de que le sirviese de completo descanso y correctivo á los desordenados movimientos. A un ayudante lo colocó de modo que sostuviera con decisión el extremo superior y hombro de la extremidad enferma; á otro lo situó conteniendo suavemente y dispuesto á recibir la parte seccionada ó cortada, sin dejar de cuidar que dicha parte estuviera envuelta en un lienzo recientemente aplicado, y el otro, pues eran tres, lo dejó al cuidado de los instrumentos que fuera pidiendo según lo necesitara.

—¡Valor, Amaro... valor, por la memoria de vuestra pobre madre! le dijo el monje enternecido.



—Valor, señor... tengo valor; contestó el hidalgo, besando la rosa.

Y en seguida la colocó en sus labios.

—¿Estamos?... preguntó el doctor con voz sonora, y mirando á todos fijamente.

—Estamos; contestó Amaro con voz firme.

Entonces dispuestos todos á hacer el sacrificio de sus propias sensaciones por el feliz éxito de la amputación, oscilaron un instante sus cabezas, y les pareció que pasaba una nube por delante de los ojos y se quedaron después inmóviles en sus puestos.

Se hallaban bajo un poderoso influjo. La conservación, la vida de aquel joven hidalgo pensaba todos sus movimientos, toda su voluntad.

Convenientemente expuesta la extremidad con el apoyo de los dos ayudantes encargados de sostener el brazo derecho, que era el que se iba á amputar, lo reconoció por última vez el doctor, aplicó una cinta más que medianamente apretada en la unión del tercio superior del brazo con el medio, sitio elegido al efecto con anterioridad, y ocupó su puesto al lado externo del extremo torácico.

A la señal convenida se redobló el interés; llegó el momento en que la mano del doctor Vilela sostuvo uno de aquellos cuchillos que se

hallaban al fuego del hornillo; volvió á ofuscar-se otra vez la vista del monje y de los ayudantes á la presencia de horribles conos luminosos, y al aplicarlo á la piel de aquel ser animado y simpático, poniendo á prueba la resignación de todos en instantes que se creían interminables, una hoja de la rosa blanca se desprendió de la boca del enfermo por la contracción de sus labios, girando sus ojos como si fueran á saltar de sus órbitas.

Ni un ¡ay! ni un quejido.

El vulnerador instrumento hendía por su filo y cauterizaba á la vez por sus caras; produciendo esa crepitación ó chasquido tan inherente y propio á la carbonización de los tejidos que destruía.

La segunda sensación de Amaro á tan vivísimos dolores, la caracterizó un rápido movimiento que parecía eludir la acción del cuchillo candente; pero bien pronto, á manera de una reconvención íntima, como suele decirse, permaneció inmóvil, y la contracción muscular nerviosa, presentada por esa sacudida involuntaria, apareció exclusivamente en su rostro, con la expresión del más enérgico sufrimiento y resignación.

¡Hé ahí aquella época de religión y de amo-

res! Entonces uno se dejaba cortar un brazo ó una pierna con un crucifijo ó una flor en los labios. Hoy, que no se lidia por la religión, ni se combate por los amores, vemos á un oficial fumando un cigarro cuando le cortan un brazo.

Siempre nos hemos abstenido de cansar á nuestros lectores con digresiones filosóficas; pero ¡qué de consideraciones no surgen de estas palabras? El cigarro y el champagne sustituyeron á la cruz y á las bandas de los torneos... El conde Rodolfo, á Ivanhoe... El frac del dandy, al arnés del que moría *por su Dios y por su dama*.

A medida que operaba el doctor Vilela, los párpados de Amaro cedían á la imperiosa ley del sufrimiento, y el centro nervioso, invadido por las sensaciones dolorosas, irradiaba su percepción, haciéndole entrar en un abandono vital.

En aquel instante una bandada de ruiseñores vino á posarse en las ramas de la ventana, retozando: cantaron; cayó otra hoja de la rosa blanca que tenía en los labios el enfermo, barómetro de su padecer, y un ligero estremecimiento recorrió otra vez su cuerpo.

—Valor... valor... murmuró el monje.

A estas palabras, la cabeza de Amaro, apoya-

da sobre el pecho, empezó á moverse por intervalos, girando sobre el occipital, como se dice técnicamente, ya para buscar objetos de sus más puros intereses, ya también para embotar el reflejo eléctrico que se dirigía incesantemente á su gran foco sensitivo; pero nada podía calmarle.

Tal vez esta idea ocupó su imaginación, pues cuando llegó el momento en que el doctor Vilela cogió otro cuchillo abrasador y empezó á separar el periostio, esa cubierta fina y fibrosa que se adacta al hueso, para cortarlo después; cuando, en fin, tenía preparada y elegida la sierra para su ejecución, un hondo suspiro dejó en calma la entrecortada respiración de Amaro.

Este hondo suspiro era la prueba más veraz de su acerbo padecer; este suspiro simbolizaba su valor y su exquisita sensibilidad.

La operación se continuaba con un deseo ardiente que hacía honor á los talentos prácticos del doctor; empezó á fijar la sierra sobre el desnudo hueso, y si antes los ojos de los circunstantes retrocedieron ante el cuchillo ardiendo, entonces apartaron á un lado la cabeza con un movimiento de horror instintivo. Si su aspecto les intimidó, su aplicación, el sonido tosco bien perceptible que despedía, y las sacudidas invo-

luntarias que trasmitía al hueso del hombre vivo, y de este al todo de la extremidad y resto de su cuerpo, hacían crispár los nervios violentamente y erizar los cabellos.

¡Pobre Amaro, vibrante de dolor!

Por un accidente desgraciado, fracturóse el hueso antes de su completa división, resultando, además del brusco movimiento que aumentó su padecer, una esquirla ó astilla huesosa que detenía los tiempos de operación, haciéndose indispensable separarla con unas tenazas que, terminadas en corte y aplicadas con gran empuje, lograron desprender el fragmento.

Una nueva situación más halagüeña pareció presentarse de pronto. Veíase libre el interesante doncel del grave mal que rápido se adelantaba á cortar sus días; y un pensamiento consolador, producido por un recuerdo que le asaltó mirando la flor que apretaba con sus dientes, hizo asomar una sonrisa á sus labios.

No obstante, la descomposición de su semblante, su inquietud, su abatimiento continuaron, y el aspecto del mutilado brazo borró los pasados momentos.

Era un aspecto horrible el que presentaba la parte lastimada. La blanda ó muscular estaba de color negruzco, que hacia resaltar en deter-

minados sitios una exudación sanguínea, la cual formaba pequeñas gotas, que caían por su gravedad. En el fondo ó centro de este círculo, sobresalían más por la retracción de las partes la sustancia interior del hueso con el conducto medular, y finalmente, la superficie cutánea ennegrecida y plegada como producto de la cauterización, cubría la extremidad amputada.

Hubo un momento de pausa en la operación, tiempo que empleó el doctor en observar lo que dejamos descrito, é intervalo requerido en medicina entonces para cerciorarse de que la hemorragia no era de temer por la presencia de la escara en la libre abertura de los vasos sanguíneos. Aun no se habían difundido bien las ligaduras de presión del distinguido Pareo.

Seguro el doctor Vilela de la detención de la sangre, disponíase á cubrir con los medios apropiados la dolorosa extremidad; pero de repente una notable sorpresa se marcó en su rostro, hasta aquel momento inalterable.

—¡El cauterio piramidal! gritó en seguida al ayudante encargado de presentarle los instrumentos... ¡al fuego... al fuego!

Sería difícil describir la conmoción que produjeron semejantes palabras. El silencio más completo fué interrumpido por ellas, y tras su

eco se agitaron los latidos de los corazones, que parecían la continuación de él.

Deseoso el monje de conocer la causa, tembló; las escasas gotas de sangre encarnada se hicieron más abundantes, y de repente una pequeña columna de rojo líquido se lanzó á gran distancia con velocidad, entrecortada para aparecer de nuevo y repetirse á brevísimos intervalos.

Al vibrar la voz del doctor, tomó el ayudante con rapidez un instrumento colocado en el aparato, y lo puso en el hornillo. Era á manera de una vara de acero bastante prolongada, terminando por la extremidad aplicada al fuego en una figura piramidal, y por la opuesta en un largo mango de madera que le servía de empuñadura.

En tanto que se agitaba la combustión y el instrumento se preparaba para el cauterio potencial, la peligrosa hemorragia continuaba con igual intensidad; el desfallecimiento de Amaro, hijo hasta entonces del sistema sensitivo de la inervación, se hacía real y positivo; su fisonomía se desencajaba más y más... el ligero sudor que le cubría, fué reemplazado por una frialdad terrible... sus sentidos empezaron á turbarse... y la rosa se le cayó de la boca.

¡Había cesado la vida de relación!

Había cesado la vida de relación, expresada por la espontaneidad de su posición y relajación de su fibra.

—¡Oh!... exclamó el monje; ¡Amarol!... ¡Amarol!...

—¡Silencio!... gritó el doctor, tomándole el pulso.

Púsose en seguida á contener la sangre con una porción de hilas, mirando de cuando en cuando con una ansiedad vivísima el instrumento que había pedido, rugiente como el cuchillo de que acababa de servirse.

Por fin se lo presentó, chispeando, el ayudante; cogiólo el doctor con avidez, lo aplicó inmediatamente al canal sanguíneo, y la naturaleza parecía rechazarlo.

¡La sangre apagaba el fuego!

Pugnando el líquido por hacer perder al instrumento su irresistible temperatura, á cada impulsación ú oleada desvirtuaba su acción candente, produciendo un sonido sordo y crepitante.

Era preciso desistir... ó esperar una nueva aplicación; pero ¿sería tiempo?

La angustia del doctor se traducía en su semblante alterado. Fijó su vista en el inanimado

hidalgo de Vilamelle, reconoció su frialdad completa, su tarda y difícil respiración y la imperceptibilidad de su pulso.

Entonces, rápido como el pensamiento, cogió el pomo medicinal, lo acercó á la nariz del doncel, y viendo aún la continuada emisión sanguínea, tomó de nuevo el cauterio piramidal, confiado en una nueva aplicación.

De repente la sangre se detuvo, y hacía inútil la segunda aplicación.

Sin embargo, en aquel momento crítico, mil encontradas ideas se agruparon á su cerebro, y pocas lisonjeras al parecer. Convenía una resolución breve, y, al fin, como libre de un ligero vértigo, persistió en la aplicación del cauterio.

Esta vez, sin obstáculo alguno, ejecutó cuanto hubiera deseado antes; pero su incierto éxito disminuía visiblemente el terminado logro. El chasquido, el olor y demás caracteres del hierro que abrasaba, indicaron la escara y el doctor la vió aparecer con su color blanco-oscuro, hasta terminar por este último en una carbonización completa.

Pero el sufrimiento de Amaro parecía que iba á aniquilarlo. A un accidente sucedía otro, y su prolongado estado revelaba uno de esos

síncopes mortales, una asfixia ó muerte aparente en que la realidad más de una vez encuentra acerbos desengaños.

En este estado terrible, el doctor continuó prodigando auxilios hasta probar su ineficacia. Aplicaba y frotaba la región precordial; acercaba su oído al mismo sitio y... nada!... Todas sus esperanzas fracasaban.

Fué tal por un momento la alteración de su semblante, que impuso á los circunstantes, quedándose inmóvil y pensativo.

Después, como si volviera á salir de otro vértigo:

—¡A la cama... dijo desalentado... llevadlo á la cama!

Se había bajado la cama de Amaro á aquella habitación baja; y ya se disponían á levantarlo del sitio para llevarlo á ella, cuando de improviso, el doctor que miraba su rostro con ansiedad, balbuceó estas palabras:

—Quietos...

El monje y los ayudantes permanecieron quietos.

—¡Abrid las ventanas... aire! dijo después.

Y las ventanas se abrieron.

—Salid, dijo en seguida á los ayudantes, los cuales salieron prontamente. Quedaos vos solo,

padre... vos y yo... sosteniéndolo, le dijo al monje.

—Sí... sí, la renovación de aire... exclamó el monje... la disminución de personas... bien, doctor; bien!... ¡Que entre un soplo de Dios á vivificarlo!

Una atmósfera suave y fresca penetró en la cámara, que hacía más ligera y fácil la respiración. Al mismo tiempo volvió á sentirse el alegre gorgojo de un ruiseñor, como un misterioso canto de vida.

Derramó en seguida el doctor unas gotas de bálsamo sobre el corazón de Amaro, frotando con suavidad hasta que las absorbiera; el monje conservaba el pomo cerca de la nariz, que antes se le confiara; y la luz del sol, sus últimos rayos de oro y rosa, prestaban unas tintas dulcísimas á aquel cuadro desconsolador, que coincidían siniestramente.

Pero las gotas del bálsamo del doctor y el pomo que aplicaba el monje, parecían impotentes para volver á la vida al inanimado hidalgo, y todo les infundía desaliento.

De repente el doctor separó el pomo del monje con una acción brusca y rápida; compri-
mió la nariz del doncel con una mano, y con la otra apartó sus pálidos, frios y entreabiertos

labios. Veloz en sus movimientos y con admiración del monje, aplicó en seguida los suyos á los de Amaro en un inmediato contacto, como si con su aliento fuera á darle vida, continuando por algun tiempo en esta expresiva situación.

Por otro repentino cambio, como si todo en el doctor dependiera de movimientos hijos de pensamientos luminosos é instantáneos, se separó del hidalgo con ademán triunfante, observó con marcada impaciencia un ligero temblor en las paredes de su pecho, seguido de la separación de sus labios, que dieron paso á un hondo é imperceptible suspiro.

—¡Ah! respiró el monje, como si hasta entonces hubiera perdido toda esperanza.

El doctor siguió con los ojos clavados en los del doncel, poseido de un interés creciente; vió con noble satisfacción que sus caídos párpados expresaron una leve contracción, dejando entrever la dilatación de las pupilas; advirtió igual movimiento en los músculos de su rostro, y entonces corriendo hacia el bálsamo que acababa de usar, volvió á derramar más gotas sobre el corazón, encargando al monje que volviese á aplicar la esencia á la nariz.

La reacción se anunciaba... Amaro volvió por

fin á la vida, y ambos le prestaron palabras de consuelo.

Satisfecho el doctor de la anhelada reacción, pareció buscar aún el objeto que pudiera destruir aquel feliz estado. Su vista fija en la última cauterización sobre la rotura arterial, y su mano pulsando la arteria radial de la extremidad expuesta, aguardaba como una corroboración entera, para cubrir oportunamente el reducido extremo, libre de todo accidente.

Sin duda logró los resultados que apetecía, pues vendando bien el brazo del enfermo, mandó venir á los ayudantes para que lo acostaran.

—¡Ya está salvo! exclamó, elevando al Cielo sus ojos.

Pocos instantes después, Amaro recobraba enteramente el uso de sus facultades intelectuales, y pedía con instancia la rosa blanca.

Se esforzó por buscarla el monje, y dió por fin con ella; estaba cubierta de sangre.

—¡Ay! suspiró Amaro, al verla así...

Y sus ojos se cerraron, como si fuera á dormirse.

El doctor daba en tanto instrucciones á dos ayudantes que se habían de quedar allí con el enfermo. Mandó en seguida recoger el aparato

quirúrgico y que lo condujeran á la carreta, la cual se volvió á Monforte con un ayudante.

Poco después, el doctor Vilela salió al patio de la torre, respiró libremente y despidiéndose del monje hasta el otro día, montó en su mula y tomó el camino de Monforte, detrás de la carreta.

A los doscientos pasos de la torre, cuando la perdió de vista en un recodo del camino, paró su caballería, y se apeó tembloroso.

Allí removió una poca de tierra, haciendo un hoyo con un palo, sacó en seguida un papel de polvos medicinales tal vez, que llevaba en el pecho, y lo enterró en aquel sitio.

Luego se arrodilló sobre él; clavó en el Cielo los ojos, y oró un breve rato, como si pidiera perdón de algún mal pensamiento, de algún hecho fatal.

Aquel hombre que primero le hemos visto tan bueno, y después tan malo, aquel hombre acababa de hacer una acción que lo elevaba sobre las miserias humanas.

Acababa de enterrar los polvos venenosos que le había prometido al conde de Lemos para concluir con la existencia de Amaro de Vila-melle.

Cómo se efectuó esta reacción moral y á qué

se debía, solo Dios que tiene la llave de los misterios del corazón humano, pudiera revelárnoslo.

Sin embargo, sin necesidad de remontarnos al Cielo y hacer problemático el origen de la bella acción del doctor Vilela, tratemos de indicar la causa de ese efecto, como dicen los matemáticos; perdonándonos si con estas líneas llegamos á iniciar una controversia filosófica, que tal vez en discusión degenerara en tesis.

Según dice un fisiologista moderno, las impresiones influyen poderosamente en la *enervación*, los nervios encaminan el carácter, y el carácter se manifieste exteriormente. En este concepto, no sería fuera de propósito calificar esta buena acción como resultado de las impresiones del doctor al salvar á Amaro cuando estuvo á punto de perecer en sus brazos... impresiones de lástima, dolor, cariño... ¡tantas pudiéramos alegar!

Pero los teólogos nos dirán que... la razón, la conciencia del doctor salvaron exclusivamente á Amaro... la razón hija de Dios, la conciencia hija de Dios.

Deducid...

XIII

CONCLUYEN LOS RECUERDOS AMOROSOS

El sol acababa de ponerse.

Sus últimos rayos, difundidos en una luz pálida y sonrosada, prestaban al paisaje tonos sumamente suaves y melancólicos; las flores cerraban sus capullos olorosos; las aves desaparecían en la enramada sin gorgoros, sin rumor alguno; el viento dormía... y el silencio del crepúsculo, interrumpido por el cadencioso ruido de los riachuelos de Pantón, esas pobres lágrimas de un cerro sombrío, parecía un bálsamo de tranquilidad para las almas lastimadas.

Poco á poco la claridad general de la atmósfera, las nubes de carmín y plata que dibujaban en el horizonte sus caprichosas formas; las flores, las aves, los árboles... todo, en fin, todos esos accesorios de los cuadros de la naturaleza fueron borrándose sucesivamente en una progresión imperceptible y misteriosa.

Era que, en esas inmutables leyes de la creación, tan inherentes á su misma existencia, le

había llegado la hora á la noche, á la oscuridad, al caos.

Después de perderse los últimos destellos de esa adorada pupila del Señor, el sol, ninguna luz brillaba... ni la luna, ni las estrellas.

Tan sólo en la densidad de la noche brillaba, ó más bien se diseñaba como una cinta de fuego, una línea de dos ó tres varas de longitud por media cuarta ó poco más de latitud, formada por las hojas de una ventana entreabierta de la torre de Vilamelle.

Esta ventana pertenecía á la cámara baja; y á la claridad que despedía en ella una lámpara, veíanse el lecho de Amaro, al monje, á Isabel y al ayudante de cirujía.

El lecho tenía corridas sus cortinas de azul y blanco; y hundido en lo más sombrío de la habitación, apenas se distinguían estos colores. El monje, con la capucha corrida aún, se percibía tan escasamente en la silla en que estaba sentado con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados, que indudablemente parecía un relieve de la oscuridad, una figura oscura de aquel cuadro mucho más oscuro. Isabel, sentada también, y semejante á una Dolorosa de Alberto Durero, con una expresión de angustia muy pronunciada, apoyaba el codo sobre una mesa,

y la cabeza sobre la mano, diseñándose más cerca de la lámpara y dentro del radio de luz que describía. El ayudante, empotrado en un rincón, por decirlo así, presentaba la actitud de un hombre rendido de sueño, pero que luchaba con él y con algún deber.

Hacia cuatro horas que saliera de la torre el doctor Vilela, y el doncel dormía aún á intervalos, marcados por suspiros hondos y apagados, único rumor que turbaba el silencio profundo que reinaba en torno de su lecho.

Trascurrió en este estado una hora, más, dos tal vez, y ninguna de aquellas figuras tristemente abatidas, parecía animarse excepto cuando el ayudante, después de acercarse al doliente hidalgo, pulsarlo y darle medicinas, pasaba por delante de ellas para abismarse en la sombra del rincón.

Entonces, tanto el monje como la dama, clavaban en él los ojos con un silencio elocuentísimo, volviéndolos á bajar á una señal de confianza con que aquel solía corresponder á sus interrogaciones.

Era la media noche, y la misma quietud, el mismo dolor mudo, la misma precisión automática.

De repente, en el dintel, en el oscuro marco

de la puerta se diseñó confusamente una figura negra, otro monje, Eloy.

Al verlo su compañero, se enderezó lentamente y se le acercó sin el menor ruido.

—¿Qué hay?... le preguntó muy quedo.

—Vengo á despertaros, señor... contestó aquel en el mismo tono. Ya es media noche... la mayor parte de los Guimaros y demás hermanos estarán en Ousende... Despertad, señor.

—Dejadlos que estén en Ousende, yo no voy todavía; aun necesito estarme aquí...

—Pero, señor ¿no está ya salvado?

—Sí, pero... su dolor me ata... me sujeta... Nos iremos al amanecer, Eloy.

—Despertad, señor... dormis para la patria.

—Pero vivo para...

Y se detuvo el monje que parecía tener más influjo sobre el otro, indicando el lecho del doncel de Vilamelle.

—Antes es la patria que él, señor, volvió á instar Eloy.

—¡Calla!... ¡calla!

—Señor, no hace un mes que mi madre se estaba muriendo... y yo quise ir á verla...

—¡Eloy!... ¡Eloy!...

—Y el monje se llevó la mano á la frente,

como si no pudiera con el recuerdo que Eloy invocaba.

—Yo quise ir á verla, continuó... y vos me contestasteis que no había más madre que la patria.

—¡Oh, Dios mío!...

—Animo, señor... Despertad.

—Pero él... él... que tanto ha padecido... ¡que tanto padece!...

—¿Y la patria?... ¿Y *Deus fratresque Gallæciæ?*...

—Sí, sí, pero quiero... quiero estar me aquí hasta mañana.

—¿Y si nos sorprenden, señor?...

—No, no; Dios nos amparará... Dios se apiadará del dolor de un padre.

—Hágase, pues, su santa voluntad; contestó Eloy desapareciendo.

Entonces el monje volvióse á su puesto, volvió á inclinar la cabeza sobre el pecho, á cruzar los brazos, y á permanecer en una inmovilidad estática, meditativa.

Pasó otra hora, y otra, y otra; y el canto de las aves anunció el alba. En todo este tiempo, la misma quietud, el mismo dolor, el mismo insomnio.

Poco después, la línea de fuego que despedía

la ventana para su exterior lo fué de luz para el interior; las armonías de la aurora sucedieron á las armonías de la noche, y el día, el sol, la pupila de Dios, venía á revistar su obra; la creación.

—Entonces, un suspiro del mutilado hidalgo de Vilamelle indicó que concluía un intervalo de sueño y que empezaba otro de desvelo.

—¡Isabell... llamó con voz apagada.

Fué tan débil, tan imperceptible esta voz que, no obstante el silencio que reinaba en la cámara, nadie la oyó.

—¡Isabell!... suspiró otra vez Amaro.

Una lágrima que asomaba á los ojos de la dama, se paralizó en sus párpados al escuchar su nombre. Se levantó vivamente y se acercó al lecho.

—¿Por qué no te acuestas?... le preguntó el doncel doloridamente... He sentido quejarte esta noche... llorar por mí... Isabel, acuéstate.

Era una ilusión de Amaro: Isabel no se había quejado, como él decía.

—Déjame estar á tu lado, Amaro... á tu lado siempre que padezcas; contestó la joven.

—No, Isabel; dame ese gusto. El ayudante bastará para el cuidado que...

Su voz al llegar aquí pareció extinguirse por efecto de sus dolores.

—Como quieras; murmuró el hidalgo al cabo de un momento.

Y después, como si estas palabras le costaran algun trabajo, las pronunció por intervalos dolorosos:

—Isabel, ¿está ahí aún el mariscal?

Isabel se sobrecogió de espanto.

—¡El mariscal!... exclamó.

Y el monje levantó la cabeza vivamente afectado.

—El mariscal... ¿he dicho el mariscal? preguntó Amaro...

—¡Ay! el dolor me trastorna; quise decir el monje...

—El monje sí, Amaro... aquí está.

—Pues, dile... dile que se acerque.

Isabel le hizo una seña al monje y se acercó.

—Retírate Isabel... déjanos solos.

La dama se retiró pesarosa, y Amaro y el monje quedaron solos cerca del lecho.

—Señor, dijo Amaro, con una lentitud que desgarraba el corazón, ¡debeis marcharos!

—¡Marcharme!... ¡irme!... ¿por qué, hijo mío?

—Porque os quiero... porque os quiero mucho para exponeros... Sois un jefe de los rebeldes y...

—Pero si mis medidas...

—¡Oh! ¡no, no!... Idos, idos; dentro de poco quizá sea tarde... Vendrán amigos á verme, quizá el mismó conde D. Alonso... que me quiere mucho... y si os encuentran... ¡Oh, eso me mataría!

—Bien; dijo el monje pensativo, lo quieres... temes por mí... me iré; pero volveré...

—Sí, volved.

—¡Amaro, adiós!

—¡Padre!... exclamó el joven exhalando un suspiro tiernísimo.

—¡Amaro!

Y el monje se inclinó sobre el doncel, y le dió un beso en la frente.

Pero á la incierta luz de la aurora que penetraba hasta allí, se asustó de ver el rostro de Amaro tan pálido, lívido, tan descompuesto, desencajado.

Entonces, de una sola mirada, leyó en aquel rostro cuanto había padecido el joven y enamorado hidalgo, y cuanto padecía aún. La impresión era tan honda que lo enclavaba allí.

—Padre, dijo Amaro, esperad... no os vais... Tengo que pedir os un favor...

—Habla, Amaro, habla.

—La historia, padre... recordó.

Y sus labios se apretaron con movimientos convulsivos.

—Más tarde, Amaro; otro día.

—No, no, ahora.

—Imposible. Ha ordenado el doctor que por ningun pretexto te hablásemos.

—¡Ah, el doctor!... suspiró el doncel; el doctor que atiende al cuerpo, ¡pero no al alma! Padre, hablad... concluid... ¡concluid por Dios!

—Imposible; imposible, Amaro.

—¡Oh! ¡no sereis tan cruel, señor!

—Tu vida... tu vida...

—¡Reviviré oyéndoos, padre! Además, pocas palabras os faltan...

—No, no: descansa... ¡Adiós!

Y se retiró.

—¡Oh! venid... rugió Amaro, á pesar de su desfallecimiento... ¡venid, venid!

El monje quedó petrificado en medio de la cámara.

Aquella voz de Amaro, en que parecía que había reunido todas las fuerzas de su alma para exhalarla, le aterró.

—¡Venid, padre!... ¡venid!

El monje volvió al lecho del hidalgo.

—¡Ay! exclamó Amaro; ¡no teneis compasión de mí!

Y dos lágrimas se asomaron á sus ojos.

El monje, sobrecogido por aquella voz desgarradora y aquellas lágrimas, tembló por unos instantes; aquella organización vigorosa se sentía desfallecer al lado de aquel doncel moribundo.

—Hablad, insistió este; ¡hablad, padre mío!

—Sí, sí, todo lo que quieras... dijo el monje apresuradamente, pero con un metal de voz muy bajo, de modo que no pudieran oirlo.

Y después de una pausa dolorosísima, continuó:

—Elvira quedaba perdida á mi salida de la torre de Canaval. Dos meses después tuve una entrevista con ella, y supe con dolor su estado.

—«Yo no pido el esplendor que rodearía á una esposa vuestra, me dijo llorando; yo pido un nombre para mi hijo.»

Aquellas palabras me helaron... Yo estaba casado ya con Isabel de Castro.

—«Ni puedo daros lo uno ni lo otro;» le contesté.

—«¿Por qué?» gritó ella.

—«Porque yo soy casado.»

Esta confesión la anonadó. Yo había nacido para hacer derramar lágrimas á aquella mujer, mares de llanto... porque los lloró.

—¿Y después? preguntó Amaro, viendo que el monje se detenía; ¿cómo ella se casó por aquel tiempo con el hidalgo Luis de Vilamelle?

—El hidalgo Luis de Vilamelle me debía la vida... y la honra también... Aquella mujer necesitaba un nombre en cambio del que iba á perder, el de sus padres, y el hidalgo Luis de Vilamelle no titubeó en darle su nombre...

—Y yo soy... balbuceó Amaro con voz desfallecida.

—Aquel niño... ¡Mi hijo!!... ¡El hijo del mariscal Pardo de Cela!

Amaro quiso hablar y no pudo. Clavó sus pupilas en las del mariscal que lo miraba á la vez, y aquellas miradas, el fluido, el brillo, el choque de aquellas dos miradas parecía una corriente de transmisión y repulsión corriendo de unas á otras órbitas con un misterio, con una expresión indefinible.

Esta pausa, constituida por aquel lenguaje de dos almas que parecían fundirse en una por los órganos de relación, absorbiendo la más fuerte á la más débil ó vice-versa, fué interrumpida por el trote de caballos que paraban en el patio de la torre.

—¡Oh! exclamó Pardo de Cela, al ver entrar en la cámara una persona.

Y se arrojó hacia ella con los cabellos encrespados, tendiéndole los brazos en ademán de súplica para que no avanzara un paso más.

Amaro levantó la cabeza... miró por el hueco de la cortina del lecho que dejara descubierto el mariscal, y al ver á la persona que entraba en aquel instante, quiso murmurar un nombre, un nombre que no pudo salir de sus labios palpitantes, y cerrando los ojos como deslumbrado, volvió á inclinarla sobre la almohada.

Era la condesa Ildara de Courel, que penetraba en la cámara, acompañada de su hermana.

Cuando Pardo de Cela volvió en seguida la vista para Amaro, se asustó más y más: el semblante del hidalgo se había cubierto de una palidez lívida, sus labios continuaban aún luchando, como si el infeliz no tuviera bastante aliento para pronunciar un nombre querido... un sudor frío y pegajoso lo inundaba al mismo tiempo, y el síncope empezaba otra vez á manifestarse.

El mariscal llamó al ayudante, y el ayudante corrió á tomar el pulso de Amaro.

El pulso, apenas perceptible, guardaba afinidad con la respiración apagada del doncel.

El mariscal le puso la mano en la frente, y... ¡aquella frente estaba helada!

—¡Amaro!... llamó.

Un ligero estremecimiento, como si fuera el último de la vida, se percibió en el cuerpo del enfermo.

—¡Amaro!... dijo á su vez la condesa Ildara, arrodillándose con Isabel al pie del lecho.

Una contracción de labios, como si fuera el moribundo hidalgo á sonreirse ó á pronunciar un nombre dulcísimo, se notó en su rostro cadavérico.

Era la sonrisa sardónica de sus últimos momentos. ¡Amaro ya no existía! Amaro ya no amaba en la tierra. Su espíritu se había elevado al seno de Dios, á donde vuelan las almas de los mártires; y su ascensión al Cielo fué saludada con nuevos gorgeos, con nuevos cantos de los pintados ruiseñores.

FIN DE LA TERCERA PARTE



CUARTA PARTE

MAURO DE LECIN

I

DOS BUENAS PIEZAS



EN todo ese delicioso valle de Lemos que riega el Cabe, retorciéndose como una gran serpiente entre sus verdes florestas, no hallareis un paraje tan pintoresco y tan poético como la media luna ó semicírculo que describe en la parroquia de Destriz.

Todo el lujo, todas las galas más risueñas y melancólicas de los lienzos de nuestros pintores encontrareis en aquel cuadro de la naturaleza,

por los accidentes del terreno, por su variada vegetación, y por los combinados tonos de luz y sombra en sus agradables perspectivas.

He aquí por qué casi siempre, todos los paseos de recreo de los opulentos condes de Lemos eran hacia aquella parte, hacia aquellas bellísimas riberas bordadas de rocas y de flores.

Las sinuosidades del camino de Monforte á la torre de Vilamelle, eran otras tantas páginas de un alburn caprichosísimo, que se iba desarrollando en vistoso juego hasta infundir afición á aquel panorama de eterna magnificencia.

A las primeras tintas nacaradas del alba, á los encendidos y refulgentes rayos del sol, á los violados tonos del crepúsculo, á todas horas en fin, se presentan admirables y encantadores aquellos prados y viñedos por donde, envidioso del Sil, abrió su cauce el río Cabe.

El Sil lleva al Miño el oro de sus montañas, y el Cabe que no quiso ser menos, le lleva las flores de sus valles.

El Sil será más rico; pero el Cabe más florido.

El Sil tiene sus aureanas (1), bellas niñas que os contarán esas leyendas religiosas de Valde-

(1) Llámense así en el país á las jóvenes que se dedican á extraer el oro de sus orillas.

horras y del Toral, *el salto de Santiago*, y *la cruz del Templario*; y el Cabe tiene sus *faladoras* de cofia blanca y dengue de grana, que os pudieran contar mil baladas amorosas como las de Alfonso Karr, su *vergiss meinnicht* ú otras por el estilo.

Dios bendijo las riberas de ambos rios; pero nadie le quitará al Cabe la poesía de sus flores.

Poco después de la salida del sol, aquella misma mañana que tan triste escena alumbrara en la torre de Vilamelle, por una de sus orillas galopaba un hidalgo de Monforte, dirigiéndose á ella con una inquietud vivísima, que se traslucía en sus miradas á todas partes, como si persiguiera ó temiera ser perseguido.

Cuando concluyó de pasar el semicírculo de Destriz y entró en las pendientes de Mañente, detuvo su corcel en un bosque de castaños, desviándose un poco del camino.

Permaneció así como un cuarto de hora, sin apearse, y siempre en acecho, como si esperase alguno que no supiera por donde había de venir.

Al cabo de este tiempo sintió pisadas de caballos detrás de él, miró y no vió nada por la densidad del follage de los árboles que lo rodeaban.

El ruido de las pisadas continuó más cerca... desviáronse las ramas como para dar paso á un

huracán que las agitara, y un hombre, ginete también en un buen caballo y con el traje de los hidalgos de Monforte, apareció repentinamente á su vista.

Sin duda ni uno ni otro debían contar con aquel encuentro, pues al verse ambos así tan de improviso, abrieron los ojos desmesuradamente é indicaron el mayor asombro.

—¡Rayo de Dios!... exclamó el que esperaba.

—¡Voto al diablo!... tartamudeó el otro que venía...

Si nuestros lectores no han olvidado aquellos cuadros de bebedores á lo David Teniers, aquellas orgías de los hidalgos de Monforte, ya habrán reconocido por estas locuciones que les eran tan anejas, á los dos que nos abren la escena. Pedro de Tor, el hermoso entre los hermosos, como él mismo se calificaba, y Sancho de Remesar, el feo entre los más feos, como todos lo designaban.

—¡Gracias á Dios que te veo, rayos! continuó Pedro de Tor. Hace dos días que no sabemos qué es de tí! Desde antes de ayer á las doce de la noche no se te ha visto... ¿dónde has andado? ¿Saboreando quizá la buena dicha que te proporcioné en brazos de tu hermosa cuanto infortunada condesa?

—¡Sí; voto al diablo! repuso el Oso negro, lanzándole una mirada maligna á su bello compañero; buena dicha me proporcionaste, cuando por poco me dan doce mil puñaladas!

—¡Doce mil puñaladas! repitió asombrado Pedro de Tor. ¿Pues qué ha pasado?

—¡Toma! Figúrate que, según nuestro plan, yo debía entrar en la cámara de la condesa Maret á las doce de la noche, cuando tú apagaras la luz y salieras...

—Y bien... ¿no entraste cuando yo apagué la luz?... ¿no te empujé yo mismo junto á ella?

—¡Sí, tú... ¡dónde estarías tú á aquellas horas!

—Pues ¡por el alma de mi padre!, Sancho, ¿dudas que fuese yo el que te abrió la puerta?

—¡Voto al diablo, Pedro! ¿Aun quieres burlarte?...

—¿Pero quién te la abrió sino yo?

—¿Quién?... el conde... el conde Sancho de Ulloa en persona, el cual, cogiéndome en seguida por un brazo, me condujo á su cámara por un corredor estrecho. Allí me felicitó por haber caído en gracia á su señora...

—¡Te felicitó!...

—Sí... llegó á tanto su calma.

—¿Y tú?...

Yo, ya que no había podido sacar partido de

la mujer, lo quise sacar del marido. Me fingí, en efecto, su amante, viendo el giro que él le daba á la aventura, y traté de venderle la paz conyugal en doce mil maravedís... Ya sabes mi sistema, voto al diablo!

Y sonrió ferozmente, frotando con júbilo sus velludas manos.

—Sí... sí... ¿pero... y luego? preguntó el de Tor con ansiedad.

—Luego le oí decir á su paje: «Tristán, dale doce mil maravedís.» Y por lo bajo: «Tristán, dale doce mil puñaladas.» Ya ves... la cosa no tenía que pensar mucho... Aproveché una ocasión en que el conde D. Sancho salió de la cámara... y... antes que el pajecillo pudiera hacer algo, me escabullí para no volver á Monforte jamás. Temí la venganza de aquel diablo. Pero he aquí que el paje, según supe ayer de noche en mi torre de Remesar, el paje tomó sin duda á la condesa por mí, y...

—¡Rayos, muy oscura debía de estar la cámara!...

—¡Chits! y al tomar á la condesa por mí, le dió las doce mil puñaladas.

—¡No... no... rayo de Dios! objetó Pedro de Tor con viveza; el paje la mató á ella, porque la amaba y ella no lo quería por bellaco.

—¡Cómo!... exclamó el gigante, haciendo brillar siniestramente sus ojos vizcos.

—Cómo lo oyes, Sancho; él mismo lo declaró así al morir.

El gigante calló, como si le aturdiere aquella nueva.

—¡Pedro, eso no lo entiendo!... exclamó al cabo de unos minutos de reflexión.

—¡Pues ni es más ni menos que lo que yo digo, Sancho.

—¡Y bien! ¿Es cierto que el conde está loco? Loco... completamente loco, Sancho.

—¡Ah! respiró el coloso, como si no las tuviera todas consigo; en ese caso puedo volverme á Monforte con tranquilidad.

Y volvió á sonreirse con los dientes apretados.

—¿Pero... á quién abrí yo la puerta entonces? preguntó el de Tor caviloso.

—¡Toma! eso no tiene mucho que pensar, al conde. Al conde que le daría gana de ir á aquella hora allí para... nuestro tormento.

—¡Sí... sí... rayo de Dios!... ¡Yo estaba en un error!... Yo lo tomé á él por tí... Indudablemente así fué.

Y el buen mozo se pasó por la frente su blanca mano, tan cuidada, con unas uñas tan

recortadas y raspadas, que se conocía que empleaba en ello mucho esmero y tiempo.

—¡Y tú, voto al diablo!... ¿qué demonio haces aquí á estas horas?... ¿qué acechas? preguntó el oso negro con ironía.

—Yo... yo... he salido á pasear, Sancho.

—¡A pasear!... Tú salir á pasear á estas horas cuando el fresco de la mañana dices que te arruga el cutis... que te...

—Qué quieres... un capricho.

—¡Sí... á mí con esas! ¡Vénme á mí con esas! exclamó el de Remesar con sorna.

—Te digo tanta verdad que... ya ves... ¿yo por qué había de engañarte?

—Ya... ya... volvió á recalcar el gigante.

Y movía la cabeza con ciertos movimientos que le sentaban como todo, horrorosamente.

—En ese caso, continuó después, no tendrás inconveniente en volver conmigo al castillo, Pedro?

—Qué diablo, Sancho... prefiero hacer trotar á mi caballo un poco más por estos sitios tan hermosos. Ya ves, estoy en mi elemento... un hombre como yo en un cuadro como este...

Y acudió á su movimiento habitual siempre que hablaba de sí, esto es, á retorcerse el bigote con vanidad.

—¡Chits!... dijo el Oso negro, eso debe cansarte... y, si no me engaño, estabas parado en ese mismo sitio cuando yo te divisé, y mirando... bastante hacia el camino de Vilamelle.

—Nada tiene eso de particular, Sancho; casualmente es lo más bonito que se ve desde aquí.

—En efecto... tienes razón... Así como así... á mi lo mismo me da llegar ahora á Monforte, que media hora más tarde, y por lo mismo, contemplaré como tú esas vistas tan hermosas.

Y recalcó otra vez con ironía estas palabras. Pedro de Tor hizo un gesto de fastidio.

—Te vas á cansar, Sancho; le dijo á su vez.

—¡Qué!... si tú no sabes lo aficionado que soy yo á estas cosas. Jamás me canso.

Otro gesto aún más endiablado volvió á poner el hidalgo de Tor, gestos que no pasaban desapercibidos para el de Remesar.

—Tú no te cansarás, Sancho; pero tu caballo... *se cansa de no comer*. ¿No ves?... mira cómo acaricia esas matas. Mal debes andar de paja y cebada en tu torre de Remesar.

—Así, así, Pedro; pero mi caballo es muy caprichoso.

—¡Digno rocín de su amo, rayo de Dios! ex-

clamó al fin Pedro de Tor con una expansión de disgusto muy pronunciada.

—¡Qué quieres!... por eso simpatizamos tanto.

—No lo extraño.

—Cuando yo estoy triste, él lo esta más. Cuando yo estoy contento, él mucho más; y cuando...

—Tú rebuznas, interrumpió el de Tor, pálido de coraje, él rebuzna también. ¡Oh! no hay duda que simpatizais y que os pareceis en extremo.

—Ya ves... todos no podemos ser hermosos en la tierra, Pedro, dijo el Oso negro con calma, sin resentirse de los epigramas de su compañero. ¡Si todos fueran hermosos... dónde íbamos á parar!... sería un fastidio... no habría caprichos... no habría nada. Sin embargo, no por ser hermoso se gana el Cielo.

—Pero se gana uno la admiración.

—O el desprecio, Pedro.

—¡Oh! ¿lo dices por la condesa Ildara?... bramó el hidalgo de Tor irritado.

—No lo digo por tanto. Pero si lo dijera... ya ves, ¡voto al diablo!

—¿Qué?... qué?...

—Que diría una verdad.

—Sí... sí... pero al fin... al fin ya verás si me amará ó no.

—Me alegraría, Pedro; pues con eso me tocaría á mí parte.

—¡A tñ volvi6 á bramar el hidalgo de Tor, mirando al de Remesar con repugnancia.

—¿Por qué no? ¿Te olvidaste de nuestro convenio?

—Nuestro convenio ya no existe.

—¡Cómo; voto al diablo!

—¿No quedamos en que tú serías el amante de la condesa Maret, gracias á mi cuidado en ponerla en tus manos?

—Sí; pero ya ves... aquel gorri6n, como tú la llamabas, vol6...

—No haberla dejado volar. No ser torpe, ¡rayo de Dios!

—Haberla puesto en mis manos, como hemos convenido, y verías si yo la dejaba escapar...

—¿Pues... no la puse? no te puse en las manos de la condesa Maret?...

—No, ¡voto al diablo! me has puesto en manos del conde de Monterrey.

—¡Eso sería cosa de Dios!

—O del demonio. Lo cierto es que en lugar de una buena noche, por poco me encuentro con la horma de mi zapato... Ea... dejémonos de

estas cosas, que aguas pasadas no muelen molino, y volvamos á Monforte, Pedro.

—No, no... puedes marcharte cuando gustes, mi querido amigo.

—Yo pienso quedarme aquí.

—Pues yo, mi idolatrado, mi inapreciable amigo, me he propuesto entrar en Monforte contigo.

—¡Otra vez! ¡aún persistes!

—¿Pues cuándo he desistido?

—¡Pues desistirás, rayo de Dios!

Y el hidalgo de Tor tiró de la espada, ciego de cólera.

—Como gustes, mi muy querido amigo, dijo el de Remesar con calma, con una sangre fría que irritaba más y más á su compañero.

Y á su vez desnudó la suya.

Aquella sorna, aquella tenacidad del Oso negro que no le hacía temer un duelo con el hermoso hidalgo de Tor, serenó á este por causas que ignoramos.

—Sancho... vete; dijo con voz suave, después de una breve pausa.

Y envainó la espada.

—Pedro, perdona; pero quiero tener el placer de volver contigo á Monforte... ¡Me agrada tanto tu compañal... ¡te quiero tanto!...

—¡Oh! exclamó el de Tor, al oír aquellas palabras sarcásticas del Oso negro; ¿qué tengo yo con tu cariño? Tanto valiera que me quisiera un oso verdadero.

—¡Un oso... ya quisieras! ¡Voto al diablo! bien reciente está la cacería de Gundibós... Si Amaro se viera querido de aquel oso que le devoró la mano derecha, otra cosa sería, ¡voto al diablo! Pero ya se ve, él creyó que lo mismo era un oso de las fragas de Anllo que un corzo de las montañas de Egre.

—Eso se lo hizo ver así su pasión á la sortija de la condesa Ildara.

—Habla con *menos* propiedad, Pedro; su pasión á la condesa Ildara.

—Pasión que le costará el brazo.

—O más tal vez, la vida... Ayer debieron amputarlo.

Hubo después un momento de silencio.

—¡Dios ó el demonio quieran que así se al dijo Pedro de Tor. El demonio quiera que ese hidalgo muera en la amputación, y desaparezca ese obstáculo que se opone al completo logro de mis deseos.

—¡Chist! según nuestro plan, no tardará en suceder así.

—Con que... ¿vamos?

—Te digo por milésima vez que no.

—Pues entonces, ya basta de perder el tiempo, Pedro; yo me voy.

Y los vizcos ojos del gigante giraron con una expresión siniestra, tendiendo la mano á su compañero en señal de despedida.

El de Tor no titubeó en estrecharla.

—Gracias, Sancho; le dijo con reconocimiento; gracias, amigo mío.

—Adiós, murmuró el velludo coloso; adiós, hasta Monforte.

Y tomando el camino de la villa, desapareció á los pocos momentos tras el verde follaje de los castaños, conduciendo su caballo por la falda de un ribazo sembrado de carquesia y tojos, cuyas menudísimas flores amarillas brillaban como lágrimas de oro sobre un fondo de esmeralda.

II

EL HIDALGO DE REMESAR

El sol derramaba torrentes de luz sobre las copas de los árboles; el Cabe se deslizaba blan-

damente por entre su lecho de flores... las aves de encendido color y de suaves gorgoros volaban de rama en rama, y el viento susurraba débilmente entre las hojas.

Solo é inmóvil Pedro de Tor en su puesto, parecía insensible á los trinos de las aves, al blando murmullo del río, al voluptuoso rumor del viento; insensible á todas esas armonías de nuestras montañas, á la ascensión del sol; insensible á la belleza del paisaje.

Al ver desaparecer al hidalgo de Remesar, volvió los ojos en dirección opuesta, hacia la torre de Vilamelle, mirando con una ansiedad indecible, como si esperase ardientemente á alguna persona que le interesara en extremo.

Bien pronto despidieron sus ojos un brillo satisfactorio, y se estremeció como si una impresión profunda lo conmoviera. Acababa de ver á la condesa Ildara que volvía de la torre.

En seguida, pasada esta impresión que lo agitara, picó á su caballo y salió al encuentro de la bella señora.

Ildara cabalgaba sobre su lindísima yegua torda que conducía á un trote muy corto, sin que por eso dejara de lucir el animal la gracia y compás de sus remos. Venía tan triste, tan sumamente abatida, que no cesaba de enjugarse

los ojos con un pañuelo blanco. Detrás, á unos cuantos pasos, la seguía el paje Froilán, taciturno y lastimado también, como si participase del dolor que abrumaba á la condesa.

Aquellas lágrimas, aquella tristeza no sorprendieron al hidalgo.

—Dios os guarde, señora; saludó Pedro de Tor, descubriéndose respetuosamente.

—Bien venido, hidalgo; correspondió la condesa.

Y á su presencia trató de enjugarse el llanto que derramaba.

Pasó Ildara por delante del buen mozo que se inclinó con fatuidad, yendo á colocarse detrás de ella, á cuatro pasos y delante del pajecillo.

Continuaron así algún tiempo silenciosos, no oyéndose más que el ligero trote de los caballos; hasta que cansado sin duda el hermoso doncel, le dijo con acento melancólico:

—Señora condesa, ¿venís acaso de la torre de Vilamelle?

—¿Por qué lo decís?... balbuceó Ildara, sorprendida de aquella pregunta.

El hidalgo se sobrecogió.

—Por saber algo del pobre Amaro, balbuceó; por saber cómo sigue de la amputación... del brazo que le cortaron ayer.

—¡Ay! exclamó la condesa con la mayor tristeza; ¡Amaro ya está en el Cielo!

Y no pudiendo con la pena que le agoviaba al decir eso, rompió á llorar sofocadamente.

—¡Murió!... ¡murió! exclamó Pedro de Tor, estremeciéndose á aquella nueva.

Pero bien pronto, á este estremecimiento de espanto, sucedió otro de alegría. Llegara su momento ansioso. ¡Ya murió Amaro!

Guardó silencio por unos momentos, como si reflexionara acerca de aquella muerte que tanto le lisonjeaba; y atusándose el bigote con pedantería, espoleó á su caballo para acercarse más á la condesa.

—Señora, le dijo: ¡qué alma tan bella teneis!... ¡qué sensible sois á la desgraciada suerte de vuestros hidalgos!

La condesa no contestó nada. Pareció no oírle.

El de Tor se exasperó al ver sin contestación aquella galantería que rendía á la sensibilidad de la condesa Ildara.

—Señora, volvió á insistir; ¡mucho apreciáis á vuestros hidalgos!... ¡mucho sentís la muerte de uno!...

—¡Oh, sí! exclamó la condesa; ¡si viérais cuánto lo siento!...

Y elevó los ojos al Cielo, como si buscara en Él al pobre Amaro.

—¡Si viérais cuánto siento, continuó juntando las manos con una expresión que el mejor artista italiano envidiaría para sus dolorosas *madonnas*; si viérais cuánto siento que por una imprudencia mía se haya desgraciado... muerto!

—¡Por vos!! repitió Pedro de Tor con estrañeza, y aburrido porque la condesa miraba más á las nubes que á sus bigotes; ¡por vos!... ¡por vos, señora!

—¡Por mí!... ¡por mí, Dios mío! ¡por mí que con una oferta loca, inconsiderada, le obligué á precipitarse entre las fieras de Gundibós!

—¡Ah! exclamó el hidalgo; es verdad...

Y después, como si se tratara de destruir el remordimiento ó dolor que manifestaban las palabras de la condesa:

—Pero, vos no os circunscribáis sólo á él... el ofrecimiento de la sortija era para todos, para el más afortunado en matar la primera fiera, señora. Él murió, él se perdió por su ceguedad en amaros tanto como os amaba.

La condesa volvió la cabeza rápidamente. Las lágrimas se paralizaron en sus ojos á aquellas palabras atrevidas. ¡Ay! ella creía que el amor de Amaro era un secreto para los hombres, un

secreto depositado sólo en el pecho de su esposo y á los pies de Dios. La impresión que sintió á estas palabras fué semejante á la que sentiría si cubriendo de besos el cáliz de una lindísima flor que formara su encanto, viera de repente entre sus hojas un reptil venenoso.

—¿Qué quereis decir con esas palabras, hidalgo? preguntó con dignidad.

Pedro de Tor bajó la cabeza silenciosamente ante la majestad de aquel espíritu que acababa de emponzoñar.

—¿Qué quereis decir con esas palabras, hidalgo? persistió la bella niña, parando su cabalgadura.

—Señora... balbuceó el de Tor... quise decir... no quise decir sino lo que ellas expresan... ¡Amaro os amaba locamente, señora!

—¡Hidalgo!...

—Amaro era vuestro amante...

—¡Hidalgo de Tor!... ¡hidalgo de Tor!...

Y al oír Ildara aquel insulto soez, se hincharon las venas de su rostro... por la cólera que la agitaba por primera vez en la vida.

Después se cerraron sus ojos, y se abrieron en seguida para dar paso á un torrente de lágrimas.

—¡Vos... vos no sabeis lo que acabais de decirme, miserable!... Vos, vos que no teneis de-

recho alguno para saber lo que pasa aquí, aquí...

Y señalaba el corazón con fuerza.

—Vos acabais de proferir palabras que empañan al ilustre nombre de vuestros señores... su honor... ¡Ah, su honor y su vida!...

—Yo, yo, tartamudeó el hidalgo; ¡yo no digo más que la verdad, señora!

—¡Otra vez!! ¡Ay, este es el extremo de la humillación!

—¿Por qué no? Era preciso que llegara este momento, señora; era preciso que yo me vengara del desdén con que habeis acogido un día mis palabras de amor... ¿Os acordais? Yo que os amaba... como ahora os amo, locamente: yo que caí á vuestros pies no pudiendo con el peso del amor que me devoraba, y vos me despreciasteis con una apariencia de virtud que...

—¡Oh! exclamó la condesa, cubriéndose los ojos con el pañuelo: ¡esto más, Dios mío!

El hidalgo continuó con una ironía del demonio:

—Vos que me despreciasteis, demostrando una virtud de santa... vos... vos me despreciabais á mí, Pedro de Tor, porque ya amabais á otro... ¡ya teniais otro amante que en nada pudiera comparásemel

—¡Dios mío! ¡Dios mío! gritó la pobre niña,

admirada de las fuerzas que Dios le concedía para soportar los tormentos de aquel día sin morir de dolor.

Y reponiéndose vivamente, recobrando una dignidad de reina ultrajada:

¡Hidalgo! gritó; marchad... ¡quitaos de mi presencia!

Pedro de Tor permaneció tranquilo.

—¿Por qué marcharme, señora? preguntó con una sonrisa sardónica; ¿por qué dejar de contemplaros cuando sois un ángel de...

Y se detuvo, como si él mismo se horrorizara de lo que iba á decir.

—¡Pasad, hidalgo!... ¡pasad!... volvió aún á mandar la pobre niña, como si dominando los movimientos de su corazón, manifestara un espíritu superior que luchara esforzadamente contra la adversidad.

—No soy de ese parecer, señora...

—Oh, esto es matarme!... Hidalgo... pasad... os perdono, pero pasad.

—¡Perdonarme!... ¿por qué, señora?...

Y soltó una carcajada brutal que hizo palidecer más y más á la condesa Ildara.

—¡Vos perdonarme á mí!... ¿Y dónde está mi crimen?... Una verdad no es un crimen; una verdad no es más que una verdad, ¡señora!

A Ildara la sofocaba el llanto.

—Y esta verdad, señora... esta verdad, si no llegais á amarme á mí como á Amaro... esta verdad dicha por estos labios en la cámara del conde... esta verdad hará pedazos vuestra corona condal; destrozará vuestra alma para siempre.

—Bien, bien; suplicó la condesa... marchad... decid esa verdad; ¡pero libradme de vuestra presencia!

Esto exasperó más al desdeñado Pedro de Tor, porque á aquella mujer parecía no importarle nada la cólera del conde. Si él estuviera en antecedentes, vería cuán infructuosas eran sus amenazas.

—Pues bien, dijo, terriblemente exaltado: ó me amais, ó correspondéis á mi amor como al de Amaro, ó denuncio vuestra pasión al conde nuestro señor.

—¡Amaros!... exclamó Ildara; ¡yo á vos... á vos!... ¡Primero adoraría una fiera!

A estas palabras de la condesa brillaron vivamente entre las ramas de los castaños más cercanos, dos ojos malignos y vizcos.

—¡Señora!!... gritó Pedro de Tor pálido, livido de coraje...

Y volviéndose hacia Froilán, le dijo:

—Paje: dirígete hacia mi torre de Tor.

—Señor, tartamudeó el pajecillo; yo no puedo separarme de la señora condesa...

—¡A mi torre de Tor, canalla! gritó el hidalgo, sacudiendo un latigazo en las ancas del caballo que montaba el paje.

Y volviéndose en seguida á la condesa, que lo miraba asombrada.

—¡Y vos, señora, adelante! gritó indicándole el camino de su torre.

—¡Oh! ¿qué osais proferir?... exclamó la condesa aterrada. ¡Vos estais loco, hidalgo!

Pedro de Tor mostro una risa glacial, horrible.

—Sí, dijo; estoy loco de amor. ¡Adelante, señora!

Al espirar la última amenaza de Pedro de Tor, cuando Ildara iba á caer de rodillas implorando la piedad de Dios, Sancho de Remesar, el amigo de las emboscadas y de los golpes teatrales, apareció en escena, á pocos pasos de ella y de su verdugo.

—Señora, balbuceó con una calma, una sangre fría admirable, como si tratara de imitar la indiferencia del conde D. Alonso; dispensad á mi amigo. Hoy es jueves y... ya sabeis que los jueves y los domingos no tenemos uso de razón.

El de Tor se quedó helado al verlo. Pálido y

con los brazos cruzados sobre el pecho, no contestó ni una palabra, como si le faltara la voz á su presencia inesperada.

La condesa se animó, tendiendo los brazos hacia el de Remesar. Aquella aparición, cualquiera que fuese, no le parecía tan insoportable como la presencia del hidalgo de Tor.

—Libradme, libradme, murmuró, perdiendo el conocimiento.

Sancho de Remesar corrió á sostenerla, ayudado de Froilán. La condujeron á las orillas del Cabe en sus brazos, rociaron su lindísimo rostro con sus aguas cristalinas, y no tardó muchos momentos en volver en sí.

—Gracias, murmuró, tendiéndole una mano al gigante.

Aquello era una felicidad soñada para él.

—Señora... tartamudeó tembloroso, confuso, casi desvanecido.

Y montando la condesa á caballo rápidamente, como si le faltara tiempo para perder de vista á aquellos dos hombre, desapareció á los pocos instantes por entre los añosos árboles del camino de Monforte.

III

NUEVA ASOCIACIÓN

Nuestros lectores extrañarán el desenlace que tuvieron las tentativas de Pedro de Tor para apoderarse de la condesa Ildara, en venganza, como él decía, del desprecio con que lo había mirado un día y lo miraba aún entonces. Y tanto más extrañarán este desenlace, cuanto que la persona que lo produjo satisfactoriamente con su aparición y sus palabras de indolencia y de frivolidad, era nada menos que Sancho de Remesar, el Oso negro, el digno compañero de Pedro de Tor en sus maquiavélicos planes contra Amaro, contra la condesa Ildara y contra la desgraciada Maret de Sotomayor.

Pero Sancho de Remesar no obraba así por efecto de su buen corazón, que nada tenía de bueno por cierto. Sancho de Remesar obraba así porque, según la expresión de un escritor contemporáneo, traficaba con las buenas costumbres, con los buenos sentimientos. Aquel rasgo no era hijo de otra cosa que del deseo de

captarse la confianza de la condesa Ildara. Una vez obtenida, él haría alguna de las suyas.

Por otra parte, al obrar así, al aparecer en el momento preciso en que el hidalgo de Tor se arrojaba bárbaramente sobre su presa, también imposibilitaba su buen éxito, también le impedía que consumara una obra que se reservaba para sí.

Pedro de Tor se resentiría de esto... muy enhorabuena. ¿Qué le importaba? ¿qué importaba su espada para su espada; en el caso de remitir á un duelo sus explicaciones ó diferencias, como se acostumbraba en aquella época?

He ahí explicado también la sorpresa de Pedro de Tor al verlo y la situación pacífica en que quedó.

—Con que... ¡hoy es jueves! le dijo meneando la cabeza con acrimonia, luego que desapareció la condesa Ildara; con que... ¡hoy es jueves, Sancho de Remesar!

—Qué quieres, ¡voto al diablo! le contestó el coloso, haciéndose aun el indiferente; tú no la habías de llevar á tu torre de Tor... y eso de alguna manera se había de concluir.

—A mi torre... saltó vivamente el de Tor; y ¿por qué no podría ir á mi torre?

—Porque te perderías, necio; te perderías

irremisiblemente. Qué ¿quieres jugar acaso con el conde D. Alonso como con Amaro y con los hidalgos de Toymil y de Candedo? El conde no dejaría una piedra sobre otra en las murallas de Tor...

—Huiría...

—¿A dónde?

—Qué sé yo... á cualquier lado... Pero al menos me vengaría de sus desdenes, ¡rayo del Cielo!

—Eso no es pensar bien. El caso es quedar divinamente, vengándonos al mismo tiempo.

—Sí; pero eso requiere meditarse... y requiere muchas cosas más.

—Se medita... se buscan esas cosas más, Pedro.

—¿Y la paciencia?... ¿quién tiene paciencia para tanto, cuando se presenta una ocasión como la que se me presentó?

—Yo ¡voto al diablo!... yo tendría más paciencia, como la tengo. ¿No he dedicado todas mis fuerzas á ello?

—Y qué... ¿qué sacaste aún en limpio?

—Sacaré, que es lo mismo. El tiempo y la constancia todo lo consiguen.

—El tiempo... la constancia... ¡lindas cosas, rayo del Cielo!

—El padre fray Juan de Losada que me enseñó á escribir, no les llamaba lindas cosas, Pedro; sino grandes palancas. Y en efecto que lo son.

—Sin duda alguna. Por tí lo puedes ver, Sancho.

Y derramó una risa sarcástica.

—Bien, cada loco con su tema... Pero ya verás si consigo con el tiempo, el cálculo y la constancia, lo que tú no conseguirás nunca con esos vivos arranques de mal humor.

—¿Es decir, que aún piensas en la condesa Ildara?

—¿Y cuándo dejé de pensar en ella? contestó el coloso.

Y se dibujó en su rostro otra risa sarcástica, mucho más horrible que la de Pedro de Tor.

—¿Y de qué te servirá el tiempo, el cálculo y la constancia para conseguir algo?

—Ya lo verás...

—¿Pero qué conseguirás?

—Su posesión...

—¡Su posesión! ¡Tú!... tú, rayo de Dios!

—Yo... yo, ¡voto al diablo!

—Pero...

—No hay pero que valga. Consiga yo desnirla, alejarla del conde...

—¡Ah!! exclamó el doncel de Tor, como si empezara á comprender los proyectos de su amigo.

—Y eso... ya ves... no está muy lejos!

—¡No está muy lejos!

—No... no está muy lejos, porque ¿de dónde viene ahora la condesa Ildara?

—¡Toma! de Vilamelle.

—Pues bien... ¿y quién era Amaro de Vilamelle?

—Su amante.

—Y esto... esta declaración al conde, justificada como la podemos justificar ¿no la perdería para con él?...

—Sí... sí...

—¿Y para con los demás?

—Sí... sí...

—Ya ves... entonces no le quedan á ella más que dos extremos...

—La muerte y la..

—¡Qué muerte; voto al diablo! Los dos extremos á que me refiero son: á volverse al palacio de Courel, ó encerrarse en un convento.

Y... ya ves, Pedro, si bueno es lo primero, mejor es lo segundo.

—¡Yal... ¡lejos del conde D. Alonso!

—Y de otras cosas más.

Pedro de Tor se quedó pensativo por unos momentos.

—¡Oh! dijo después; en efecto que piensas mejor que yo. Una separación, al paso que me vengaba y me dejaba quedar bien, la ponía en mis manos.

—¡Ya!... ya... dijo el de Remesar con sorna. Tú lo bueno que tienes es que en tu egoísmo te acuerdas mucho de mí... ¡Una separación! ¡ponerla en tus manos! Ya... ya... ¿y las mías? ¿estarían acaso cortadas como las de Amaro de Vilamelle?

—Sí... pero nosotros nos arreglaríamos fácilmente. Tú eres más ambicioso que enamorado. Tú querías mejor veinte ó treinta mil maravedís, que á la condesa Ildara y todas las condesas habidas y por haber, Sancho.

—¡En ese caso... mediando oro... ya lo creo! exclamo el velludo atleta con una mirada maligna y codiciosa.

—Perfectamente, dijo Pedro de Tor. Aunque yo me quede sin un maravedí, todo cuanto tengo, si es posible, daré por satisfacer tu ambición y mis deseos.

—¡Mucho la quieres ¡voto al diablo!

—¡Es más que cariño... es más que amor lo que le profeso, y me hace volver loco por ver-

la mía. Es mi amor propio... mi amor propio, Sancho; el amor propio de Pedro de Tor, el mejor mozo que ella habrá visto en su vida; mi amor propio terriblemente ulcerado!

—Es decir que todo lo sacrificarás por ella?

—Decididamente.

—¿Tu hacienda?...

—Sí, mi hacienda, mi honra y mi vida.

—En ese caso, podemos hacer algo, Pedro.

—¡Ya lo creo que me puedes servir de mucho, Sancho!

—Entablado contigo la acusación, no?

—Eso, la acusación... Entablemos la acusación y después... preparemos bien la pendiente por donde ella ha de resbalar hasta parar en mis brazos.

—¡Pues cuando quieras, voto al diablo!

—Ahora, ahora mismo, ¡rayo del Cielo!

—Eso; en caliente. ¿No viene ahora de Vilamelle?

—En efecto; vamos.

Y al decir estas últimas palabras, Pedro de Tor espoleó á su caballo dirigiéndose á Monforte en compañía del Oso negro.

—Y si el conde, objetó el de Tor, al cabo de algun tiempo de marcha, no acoge la acusación como debe?

—¿Porqué?

—Porque sabiendo la muerte de Amaro, no puede ya temer nada del infeliz amante.

—¡Hum! á esos señores... les basta nada más que saber que sus esposas han amado á alguno, para divorciarse en seguida ó hacerlas pedazos, como hizo el conde de Monterroso con doña Laura Suárez de Deza.

—Bueno. Adelante.

Y en esto llegaron cerca de la villa.

Al entrar en ella, notaron mucha afluencia de curiosos hacia el camino de la Barca de Torveo.

—¿Qué será eso? preguntó Sancho.

Adelantóse un poco Pedro de Tor y vió pasar una litera de brazos escoltada por hidalgos de la Limia.

Después, una carreta que conducía un ataúd forrado de raso negro, sobre el cual se veía el escudo de armas de los Ulloas: quince escaques de oro y tres fajas azules.

—Son el conde y la condesa de Monterrey, Sancho; contestó incorporándose á él.

Y ambos se miraron y se sonrieron. Aquella sonrisa que cambiaron, revelaba sus almas. Se sonreían de su obra!

Poco después, atravesaron el Cabe, pasaron por las calles de Monforte, y tomaron la tortuo-

sa senda del castillo, que se dibujaba en la altura del monte como una ciudadela del siglo XVII, grande, imponente y señorial.

—Una cosa, Pedro; le dijo el Oso negro de repente, como si le asaltara un recuerdo precioso en aquel instante, ¿de quién era hijo Amaro?

—¡Qué sé yo, rayos! Yo creo que de aquel villano que tenía por arquero mayor.

—Sí... pero... ¿dónde está ese arquero mayor... aquel Clodio Espasende?

—No sé... no sé que se hizo de él. Creo que ha muerto en Ribas altas.

—Sí, pero tú ¿cómo supiste lo del lunar... lo de los dedos... aquella pantomima con que nos divertiste hará unas semanas?

—¡Tomal... porque el parecido me chocó, y un día que se estaba bañando cerca de mí en el Cabe, vi todas esas señales de su cuerpo, que venían bien con las que tenía Amaro.

—¡Ya... ya!... Yo creí otra cosa, voto al diablo! si fuera como yo había creído, podíamos aun sacar más partido de la acusación.

—¿Cuál?... preguntó Pedro de Tor.

El Oso negro no contestó, como si aquella pregunta la absorbiera el ruido del puente del castillo, que se bajaba en aquel momento para darles paso.

IV

EL CONDE DE LEMOS

Media hora ó poco más antes de entrar nuestros hidalgos en el castillo de Monforte, hallábase el conde D. Alonso en el picadero, entretenido en enseñar á arrodillarse á su querido Abenhamar.

—Abenhamar, de rodillas; gritaba con voz de mando.

Y al espirar su voz, Juan do Couto, su caballero mayor, doblaba las manos del caballo, el cual se dejaba caer perezosamente sobre ellas.

—Veamos si ahora lo hace solo; dijo don Alonso, cansado de que el caballero se tomara aquel trabajo.

Apartóse Juan do Couto, y el conde, gineete en Abenhamar, que se hallaba inmóvil en medio del circo, volvió á gritar.

—Abenhamar, de rodillas.

Por unos segundos continuó quieto el caballo; después dobló la mano derecha y vaciló, como si temiera caer como ordenaba y quería el señor feudal.

—Abenhamar, de rodillas; gritó otra vez vivamente.

Aun vaciló el corcel; pero por fin dobló la otra mano, y se iba dejando caer sobre el cuarto delantero, cuando se asustó de repente y pegó unos botes tan furiosos que por poco arroja á su intrépido jinete.

El caballo se asustara al ver entrar en el picadero una persona sumamente agitada, al doctor Vilela.

—¡Señor... señor!... venía llamando el médico azorado.

—Hola, doctor... ¿qué pasa? preguntó el conde, enarcando las cejas, y se apeó del caballo.

—¡Oh señor... señor!

—Pero ¿qué hay, doctor? ¿A qué esas exclamaciones?... ¿se ha puesto más enferma la señora condesa?

—¡Ah! no... no... no es de ella de quien vengo á hablaros, tartamudeó el doctor.

Y miraba al caballerizo, como si considerase importuna su presencia.

—Marcha, Juan, dijo el conde comprendiéndolo; lleva á Abenhamar á las caballerizas.

Retiróse do Couto, y el conde y el doctor quedaron solos.

—¿Qué hay? ¿qué pasa? preguntó entonces aquél al trémulo facultativo.

—¡Ah, señor! ¡quién lo había de decir después de una operación tan brillante!

—¿Pero qué hay?... ¿qué hay? ¡por Santiago!

—¡Ha muerto... ha muerto esta mañana!

—¿Pero quién? gritó el conde tembloroso.

—¡Él... él, señor!

—¡Ah!... ¿Amaro?

El doctor hizo una afirmación con los hombros más bien que con la cabeza.

Serenóse el semblante del conde á esta afirmativa del doctor, y después se dibujó en sus labios una sonrisa tristísima y helada.

—Bien... dijo al cabo de un breve silencio; hemos salvado su nombre de la infamia. Doctor, no hay duda que teneis tósigos maravillosos al efecto.

—¡Tósigos!... repitió el doctor retrocediendo; ¡tósigos para él!... primero quemaría todos los cuadernos manuscritos de toxicología que conservo de mi maestro!

—¡Cómo, exclamó el conde; ¡hablais como sino estuviéramos solos, doctor!

Y su cabeza giró en derredor del circo á ver si encontraba algun indiscreto.

—¡Oh! no... no... volvió aún á exclamar el doctor compungidamente. Librárame Dios de alguna mala acción... Murió... murió de un sín-

cope, de un síncope fatal que le sobrevino al amanecer.

—Luego... los polvos...

—Los polvos... ¡oh! no... ¡no, señor!

—Pues... ¿y el tratado?... ¿y la escritura?

—Os la devolveré; pero yo... ¡no... no!... mi conciencia es antes que todo.

—En ese caso... ya podía yo estar confiado en vos, doctor. Por Santiago, que si Dios no se hubiera adelantado al hombre, Dardalleito tendría al fin que habérselas con el miserable hidalguelo que había osado...

Y se detuvo.

—Que había osado venderme, prosiguió, uniéndose á los hermanos de Galicia.

El doctor encogió los hombros, como si no le importara nada el giro que daba el conde á aquella noticia de muerte que le trasmitía.

—¿Y la condesa, doctor? preguntó después; ¿visteis á la señora condesa?

—¡Oh! no... no estaba en su cámara, señor.

—Pues... ¿dónde estaba?

—Ha salido á paseo... á dar un paseo á caballo.

—¡Ah! sí... murmuró D. Alonso, pasándose la mano por la frente; es verdad que salió con Froilán á dar un paseo de madrugada. Adiós,

doctor; tengo que verla para proponerla un cambio de temperatura. A propósito, doctor, ¿no le convendrían mejor los aires de sus montañas?...

—¡Oh, señor! las montañas de Mera del Faro y de Villarmiel casi siempre están cubiertas de nieve... Ella necesita un clima más templado.

—Pero allí nació, doctor.—Y además, yo tengo precisión de asegurar su existencia, asegurarla de otra cosa que de un clima frío, asegurarla de las hordas de los hermanos de Galicia, que avanzan sobre mis estados desde que le mandé cortar á Guimaro los brazos y las piernas.

—Señor...

—¡Ah, doctor!... están ya cerca...

—¡Cerca!...

—Sí, ya penetraron en mis tierras de Lemos... ya están en las montañas de Ousende.

—En tal caso, convendría ese cambio, señor conde. Sí... sí... llevadla lejos de las emociones de la guerra, y de una guerra de sorpresas y devastaciones como esta.

—Voy, voy á proponérselo, doctor. Adiós.

Y corrió hacia la cámara de la condesa, impulsado por aquella idea que había acogido tan bien el doctor Vilela.

Al entrar en ella preguntó á su camarera si estaba la condesa Ildara, y le dijeron que sí, y que se hallaba en el oratorio.

Dirigióse al oratorio el conde D. Alonso, moderando el paso y las alteraciones de su semblante, cambio que le era muy fácil aun en las más grandes situaciones.

Abrió la mampara y entró.

Ildara se hallaba de rodillas á los pies de Dios, murmurando cuantas oraciones le habían enseñado de niña. Debía ser muy profundo el dolor que la abatía á los pies del Altísimo, porque sus plegarias eran interrumpidas por mares de llanto.

Hallábase de espalda á la mampara, y en la intensidad de su pena, ni vió ni sintió entrar á su esposo, el cual, al verla así, se dirigió á un sofá ó canapé, que había en frente del reclinatorio; y sentándose en él silenciosamente, parecía decidido á no perturbar aquellas oraciones, ni aquellas lágrimas, aquel recogimiento, ni aquel inmenso dolor en que parecía exhalarse el espíritu de la pobre condesa.

¡Ah! Ildara necesitaba llorar mucho... y lloró. Necesitaba desahogar los terribles pesares que pusieran á prueba su organización delicada, en aquella mañana que principiara con recoger el

último suspiro de su cándido y espiritual amor en la tierra, y que concluyera con un insulto soez, que bastardeaba, por decir así, la pureza y la castidad de su alma, vivo reflejo de las que rodean el trono de Dios.

Necesitaba orar y llorar mucho; orar por Amaro y llorar por él, allí á solas, en aquel oratorio donde sintiera latir por vez primera su corazón... donde tan grandes luchas sufriera entre su amor y su razón, entre su naturaleza y sus principios religiosos.

—¡Ah! ¡señor!... señor! exclamaba la desventurada niña, dirigiéndose á Dios; ¡yo te pedía que arrancarás su imagen de mi frente... que turbaba mis oraciones á Tí y ahuyentaba los recuerdos de tu pasión! ¡yo te pedía que borras de mi alma el amor que sentía por él, superior á todas mis afecciones, incluso Tú, Dios mío y dueño mío! ¡y no has hecho más que aumentar mis dolores con quitarlo de delante de mis ojos, de esta tierra que piso, de este mundo que habito por un rasgo de Tu infinita bondad; dejando su imagen en mi frente, más dolorosa y más amante aún, y su amor en mi corazón, más vivo y más ardiente todavía!

Y levantándose de pronto, como si quisiera abrazar el Crucifijo á impulsos de una idea

grandiosa que abarcara y reasumiera sus dolores:

—¡Ah! dijo: ¡perdón!... ¡perdón, Dios mío!... ¡desgraciada de mí, que no conocía el inmenso bien que has querido hacerme! ¡Perdona, perdona mi ingratitud hacia tu omnipotencia divina! ¡hacia tu conmiseración tan grande, tan infinita! Tú has visto el profundo amor con que siempre te miré y te idolatré... tú has visto que desde niña, tú y solo tú, has sido el ídolo de mi corazón, mi consuelo, mi pensamiento fijo, constante y amoroso; y te apiadaste de mi dolor cuando yo me apiadaba de tus dolores por redimirnos del pecado, y has dicho:—«Alma nacida para amarme, espíritu percedero que te abates ante la sombra de mi espíritu inmortal, yo te enviaré un soplo del mío animando un cuerpo humano... Deja de arrastrarte á los pies de un cáliz... del leño de un Crucifijo; alma de mi alma, humíllate y adórame en la presencia de un mortal como tú, adórame en el que es espíritu como tú, adórame en Amaro.»

Y en este amoroso delirio de su dolor inmenso y de su fanatismo religioso, pálida reminiscencia de Santa Teresa de Jesús, cayó otra vez de rodillas, como si acabara de perder las fuerzas, agotando el sentimiento de su alma.

El conde se hallaba estático... delante de aquella pasión que así estallaba á los pies de Dios en lágrimas y oraciones; se sentía poseído de un vértigo que lo enclavaba en el canapé, grave, atento y convulso.

Ante aquel delirio, ante aquella fiebre de una frente que se abatía con el peso de una idea tan grande como la que encerraban sus últimas palabras, sus miradas algún tiempo errantes por el oratorio, tuvieron una atracción magnética en su esposa, concentrándolas en este solo objeto.

—¡Perdón!... perdón, Dios mío! continuó aun ella de rodillas con los brazos abiertos y los ojos en el Crucifijo; perdona á esta infeliz que hasta ahora no ha apreciado tu misericordia infinita, grande como Tú! ¡Yo te amaré en su imagen siempre grabada aquí!... ¡aquí!... ¡aquí!...

Y se llevaba la mano á la cabeza.

—¡Recordándole á él, te recordaré á Tí! Amando su memoria te amaré á Tí! ¡á Tí, Dios bondadoso!... ¡Dios compasivo y sabio, y Señor mío!

—¡Ildara! llamó el conde quedamente.

Ella se estremeció á aquella voz de su esposo que tanto cariño encerraba, y tanta ternura por sus padecimientos; pero no volvió la cabeza, dejándola caer sobre el pecho.

—¡Ildara! volvió aún á decir el conde apasionadamente; ven, ven á mí, esposa mía.

Entonces ella se levantó lentamente, y paso á paso se fué acercando al conde; pero sin mirarle.

Cuando llegó á su lado, se dejó caer de rodillas, sin hablar nada, ni exhalar un ¡ay! de dolor, semejante á una figura animada por un secreto mecanismo.

—Levántate, Ildara, ven, continuó el conde; siéntate á mi lado.

Y tendiéndole los brazos, la sentó junto á él.

—Ildara, le dijo en seguida; Dios es bueno y misericordioso, porque me dió bastante valor para soportar... para soportar cuanto sale de tus labios. Es infinitamente bueno y misericordioso, porque ninguna de tus palabras llenas de amor á otro... alteran mi corazón. Considera en prueba de ello la tranquilidad de mi espíritu, ¡yo... yo que te amo tanto! Me dices que amas á otro... lloras su muerte... la sinceridad de tu amor y de tus lágrimas es verdad que prueban la pureza de tu alma... pero Dios se compadecerá de ambos, porque, sinó, mi padecer acabaría conmigo.

Y elevó los ojos al cielo con religioso terror.

—¡Oh, señor! balbuceó ella, le amaba... por-

que le amaba. Le amaba, porque él también me amaba á mí con tanta pureza como hubiera amado á la Virgen si la encontrara en la tierra.

—Sí, sí, le amabas porque no pudiste menos de amarle. Estaba así escrito; y todas tus oraciones, todas tus lágrimas, tu razón, tus fuerzas, todo... ¡todo significaría nada para contrarrestar una pasión que así se había apoderado de tí! Pero Dios que envía los males, para probarnos, esposa mía, también envía los bienes para recompensar los padecimientos. Tras de mi resignación, de mi conformidad, desde el primer momento á sus inescrutables decretos, quizá no tarde en venir la satisfacción, la felicidad...

Ella se agitó á estas palabras.

—Sí, continuó él con un tono de voz dulcísimo; la satisfacción del olvido, la felicidad de tu amor. Él, que todo lo puede, se apiadará de mí, así como se apiadó para dotarme de la resignación de un mártir. Porque sinó, si así no fuera, querida esposa mía, yo, arrebatado, ciego por la cólera que despertaba en mí tu pasión inalterable, te hubiera muerto ya mil veces...

Ildara clavó en él una mirada tristísima.

—Sí, afirmó él; unida á mí como estás por lazos tan estrechos, al falsearse tu corazón, ó lo que es lo mismo mi honra, nadie pudiera echar-

me en cara tu muerte. Pero... tu corazón permaneció fiel á sus deberes; tu cabeza era lo único que vacilaba, porque la pasión que sentías era superior á tu corazón y á tus fuerzas. Además, matarte sería perderte para siempre, sin esperanza alguna de volver á recobrar un bien tan querido; pero matando á...

Y detuvo el nombre de Amaro, llevándose las manos á la frente, como si no pudiera con lo que iba á decir.

—¡Ildara!... ¡Ildara!... exclamó en seguida, yo siento un trastorno fatal en mis ideas... me siento loco... ¡loco!... Quisiera mostrarte mi alma... revelarte sus sentimientos, sus instintos.. y me confundo... me pierdo en un cúmulo de ideas...

—¡Oh! exclamó ella, arrojándose en sus brazos, al ver que de repente sus ojos oscilaron en una vaguedad terrible, y su semblante empezaba á descomponerse.

Pero el conde tornó á serenarse. Besó la frente de su esposa y cogió sus manos entre las suyas.

—¡Ay! exclamó; ¡tantas cosas me abaten, esposa mía! La infausta muerte de la condesa Maret, la locura incurable de D. Sancho, tu dolor, los republicanos avanzando sobre mi casti-

llo, ansiosos de sangre y de botín... ¡Oh! ¡todo eso me confunde... todo esto debilita mi cabeza porque todo se auna... todo cae sobre mí á la vez!...

—¡Oh, señor!... ¡señor!... murmuró ella.

—Sí, todo se desploma sobre mí, y yo necesito hacer frente á la adversidad. Por de pronto quisiera... quisiera...

Y vacilaba en continuar.

—Quisiera ponerte á tí libre de todo riesgo. Los peligros, los azares de la guerra son terribles. Quisiera tenerte en el convento de Guimarey ó en tu palacio de Courel; lejos, lejos de las huestes devastadoras de los comuneros.

Ildara lo miró cariñosamente al manifestar este deseo.

—Cuanto queráis, señor, contestó; podeis hacer de mí lo que queráis. Si teméis la revolución, á pesar de la seguridad que ofrece el castillo, yo iré al convento de Bernardas de Ferreira ó al palacio de Courel, donde queráis, señor.

Mejor estarás en tus montañas de la Venera y de Mera del Faro, allí, al cuidado de tu hermano.

Ildara movió la cabeza lánguidamente en señal de asentimiento.

—Y en cuanto se acabe de decidir esto, continuó el conde muy enternecido, en cuanto acabe de decidirse si ellos ó nosotros regirán los destinos del país, pues el instante se aproxima; si yo venzo, yo iré á buscarte á Courel, yo mismo, esposa mía; y si sucumbo, ven tú á buscarme á mi tumba, á derramar sobre ella una lágrima, porque la derramarás á la memoria del hombre que más te adoró en la tierra.

Y la voz del conde se debilitaba por momentos, volviendo á palidecer y á desencajarse su rostro por la dolorosa idea que acababa de manifestar.

—No, no; prorrumpió ella, olvidándose por un momento de sus dolores para pensar en los de su esposo; Dios nos protegerá... Dios os enviará en mi busca.

—Así sea; dijo el conde levantándose.

Y volvió otra vez á besar aquella melancólica frente de su esposa, coronada de cabellos rubios y ensortijados.

—Adiós, Ildara; adiós, hasta luego; dijo por fin, dirigiéndose á la puerta.

Ella no contestó nada, porque sin duda la emoción que la dominaba se lo impedía, pero sus miradas lo siguieron hasta que se cerró la mampara detrás de él, quedando por unos

instantes fijas en ella, como si esperase su vuelta.

Después volvió á mirar el Crucifijo, y las lágrimas que de repente acudieron á sus ojos, los oscurecieron completamente.

Paso á paso salía el conde de Lemos de la cámara de su esposa, y al llegar á la puerta de la suya, entró en ella profundamente agitado y conmovido, y dejándose caer en uno de los sillones, según costumbre, cuando un gran pesar le atormentaba.

Pocos minutos permaneció así, solo, triste y trémulo. La voz de Brísimo resonó en la cámara anunciando á los hidalgos Pedro de Tor y Sancho de Remesar, que solicitaban presentarle sus respetos.

—Que vuelvan más tarde, ú otro día... contestó desabridamente el gran señor.

—Retiróse el paje á participar aquella contestación, y tornó otra vez, diciendo:

—Es para un asunto urgente... un asunto de honra... según dicen.

—¡Un asunto urgentel... ¡un asunto de honra! admiró el conde...

Bueno; dijo, después de unos instantes de reflexión; diles que está muy bien; pero que otro día haré justicia.

Otra vez se retiró el paje con el mensaje, y otra vez tornó á volver.

—¡Aún más! exclamó el conde al verlo, irri-tándose vivamente.

—Dicen que no es de su honra de lo que vienen á tratar, señor conde.

—¡Pues entonces, por Santiago!...

—De la vuestra.

Esta palabra de Brísimo heló la sangre de sus venas.

Toda su repentina irascibilidad cedió al instante á esta palabra, quedándose con la mirada fija sobre el paje, y los cabellos erizados espantosamente.

—¡Mi honra! balbuceó.

Y se chocaron sus dientes con movimientos convulsivos; y los músculos de su rostro, contrayéndose tristemente, expresaron la angustia que lo devoraba.

—Que entren, Brísimo.

Los hidalgos de Tor y de Remesar entraron á los pocos momentos.

—¡Señor! dijeron, inclinándose á la puerta con una reverencia profunda.

—Adelante, mis buenos hidalgos de Tor y de Remesar; adelante, dijo el conde.

Las dos buenas piezas dieron algunos pasos

hacia el conde, quedándose parados á dos ó tres pasos de él con los birretes en la mano y las cabezas inclinadas.

Reinaba un silencio de muerte, que ni el conde ni los hidalgos parecían dispuestos á turbar. El uno por temor de oír, los otros por temor de hablar, de sentar la acusación que ya conocen nuestros lectores, y que los conducía allí con tan siniestros fines.

Pedro de Tor más descarado, más animado que Sancho de Remesar, alzó por fin la cabeza y dijo:

—Señor conde; dispensadnos si turbamos vuestras meditaciones, pero un deber imperioso nos obliga á ello.

—Adelante, murmuró el conde, al ver que el de Tor hizo una pausa al llegar aquí.

—Señor, prosiguió el hidalgo lentamente; al aceptar el honroso cargo de capitanear una compañía de lanzas y peones de vuestro ejército, nos habeis leído el reglamento que establecíais para los hidalgos que las mandaran. Este reglamento, después de habernos hecho jurar ante el Evangelio que lo cumpliríamos fielmente en todas sus partes, lo mandasteis fijar en nuestro salón, con el fin, según dijisteis, de que teniéndolo siempre delante, jamás olvidáramos lo que se nos exigía en él.

—En efecto, tartamudeó el conde, destilando gotas de sudor.

—En el artículo 4.º de este reglamento, señor, continuó el hidalgo, señalando la tablilla que traía su compañero, dice lo siguiente, que á nuestra vez os recordamos.

Y dirigiéndose á él, le dijo:

—Lee, Sancho de Remesar.

Adelantóse entonces el coloso hacia la ventana de la cámara, de donde se descubría toda la campiña, y con voz alterada, leyó:

—«Si alguno de los doce supiera que se atentaba contra nuestra vida, cerca de nuestra persona, ó que alguno de nuestros parientes oscurecía el brillo de nuestra honra con una mala acción, daráme parte al instante, y yo le recompensaré esta buena obra. Pena de la vida si así no lo hiciese.»

—Ahora bien, señor, dijo Pedro de Tor al acabar de leer aquel párrafo su compañero; nosotros, fieles al pan que comemos y buenos hidalgos del condado de Lemos, para permanecer indiferentes á la honra de nuestro señor...

El conde se inclinó á esta galantería.

—Nos acercamos á él para denunciarle un hecho, un crimen... una pasión que la oscurece.

Las cejas del conde se enarcaron por un movimiento de terror y curiosidad.

—Continuad, hidalgo; gritó sordamente.

Pedro de Tor escupió y tosió dos ó tres veces, como si no supiera ó temiera entrar en la acusación, y por unos minutos se estuvieron mirando los dos asociados para alentarse recíprocamente, y abordarla con firmeza.

—¡Hablad!... ¡hablad!... volvió á decir el conde, sin desviar la vista de ellos, su vista perspicaz y escrutadora.

—Señor, dijo por fin el de Tor, encendiéndose por monmentos: Dios os ha dotado de una esposa muy bella; pero cuanto más bella es la mujer, más parece propensa á resbalar por la senda del pecado que le siembra de flores el demonio tentador.

Estas palabras, que tanto revelaron al conde, le hicieron temblar, sin embargo.

—¡Y bien, hidalgo!... ¡seguid, por Santiago! dijo; no hagais esas pausas, que la cuestión es de honra: según decís.

—Demasiado, ¡por vuestra desgracia, señor conde!

—¡Pues bien, seguid... seguid!

—Señor... consecuentes á nuestro juramento al entrar en el número de los hidalgos de Mon-

forte, yo, Pedro de Tor, y mi compañero Sancho de Remesar, os vamos á denunciar la mancha que anubla los cuarteles de vuestro escudo.

—¡Acabad... acabad, hidalgo de Tor!...

—Señor... vos, confiado en la virtud de vuestra esposa...

Paróse Pedro de Tor de repente, al ver que el conde conforme iba pronunciando estas alarmantes palabras, se venía hacia él desde su sillón, pálido, tembloroso y descompuesto, con los ojos fijos en el rostro del hidalgo y las manos sobre el pecho, en un movimiento tan poco perceptible que no parecía enderezarse.

¡Seguid, hidalgo... seguid!... le gritó, viendo que retrocedía á su aspecto.

—¡Señor!... balbucearon á una los dos hidalgos, estremeciéndose del efecto que hacía la acusación.

—¡Seguid, por Santiago! rugió el conde, agarrando un brazo de Pedro de Tor con fuerza: ¡seguid ú os desago entre mis manos!

Y centelleaban sus ojos al impulso de un furor reconcentrado.

—¡Señor... confiado en la virtud de vuestra esposa, prosiguió el de Tor rápidamente para que soltara su brazo, pues empezaba ya á resentirse de la presión del conde; ella os infama!

—¡Ah! exclamó el conde, soltando efectivamente el brazo que oprimía. Y se quedó inmóvil, confundido en medio de la cámara, tapándose la cara con las manos.

Un silencio glacial sucedió á esta fuerte aspiración.

—¡Me infama!... ¡me infama! gritó después D. Alonso... ¡Conque... me vende!

—Os vende; afirmaron á una los acusadores.

—¿Y quién es el desgraciado?... preguntó el gran señor... ¿quién es el desgraciado doncel que osó poner en ella los ojos?...

Antes de proferir el nombre parecían titubear los dos hidalgos.

—¿Cómo se llama?... ¿cómo?

—Amaro de Vilamelle, balbucearon al fin débilmente.

Entonces, aquel semblante desencajado del conde; aquellas miradas centellantes... todo aquel aspecto terrible que presentaba, sufrió una modificación extraordinaria, un cambio maravilloso, al impulso de una estrepitosa y sarcástica carcajada.

—¡Jál... jál... se puso á reir ¡jál! ¡jál! ¡jál!

Y se dejó caer en el sillón sin dejar de reirse.

Pedro de Tor y el Oso negro quedaron aterrados.

—¡Con que me vende con un muerto!... ¡jál! ¡jál! ¡jál! continuaba; ¡un muerto! ¡un muerto!

—Hoy, señor, dijo el Oso negro; un muerto hoy, pero un vivo ayer.

Pedro de Tor le agradeció aquellas palabras con una mirada expresiva.

—¡Es verdad!... dijo el conde, dejando de reirse; teneis razón, hidalgo de Remesar; teneis razón ¡por Santiago!

Y volvió á enderezarse.

—No me venden hoy; pero me podrán haber vendido ayer; murmuró como hablando consigo mismo.

Y después encarándose al Oso negro, le dijo:

—¿Y bien... qué os induce á creer eso?...

El Oso negro se quedó perplejo.

—¡Las pruebas!... ¡las pruebas!... exclamó el conde, volviendo á irritarse.

La misma perplejidad de Sancho á esta apremiante exigencia del señor feudal.

—Las pruebas, señor, os las daremos; se apresuró á decir Pedro de Tor. Primeramente, el que Amaro de Vilamelle cambiaba siempre las horas de centinela, deseando encontrarse en la azotea poco después de anochecer...

—¡Hum! murmuró el conde con un movi-

miento de hombros, como si la considerara muy fútil.

—Por otrosí, muy rara era la noche que no se asomaba á la ventana del oratorio de la condesa, donde ella le esperaba ya...

—En efecto; murmuró el conde pensativo; recuerdo haberlo visto una ó dos noches allí.

—Por otrosí... la rosa blanca de la cacería y la sortija.

—¿Y eso?... ¿qué quiere decir eso, hidalgo? ¿qué prueba?

—Prueba que si Amaro no la amara como la amaba, no hubiera muerto por alcanzar la sortija.

—¡Por Santiago, hidalgo de Tor!... que esas pruebas son muy insignificantes, muy vagas hasta ahora; pues si mal no recuerdo, vos también fuisteis uno de los que querían la rosa blanca y la sortija.

Pedro de Tor se inclinó.

—Y vos... dijo el conde al Oso negro, que también se inclinó á su vez.

—Por otrosí, continuó él maldecido hidalgo; esta mañana... esta mañana hemos encontrado á la condesa Ildara sola, con su paje Froilán, que venía de recoger el último suspiro de su amante.

—¡Ah! sí... es verdad; dijo el conde con una calma que desesperaba á los acusadores; sí, me acuerdo que yo la mandé á ver á ese desgraciado hidalgo de Vilamelle. Pero ¿no hay más, señores?...

Los hidalgos guardaron silencio.

—¿No hay más pruebas, señores?...

El mismo silencio otra vez.

—¡Por Santiago! exclamó entonces el conde, sonriéndose; ¡quién había de decir que mis buenos hidalgos Pedro de Tor y Sancho de Remesar, eran unos visionarios!

Tampoco contestaron á este epigrama. Estaban confundidos.

—Muy bien... señores, les dijo cariñosamente; otra vez no os alarmeis por tan pequeñas cosas. Sin embargo, os doy las gracias por vuestro interés por conservar limpio de toda mancha mi esclarecido nombre; pues así como todo no es más que una preocupación, podía ser una verdad; no obstante la educación religiosa que ha recibido la condesa, sus buenos sentimientos y el inmenso cariño que me profesa.

Y cogiendo su látigo, empezó á dar paseos por la cámara, dando con él en los muebles con un abandono calaveresco que aterraba más y

más á los hidalgos, los cuales no hacían más que mirarse, palidecer, y estremecerse instintivamente, guardando un silencio que revelaba bien cuanto temían el cambio de carácter de su señor y la poca importancia que daba á aquella acusación.

Paróse el conde después de unos instantes en la ventana que daba al valle, y empezó á tararear un aire del país con la mayor indolencia, lo que acabó de exasperar á los dos hidalgos.

Como estaba vuelto de espaldas hacia ellos, Pedro de Tor fijo una mirada sombría en su velludo compañero, moviendo la cabeza como apesadumbrado. Sancho bajó la suya no menos pesaroso, y sus ojos vizcos despidieron un brillo de terror por la primera vez de su vida.

En seguida, y con uno de esos arranques que tanto particularizaban al conde de Lemos, se volvió vivamente hacia Pedro de Tor, y le dijo:

—Hidalgo, ¿no habeis visto lo que adelantó Abenhamar en pocos días?.. Ya empieza á arro-
dillarse...

—¡Oh! señor... ¡qué hermoso animal es Abenhamar! no pudo menos de admirar el de Tor.

—Y llama á la puerta de las cuadras ni más ni menos que una persona; continuó el conde, demostrando una satisfacción que estaba muy

lejos de sentir su alma, despedazada por un huracán de cólera que rugía interiormente.

—¡Es mucho caballo! dijeron á una los hidalgos.

—¡Yo lo aprecio extraordinariamente! volvió á encarecer el conde; y por cuanto hay en la tierra no lo cedería á nadie, ni lo cambiaría por nada, ni por todos cuantos caballos tuvieran los hermanos de Galicia.

Y llevándose la mano á la frente al decir esto, dijo:

—¡Por Santiago! A propósito de los hermanos de Galicia... ahora que recuerdo, yo acabo de recibir una comunicación del conde de Deza que se refiere á vosotros...

—¡A nosotros! exclamaron los hidalgos estupefactos.

—Sí, ¡por el cielo! á vosotros, á vosotros...

Y lanzándoles miradas centellantes, y dando en fin, rienda suelta á la desesperación que había dominado por largo tiempo, continuó:

—¡Ah! ¡todos... todos me venden! No hay uno que me sea fiel. Primero Rodrigo de Canaval y Mauro de Lecín; después Pedro de Tor y Sancho de Remesar!

—¡Señor!! exclamaron los hidalgos, dando dos pasos atrás, despavoridos.

—¡Todos... todos!.. continuó con una gesticulación que imponía; no puedo fiarme de nadie, de nadie, ¡vive el cielo! Pero yo escarmen-
taré bien pronto esas infidelidades, esas traicio-
nes ahorcando á todo infiel, á todo traidor.
¡Comasión!.. ¡bondad!.. no, ¡por Santiago!..
¿Qué compasión teneis vosotros de mí?..

Y su voz fuerte y sonora resonaba en la cá-
mara como un eco de muerte.

—Pero, señor; ¿nosotros en qué hemos falta-
do?.. preguntó Pedro de Tor, aturdido por aque-
lla acusación instantánea de D. Alonso.

—Sí... ¿en qué hemos faltado?.. apoyó el Oso
negro, estremeciéndose.

—¡En qué habeis faltado!.. repuso el gran se-
ñor, ¡y aún teneis el atrevimiento de pregun-
tarlo! ¡de tratar quizá de santificaros! ¡Oh! sois
aún peores que los otros dos; pues aquéllos ni
me lo negaron, ni trataron de disculparse, les
bastó ver salir de mi cámara á Fernán de Aman-
de, su acusador. ¿Cómo probarme vosotros vues-
tra fidelidad?.. ¿cómo... cómo pudierais probár-
mela, cuando á vos?..

Y señaló á Pedro de Tor.

—Os pierden vuestros paseos alrededor del cas-
tillo, á hablar con los rebeldes, á combinar con
ellos los medios de apoderarse de él. Y á vos...

Y señaló al Oso negro.

—Vuestra desaparición de ayer... de antes de ayer... para asistir á la junta de los hermanos de Galicia en las ventas de Narón.

—¡Yo!... exclamó el Oso negro, con los ojos espantosamente abiertos ¡yo, señor! ¡yo, que he sido un segundo Dardalleito con uno de sus jefes, Guimaro, mandándole cortar los brazos y las piernas... yo, que mandé después arrasar el castillo de la Puebla del Brollón, porque en él pretendían hacerse fuertes todos sus adeptos, todos los que se negaban á pagaros tributo!... ¡yo, que...

—¿Y qué importa eso? interrumpió D. Alonso vivamente. Y sinó, ¿en dónde habeis estado estos últimos días que faltasteis de Monforte? ¡Dónde, poder del Cielo!...

—Señor... en mi torre de Remesar.

—¿Y con qué objeto?... ¿con qué objeto?

—Con el objeto de...

—Y se quedó parado. ¡Era tan poco ocurren-te el Oso negro ante el aspecto amenazador del conde!

—¡Oh! ¡esto es inaudito!... volvió á gritar D. Alonso, dando vueltas por la cámara con ademanes descompuestos; inaudito, inconcebible. Yo he levantado del polvo de sus torreones

á estos miserables hidalgos de gotera; los vestí, los armé, les daba mi mejor Esperón y mi mejor Amandi; les abría mis salones... y ellos en cambio me son desleales, y aspiran á regenerar el país matando á sus bienhechores.

—¡Oh! ¡poder del Cielo!

Y rugió como un condenado.

—Pero, ¡por el alma de vuestro padre! señor; imploró Pedro de Tor; ¡reflexionad bien en lo que decís contra vuestros mejores servidores!...

—¡Por Santiago!... ¿con que además de vuestras ausencias en tan críticas circunstancias, tampoco es nada el pliego que recibí del caballero de Deza, donde se os nombra? ¡Dios tenga piedad de vosotros, si en su infinita misericordia puede apiadarse de los traidores!

—¡Pero... señor!... volvieron á implorar á una ambos hidalgos.

—¡Nada!... ¡nada!... ninguna palabra más, interrumpió el conde en su desesperación creciente: ninguna palabra más... nada os podrá justificar... nada os podrá salvar de la almena de Juan de Grian, y de los cordeles de Dardalleito.

—¡Por Santa Cristina del Viso!... rogaron aún.

—¡Nada!... ¡nada!... Hoy mismo, ó mañana lo más tarde, sereis colgados de la almena, y

vuestros cuerpos sin sepultura, arrojados á los ventisqueros de Folgoso ó de Soterdey... á cualquier parte donde no haya más que fieras que os despedacen, en cambio del daño que vosotros ibais á causar con vuestro perjurio, vuestras traiciones, é instintos de sangre y de pillaje!

—¡Señor!... ¡señor!...

—Sólo una cosa os podrá salvar. Denunciad á vuestros cómplices... denunciad á los hidalgos, lanceros ó peones que iban á seguiros, á secundar vuestras intenciones, y os juro por la memoria de mi difunto padre, ya que le invocásteis no ha mucho, os juro, pues, por su memoria, que os perdonaré la vida dejándoos ir libres, completamente libres á vuestras torres ó... á donde querais...

—¡Pero señor, si nosotros no conocemos á un hermano de Galicia!... clamó Pedro de Tor con voz compungida.

—¡Ni es cierto hablemos con alguno!... apoyó el Oso negro, no menos apesadumbrado.

—Ya... ya... gritó D. Alonso ¿con que no los conocéis?...

Y al decir esto, rechinaba los dientes.

—Con que no los conocéis ni habeis hablado jamás con uno, ¡eh, señores! ¡Es decir, que me quereis hacer ciego y necio... que acuso nada

más que por acusar... que os mataré nada más que por mataros! ¡Oh, esto es monstruoso!... Yo os juro que hablareis, señores; que direis la verdad; que direis cuanto quiera dentro de poco! ¡Hay un remedio tan eficaz para ello!... ¡tiene tanto poder la *cámara roja*!

—¡La cámara roja! exclamaron los hidalgos en el colmo de su terror.

La cámara roja era una mazmorra subterránea del castillo de Monforte de Lemos, pintada de almazarrón, y lugar destinado para dar tormento.

—¡Sí, la cámara roja! prosiguió el gran señor. ¡Ó los nombres de vuestros cómplices, ó la cámara roja será con vosotros! Ó los denunciais buenamente, ó el *león* y la *serpiente* os arrancarán esos secretos del pecho con sus caricias infernales.

—¡Dios!... ¡Dios!... clamaron otra vez los hidalgos, al oír nombrar el *león* y la *serpiente*.

—¡Ea, salid!...

Y acercándose el conde á la ventana de su cámara que caía al patio, gritó á Enrique de Marcelle:

—Hidalgo, subid. Apoderaos de los de Tor y Remesar, y conducidlos á la cámara roja.

El hidalgo de Marcelle subió con unos guardias.

—Bien, dijo el conde; salid... llevadlos.

Y señaló la puerta.

—¡Señor, señor!... ¡estais en un error!... ¡estais en un error! clamaron los dos hidalgos, saliendo; ¡os engañan, D. Alonso; os engañan!

D. Alonso les volvió la espalda.

—Perfectamente, pensó, después que los vió salir conducidos por los guardias de Enrique de Marcelle; así salvaré el honor de mi raza... he ahí la mancha latente que va á desaparecer en los subterráneos de mi castillo. Esos serán los primeros y últimos ecos de mi deshonra, ahogados en sus lúgubres bóvedas.

Y se frotó las manos con satisfacción, como si saliera de un gran peligro en que jugara su corona y su porvenir.

V

TULIPÁN

Suelen decir comunmente que cuando á uno le sucede *una desgracia, nunca viene sola*; y después, como si quisieran atenuar el rigor de esta sentencia filosófica y vulgar, *que no hay mal que por bien no venga*.

El primero de estos aforismos es triste y desconsolador, y su evidencia nos conduciría al escepticismo, especie de suicidio moral que causa más daño que un veneno lento, si en nosotros hubiera bastantes fuerzas para soportar una cadena de desgracias.

El segundo, por el contrario, nos fortalece y anima; nos vivifica y espiritualiza, abriendo el corazón á la esperanza.

Al consignar aquí estos pensamientos, no es para refutarlos, considerándolos paradójicos; ni para sentarlos como axiomas morales.

No tenemos semejantes pretensiones, ni menos las de entretener á nuestros lectores con párrafos bien nutridos de prosa, como llama un poeta á las consideraciones filosóficas que se desprenden de tal ó cual dicho.

Tan sólo recordamos á nuestros lectores aquellas máximas, para que las tengan en cuenta al presenciar el cuadro que vamos á mostrarles ahora en nuestro diorama, *Los hidalgos de Monforte*, y hagan las aplicaciones que tengan á bien, según su ilustración ó capacidad intelectual.

En tanto que conducían á Pedro de Tor y á Sancho de Remesar á la temible cámara roja, Dardalleito se dirigía paso á paso por la plaza

de armas del castillo al calabozo en que se hallaban otros dos hidalgos acusados de traición, Rodrigo de Canaval y Mauro de Lecín, y al cual nos es preciso acompañarle.

En uno de los ángulos de esta plaza ó patio principal, geoméricamente cuadrada y tan espaciosa como lo permitía la planta de la fortaleza-palacio, se hundía una escalera estrecha y de caracol que conducía á él, la que bajó el verdugo silbando una cancioneta realista de aquellos tiempos.

Al terminar el descenso de los oscuros escalones, Dardalleito se encontró en una bóveda bastante sombría, pues no recibía otra luz que la mezquina que penetraba por una ojiva ó tronera muy reducida, en la que reinaba un silencio que sólo perturbaba el acompasado paseo de un arquero, que se hallaba allí de centinela.

En aquella medrosa bóveda, en aquella pieza tan triste y lóbrega, se detuvo un instante nuestro hombre, como para descubrir en ella algún objeto más que el soldado.

Este objeto era una puerta miserable, pero verdadera puerta de mazmorra, negra, estrecha, fuerte y con sus correspondientes cerrojos y rejilla, que sería penoso y hasta difícil distinguir entre la oscuridad que reinaba, si por su

arqueada mirilla no saliera un resplandor sumamente pálido y débil, semejante á la luna de aquella noche en que la bóveda hacía de cielo y la lobreguez de horizonte.

Adelantóse el verdugo á la rejilla, asomó la cabeza y miró la mazmorra á la confusa claridad que despedía una lámpara que en ella ardía.

Esta escasa luz, sin embargo, le bastó para registrar el calabozo de una sola mirada, y ver á los dos hidalgos tendidos en el suelo, sobre dos haces de paja.

Ambos, vueltos á la pared, silenciosos y con los ojos cerrados, parecían descansar profundamente de sus crueles tribulaciones.

Dardalleito dió tres golpes en la puerta, llamándolos sin duda.

—¿Quién anda ahí, diantre? gritó uno de los hidalgos.

—Yo, mis queridos señores, respondió Dardalleito humildemente.

—¡Otra vez, cáspita! dijo con mal humor el otro doncel. ¿Aún volveis á asomaros á la ventanilla?

—Dispensadme, señor... pero son así las órdenes del señor conde... venir aquí de dos en dos horas para deciros... lo que siempre me habeis oído... *¿Queréis descubrir á vuestros cóm-*

plices buenamente ó mañana se os conduce al tormento?

Subrayamos estas últimas palabras del verdugo, porque formaban la pregunta periódica y oficial, que el conde D. Alonso le mandaba hacer de dos en dos horas, como él dijo:

—No tenemos cómplices... retiraos; contestó uno.

—Puede el señor conde hacer cuanto guste de nosotros... contestó el otro; pero nadie más del castillo de Monforte era parcial de los hermanos de Galicia.

Dardalleito retiró la cabeza de la mirilla, y volvió la espalda para marcharse inmediatamente.

—Esperad, dijo un hidalgo.

Dardalleito volvió con rapidez.

—Decidnos, dijo la misma voz, hacednos el favor de decir si es de día ó de noche.

—De día... son las tres de la tarde; contestó Dardalleito.

—¡Ay! suspiró el hidalgo que había hecho la pregunta.

Dardalleito se retiró lastimado de aquel suspiro.

—¡Ya quisiera morir, cáspita! exclamó el otro, incorporándose en su lecho de pajas.

—¡Más valiera, diantre! dijo Mauro; pero... más temo el tormento que la muerte. ¡El tormento!... ¡el tormento!... ¡Ay!!

Y este suspiro, tan doloroso como el otro, revelaba la angustia de su alma.

—¡Eso sí que será horrible! exclamó el de Canaval, acabando de ponerse en pie; me moriré antes... de seguro que me mataré yo antes de que me lleven á la cámara roja... antes de ver al león y á la serpiente; y sentir *sus caricias*, como dice el conde.

—¡Qué horror!... ¡qué horror!... exclamó Mauro; qué horror me inspira el solo recuerdo de aquel león de madera que da vueltas en torno del sillón de uno, y aquella serpiente de lana, cuya boca... ¡oh! ¡quién nos había de decir algún día, cuando la mirábamos con la sonrisa en los labios, que ella había de... ¡oh!

Y se tapó la cara con las manos, al hacer memoria de los detalles del tormento.

—En fin, preciso será que discurramos algo para no ver al león y á la serpiente; dijo el de Canaval.

—¡Y qué diantre hemos de discurrir!... ¡quién puede escapar de aquí!

—¡Escapar!... imposible, Mauro; pero sí podremos evitar el tormento.

—¿Cómo?

—Matándonos antes.

—¡Oh! exclamó el de Lecín, volviendo, horrorizado, á cubrirse el rostro con las manos.

—No hay otro remedio... es preciso escapar del tormento, muriendo antes que sufrir la terrible suerte que nos espera... la del caballero de Portela.

—¡Oh, yo no tendré el valor que él tuvo!

—¡Ni yo, cáspita! El sufrió hasta el último instante los halagos de la serpiente y las vueltas del león.

—¡Ay, qué desgraciados somos! volvió aún á suspirar el hidalgo de Lecín.

—Tú tienes la culpa de todo, Mauro. Valor, pues.

—¡Yo!!

—Tú. En nuestras manos tuvimos la suerte de nuestro acusador... Acuérdate del paso de las piedras del Miño.... tú no has querido... paciencia; bien empleado te está ser bueno con los que te matan...

—No importa; sufriré mi suerte sea la que quiera; pero jamás haré una acción mala.

—¡Cáspita! eso es sembrar bien para coger mal.

—Pero hay un Dios, Rodrigo; que un día recompensará al bueno y castigará al malo.



—¡Hum! eso lo dicen los clérigos; pero nadie lo sabe. ¡Dios!... ¡Dios!... ¡qué pensará Dios en nosotros, cuando hay tantos, tantos millones de millones que padecen!

—El *Criador* siempre piensa en las *criaturas*, Rodrigo.

—¡Sí, eso es... y á los buenos les hace arrastrar una vida miserable!

—Su recompensa tendrán en la otra vida; ¡diantre!

—¡La otra vida!... ¡la otra vida!... Todo lo componen los curas con la otra vida.

Y el hidalgo ateo se puso á pasear, horriblemente agitado, con las miradas extraviadas como las de un loco.

—El Dios y el demonio de este mundo, continuó, son el pensamiento de uno. Si nosotros hubiéramos arrójado al Miño á Fernán de Amade, no nos veríamos á las puertas del tormento, antecámara de la muerte en Monforte.

En aquel instante apareció una persona en la mirilla.

—Señor, murmuró respetuosamente.

—¿Quién vá? preguntó Rodrigo de Canaval.

—Soy yo... Doval... señor hidalgo. ¿Está mi amo despierto?

—¡Qué quereis? preguntó Mauro de Lecín á su arquero mayor.

—Señor, tengo que participaros una mala nueva.

—¿Y... qué es ello, diantre?

—¡Yo no tuve culpa ninguna! ¡Oh, bien sabe Dios que yo no tengo culpa en ello, señor!

—¿Pero, qué es ello? preguntó Amaro con ansiedad.

Y se levantó tembloroso.

—Señor... Tulipán...

—¿Qué, hombre, qué?...

—Tulipán tiene una tos fuerte y continua...

—¿Y qué?...

—Lo llevé al albeitar y... ¡vaya, señor!... Dios sabe que yo no tengo culpa.

—¡Pero, acaba!

—El albeitar lo reconoció... y en seguida compuso una juncada. Cogió dos yemas de huevo, una poca de miel, y todo lo batió muy bien con harina.

—Adelante, hombre.

—Untó con esto los juncos y se los dió á comer á la fuerza al pobre animal; pero ¡ay! me acaba de decir que Tulipán tiene el muermo.

Tulipán era el mejor caballo de Mauro de

Lecín, y al que el hidalgo profesaba un gran cariño.

—¡Pobre Tulipán! exclamó el hidalgo; sin duda presintió mi muerte y quiere morir antes que su amo.

Y al decir esto Mauro de Lecín, volvió á dejarse caer sobre las pajas que le servían de asiento y de cama.

—Bien, Doval; murmuró después de un momento de dolor; retírate y cuídalo. Si sobrevive á mi muerte, lo llevarás á mi torre de Lecín, y que á nadie, á nadie se lo regale ni se lo venda mi buena y anciana madre.

Doval se retiró y Mauro guardó silencio, como si le afectara profundamente la enfermedad de su querido Tulipán.

—¡A qué pensar en caballos, Mauro! exclamó el de Canaval; ¿á qué pensar en caballos cuando tal vez mañana nuestros huesos se hagan polvo bajo la presión de la máquina de la cámara roja, como los del caballero de Portela?

—Qué quieres, Rodrigo; yo quiero mucho á Tulipán. Alfonso de Doáde estaba loco por él.

Y asomaron á sus ojos algunas lágrimas.

—Por mucho que lo quisieras, ¡cáspita! buenos estamos ahora para pensar en nuestros caballos. Mejor será pensar en nuestras almas.

—¡Yo siempre pienso en Dios... y espero mucho de su infinita misericordia, Rodrigo!

—Sí; ¡cáspita! mejor fuera que lo esperaras de tus piernas, si pudiéramos escaparnos de esta mazmorra. Pero, ¡ay! por más que reflexiono, no encuentro ningún medio. Está tan hundido este calabozo... son sus paredes tan fuertes...

Y las golpeaba al mismo tiempo con los pies.

—Imposible, imposible; exclamó Mauro; todo nuestro empeño sería en vano.

—Es verdad, pero... esa puerta... tartamudeó Rodrigo, mirándola fijamente y pasándose las manos por la frente... ¡esa puerta!.. ¡esa puerta! si pudiéramos ganarla, matando al centinela...

El hidalgo de Lecín hizo un gesto de disgusto. No podía oír hablar de muertes así... á sangre fría; ni aun en aquellas circunstancias.

—¡Si pudiéramos engañar al menos á uno, continuó el hidalgo de Canaval, como si hablara consigo mismo, y nos dejara salir á tomar un poco el fresco á la azotea del castillo!..

Y después, como si pulsara la imposibilidad de semejante gracia ó concesión en el estado en que se hallaban:

—¡No, no; imposible! ¿Quién diablos se prestaría á ello? Mauro, es preciso matarnos... mo-

rir antes aquí, que sufrir el tormento, cien veces peor que la muerte.

Pero el hidalgo de Lecín parecía dormido. No contestó nada á este lúgubre arranque de su compañero.

—Mauro, gritó Rodrigo, acercándosele; Mauro, ¡muramos... muramos antes que sufrir el tormento!

Y le sacudía un brazo con fuerza.

—No; dijo éste, levantándose de pronto, delirante y frenético, no, no, la muerte... el tormento; ¡no, Rodrigo! ¡Huyamos, huyamos antes!

—¿Pero, cómo?... ¿por dónde?..

—El mariscal... el mariscal ya sabrá que estamos presos... y vendrá en nuestro auxilio...

—¡Ay, Mauro! suspiró Rodrigo; ¡Monforte no se toma en un día... ni en dos!.. y mañana.. mañana... no moriremos combatiendo con nuestras hachas formidables al grito de *Deus fratresque Gallæciæ*. Mañana moriremos llorando como niños.

—No, no; repuso el de Lecín impetuosamente, ¿no dices que si pudiéramos conseguir salir un poco de noche á la azotea... ¿respondes de nuestra fuga?

—Sí, pero...

—Escucha, Rodrigo; me ocurre una idea... es

mala... pero Dios me la perdonará, porque es la única idea mala que llevaré á cabo en mi vida... y además es por salvarme... no de la muerte... pero sí de la cámara roja.

—¿Qué?... ¿qué?... preguntó el de Canaval, vivamente esperanzado.

—¿No me oíste decir que Alfonso de Doáde estaba muerto por mi Tulipán?

—Sí, sí; demasiado lo sé. Su posesión, ¡cáspita! es su único sueño dorado. ¡Cuánto te ha importunado siempre por éll.. ¡cuánto te ha ofrecido!..

Pues bien, Rodrigo; Alfonso está hoy de guardia, ¡diantrel!

—¿Y... qué Mauro?

—Se lo ofreceré... se lo ofreceré porque nos deje salir un poco á la azotea á tomar el fresco.

—¡Oh! exclamó Rodrigo, abrazando á su compañero; tentemos ese vado, Mauro; y Dios te deje mañana en brazos de tu anciana madre, que siempre es mejor que los dientes de la serpiente y del león.

—¡Sí, sí; la veré! ¡veré mañana á mi pobre madre! clamó el hidalgo, volviendo á enternecerse á su recuerdo; pongo mi esperanza en Dios... y él me dará palabras para persuadir á ese... pobre Alfonso de Doáde.

—Sí, sí; la mejor palabra será el ofrecimiento de Tulipán, ¡cáspita!

—Pero...

Y se detuvo el de Lecín pesaroso, con los ojos en el suelo y los brazos caídos, como si le asaltara un pensamiento que le afligiera en extremo.

—¿Qué? ¿qué obstáculo puede haber? preguntó Rodrigo vivamente.

—¡Y si Alfonso es sentenciado después á la almena de Juan de Grian! exclamó Mauro pesaroso; ¡y si á Alfonso lo cree el conde cómplice después!..

—¡No lo matará, cáspita! ¡no lo matará! se apresuró á decir Rodrigo, para destruir los escrúpulos que amilanaban al buen hidalgo de Lecín. Demasiado saben todos que en sus cortos alcances jamás ha podido descifrar estas palabras: *¡Dios y los hermanos de Galicia!* además, el conde lo aprecia mucho por dos cosas; la una, por ser la mejor lanza de sus estados; la otra... por su misma inocencia ó ignorancia.

Mauro pareció tranquilizarse algo á estas palabras del de Canaval, y enseguida se dirigió á la mirilla.

—Arquero; dijo al que se paseaba de centinela.

—Señor... contestó el soldado.

—Avisa á tu capitán... que venga... que quiero hablarle.

—Voy; dijo el arquero retirándose.

Al poco tiempo se sintieron los *voto á San Juan* que daba el hidalgo de Doáde al bajar por la escalera de caracol, y al verse en un sitio tan oscuro como aquel en que se hallaba el centinela.

—Mauro, dijo después, asomándose á la rejilla.

—Hola, mi buen Alfonso, contestó el hidalgo de Lecín, acercándose á su vez á ella; desde que estoy aquí no has venido á verme ni aun hoy que te hallas de guardia.

—Qué quieres ¡voto á San Juan! tu situación me entristece, y por más que he querido venir á saludarte, me lastimaba mucho la idea de verte así... Sin embargo, ya sabes que yo siempre te he querido mucho. Lo mismo desde que nos hallamos en Monforte, como antes que cazábamos en nuestras montañas de Coba y de Egre.

—Sí... sí... pero así que supiste que estaba preso... ¡diantre!... me olvidaste completamente.

—¡Olvidarte! no; pues ya sabrás que fuí el único de los hidalgos que salí en tu defensa...

—¿Cuándo?... ¿cómo?...

—Esta mañana... ¿no te lo dijeron aún?

—No... ¿pues qué pasó?

—Estábamos en la plaza de Armas del castillo todos los hidalgos, y se habló de tu prisión; Lope de Castellón te llenó de improperios, así como á Rodrigo de Canaval... Yo no pude sufrir aquéllo, ¡voto á San Juan! y le dije que tú no eras ni fuiste nunca traidor á tu país, como él decía.

—¡Pobre Alfonso!

—Cuando me oyeron esto, todos se desternillaban de risa; yo me exasperé más entonces, y, quitándome un guante, lo arrojé en medio del corro, diciendo que lo recogiera quien quisiera sostener la traición que te imputaban.

—¡Pobre Alfonso! volvió á exclamar otra vez el hidalgo de Lecín.

Y se estremeció al recuerdo de lo que intentaba, á pesar de los buenos sentimientos que abrigaba hacia él Alfonso de Doáde.

—¿Pero no lo habrán recogido? preguntó Mauro con angustia.

—Mira, dijo Alfonso.

Y enseñó la mano desnuda por la mirilla.

—¿Y quién... quién lo recogió, diantre?

—Verás... Se rieron de mí, y me llamaron bruto y bruto no sé cuantas veces.

—¿Y tú?...

—Volví otra vez á retarlos ¡voto á San Juan! y Fernán de Amade, que hasta entonces había estado silencioso y pensativo, lo levantó tranquilamente y se lo guardó.

—¡Él... él... exclamó Mauro de Lecín... villano!

—Sí; y mil veces villanos todos los demás. Cuando guardó el guante Fernán de Amade me dijo: *¿hoy ó mañana?* y yo le contesté que cuando quisiera.—Bien, dijo él. Dios decidirá mañana; porque mañana también decide el hombre. Y se retiró.

—¡Oh! ¡Alfonso... Alfonso!... ¡siempre tan bueno!...

Hizo un movimiento el de Lecín al decir esto, como para abrazar al hidalgo; pero la puerta se lo impedía.

Después, como si en pos de este pensamiento de reconocimiento le asaltara otro de su exquisita delicadeza, le dijo profundamente triste:

—Pero tú... ¡tú no te batirás, Alfonso!... No quiero que te expongas así por mí... ¡Oh! tendría siempre un remordimiento si te sucediera algo!... Este exceso de cariño puede costarte la vida. Además de que yo no me libraré por eso de la muerte atroz que me espera...

—¡Quién sabe, voto á San Juan!

—No... no... Alfonso, no te batas.

—¡Que no!!.. rugió el hidalgo; no sólo con el de Amande sino con el de Castellón, con el de Diomonde, ¡con el de Hortelle, con el de Rozabales, con todos... todos á la vez si es preciso!

—No... no: yo hablaré á Fernán de Amande para que desista del duelo... al de Castellón, al de Diomonde, al de Rozabales, al de Hortelle... á todos, á todos esos buenos amigos míos...

—¡Buenos amigos tuyos!.. ¡Tú estás loco; voto á San Juan! ¡Buenos amigos tuyos y te acusan!

—¡Me acusan!.. ¡me acusan!.. ¡es verdad! clamó el hidalgo desesperado.

Hubo un instante de silencio.

—¡Alfonso! dijo después Mauro de Lecín; yo te mandé á llautar porque el conde nos va á dar tormento mañana temprano con el fin de que descubramos nuestros cómplices cuando no los tenemos ¡diantre!

—¿Y bien, Mauro?...

—Como tal vez sucumba en él, mi querido Alfonso, quería antes despedirme de tí...

Dos gruesas lágrimas asomaron á los ojos del de Doáde á estas palabras de Mauro.

—¡Voto á San Juan!..¡ voto á San Juan!.. barbulló con voz entrecortada y crispando los puños con fuerza.

—Alfonso, continuó Mauro, adiós; no te doy un abrazo porque media la puerta entre los dos... pero... dame la mano por la ventanilla.

El hidalgo le alargó la mano y se la estrechó lloroso.

—Consolarás á mi madre, y si muero, Alfonso, y cuando pase algún tiempo... cuando ya nadie se acuerde de mí... ni aun ella tal vez, háblale tú... háblale de este hijo que la ha querido tanto!..

—¡Oh! ¡Mauro!.. ¡Mauro!..

—Adiós, Alfonso; continuó éste con voz desfallecida... Tulipán, el encantador Tulipán, mi caballo, te lo dejo en memoria de lo que te he amado...

Mauro no pudo continuar, enternecido.

Pero no era el enternecimiento propio de la situación que representaba una despedida postrera; era el enternecimiento, el arrepentimiento anticipado de un buen corazón que engaña por salvarse de una muerte cierta. Sus mismas palabras le destrozaban el pecho al par que destrozaban el de Alfonso de Doáde.

—¡Mauro!.. dijo éste, enjugándose las lágrimas

mas que se asomaban á sus ojos, á pesar de su organización vigorosa. Mauro... tú no morirás... no. En lugar del tormento... pide al conde el juicio de Dios... ¡Yo seré tu campeón, Mauro. De todas maneras he de serlo!

—No querrá...

—¡Sí... sí... pide el juicio, voto á San Juan!

—Bien; pero... dudo que quiera.

—Tal vez sí.

—¡Ay! suspiró Mauro; Dios se ha declarado...

Y se detuvo, porque el de Canaval le tiraba del gabán por detrás.

—Lo del paseo, ¡cáspita! le dijo Rodrigo quedamente, de modo que no lo pudiera ver ni oír Alfonso.

A este recuerdo desesperado, Mauro se sobrecogió; pero decidido como estaba á salvarse, trató de solicitar aquel favor del de Doáde.

—Dios se ha declarado contra mí, continuó; me niega todo para cuanto más no negarme su juicio. Me niega la libertad... el aire... la luz... todo, todo me lo niega.

Alfonso se estremeció á aquella triste verdad.

—Estamos aquí en una situación atroz... sin respirar siquiera el aire libre... ¡Oh! ¡si pudiéramos salir aunque no fuera más que por unos breves instantes!..

—¿Adónde?.. se apresuró á decir Alfonso; ¿adónde? ¿aquí?.. ¿á esta bóveda?

—No... siquiera á la plaza de Armas...

—¡Os verían, voto á San Juan!

—No; de noche... esperaríamos á que dieran las siete ó las ocho.

Alfonso pareció reflexionar.

—¡Bien!.. dijo, saldreis... yo vendré á abriros á esa hora... pero... ¡cuidado con descubrirme!

—¡Alfonso, dudas de nosotros!

—No... no... pero cualquiera imprudencia nos perdería á todos, Mauro.

En aquel momento sonaron los pasos de Dardalleito, y el hidalgo de Doáde se retiró.

Acercóse el verdugo á la ventanilla y dió tres golpes con la mano. Después dijo:

—*¿Quereis descubrir á vuestros cómplices buenamente, ó mañana se os condena al tormento?*

—No tenemos cómplices; contestaron los hidalgos.

Y Dardalleito se retiró.

—Dos horas después bajó Alfonso de Doáde.

—¡Bergantel le dijo al centinela; ¿es ese modo de cumplir con la consigna?

—¡Señor! exclamó el arquero admirado.

—¡Sí... estabas durmiendo... Yo mismo te sentí roncar desde la escalera!..

—¡Señor hidalgo de Doáde... si estaba más despierto y con más cuidado que nunca! ¿cómo decís eso?

Y era verdad.

—¡Sí... tú que has de decir, tunante, bribón... mal soldado! ¡Fuera!... ¡quítate de mi vista!.. ¡Dormirse estando custodiando presos de tanta consideración! Fuera... y arrestado hasta que yo tome otras providencias.

—¡Mi patrón San Victorio de Arabaldo me ampare!.. barbullaba el soldado retirándose.

—Luego, cuando el rumor de sus pasos acabó de perderse en la escalera de caracol, Alfonso corrió los cerrojos y abrió la puerta.

Al momento tendió los brazos para el primero que salía y no se engañó, pues era Mauro de Lecín.

Volvieron á cerrar la puerta con precaución, y subieron los tres, yendo Alfonso delante.

Cuando llegaron al patio ó plaza de armas del castillo, ya había cerrado la noche del todo, una noche bastante oscura, sin luna. Tan sólo en el negro fondo del cielo brillaba débilmente alguna que otra estrella.

Los tres hidalgos comenzaron á pasearse recatadamente, á pesar de no encontrar en la plaza más gente que la que atravesaba en dis-

tintas direcciones para no volver á pasar más.

—No tengais cuidado, les decía Alfonso; mañana mismo, antes que traten de llevaros á la cámara roja, yo me presentaré al conde en vuestro nombre, y pediré el juicio de Dios.

—¡Quizá no acceda! exclamó Rodrigo.

—¿Por qué no? Entonces, accediendo el conde como no dudo, al juicio de Dios, mañana mismo podrá tener lugar en la plaza de Monforte. Con eso llevaré tu caballo, Mauro... y Tulipán me sacará vencedor del duelo, porque de ese modo te libra la vida.

—¿Aún no viste á Tulipán desde que te lo regaló Mauro? le preguntó Rodrigo perezosamente, pero con intención siniestra.

—No... no he tenido tiempo, ¡voto á San Juan!

—Pues ve ahora; se atrevió á murmurar Rodrigo.

—Sí, apoyó Mauro de Lecín: podíais ir á verlo por unos instantes... Ya ves que nosotros no tenemos alas para volar.

—¡Mauro!... qué, ¿crees que desconfío de vosotros?

—¡Cuánto siento no poderte acompañar, Alfonso!

—Otro día... otro día... barbulló el hidalgo

de Doáde como distraído, enteramente preocupado con Tulipán. Esperadme aquí... vuelvo pronto.

Y se dirigió apresuradamente hacia las caballerizas.

—Sí, vuelve pronto; dijo el de Canaval, temblando de alegría al verse libre del calabozo y de la presencia de Alfonso.

Y luego, cuando este se perdió de vista entre la oscuridad:

—¡Ahora, Mauro... sígueme! le dijo con voz balbuciente ¡ó la libertad ó la muerte!

—¡Oh! exclamó Mauro vacilando, al recuerdo del pobre Alfonso.

—*¡Deus fratresque Gallæciæ!* murmuró Rodrigo.

Y Mauro no vaciló ya. Le siguió con rapidez, como si aquellas palabras lo sojuzgaran completamente.

Continuaba la noche oscura y silenciosa; las pocas estrellas que lucían en el firmamento parecían extinguirse de tiempo en tiempo, el viento que batía la mole irregular del castillo, silbando entre las almenas melancólicas notas de dolor, arreciaba como si anunciase una de esas tormentas tan frecuentes en el país, en que sólo la lluvia compone el principal papel.

La lobretez del castillo se borraba en algunas partes cuando la luz artificial brotaba de una ventana baja ó de algùn farol de esquina; y Rodrigo parecía evitar estos accidentes en sus vueltas y revueltas, dirigiéndose velozmente, seguido del de Lecín, no hacia el portón de la fortaleza, cerrado á aquellas horas, sino hacia la habitación alta que ocupaba en él el reverendo padre Fr. Pedro Sernande, confesor de los condes.

El objeto de Rodrigo, al dirigirse á esta habitación, situada en uno de los torreones salientes del edificio, y del cual arrancaba una galería arqueada á manera de un arco por tranquil, que iba á morir al monasterio de San Vicente, que, como recordarán nuestros lectores, se levantaba también en la cima del monte del Pino y á pocos pasos del castillo; el objeto, pues, del de Canaval al dirigirse allí, no era otro que el de sorprender al buen religioso, exigirle la llave de la galería y salir disfrazados con sus hábitos.

Pero ¡oh fatalidad! la puerta de aquella habitación, de aquella especie de celda que ocupaba el padre Sernande, estaba cerrada, y por más que llamaron á ella, nadie contestó.

Desalentado Rodrigo de Canaval con este contratiempo, trató de forzarla, pero se resistía á los esfuerzos de los donceles.

—Veamos esta ventana, dijo Rodrigo, encaramándose á una ventanilla sin reja.

En aquel momento en que el hidalgo de Canaval forzaba la hoja con la pujanza de un cíclope, resonó la bronca voz de Alfonso de Doáde en las caballerizas inmediatas á aquel torreón en que se hallaban.

—¡Muerto!... ¡muerto del muermo! exclamaba ¡Oh! ¡razón tienen todos en llamarme bruto!

El de Canaval y el de Lecín se quedaron estupefactos á estas lamentaciones del de Doáde; pero el primero, esforzándose por dominarse de aquella impresión que le produjeran, dió un fuerte golpe á la ventana, y la ventana cedió.

—¡Sígueme! gritó á Mauro, al verlo como clavado cerca de una almena.

—¡No... no!... ¡Dios mío! balbuceó el hidalgo.

—Sígueme ¡cáspita! gritó Rodrigo, empujándolo hacia la ventana.

—¡Mauro!... ¡Mauro!... llamaba el de Doáde, dando vueltas por la plaza de armas como un loco, al ver que no los encontraba donde los dejara.

Y su voz era otra nueva lamentación que conmovía el alma del hidalgo de Lecín.

—¡Pronto!... ¡pronto!... gritó Rodrigo, ayudándolo á encaramarse á la ventana.

—¡Rodrigo!... ¡Mauro!... gritaba Alfonso, más cerca y con más tristeza.

—¡Perdón, Dios mío! clamó Mauro, penetrando por la ventana, la cual cerraron después por dentro.

Entonces, casi al mismo tiempo, se volvió á oír la voz del desesperado Alfonso de Doáde, que decía:

—¡Huyeron!... ¡huyeron!... ¡Ah! razón tienen todos en...

Y sus últimas palabras se perdieron entre el ruido de la campana del castillo que tocaba á rebato.

Al mismo tiempo, y como si sus fuertes vibraciones tuvieran una extraña atracción ó influencia metereológica, comenzó á llover á mares y á bramar espantosamente el huracán.

Viéronse, no obstante, algunas personas agitarse en todos sentidos por el castillo, recorriéndolo con hachones encendidos, que la tempestad apagaba á los pocos momentos, y se oyeron algunos gritos de alarma que absorbía el estrépito de los truenos que empezaban á sentirse cada vez más inmediatos.

VI

LA CÁMARA ROJA

Hora tras hora, chubasco tras chubasco, y ruido tras ruido, así pasó aquella noche tan horrorosa para los habitantes de Monforte.

Al alba, ó más bien poco antes de las siete de la mañana del siguiente día, cesó el furor de la tormenta, y el sol se redondeó sobre las altas cumbres de Cereija, aunque pálido y frío como el de Noruega, luchando con las espesas brumas que enlutaban el horizonte.

A esta misma hora, una porción de hidalgos se hallaban en la cámara del conde, el cual, sentado en un sillón y con ademanes descompuestos, lanzaba mil improperios á uno de ellos que, desviado un poco de sus compañeros, pálido, trémulo y con la cabeza inclinada, parecía sufrir todos los tormentos imaginables.

—¡Nadie!... ¡nadie!... clamaba el señor feudal, sumamente irritado; ¡nadie me es fiel... todos me venden... todos! ¡y cuándo!... cuando las huestes vencedoras del mariscal Pardo de Cela avanzan sobre los muros de Monforte, cuando

más necesitaba yo de su adhesión. ¡Oh! confiado en ella, confiado en esa misma adhesión de mis servidores, esa adhesión me falta en los momentos más críticos; confiado también en su valor, tal vez su valor me falte cuando á él apele.

—¡Señor!... murmuraron alguuos; probadnos. Fieles á vuestra persona, á la majestad real y al país, probad nuestro valor, y vereis si seremos tan valerosos como fieles.

Y llevaron las manos instintivamente á los puños de sus espadas, como dispuestos á hacer un juramento de honor.

—Por el Cielo, que yo desconfío de todo... murmuró el conde, Señores, ¿quién me diría que Rodrigo de Canaval y Mauro de Lecín pertenecían á los hermanos de Galicia?...

Todos callaron.

—¿Quién me diría que presos estos hidalgos para declarar sus cómplices en el tormento, habían de ser salvados por otro... por otro que creía tan fiel á mi corona de conde?...

El hidalgo que más sufría de todos con aquellas reconvenções que parecían más bien dirigirse á él que á los demás, y que no era otro que el imbécil cuanto bueno Alfonso de Doáde, hizo un movimiento como para hablar; pero la

voz pareció detenersele en la garganta por falta de aliento.

El conde continuó en su *crescendo* de reconvencciones dolorosas:

—¿Quién me diría que Pedro de Tor y Sancho de Remesar...

Pero se detuvo de repente á estos nombres, y se levantó diciendo:

—¡Dardalleito!... ¡Dardalleito!...

—Gran señor, contestó una voz desde el patio.

—Prepara el león y la serpiente.

Ya están, señor conde, respondió la misma voz.

—¡Oh! ¡entonces á la cámara roja! gritó el conde. ¡Por Santiago, que ni el de Tor ni el de Remesar se escapan como los otros!

Y rápido y agitado, salió de la cámara, siguiéndole todos no menos alterados que él.

Atravesó el patio principal, y dirigiéndose á otra puerta, detrás de la cual se hundía también otra escalera de caracol, pero más ancha, bajó á una bóveda en la que paseaba un soldado que solía pararse de cuando en cuando frente á la mirilla de un calabozo, como para cerciorarse de que los que allí estaban presos no se habían evaporado ó salido de él como duendes.

Frente á esta puerta, cuya rejilla servía tantas veces de marco al negruzco rostro del centinela, se proyectaba otra que Dardalleito, que iba delante del conde, abrió para que entrase.

Era una cámara bastante espaciosa y llena de luz que, como dejamos dicho, se hallaba pintada de almazarrón, lo que le valía la pomposa denominación que le daban de cámara roja.

Veíase en el lienzo de pared paralelo á aquel en que se hallaba practicada la puerta que le daba paso, un sillón dorado y forrado de raso encarnado, con una corona sumamente grande que hacía de dosel, cubriendo la cabeza del que se sentara allí.

En el centro de aquella cámara se veía la tortura ó máquina, que consistía en un hoyo circular como de cuatro varas de diámetro, de cuyo centro se elevaba hasta la altura del pavimento un asiento particular, cuyo respaldo consistía en una tabla sembrada de menudísimas puas de acero.

No se veía nada más en aquel paraje... ni el león... ni la serpiente... nada de cuanto decían los que habían visto funcionar aquella máquina de dar tormento, y á cuyo solo recuerdo tanto se horrorizaban.

Así que entró el conde en la cámara roja, se

dirigió al sillón y se sentó en él con dos lance-ros á cada lado, volviéndose á los circunstantes con un ceño, con tal aspecto de gravedad, que degeneraba en furiosa rabia.

—Hidalgos, dijo á los que le acompañaban, poned gente en la escalera para defenderla de cualquier tentativa que hagan los presos para huir.

Los hidalgos se retiraron á cumplir aquella disposición del conde.

—Y tú, Dardalleito, ve por seis hombres de los más robustos para que te ayuden.

—Ya los tengo escogidos desde ayer, gran señor, contestó el verdugo, que no parecía sino que la divisa de *siempre pronto* se había inventado para él.

—Bien, dijo el conde; que entren, pues.

—¡Entrad! gritó Dardalleito, acercándose á la puerta.

Y seis fornidos arqueros se presentaron en la sala.

—Bien, volvió á decir el conde al verlos; que traigan primero al hidalgo de Tor.

Un silencio de muerte siguió á estas palabras.

Era imponente el aparato que empezaba á desplegarse en presencia de los circunstantes, imponente la catadura del conde, é imponente

la calma que reinaba en estos momentos en que se esperaba ver la figura de cualquiera de los reos en el dintel de la puerta de aquella cámara.

Apareció por fin uno de ellos, Pedro de Tor, con los brazos atados fuertemente á la espalda y conducido por algunos arqueros; pero nada de aquel aparato, de aquella catadura, de aquella calma, le impuso. Parecía que todo lo desafiaba, según la entereza con que se presentaba; la sonrisa desdeñosa que contraía sus lábios, y la mirada arrogante que clavó en el rostro de su señor feudal, del cual ni se desviaba un instante para fijarse en la máquina, ni en nada, como si se tratara de provocar aún más su terrible enojo.

Al penetrar el hidalgo en aquel recinto, sus pesadas puertas se cerraron inmediatamente, cuyo ruido pareció resonar en el corazón de todos como un eco siniestro, sepulcral, prolongándose unos instantes en la bóveda, hasta debilitarse gradualmente y extinguirse.

—Acercaos más, gritó el conde.

—Heme aquí, gran señor; contestó el hidalgo, dando unos pasos más hacia él.

—Vais á sufrir el tormento del caballero de Portela, continuó D. Alonso, grave y pausada-

mente, si no estais dispuesto á descubrir vuestros cómplices.

—¡Cómplices!... ¿en qué, gran señor?

¡En la traición!... en la traición que ibais á cometer entregando mi castillo al furor de los hermanos de Galicia, cuyas ideas profesais.

—Yo no iba á hacer os traición alguna... ni menos profeso esas ideas revolucionarias que decís... He nacido hidalgo de Tor, fiel servidor de los condes de Lemos, mis señores, é hidalgo de Tor y fiel servidor de ellos moriré.

La energía de esta contestación pareció desconcertar por un momento á D. Alonso.

—Sí, gritó, reponiéndose; lo mismo que vos decís, contestó á mi padre el caballero de Portela. «He nacido hidalgo de Portela, fiel á la religión de mis padres, á mis reyes y á mis señores, y como tal moriré siempre;» pero, poco después, cuando el *león enseñó sus dientes...*

Y recalcó siniestramente estas palabras.

—Cuando el león enseñó sus dientes, los suyos se entrechocaron y dejaron escapar los nombres de sus cómplices.

El de Tor no contestó.

—Pero... ya era tarde; continuó D. Alonso; ya era tarde... sus huesos magullados por el león, no pudieron ser animados ya. Por lo mis-

mo, hidalgo de Tor, ¡descubrid á tiempo vuestros cómplices, ó, de lo contrario, nadie podrá libraros de la tortura, de la muerte!

—Bien sabeis que no los tengo, señor conde. Nadie mejor que vos sabe cuán fiel ha sido mi padre al vuestro, y yo á vos. La calumnia encontró eco en vuestro corazón, y vuestra credulidad nos pierde.

—Lo mismo decía el caballero de Portela antes de ver el león. Por última vez, hidalgo de Tor, ¿quereis descubrir ó no á vuestros cómplices?

—Señor, como no los tengo no sé...

—Basta... basta... interrumpió D. Alonso; no gastemos el tiempo en valde...

Y volviéndose al verdugo:

—Dardalleito, dijo, que se siente.

Entonces, condujo el verdugo á Pedro de Tor al asiento que se elevaba en medio del círculo y lo ató fuertemente á él, poniéndole una barra de grillos á los pies.

Luego el verdugo arrancó del pecho de Pedro de Tor el escudo que llevaba á un lado con las barras de Aragón y los leones de Castilla, y dijo con una voz muy lenta y acompasada, como si cantara.

—Por traidor á sus reyes.

Los ojos del hidalgo se cerraron y se volvieron á abrir rápidamente, como si un rayo de luz los ofuscara por un momento.

Después le arrancó el verdugo el escudo que llevaba al otro lado del pecho con las armas de los Lemos, un roel y doce blancos en campo de gules, y volvió á decir ceremonialmente:

—Por traidor á sus señores.

Los anacarados y finos dientes de Pedro de Tor, se entrechocaron á estas palabras é inclinó la vista sobre los escudos que caían á sus plantas.

Dardalleito salió del círculo; y D. Alfonso volvió á preguntar al hidalgo:

—¿Declarais ó no, Pedro de Tor?

—¿Señor!... ¡qué he de declarar sino que os he sido fiel como el que más!

—Al botón, Dardalleito; al botón blanco; gritó vivamente el conde.

Apretó el verdugo un botón blanco que había cerca del asiento, y un león de madera se elevó del fondo del círculo, terriblemente encarado á Pedro de Tor.

—¿Declarais ó no? volvió á preguntar el conde otra vez.

—Señor, murmuró el hidalgo, esforzándose por apartar su vista de aquella fiera artificial, no

menos carnívora que la más verdadera; yo no tengo cómplice alguno, que os he sido fiel como nadie.

—Dardalleito, al botón dorado; gritó el conde.

Apretó Dardalleito otro botón de cabeza dorada, y la boca del león se abrió tan desmesuradamente que abarcó entre sus fauces el cráneo de Pedro de Tor.

—¿Declarais ó no? volvió á preguntar el conde.

—¡Sí, sí, declararé todo!... murmuró el hidalgo con voz ahogada, como si quisiera con una mentira librarse del espantoso suplicio á que se veía condenado sin saber por qué.

Pero el conde, ó no lo oyó ó no lo quiso oír, pues gritó al verdugo:

—Al botón negro, Dardalleito... al botón negro.

—Entonces, vióse una cosa que horrorizaría al más indolente observador; una cosa propia de aquellos tiempos de barbarie, en que el suplicio del tormento presenta una de sus fases más características.

Vióse el cráneo de Pedro de Tor abrirse entre los dientes de acero de la fiera; rechinar, crugir toda la máquina, lanzar un ¡ay! agudísi-

mo el paciente, y dar una sacudida violenta en que saltaron algunas ligaduras.

Después, apretó Dardalleito otro botón; se hundió rápidamente Pedro de Tor y toda la máquina que jugaba dentro de aquel círculo, por medio de un ingenioso y oculto mecanismo; todo él se inundó de agua negra, espumosa y rugiente; y á otra presión más, se retiró por su inmersión con el mismo ruido con que había aparecido.

El conde respiró fuertemente en seguida, como si saliera de un gran ahogo ó se viera libre de alguna de esas atormentadoras fastasmas de una pesadilla.

Paseó luego sus miradas por la rojiza cámara que había cobijado aquella escena aterradora, concluyendo por fijarlas en el enjuto círculo que absorbiera á Pedro de Tor.

Transcurrieron unos instantes en que nada parecía turbar sus meditaciones, ni el más leve rumor, pues todo yacía en un silencio terrible, glacial, resultado del episodio de muerte que había tenido lugar allí, el cual tenía aterrorizados á los que acababan de presenciarlo, por su novedad y por su pasivo aparato.

Después, se elevó la cabeza del señor feudal, como si saliera de profundas reflexiones, y dijo.

—El otro, Dardalleito.

El otro á quien aludía, era el hidalgo de Remesar, el Oso negro.

Salió el verdugo, y volvió al poco tiempo con él.

El gigante se presentó más abatido que su compañero; traía la cabeza inclinada y los ojos bajos, y toda su fisonomía era la del hombre temeroso, pero temeroso de un gran peligro de muerte.

—Vuestro compañero, dijo D. Alonso lentamente, acaba de perecer en el tormento por no haber querido declarar sus cómplices, á semejanza del caballero de Portela. Hidalgo de Remesar, descubridlos vos ó de lo contrario os espera el mismo suplicio, la misma muerte.

—Señor, barbulló el coloso; sois víctima de un error, de un engaño.

—¡Hidalgo!

—Sí, sois víctima de un engaño, porque Pedro de Tor ni yo conocemos á ningún hermano de Galicia, ni menos profesamos sus ideas de sangre y de pillaje. Yo moriré como mi compañero... bien; pero Dios os pedirá cuenta de esta sangre inocente que derramais.

—Perfectamente, dijo el conde; yo se la daré ó no se la daré, porque Dios tal vez no me pe-

dirá cuenta de ella, pues conoce mejor que yo á los traidores, á los traidores á su fe, á sus reyes y á sus señores.

—¡Ay! ¡en qué error estais, señor! El cielo os perdona ya que por medio de un milagro, pues sólo un milagro nos libraría de vuestra injusticia, ya que por medio de un milagro no me libero de ella.

—Vuestros cómplices... vuestros cómplices...

—No los tengo. Bien sabe Dios que no los tengo.

—Y se arrodilló tembloroso, con sus vizcosos ojos en la bóveda de la cámara y las velludas manos juntas sobre el pecho.

—Por última vez, Sancho de Remesar; por última vez os pido el nombre de vuestros cómplices.

El hidalgo no contestó.

—Dardalleito... la banqueta corta... gritó el conde.

La mano del verdugo se paró sobre otro botón de los muchos que había alrededor de la circunferencia del círculo, y brotó de uno de sus costados otro asiento parecido al en que había sido arrastrado al precipicio Pedro de Tor.

—Sentarlo, dijo el conde.

Sentaron al gigante en él. Dardalleito lo ató

fuertemente á la banquetta, la cual tenía el respaldo más corto que la otra, si bien se hallaba sembrado de finísimas puas de acero; y en medio del silencio que reinaba, lo deshonoró de los escudos de armas que llevaba al pecho, con la misma impasibilidad que al de Tor.

—Vuestros cómplices, hidalgo de Remesar, gritó el conde ¿decís ó no vuestros cómplices?

—Señor... no los tengo... no los tengo; imploró con quejumbrosa voz.

—Dardalleito... la serpiente; indicó el conde.

La figura del verdugo se encorvó hacia adelante, su diestra apretó otro botón y surgió una serpiente desmesurada que, redondeándose en el fondo del círculo, parecía marcar su diámetro.

Aquella serpiente flexible y de una elasticidad prodigiosa, como si en efecto fuera de carne, era de lana y se hallaba cuajada de puntas de acero que tenían la misma forma que las agujas que se usan para coser, aunque un poco más largas.

Al verla el Oso negro, todos los músculos de su rostro se contrajeron terriblemente por una sensación de terror y espanto; se estremeció en la banquetta; y su estremecimiento le arrancó vivos gritos de dolor, porque las menudísimas puas que tenía penetraron en su cuerpo.

—Vuestros cómplices... vuestros cómplices; volvió á exigir el conde.

Y en sus facciones brillaban la superioridad innata á todos aquellos pequeños reyes de la Edad media; en su mirar una soberanía instintiva, y en su actitud el hábito del dominio, del mando absoluto y despótico.

—Yo los diré... los diré, tartamudeó el coloso, pugnando por mantener cerrados sus ojos vizcos ante el aterrador aspecto de la serpiente que se redondeaba á sus plantas.

El conde hizo un gesto de extrañeza al percibir estas palabras; elevó el labio superior y frunció las cejas.

—Nombradlos... gritó.

—Pedro de Tor... balbuceó el coloso.

—¿Y quién más?

—Nadie más... Pedro de Tor y yo tan sólo.

—La traición... designad la traición, hidalgo de Remesar.

—No había traición... había un objeto.

—¿Ese objeto?

—Era el de posesionarnos de vuestra esposa por fuerza, ya que ella no quería de grado como con A...

No concluyó el nombre... no pudo. Rápido como el pensamiento, se abalanzara el conde

sobre uno de los botones... chasqueó la máquina, subió más la serpiente enroscándose sobre el coloso fuertemente; despidió éste un grito... un ahullido... pugnó por saltar de la banquetta con sus hercúleas fuerzas, y lo logró, cayendo en el fondo del círculo.

Pero no menos vivo el conde, se había arrojado al botón negro, volvió á rugir la máquina con un rumor estridente... y se hundió el gigante en un abismo de agua negra, espumosa y rugidora, como la que absorbiera á Pedro de Tor.

—¡Ahí... por siempre ahí mi honra!... balbució despavorido el conde.

Y sus ojos se fijaban, como los de un loco, en las inquietas aguas, y sus dientes se chocaban con fuerza... como si le poseyera un vértigo, una locura de que él no se pudiera dar cuenta en aquel momento.

Después se volvió á los circunstantes con ademán sombrío y les dijo:

—Ahora, que entre en el calabozo que dejaron desocupado estos hidalgos, el de Doáde... ¡vivo... vivo!

Y todos se precipitaron hacia la puerta á cumplimentar aquella orden.

El conde se quedó solo entonces. Llevó las

manos á la frente y pareció extrañarse al sentirla cubierta de un sudor glacial... tendió su mirada por todas partes, semejando las de un demente... sus brazos temblaban con fuertes sacudidas, y todo su ser parecía agitado por la misteriosa influencia de un genio invisible y maléfico.

De repente, sintió que sus ojos carecían de luz, que la cámara roja giraba á su alrededor y que mil fastasmas brotaban de sus paredes, zumbando en sus oídos mil y mil fatídicas palabras.

Dió dos pasos para salir y no pudo dar más... cayó como herido de un rayo.

Aquel hombre había falseado su carácter hasta el extremo de perder las fuerzas, toda la energía de su alma; la cual, cediendo á las vivas sensaciones de aquella violencia tan calculada y terrible que hizo, para castigar como revolucionarios á los que habían osado sorprender la pasión purísima, pero fatal, de su esposa, parecía haberse extinguido completamente destruyendo su organismo.

VII

EL PREGÓN

Dos días después de estos sucesos, y en una mañana calurosa del mes de Junio, la joven y bella dama de Vilamelle salió de su torre, se internó en el laberinto de añosos y copudos robles que se levantaban á sus inmediaciones, y paso á paso y profundamente triste y abatida, se dirigió hacia el cerro de Pantón, que distaba de ella como unos dos ó tres tiros de fusil.

Era tan imperceptible el viento que reinaba, que apenas se movía alguna que otra hoja en las enramadas, no se oía el canto de ningún pájaro, ni el murmullo del arroyuelo que se desprendía del cerro, como si la atmósfera fuera tan densa y condensada que ahogara todos esos rumores de los valles, todas esas armonías de la naturaleza, todos esos *lenguajes aéreos* de la mañana, según los designa Milton.

Al llegar á la iglesia parroquial de la hidalguía de Vilamelle, se detuvo en su mezquino pórtico, y viéndola cerrada, se arrodilló ante

una tosca efigie de la Virgen de los Dolores que lo decoraba, y oró algún tiempo con las lágrimas en los ojos. Era una oración que rendía al cielo por el descanso del alma de su hermano, una de esas tristísimas plegarias en que el llanto nubla la vista y las manos sostienen el pecho, como si no pudieran resistirse los latidos del corazón desgarrado, que palpita dentro fuertemente.

Después, se levantó trémula y profundamente afligida, salió del pórtico, y dando una vuelta hacia la sacristía, atravesó la estrecha y undosa corriente del río que brota del cerro de Pantón, por una losa grandísima que servía de puente y terminaba en una de esas cancelas de ramas de árboles entrelazadas que se usan en el país para guardar las huertas; pero ésta era la del cementerio de la parroquia.

Una vez allí, pareció vacilar un momento antes de entrar, y al fin venciendo ó dominando aquel temor, aquella agitación dolorosa que la poseía, abrió resueltamente la cancela.

A los tres pasos se detuvo, y retrocedió. Acababa de ver al sacristán y á los albañiles que se hallaban ocupados en poner una losa sobre la tumba de su hermano; y la impresión que le produjo aquel aparato, pareció aterrarla, pues

retrocedió como si un terrible fantasma se le apareciera en aquel sitio de improviso.

Cuando salió del cementerio, en vez de regresar á la torre, siguió una vereda opuesta que conducía al Pantón.

Por esta vereda, que al escalar el cerro se hallaba practicada entre rocas elevadas y puntiagudas, la dama de Vilamelle siguió su ascensión á él no sin alguna dificultad; pero al llegar á la cima, se detuvo en la *mámoa* que lo circuía.

Llámanse *mámoas* ó *castros* en el país, á una especie de reductos que coronan los cerros aislados, vestigios de los celtas sus primitivos pobladores, y donde, según las investigaciones de unos anticuarios, celebraban aquéllos los misterios de su secta religiosa; si bien otros disienten y los presentan como sepulcros donde se encerraban las cenizas de los muertos de aquella nación, que todo lo abarcaba en estos tres grandes principios: *fraternidad, patriotismo y religión* (1).

Al detenerse Isabel en aquel sitio, tendió una

(1) Los eruditos modernos dicen que muchos de aquellos *castros* son erecciones de los normandos; especie de circos que levantaban para defenderse de los naturales conforme se iban posesionando del país.

mirada al valle que se prolongaba á sus pies, como si quisiera contemplar su hermosura y la riqueza de su vegetación lozana; pero era más bien una mirada de reconocimiento, como si temiera ser vista por alguna persona extraña.

Después cogió un ladrillo pequeño y dió con él tres golpes en una roca de las que se levantaban á su alrededor.

Al mismo tiempo, y como si no se esperase más que esta señal, giró la roca sobre sí misma con un movimiento de rotación extraño, una enorme piedra circular del parapeto que constituía la *mámoa*, y dejó descubierto un hoyo en el cual se dibujó la sombría figura del hidalgo de Canaval.

—Buenos días, Isabel, saludó.

Ella, sin deponer la tristeza que bañaba su semblante, contestó con un movimiento de cabeza.

—¿Bajais?... volvió á decir Rodrigo.

—Sí, respondió ella.

Entonces desapareció el hidalgo para dejar paso á la dama de Vilamelle, la cual descendió detrás de él por una escalera corta practicada en el muro.

El término de esta escalera, era una de esas grutas abiertas en las montañas por la mano del

hombre, sus antiguas viviendas, y que aún se conservan en aquel territorio septentrional, dotadas de mil leyendas de *encantamientos* por la superstición de sus habitantes.

Constituía esta gruta una pieza ochaval, perfectamente enladrillada, la cual recibía luz por las rendijas ó aberturas naturales de las rocas del Pantón, en su ligazón ó enlace irregular.

Una puerta, indicada en uno de sus lados, conducía á otra pieza, cuyas paredes eran de un mortero de menudos chinarrros y conchas marinas, por el estilo de esas argamasas que se usaban tanto en la antigüedad, y cuya duración encarecen sobre todo los arqueólogos.

Cuando Isabel de Vilamelle penetró en la gruta, vió en ella á Mauro de Lecín tristemente sentado en una silla, de dos que había alrededor de una mesa pequeña de castaño, únicos muebles que allí se veían.

El hidalgo de Lecín pareció conmoverse á su presencia, como si su tristeza ó su hermosura le causara una sensación profunda.

A la pálida luz que penetraba en la gruta por sus indicadas hendiduras, estaba en efecto bellísima aquella dama vestida de riguroso luto; joven, blanca y de ojos y cabellos negros como el azabache, y cayó semblante angélico por la

delicadeza de sus facciones, bañadas de unas ligeras tintas de melancolía, le prestaban esa expresión tan dulce que sólo puede dar á sus bellezas el pincel de un genio, y que en vano consiguen reproducir ó imitar la medianía de los pintores.

Ella también pareció conmoverse á la vista del hidalgo de Lecín, pues sus ojos poderosamente bajos después de mirarlo, apenas osaban levantarse para él, como si temiera algún estremecimiento ó agitación que revelase las emociones que la agitaban en aquel momento.

—Hablad, Isabel; dijo el de Canaval: ¿qué noticias nos traéis?

—El mariscal contesta que permanezcais aquí hasta mañana, pues el conde ha destacado nuevas partidas en busca vuestra con el fin de que no podais incorporaros á los hermanos de Galicia.

—¿Pero... él avanza ó no avanza hacia Monforte?

—Mañana dormiré en Moreda... pasado tal vez, ó el otro, en las ruinas de Monforte.

—Dios os escuche, Isabel; murmuró Rodrigo, inclinando la cabeza sobre el pecho.

Y después miró á Mauro de Lecín, como pidiéndole que lo dejara solo con ella.

El de Lecín, hasta entonces silencioso y contemplativo, enteramente entregado á los encantos de la dama de Vilamelle, comprendió aquella mirada de su compañero y salió de la pieza como disgustado.

Entonces al verse solo con ella el de Canaval, cogió una de sus manos con amorosa tristeza.

—Isabel, le dijo con vehemencia; por última vez oidme... ¿quereis ó no ser el tesoro de mi existencia... seguir mi suerte buena ó mala... adheriros á mis desgracias ó á mis dichas... ser, en fin, la única compañera de mi vida?...

Ella se estremeció á aquellas palabras, y él bajó los ojos esperando su contestación.

—Rodrigo; balbuceó al fin; fuisteis siempre el mejor amigo de mi niñez, y más que primo mío y de Amaro, fuisteis un hermano nuestro, tomando siempre nuestras penas por vuestras penas, nuestros goces por vuestros goces... y el desgraciado...

—Y lloró, volviendo á recordar á Amaro; pero continuó:

Y el desgraciado os quería tanto como vos le queriais, y tanto como yo os quiero...

—¡Es decir... que siempre, siempre he de oír lo mismo! gritó el hidalgo arrebatándose. ¡Oh! ¡esto es peor que la muerte!

A esta viva exclamación del hidalgo, la melancólica frente del de Lecín se dibujó en un estrecho ventanillo que comunicaba de una á otra pieza. El, tan hidalgo, tan bueno, tan caballero... ¿á qué faltar á los deberes de la amistad más sagrada, devorando con sus ojos los más insignificantes detalles de aquella entrevista? ¿Qué era lo que le trastornaba hasta ese extremo? ¿qué era lo que hacía degenerar en villano al más noble doncel?

Era que el acento, las lágrimas de Isabel de Vilamelle, semejante á las de la Armida del Tasso, despertaban en él un fuego secreto que insinuándose en el corazón, se cebaba en él y lo abrasaban.

Era que aquella pasión que pocas semanas antes concibiera por la dama de Vilamelle, volvía á renacer de tal manera, que todo cedía ante la dicha de contemplarla.

Era que la amaba, pero de tal modo, que su razón se oscurecía y su alma era todo amor, pero un amor como no lo sintiera nunca.

Isabel se dejó caer en una silla con un pañuelo en los ojos para enjugar el llanto que derramaba; y el de Canaval, sintiendo que los suyos se empañaban también de lágrimas, y como avergonzado de que le vieran llorar delante de

una mujer, se retiró bruscamente á donde estaba Mauro.

Allí le cogió una mano con ternura, y le dijo:

—¡Mauro, mi querido Mauro; tú que eres tan bueno... ve, háblale por mí... ablanda ese corazón que me ama desde que empezó á latir; pero... como un hermano y nada más!

Pálido, tembloroso y con una lentitud tristísima, se presentó en la puerta el de Lecín, y se acercó á la jóven, palpitante de emoción y de inquietud.

Ella al verlo, al sentirlo á su lado, comenzó á temblar más y más y á sofocar el llanto que se desprendía de sus ojos.

—Isabel, murmuró el de Lecín; las circunstancias en que nos hallamos no son á la verdad muy satisfactorias para la conversación que la amistad y el dolor de Rodrigo me precisan tener con vos.

Ella levantó la frente, y clavó en él los ojos, como asustada de aquel lenguaje en su boca.

El continuó con los suyos bajos, y temblando no menos que la dama.

—Sola en el mundo... sin padres, sin hermanos... sin más que los antiguos criados que os rodean, el amor de vuestro primo...

E hizo una breve pausa, como si le costara trabajo proseguir.

—El amor de vuestro primo Rodrigo debía tener por vuestra parte otra acogida más lisonjera... vuestro corazón que lo acepta, que lo ama como hermano, debía aceptarlo, amarlo también como esposo...

—¡Mi corazón... dijo la dama; mi corazón debía aceptarlo como esposo, señor de Lecín! y entonces, ¿qué sería de él? ¿qué sería de su felicidad estando violento?

A estas palabras, tristemente pronunciadas por la afligida dama, pareció animarse vivamente el hidalgo de Lecín.

—Entonces... dijo con vehemencia.

Pero se detuvo, como si lo que iba á decir fuera superior á sus fuerzas.

Ella no le pidió explicación de aquella frase, y continuaba con los ojos en el suelo, como si temiera encontrarse con los suyos.

Mauro se hallaba como perplejo, en una indecisión extraña.

—Pero él... volvió á tartamudear con un acento muy conmovido; él os ama apasionadamente, Isabel; y si no consigue vencer vuestra obstinación... se volverá loco, loco de desesperación. Ya conocéis su carácter. Fijo en una

idea, ó consigue ó sucumbe... no desistirá sino para morir... no os dejará de amar sino muriendo.

—¡Oh! señor de Lecín... demasiado lo conozco; pero yo no siento aquí... aquí...

—Y golpeaba el pecho.

—Yo no siento aquí más que el cariño de hermano.

—¿Y... luego, señora? ¿por qué gustábais de sus conversaciones á orillas del río y bajo las copas de las encinas?... ¿os acordais?

—Sí... sí... pero eso no era más que una complacencia á que yo me prestaba con gusto, como si la exigiera Amaro. Rodrigo deseaba siempre hablarme de su amor en el campo; en la floresta... y yo, que no quería disgustarlo por tan poca cosa, yo que tenía una confianza ciega en él, condescendía, pero combatiendo su tenacidad, respondiéndole con mi afecto de hermana á su afecto de amante.

—¡Ah! respiró Mauro... ¿luego vos nunca habeis correspondido á su amor?...

—Nunca.

—¡Ni habeis amado jamás!

Isabel tardó en contestar.

—Jamás.

Mauro volvió á guardar silencio, pero un si-

lencio penoso para el de Carnaval, que todo lo oía desde el ventanillo á que poco antes se asomara aquél.

—En nuestras montañas de Pantón, prosiguió Isabel tímidamente, no amamos más que á las flores y á las aves.

Eran en efecto la pasión más ardiente de aquella niña. Gustábanle en extremo los colores y aromas de las flores, y la volubilidad y los cantos de las aves.

—¡Bien sé que amais mucho á las rosas y á los jilgueros, dijo Mauro, Amaro me lo decía muy á menudo; ¡pero un corazón puede amar tanto á la vez!

Ella clavó en él una mirada lánguida y curiosa.

Mauro también la miraba; y al encontrarse sus ojos se bajaron con rubor, con amoroso fuego.

—Es cierto que un corazón puede amar mucho á la vez, repitió ella; puede uno amar á sus padres, á sus hermanos, y á sus amigas...

—Y á sus amigos...

—También, contestó la niña con un movimiento de cabeza encantador; también se puede amar á los amigos. ¿No amo yo á Rodrigo y... á vos?

—A mí será muy reciente, señora. Será tal vez desde que fui á Vilamelle con la desventurada condesa Maret...

—Ya mucho antes os amaba yo con toda la sinceridad de mi alma.

—¡Isabel! prorrumpió Mauro, tendiendo los brazos hacia ella en ademán de caer á sus pies con adoración.

—¡Oh! ¡no os alarmeis así, señor de Lecín! Yo os amaba ya antes, porque Amaro me hablaba mucho del cariño que os profesabais, y siempre me contaba mil rasgos de vos á cual más recomendables. Por lo mismo, yo empecé á amaros como se ama todo lo que es bueno, y en medio de mi pasión á las flores y las aves, alguna vez he recordado vuestras aventuras...

—¡Isabel!... ¡Isabel!... volvió á tartamudear el hidalgo.

—Vuestras aventuras y las de mi querido primo Rodrigo de Canaval.

—¡Ah! suspiró Mauro.

Y sus brazos cayeron sobre sus rodillas, inclinando la cabeza sobre el pecho.

—¡Cáspita! murmuró Rodrigo desde su condite.

Y sus dientes crugieron al impulso de una sensación dolorosa y cruel.

—Y vos, señor de Lecín, prosiguió la niña con la candorosa sencillez, con la inocencia que la particularizaba y que en otra se hubiera tomado por coquetería; vos, ¡vos jamás habreis pensado nunca que aquí en Vilamelle, se halagaba vuestra memoria jugando con las flores y con las aves!

—¡Isabell... volvió á balbucear el hidalgo, como si no supiera más que pronunciar su nombre.

Era que la pasión ardiente que sentía, no podía reprimirse por más tiempo á la presencia de aquella niña adorada, y temía que se revelara con fuerza, faltando á la amistad y á la hidalguía de sus sentimientos.

—Vos jamás habreis pensado en coger una flor para la amiga de las flores, en ofrecer una ave á la amiga de las aves, y en ofrecer vuestra amistad á la que la anhelaba desde... desde...

—¿Desde cuándo? preguntó vivamente el de Lecín.

—Desde la feria de Sarria, donde os ví por primera vez ofreciendo flores á una dama.

—¡Oh! y vos... ¿vos estábais allí, Isabel?

—¡Yo!... ¿pues no me vísteis al lado de vuestra anciana madre?...

Mauro se llevó las manos á la cabeza, como para recordar aquella circunstancia.

—No os acordais, ¿no es verdad?

—No... ¿A qué mentir? fácil me fuera deciros que sí; pero no me acuerdo de haberòs visto al lado de mi madre.

—Lo siento, dijo la joven tristemente.

Y una melancólica sonrisa se dibujó en sus labios.

Én tanto, Rodrigo se daba á todos los diablos y no cesaba de murmurar cáspitas y más cáspitas.

—Yo, aunque os vi cuando niña, señora, dijo el de Lecín después de una pausa, cuando venía á Vilamelle á cazar con Amaro, puedo decir que jamás hice alto en vos hasta una mañana... ¿os acordais?

—Sí, tartamudeó ella dulcemente; la mañana que acompañabais á la condesa de Monterrey.

—Justamente, señora; hasta esa mañana, pues, yo no os había visto, y la impresión que no pudo hacer en mí la niña de Vilamelle, la hizo la dama...

Detúvose otra vez Mauro, conteniendo la respiración.

Después continuó.

—Esta impresión vivísima y profunda...

—Desaparecería á vuestra llegada á Monforte ¿no es verdad?

—No... esta impresión fué ligeramente borrada por un recuerdo.

—¡Un recuerdo!

—Sí, el recuerdo de vuestro amor al que al pie de las encinas...

—¡Ah! ¡no prosigais!... Ya os confesé antes la sinceridad de esas entrevistas con Rodrigo.

—Muy bien; pero entonces que yo ignoraba esa sinceridad y que yo creía una pasión mútua y frenética; entonces, señora, traté de borrar aquella impresión amorosa... pero fué en vano; la impresión no cedió, fué el origen de un amor... de un amor que deploro.

Ella tembló visiblemente á estas palabras del hidalgo; quiso hablar, pero parecía que el alma le abandonaba.

El silencio que reinó enseguida, tenía algo de glacial y misterioso en aquella gruta antiquísima.

Aquel silencio fué interrumpido por el chasquido ó rumor de unos dientes que crugían cerca de ambos; pero eran tales las emociones que embargaban sus sentidos que no percibieron nada.

—Un amor que deploro, Isabel, prosiguió Mauro, porque en amaros hago traición á la amistad más tierna y más grata para mi corazón, la de Rodrigo.

Ella continuaba silenciosa, exánime, falta de fuerzas, aletargada, en fin, por aquellas palabras del hidalgo de Lecín que abrasaban su pecho y agolpaban toda su sangre á la cabeza.

—¡Pero... yo no puedo con esta pasión superior á mi razón y á la energía de mi alma; esta pasión que nó puedo reprimir por más que lucho, esta pasión que me domina por mi desgracia!

—¡Por vuestra desgracia, señor de Lecín! pudo decir ella, como si hiciera un esfuerzo vehementísimo para pedir una explicación de aquellas expresiones.

—Por mi desgracia, Isabel; porque esta pasión me coloca entre él y vos; entre él, mi amigo más querido, mi hermano... entre él, que os adora tanto á pesar del desdén con que lo acogéis... y entre vos, mi... felicidad, mi única aspiración ya en este mundo.

Entonces, aquella pobre niña fijó en él una mirada de dolor y de agradecimiento, una mirada singular, en su inocencia y pureza; y á sus ojos asomaron algunas lágrimas.

—¡Oh! exclamó, llevándose el pañuelo á ellos.

Y no pudo proferir una palabra más, porque sus párpados se elevaban y bajaban simultáneamente; sus corazones palpitaban á compás, y

todo en sus almas parecía estar en maravillosa armonía, como si no tuvieran más que una para entrambos. Tal era la simpatía que fundía sus existencias en una misma y única individualidad. Tal era la conmoción que sentían en aquellos momentos en que, el uno enfrente del otro, conocían que todo cuanto hicieran para dominar la pasión que los animaba, sería en vano, por su intensidad y su relación misteriosa.

Aquella escena estaba escrito que había de pasar así, como dicen los árabes, de la misma manera que su terrible desenlace, pues de repente, la pálida figura del hidalgo de Canaval apareció entre ellos, grave, silenciosa y siniestra como la estatua del Comendador ó el espectro terrible de Oscar de Alva de Byron.

—¡Mauro! gritó; ¿es posible que tú te olvides hasta ese extremo de mí, de tu mejor amigo?

Y se cruzó de brazos delante de los dos amantes, mirando terriblemente, ya al uno ya al otro, los cuales experimentaron sensaciones distintas á su presencia y á sus palabras.

Isabel se levantó tranquila, serena y admirada; Mauro triste y abatido, desesperado, como si de repente faltara la tierra á sus pies y se viera abocado á un precipicio horrible cuyo fondo le fuera imposible medir en aquel instante.

—Señora, dijo el de Canaval, dirigiéndose á Isabel de Vilamelle, tened la bondad de pasar á esa otra pieza, en tanto que median entre ambos algunas explicaciones.

Ella miró á Mauro como indecisa; pero Mauro tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, permaneciendo inmóvil y silencioso, como si le anonadara un peso atroz que oscureciera sus ideas y aniquilase su espíritu, su organización vigorosa.

La dama los dejó solos.

Entonces Rodrigo se acercó más á Mauro y le cogió por un brazo lentamente; pero retrocedió unos cuantos pasos asombrado y echando mano á la daga que llevaba oculta en el pecho.

Había visto que el de Lecín tenía en su diestra un puñal corto y muy agudo, de un filo temible, que nunca abandonaba, y con el cual había cortado no hacía muchos días un rizo de los cabellos de la condesa Maret á orillas del serpenteante Cabe.

—¡Oh! ¡es para mí!... ¡para mí!... gritó Rodrigo, palideciendo aún más.

—No, contestó el de Lecín; es para mí... para mí...

Y levantó la cabeza con lentitud para mirar á su amigo; pero la volvió á bajar rápidamente,

como si no pudiera sufrir el peso de sus miradas, su palidez, su descompostura.

—¡Oh, Mauro!... ¡Mauro!... clamó Rodrigo; ¡y eres tú, tú, el que hace pocos días me has dicho que todo lo sacrificarías á la amistad!

—Rodrigo, balbuceó Mauro, otra palabra más y me clavo el puñal en el pecho.

Y era su respiración penosa, y sus estremecimientos convulsos.

Iba á hablar Rodrigo y se detuvo. El trote de muchos caballos que subían hacia la mámoa por la vereda que costeaba el cerro, petrificaron á ambos, como sino fueran más que dos estatuas de mármol.

Las pisadas sonaron más cerca aún, y se detuvieron sobre la bóveda de la gruta, dentro del círculo de la mámoa que coronaba el Pantón.

Entonces sonó una voz que sobrecogió á aquellas dos estatuas, como si hubieran recibido un fuerte choque, ó el cerro se conmoviera en su osamenta de rocas.

Era la voz de Lope de Castellón que decía con imperio:

—Trompeta, toca aquí... desde aquí se oirá el pregón en todas las tierras de Vilamelle.

Al terminar el hidalgo estas palabras, sona-

ron los ecos de una trompa de guerra, que retumbando en los antros de las rocas, fueron á perderse en las sinuosidades de las montañas.

Después, una voz robusta hendió los aires en son de pregón, diciendo:

—Oid: escuchad: Es la voluntad, del muy alto, y poderoso señor, D. Alonso López de Lemos, conde de Lemos, conceder veinte mil maravedises de plata, al que le presente las cabezas de los hidalgos, de Canaval, y de Lecín.

Cesó la voz y siguió un silencio profundo.

Miráronse enseguida ambos donceles, cuyas cabezas acababan de pregonarse encima de ellos, y en seguida inclinaron sus frentes sobre el pecho, temblando incesantemente, como si fueran á morir de pronto, á la impresión cruel que recibían.

Por un sentimiento instintivo de terror, tan anejo á esas terribles situaciones de la vida, sus miradas se fijaron en seguida en la piedra que cerraba la entrada de la gruta, como si temieran que girase de un momento á otro para dar paso á sus perseguidores.

Pero nada, el mismo silencio.

Vuelve otra vez, trompeta; gritó Lope de Castellón.

Sonó la trompeta como antes, y como antes

fueron á perderse sus ecos en los flancos de las montañas, en medio de la quietud y de la calma que reinaba en aquellos desiertos.

Después, al retumbante sonido de la trompeta, siguió la bronca voz del pregonero.

—Oid: escuchad: Y es además, la voluntad, del conde, nuestro señor, que si en el día de hoy, no se presentan, los dichos hidalgos, será ahorcada, la madre, del de Lecín, presa ya, en el castillo de Monforte.

Al proferir estas palabras el pregonero, la cabeza de Mauro de Lecín se enderezó vivamente, sus ojos parecieron saltarle de las órbitas, se encrespáron sus cabellos sobre la frente, se desencajó su semblante, y tendiendo los brazos hacia la entrada de la gruta, dió dos pasos para salir; pero cayó hacia adelante como si tropezara en uno de los guijarros ó le empujaran por detrás con violencia.

El rostro del de Canaval se contrajo también; un copioso sudor inundó su frente, y tuvo que apoyarse en las paredes de la gruta para no caer desvanecido como su compañero.

En seguida, los caballos empezaon á salir de la mámoa y descendieron del Pantón lenta y perezosamente, hasta perderse sus pisadas en las árgomas y brezos de la llanura.

VIII

VANOS ESFUERZOS

El efecto de aquel pregón en el ánimo de los dos hidalgos fue terrible. El de Lecín perdiera el conocimiento; el de Canaval no cesaba de temblar como un epiléctico.

La dama de Vilamelle, que todo lo había oído desde la pieza inmediata, salió de ella vivamente afectada, abatida, llorosa.

Al ver en el suelo á Mauro, corrió hacia él creyéndolo desmayado, muerto de dolor; y Rodrigo, olvidándolo todo para no pensar más que en la desgracia que sobrevenía y en particular á su compañero, que tanto adoraba á su anciana madre, se acercó también á él para levantarlo.

Ambos lo lograron por fin, pero un nuevo dolor les asaltó al verlo accidentado, con los ojos extremadamente abiertos, sin contracción de pupilas, el semblante sumamente pálido y alterado, la boca fuertemente apretada y una laxitud en todos sus miembros que además de inspirar lástima, imponía y hacía temer por su vida.

—¡Aguá!... ¡aguá!... exclamó Rodrigo; échémole agua en el rostro, Isabel.

La dama se dirigió rápidamente á la entrada de la gruta, hizo indecibles esfuerzos para mover la piedra que cerraba la entrada; pero no pudo.

—¡Venid!... ¡venid!... gritó Rodrigo; estad á su lado mientras yo hago girar la piedra.

Tornó Isabel hacia el enfermo, y entonces el de Canaval corrió hacia la entrada de la gruta, y sin gran trabajo consiguió moverla de modo que dejara libre la entrada.

En seguida asomó la cabeza con el oído atento al menor rumor, como si temiera á la partida de Lope de Castellón, y, no oyendo nada, se aventuró á salir.

Una vez en la mámoa ó dentro del parapeto circular que la constituía, se acercó despacio hacia él para descubrir las cercanías de Pantón.

Cuando Rodrigo tendió la vista por el océano de verdura que se extendía á sus pies, todo lo registró minuciosamente con ávida curiosidad, y nada vió que pudiera alarmarle, ninguna otra partida de lanceros ni de arqueros.

Pero en lugar de correr en busca del agua al riachuelo que brotaba del cerro en que se hallaba, el temor de que lo vieran le impuso y retrocedió á la gruta.

—Isabel, dijo, id vos por el agua... yo no me atrevo.

Subió la dama, y Rodrigo la reemplazó cerca de su compañero, el cual seguía aún inanimado.

De repente, Rodrigo cerró los ojos, deslumbrado, y crugió los dientes con ira, como si fuera víctima de otra nueva y desastrosa impresión.

Era que, al fijar la vista en el pecho de Mauro, acababa de ver en él uno de esos escapularios que usaban los devotos del país, el que continuamente llevaba en el suyo Isabel de Vilamelle, para preservarla de mal alguno.

—¡Ay! murmuró; ¡cuánto no hize yo para obtener esta Dolorosa que ella lleva siempre, desde niña, sobre su corazón, y cuán pronto la depositó en Mauro!

Pero esta impresión era tan ligera, que desapareció á la llegada de la dama con el agua.

—A la cara... á la cara: balbuceó Rodrigo; echadle agua á la cara.

Bañaron de agua el rostro del hidalgo de Lecín, y á su frescura pareció reanimarse como al soplo del aura la flor después de la hora del perfume.

Pero transcurrieron así algunos minutos, y

no volvió á indicar más síntomas de volver á la vida de relación.

—Al pecho... volvió á decir Rodrigo; échomosle agua sobre el corazón.

Y en seguida desabrochó el gabán del hidalgo de Lecín; y enredándose sus dedos en la cinta del escapulario ó medalla milagrosa como tambien las designan, se aprovechó de aquella coyuntura para arrojar un enérgico *cáspita*, arrancarlo y pisotearlo con enojo.

—¡Rodrigo! exclamó la dama, mirándolo fijamente como reconviniéndolo.

Dejadnos de enredos, Isabel, dijo él con aspereza, agua en el pecho es lo que necesita.

A pesar de la apurada situación del accidentado hidalgo, la dama pareció sentir aquella acción del de Canaval, pero trató de disimular lo mejor que pudo.

El agua en el pecho surtió buen efecto, pues Mauro empezó á volver en sí en breves momentos, cayendo en una languidez, en un marasmo que nada parecía alterar.

Pero de repente, sus pupilas se dilataron siniestramente, volvió á desencajarse su semblante, cerró los puños con movimientos convulsivos, y levantándose como un loco, rechazó bruscamente á Isabel y al de Canaval.

—¡Madre!... ¡madre!... exclamó, lanzándose á la entrada de la gruta; ¡madre!... ¡madre mía!

Y frenético y convulso, poseído, en fin, de la desesperación más terrible, subió á la mámoa impetuosamente sin que nadie pudiera contenerle.

Allí, sin pararse á buscar la salida de su valla circular, la salvó derribando algunas piedras, y sin pararse tampoco á buscar la vereda que costeaba el cerro, quiso descender de él perpendicularmente, abriéndose camino por la pendiente de rocas derecho al llano.

El delirio, la fiebre que lo trastornaba no le dejaba pensar en nada más que en su madre; su pobre y anciana madre, á quien querían matar inocentemente, por delitos que él solo había cometido.

Encaramóse á una roca puntiaguda y resbaladiza, intentó salvarla como un gamo saltando sobre otra que lo esperaba más abajo, y en medio del aturdimiento, desorden y precipitación con que se arriesgaba en su descenso, uno de sus pies tocó el peñasco; pero al sentar el otro con menos avance, vencióse el peso de su cuerpo para atrás y cayó exhalando este grito horrible... desesperado... y que repetía muy á menudo.

—¡Oh madre!... ¡madre de mi alma!

El golpe que recibió en un hombro fue te-

rrible; pero Mauro, el vigoroso hidalgo de Lecín, no desmayó por eso en las circunstancias en que se encontraba, y volviendo á levantarse de entre las rocas en que había caído sin dar en ellas con la cabeza, volvió también á proseguir su descenso del Pantón con igual frenesí, con igual inconsideración que antes.

—¡Mauro!... ¡Mauro!... ¡que nos pierdes!... gritaba el de Canaval, descendiendo á su vez por la vereda con ánimo de detenerlo.

Pero el de Lecín contraía sus labios por una sonrisa amarga, y redoblaba más sus esfuerzos por perder cuanto más pronto el eco de aquella voz y no oír más que la que brotaba de sus labios sordamente:

—¡Madre!... ¡madre de mi alma!...

Serían ya las cuatro de la tarde. La acción del sol era más débil, una ligera brisa, al paso que susurraba entre las hojas de los castaños y de las encinas que levantaban al aire sus gruesas ramas, refrescaba la atmósfera calurosa del día, se distinguía más perceptiblemente el murmullo del riachuelo que brotaba del Pantón, y las urracas, tan abundantes en aquellas montañas, desplegaban sus alas de mal agüero, y lanzando chillidos discordantes, rompían el vuelo de árbol en árbol, dominando con su agorero

canto el de los alegres jilgueros y ruiseñores.

Mauro llegó por fin á la llanura y, dejando á un lado la iglesia parroquial de Vilamelle, se dirigió hacia Mañente por sendas impracticables, como si en su ardiente deseo de llegar á Monforte quisiera librarse de la persecución del de Canaval ó de otro alguno.

Bien pronto consiguió perderse á sus ojos, internándose entre los frondosos castaños que se alzaban en las vertientes de las montañas; pero en su precipitación y en sus rodeos por un terreno escabroso, llegó á perderse bajo el oleaje de verdura que formaban las ondulantes copas de los árboles.

Al cabo de su carrera, trepó á una pequeña loma, que apenas hacía más que elevarse hasta el nivel de las más corpulentas ramas, con el fin de tender la vista por el horizonte y ver hasta que punto se había extraviado.

Nada divisó que pudiera orientarle; ni un campanario, ni un riachuelo, ni una montaña conocida desde el puesto en que las miraba.

Este contratiempo lo exasperó más.

—¡Madre!... ¡madre!... volvió á implorar al verse perdido.

Y se llevó las manos á sus cabellos desaliñados, en medio de su terrible desesperación.

El sol acababa de ponerse, y la niebla que empezaba á cubrir el valle escalando los flancos de las montañas, iba condensándose más y más por instantes, envolviéndolo todo entre los pliegues de su manto. ¡Ay! ¡si él hubiera podido detener al sol ó al mundo!

Mauro desfalleció por un momento. ¡Qué sería de él, que sería de su madre al acabar de sorprenderlo la oscuridad y la niebla entre aquellas asperezas!

De repente lanzó un suspiro prolongado, y todo su ser se agitó de alegría. Acababa de divisar una humilde casucha de labrador, á la espalda de aquella colina y medio oculta entre el espeso ramaje de los castaños.

Desatentado, loco de júbilo, se precipitó hacia ella.

Un gañán estaba sentado á la puerta, rodeado de su mujer y de sus hijos, y en una paz y en una tranquilidad que contrastaba con la terrible agitación del pobre hidalgo.

—¿Dónde estoy? gritó al acercarse.

Levantóse el paisano y se descubrió humildemente, pues, á pesar del desorden en que se presentaba Mauro, llevaba el traje de los hidalgos de Monforte.

—Entre Moreda y Abid, señor, contestó.

—¡Ah! respiró el de Lecín; ¿no me extravié tanto como pensaba!... en media hora puedo llegar á Monforte, ¿no es verdad?

—En un buen caballo, sí señor, afirmó el gañán; lo que es á pie, lo dudo.

—¡Pues dame... dame un caballo!... imploró dulce y tristemente.

—Me es imposible, señor hidalgo; no tenía más que uno y me lo acaban de comprar una porción de vecinos de Orense que pasaron hace poco por aquí y en dirección de Moreda. Iban armados.

—¡Sí!... sí... interrumpió Mauro, apretando los dientes con desesperación. ¡Son de los hermanos de Galicia!... ¡Malditos! ¡malditos por siempre jamás!

Y no queriendo oír otra palabra, como si todas le atormentaran, se disparó á la carrera por entre los zarzales que sombreaban una de esas sendas del país, hundidas en el terreno y que designan con el pomposo nombre de *corredoiras*.

—¡Jesús! parece un *tolo*, exclamó la mujer al verlo desaparecer lanzando aquellas maldiciones.

—¡No, va más que tolo; dijo el gañán con tono sentencioso; va *doudo*.

Y se llevó el índice á la frente para dar mayor fuerza á su calificación.

¡Pobre Mauro! La mujer quería decir que iba tonto; el marido, que iba loco.

Tal en efecto parecía al precipitarse incansablemente por aquellos caminos, con las miradas vagas, pérdidas, extraviadas... sin birrete en la cabeza, y con los cabellos desordenados flotando sobre la frente al impulso del dolor y de la desesperación que lo trastornaba, recordando á su madre, á su pobre y anciana madre, pronta á morir inocentemente á manos de sus verdugos, si él no les presentaba su misma cabeza antes de cerrar la noche.

Siguiendo siempre aquella senda, sin desviarse de ella, descubrió bastante cerca las esparramadas casas de Abid, veladas por la niebla, y afanoso de llegar á Monforte cuanto antes, no quiso detenerse ni un momento en buscar en ellas un caballo.

Un cuarto de hora después de su penosa marcha y en medio del silencio profundo que reinaba, oyó el sordo ruido de las aguas del Cabe.

Al mismo tiempo que experimentaba una sensación de alegría al reconocer aquel lenguaje misterioso de un río que había oído tantas

veces en mejores días, otra sensación de cansancio, de fatiga y de debilidad, lo rindió en sus orillas.

Acababa de caer la noche, nublada, oscura, negra; sin luna, sin una estrella en el horizonte.

—¡Madre!... ¡madre de mi alma! bramó el infeliz, pugnando por levantarse.

No pudo; su debilidad extrema lo enclavaba allí.

Mauro se creyó de pronto víctima de uno de esos sueños horribles en que un fastasma, un peligro terrible se nos presenta de repente, y al querer evitarlo, al querer huir, una fuerza extraña, formidable, nos sujeta.

—¡Madre! ¡madre mía! volvió á implorar otra vez, elevando al Cielo sus doloridos ojos.

Pero ni aún tuvo el consuelo de ver su color bañado por el último resplandor del sol, ó por el melancólico rayo de la luna. Nada encontró en las tinieblas del Cielo, ni una estrella en que detener sus miradas suplicantes, pues la oscuridad era tan densa cada vez, que apenas distinguía alguno que otro árbol á su alrededor.

Arrebatado, loco, crispó los puños; reunió todas sus fuerzas como para una lucha desesperada, y consiguió levantarse en medio de su turbación.

Quiso precipitarse otra vez; pero los pies se negaban á sostenerlo, y á los pocos pasos tropezó en un hoyo y cayó rendido, falto de aliento.

—¡Ah! exclamó dolorosamente.

Y elevando sus ojos, distinguió algunas luces en medio de la lóbreguez de la noche, unas bajas y otras más altas. Eran las de la villa y el castillo de Monforte que brillaban á lo lejos, apareciendo y desapareciendo como las estrellas errantes ó las vagas exhalaciones de la noche.

Alentado con esta perspectiva, tornó á hacer otros esfuerzos para incorporarse, y volvió á conseguirlo.

En seguida, probó á levantarse y también lo consiguió, echando á correr en dirección de las luces que se distinguían más bajas y más cercanas que las otras.

A los pocos pasos sintió unos agudos ladridos de perros y rumor en las asperezas, un rumor que se aproximaba por momentos.

Poco después pasó por entre sus piernas una liebre con la velocidad del rayo... luego, los perros que la acosaban, y aquel tropel rápido y furioso se perdió por la vereda, así como sus gruñidos amenazadores.

A este estrépito del momento, á este ruido de

una cacería nocturna, siguió el tristísimo silencio de los campos, interrumpido tan sólo por el murmullo del río, por el canto de los grillos, y por el continuado redoble de las chicharras.

Después, á medida que Mauro avanzaba penosamente, percibió el trote de unos caballos que se acercaban, como si corrieran en pos de los perros que perseguían la liebre, mezclado de robustas voces de hombres.

Al encontrar la cabalgata, hízose á un lado para dejarles paso; pero, impulsado por otro pensamiento, tornó al medio del camino.

—¡Un caballo!... ¡un caballo! gritó desalentado; ¡un caballo y presentadme al conde!...

Los ginetes eran dos, y pararon sus caballos al escuchar aquel acento desgarrador, al ver aquel hombre que se les aparecía tan de improviso y con tan extraña súplica.

—¿Quién sois?... ¿qué quereis?... guturó la bronca voz de uno.

—¡Soy el hidalgo de Lecín!... quiero dar mi cabeza por la de mi madre!

A estas palabras de Mauro, se arrojó del caballo uno de los ginetes rápidamente y se le acercó hasta tocarlo.

—¡Vos!... ¡vos!... le dijo con admiración y lástima; ¡sois vos, señor!

Mauro se estremeció á aquella voz; era la de Doval, la de su arquero mayor.

—¡Doval!... ¡Doval! le dijo al reconocerlo; ¡ayúdame!... ¡ayúdame á salvar á mi madre!

—Vuestra madre... murmuró Doval, débil y tristemente.

—¡Mi madre, Doval!... ¡mi madre presa en el castillo de Monforte, y á quien esos demonios ahorcarán, si yo no me presento hoy... ¡Pronto, mi querido Doval! ¡pronto!

—Señor...

Y el arquero se detuvo tembloroso.

—¿Qué?... ¿qué? gritó Mauro, con un grito arrancado de lo más hondo de su pecho.

El arquero volvió á guardar silencio.

—¿No la viste, Doval? ¿no vienes del castillo?

—¡Oh! si señor; el conde acaba de despedir á los que os éramos más afectos.

—¿Y mi madre?... ¿no la viste?...

Doval tampoco contestó.

—¡Dios!... ¡Dios! gritó Mauro, retrocediendo trémulo unos pasos; ¡tu silencio me aterra, Doval!... ¡Pronto, volemós pronto á salvar á mi madre!

—Señor...

—¿Qué?... ¿qué, Doval?

—¡Es tarde!

—¡Tarde!

—¡Valor, señor!... ¡valor!... clamó el arquero, agarrándolo por los brazos.

Pero Mauro estaba inmóvil, como si estuviera pendiente de las palabras del soldado.

—Ha muerto víctima de la impresión que le causó el verse encerrada en un calabozo, señor.

Mauro ni se movió siquiera.

—Débil, enferma y anciana, murió esta tarde sobre las húmedas pajas de su mazmorra.

Tampoco Mauro dió señal alguna de vida, á no ser por el temblor que agitaba todo su cuerpo.

—¡Señor!... ¡señor!... llamó el arquero, viendo el silencio que guardaba.

Y al querer sujetar á su caballo que se impacientaba á su lado hasta venírsele encima, tuvo que adandonarle un poco, conforme lo tenía cogido, y entonces, venciéndose hacia atrás el cuerpo del hidalgo, cayó en el suelo, arrastrando consigo al buen Doval.

Al mismo tiempo, un ruido de caballos que se acercaban hacia ellos, como si se dirigieran de Abid á Monforte, hirió sus oídos y pareció trastornar á Doval y á su compañero.

—Maestro, dijo el otro ginete, apeándose para ayudarle á levantar el hidalgo; ¿no oís? suenan caballos.

—Será alguna partida que se retira al casti-
llo... alguna de esas partidas que mandó el con-
de á explorar los caminos... ¡huyamos... gritó
Doval; no nos encuentren con el señor hidalgo,
pues nos ahorcarían!

—¿Y qué hacemos de él? ¿lo dejamos ahí en
medio del camino para que lo pisen los caballos?

—No; arrojémoslo detrás de ese vallado para
que no lo vean.

—¡Dios sea con él! exclamó el soldado.

Y ambos arrojaron el cuerpo de Mauro de
Lecín detrás de las zarzas; montaron en sus
caballos, y se alejaron rápidamente hasta ocul-
tarse de las gentes que se aproximaban.

IX

MÁS VICTIMAS

No se habían equivocado los dos arqueros
respecto al ruido de los caballos que sintieran,
pues era la partida de Alvaro de Diomonde,
que regresaba al castillo de Monforte.

Llegaron al trote al sitio donde se hallaba Mauro en un estado de inanición fatal, producido por las fatigas de aquel día, por sus impresiones dolorosas y sobre todo por la terrible noticia que acababan de comunicarle; ¡la muerte de su madre, su pobre madre!

En aquel momento preciso, como si la fatalidad emanase del Cielo, la luna apareció en su negro fondo, bañando los objetos con su luz pálida y melancólica, y su repentina claridad delataba á los ojos del transeunte una pierna del inanimado hidalgo, medio enredada entre los zarzales.

Pero fuese que el de Diomonde y sus lanceiros de todo se cuidaran menos de registrar el camino que seguían, ninguno de aquellos soñolientos y aburridos ginetes columbró nada.

Bien pronto, con su trote largo y sostenido, desaparecieron todos entre los alisos que se alzaban á orillas del Cabe, y se perdió su ruido entre su incesante murmullo, extinguiéndose completamente hasta percibirse sólo el del río en medio de las misteriosas armonías del valle, á aquellas avanzadas horas de la noche.

Poco después, no obstante la profunda calma que reinaba, se levantó un ligero viento que empezó á mover las hojas de los árboles, y mi-

llares de estrellas aparecieron en la inconmensurable bóveda ó espacio, rojizas y brillantes como las menudas chispas de un gran incendio.

En tanto, el pobre hidalgo de Lecín continuaba inmóvil entre las zarzas, solo, aislado, enteramente abandonado en medio del terrible accidente que había paralizado el uso de sus facultades intelectuales, desde el momento en que las palabras de su arquero mayor le revelaran el desgraciado fin de su anciana madre.

Desde entonces el infeliz había caído al suelo por una inacción fatal, de la que nada parecía despertarle.

Así pasó muchas horas, víctima de aquella inercia, de aquel estado de insensibilidad cerebral que parecía haberle robado la vida.

El alba apareció por fin. Las estrellas empezaron á extinguirse, como si se fundieran en su blanquecina luz; trinaron los pájaros en la enramada, saludando el nuevo día; y los objetos fueron perfilándose entre la oscuridad, presentando sus diversas formas, así los árboles como las montañas.

El fresco de la mañana, ó más bien las horas de frescura pasadas en aquellas soledades, produjeron una reacción saludable en el espíritu del infeliz doncel; y aunque con más debilidad

y languidez en todos sus órganos, su cerebro se despejaba como si despertara del caos de su estupor á la primera claridad del día, de la misma manera que el valle con sus risueñas armonías.

Miradas vagas y errantes, esparcidas á su alrededor, le hicieron recordar el sitio en que se hallaba; y á la memoria de sus desgracias, llevó las manos á la cara como si no quisiera ver nada, nada, porque todo le atormentaba.

Trató de incorporarse, pero su debilidad era extrema. Una idea de venganza que le asaltó de repente, agitó todos sus miembros; hizo un esfuerzo y se levantó.

Hubiérase dicho que esta idea lo vigorizaba, lo hacía revivir completamente, pues contrajo sus músculos con fuerza, y mirando con desencajados ojos el castillo de Monforte que empezaba á dibujarse en lontananza entre las brumas de la mañana, agitó sus puños con ira y parecía retar á muerte á sus enemigos, al impulso de aquel odio profundo, de aquella sed de venganza que lo vivificaba.

—¡Sí! ¡parecian decir sus ojos: la habeis muerto, pero yo por cada gota de sangre he de hacer correr raudales de la vuestra!

Poseído de aquella animosidad que se había

despertado en él al recuerdo de la muerte de su madre, de aquella animadversión que parecía alentarle, volvió la espalda á la villa de Monforte y tomó otra vez el camino de las montañas con precipitados pasos.

Así como antes le hubiera importado poco que lo vieran sus enemigos, en su afán por presentarse y ellos para salvar la cabeza de su difunta madre, esta vez parecía recatarse más, huyendo de todas las casas que se esparramaban por el valle.

Sin embargo, su debilidad le aquejaba tanto, que conoció que no podría andar mucho, si no trataba de reparar sus abatidas fuerzas. El día antes no le importaban nada la sed y el hambre, porque quería morir en medio de la desesperación que lo arrebatava; pero entonces se llegó al Cabe á apagar la sed ardiente que experimentaba, y anhelaba algo que comer para vivir, para vivir para la venganza.

En los rodeos que daba para alejarse de toda vereda, de todo tránsito en que pudiera encontrarse con alguno de improvisó, se halló cerca de una casita, enteramente sepultada entre el frondoso ramaje de los árboles que la rodeaban, como á la mayor parte de las del territorio.

Paróse al verla, y miró con ansiedad hacia

ella con el fin de huir á la menor señal que le revelara hallarse ocupada por alguna partida de realistas ó por gente afecta al conde de Lemos.

La casucha parecía inhabitada, pues ninguna persona se distinguía á su alrededor, ni á su puerta, ni á sus ventanas cerradas.

No obstante, Mauro se aproximó á ella receloso y con el oído atento al menor rumor que saliera de sus paredes.

Dos ó tres pasos antes de llegar á la puerta, ladró furiosamente uno de esos perros de presa que tanto abundan en el país, y sintió una voz débil, apagada, que decía desde adentro:

—Quieto, *León*; quieto.

La voz parecía de mujer, y de mujer anciana ó enferma.

Acercóse más Mauro, y pegándose á la puerta, se puso á escuchar atentamente á ver si percibía dentro de la casa el rumor de alguna persona más.

Transcurrieron así unos minutos, y sólo el silencio más completo reinaba dentro de ella.

Entonces, llevó la mano al picaporte de madera y abrió quedamente.

Al penetrar en aquella choza, el disforme perro quiso abalanzarse á él para detenerlo, y la misma voz de mujer volvió á sentirse.

—Quieto, León; quieto.

El perro se detuvo, y retrocedió unos cuantos pasos.

—¿Quién es? preguntó la mujer; ¿quién entra aquí?

Mauro no contestó y se dirigió hacia la humilde alcoba de donde parecía salir la voz.

En ella vió una mujer amarillenta y estenuada, hundida en una triste cama de tablas de pino, y medio muerta ya por la enfermedad que la postraba de aquel modo.

—¡Soy yo... yo!... prorrumpió Mauro, acercándose á la enferma; ¡yo, á quien persiguen como á un bandido, yo, que tengo hambre!

Aquella buena mujer pareció asustarse de la descompostura y desesperación del doncel de Lecín; pero se tranquilizó algún tanto al conocer por su traje de hidalgo, que no era algún salteador ó algún loco.

—¡Os quieren matar, señor! exclamó... ¿y quién os quiere matar á vos?...

—¡Oh! ¡quieren matarme! ¡quieren matar al hijo, como mataron ayer á la madre!... ¡No les basta la muerte de la una y quieren la del otro!

—¡Dios mío! exclamó la enferma, elevando sus apagados ojos al ennegrecido techo de la alcoba.

Y después, como si comprendiera la desesperación que poseía á aquel joven hidalgo, tan arrogante como debilitado por los peligros que corría:

—¡Yo no os puedo ofrecer más que pan y leche, señor! murmuró ¡Soy muy pobre, no tengo más!

—Bien... bien... murmuró Mauro; Dios os lo pagará.

—Allí teneis la leche en aquel jarro que está sobre esa tabla.

Mauro se precipitó apresuradamente sobre ella.

—Y el pan, ahí lo teneis sobre una mesa que está en la cocina...

Mauro cogió una y otra cosa, é hizo unas sopas de leche en una fuente, poniéndoselas á comer al instante con una ansiedad devoradora. ¡Ah! quería alimentarse, quería vivir para la venganza.

De repente, poco antes de concluir aquel desayuno que reparaba sus fuerzas, sintió un ruido como de caballos, aunque lejano.

Aquel ruido resonó en su corazón.

Inquieto y azorado, corrió hacia una estrecha ventana que había cerca de la puerta, la cual, por ser tan mezquina, apenas las dos ta-

blas que la servían de hojas encajaban bien, y dejaban por consiguiente una abertura suficiente para poder distinguir desde ella los que pasaban cerca de la casa.

Pero ¡ay! Mauro retrocedió al instante, despa- vorido.

El rumor era ocasionado por la partida de Fernán de Amade, que no pasaba cerca de la casa, sino que se dirigía á ella á un trote largo.

—¡Oh! gritó, arrodillándose al pie de la cama de la enferma; ¡libradme de mis enemigos! ¡libradme por Dios de la muerte!

Y plegó sus manos, como si implorase á un Dios.

Sobresaltada la mujer por aquella súplica tan viva, tan intensa, sacó uno de sus descarnados brazos de debajo del cobertor que la tapaba, y lo extendió en dirección de una pequeña arca que había á pocos pasos.

Mauro se lanzó hacia ella rápidamente; pero el arca era tan pequeña que apenas cabría dentro, y además corría riesgo de asfixiarse por falta de espacio.

Entonces, trémulo, pálido, jadeante, volvió la cabeza hacia la enferma, como si perdiera la última esperanza de salvación posible.

En aquel momento las pisadas de los caba-

llos sonaron más cerca, y el hidalgo dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo, víctima del desaliento que lo abismaba.

Pero la mujer se incorporó en el lecho, y con voz desfallecida le gritó:

—¡Movedla!... ¡movedla!

Mauro revivió á esta palabra; empujó el arca con fuerza, y el arca dejó descubierta la boca de una pequeña cueva.

Mauro se hundió en ella al instante, y desde abajo corrió el mueble con desesperados esfuerzos, sobre la entrada, ocultándola enteramente.

¡Ya era tiempo! la puerta se acababa de abrir y el hidalgo de Amande aparecía en el umbral al frente de sus soldados.

Al verlos León, corrió hacia ellos despidiendo furiosos ladridos, y se abalanzó sobre el hidalgo; pero retrocediendo este para evitar la mordedura, levantó su pesada espada por la hoja y le sepultó los gabilanes en la cabeza.

León cayó al momento como una masa inerte, exhalando su postrer suspiro en un quejido tan débil, que pareció irse á recoger al seno de su ama, como si le pidiera venganza.

—¿Quién?... ¿quién está ahí? gritó la enferma; ¡quién ha muerto á mi perro sin más ni más?

Y pareció deshacerse en llanto.

Por contestación á sus palabras, aparecieron á su vista Fernán y sus soldados con las espadas en la mano.

—¿Dónde están los hermanos de Galicia, bruja? le preguntó aquél bruscamente.

—¿Por qué hermanos preguntais, señor? yo no os entiendo.

—¿A quién tienes dentro de tu casa, Satanás? volvió á decir el hidalgo.

—¡Ay, señor!.. ¡yo no tengo á nadie!.. ¡á nadie!

—Soldados, registrad esta casucha, dijo, volviéndose á su gente; aquí debe estar oculto algun Guimaro.

Como era tan pequeña, en breves instantes la registraron, y no encontraron nada más que la fuente, la cual denunciaba no haber pasado mucho tiempo sin que alguno estuviera allí comiendo las sopas de leche.

—¿Quién ha comido aquí? preguntó Fernán á la mujer.

—¡Ah, señor!... ¡mi marido... mi marido, antes de salir al campo!

—¡Buen marido nos dé Dios! O dices quién ha comido aquí, ó ponemos fuego á la casa y te quemamos dentro.

Y le volvió la espalda, dejándola á merced de sus soldados.

—¿Quién ha comido aquí, canalla? le preguntaban estos, amenazándola terriblemente.

—¡Nadie más que mi marido, señores! contestó ella llorando.

—¿Quién ha comido aquí? volvían á preguntar uno y otro y otro hasta aturdir á aquella pobre enferma.

—¡Mi marido! ¡mi marido! balbuceaba ella débilmente, como si ya no pudiera hablar más.

—Dinos quién ha comido aquí de los hermanos de Galicia, ó te acuchillamos; volvió á gritar uno de largos mostachos.

—¿A qué tanto hablar? gritó otro desenvainando su espada... ¡al infierno la carne mala!

Y le descargó un sablazo en la cabeza, que no necesitó más aquel pobre mártir de las disensiones civiles que devastaban el país, para exhalar su postrimer suspiro á los pocos momentos.

El hidalgo de Amande dió la orden de montar á sus lanceros, y tomó en seguida el camino de Seteventos con la mayor indiferencia, haciendo trotar á su fogoso caballo sobre una alfombra de amarga genciana y de aromático enebro.

X.

SIEMPRE HIDALGO

Después de la salida de aquellos verdugos, reinó el silencio más completo en la miserable casucha del pechero.

Más tarde, el arca se movió lentamente, y el hidalgo de Lecín salió de la cueva, pálido, convulso y aterrado al ver el lastimoso cadáver de aquella mujer con la cabeza abierta, de la cual aún manaba alguna sangre, y el perro muerto á pocos pasos, sangrienta escena que había oído desde su escondrijo.

—¡Oh! gritó; ¡mi madre... esta mujer... y hasta ese pobre animal... todos, todos muriendo porque me quieren!... ¡Villanos!... ¡infames!... continuó, abarcando de una mirada el campo que se descubría desde la puerta; ¡así os portais con las mujeres y con los perros!... ¡pues veremos como os portais con los hombres!

Y no queriendo volver á mirar más aquel cuadro fatal que le horrorizaba, aquel episodio de una guerra civil escrito con sangre, como tantos otros que tuvieron lugar en Galicia aún

en nuestros tiempos, salió desatentado hacia el cerro de Pantón, donde esperaba encontrar á Rodrigo, con objeto de correr con él á engrosar las filas del Mariscal, y á su sombra vengarse terriblemente.

Asomaba el sol puro, radiante, colorando con uniformes tintas las cumbres de las montañas; el Cielo se presentaba límpido y azul, y el viento de Toiríz acariciaba muellemente las copas de los árboles, que se inclinaban á sus primeros rayos, como si saludaran su anhelada aparición.

Algo repuesto Mauro de Lecín con aquel refrigerio, y animado más que todo por la sed de venganza que le abrasaba el pecho, se dirigía por entre los árboles, recatado y temeroso, semejante á un bandido perseguido de cerca.

De tiempo en tiempo solía pararse en alguna eminencia, lo que le servía de descanso, y desde ella registraba todo el valle con sus ojos inciertos, hinchados y enrojecidos por la fiebre que lo devoraba, hija de aquella cadena de desgracias con que le abrumaba el destino, como si quisiera poner á prueba sus fuerzas, la energía de su alma.

En uno de estos descansos, y al acabar de tender la vista por el camino de Vilamelle, cuya

senda dejaba á un lado, un súbito estremecimiento agitó todo su ser, palideció más y más y crispó los puños con violencia.

Acababa de ver en aquella senda á la condesa Ildara, seguida de Froilán, avanzando á caballo en la misma dirección que él llevaba hacia el cerro de Pantón, que, aunque bastante distante, elevaba al aire su corona ó su mámoa como un gigante de granito, inmóvil entre el oleaje de verdura que agitaba el viento al mecer las copas de los árboles en su irregular elevación.

A aquel estremecimiento del momento, sucedió en el hidalgo un rechinamiento de dientes y un movimiento de párpados al contraerse por la ansiedad y fijeza de la mirada que clavaba en la condesa, mirada que revelaba el vengativo pensamiento que llenaba su cerebro.

Después, reunió todas sus fuerzas, como para entrar en una lucha terrible, y se lanzó en su persecución con acechantes ojos y tal descompostura en su semblante, que hubiera impuesto á su mayor enemigo, porque indicaba una sobreescitación furiosa, un vértigo de venganza, un delirio, una locura.

Desatentado y frenético, tiró Mauro de León por un atajo que iba á salir al cementerio

de la parroquia, procurando ocultarse á las miradas de la condesa Ildara y de su paje, á pesar de distar bastante de él, pues le llevaban mucha delantera.

Ildara hacía trotar á su Maravilla á un paso sumamente largo, como si anhelara por momentos llegar al punto á que se dirigía. Llevaba una gorra de terciopelo negro, que hacía resaltar más y más la blancura de su rostro, esa blancura mate, esa palidez aristocrática que tanto realza á las bellezas melancólicas de nuestros pintores modernos; y su traje azul turquí caía en ondulantes pliegues sobre el pintoresco color de su corpulenta yegua torda.

El viento sacudía de cuando en cuando sus cabellos de oro, largos y rizados, sobre su espalda; sus ojos tristes y penetrantes no se apartaban de la sombría torre de Vilamelle; y al ver de cerca aquella niña tan hermosa, indudablemente que su presencia alejaría todo pensamiento mundano para no ocuparse uno más que de Dios y de sus ángeles.

Froilán cabalgaba detrás silenciosamente, llevando en la mano izquierda una corona de siemprevivas y hojas de ciprés.

En su aligerada marcha por la poética senda de Destriz á Vilamelle, adornada de diversos

árboles de olorosas flores y de canoras aves de encendido color, llegaron á un paraje en que el camino se dividía en dos ramales; uno que terminaba en la torre de Vilamelle, y otro en la iglesia de la hidalguía ó parroquia.

Una vez allí, se paró la condesa Ildara pensativa, como si vacilara en elegir uno de los dos ramales, en ir primero á la torre, ó en ir primero á la iglesia ó al cementerio; pero por esa fatalidad insaciable de desgracias que nos rodea, la condesa tomó el último camino, al extremo del cual la esperaba el puñal de Mauro de Lecín; la muerte, las represalias.

Si entonces Dios, que no descende á la tierra sinó para todos, descendiera en aquel momento para salvarla, descorriendo el velo de enramadas que ocultaba la fisonomía del hidalgo de Lecín con los ojos fijos en ella desde lejos, y la mano en el puñal que ocultaba en su pecho; si Dios, que todo lo ve desde su elevado trono, olvidara en aquel momento á las demás criaturas para pensar en una tan sólo, y por efecto de su inmensa bondad quisiera intervenir directamente en su destino, apareciéndosele allí para salvarla de una muerte segura, sólo en ese caso la infeliz comprendería el peligro que corría, haciendo trotar á su Maravilla por aquel

camino, y mirando con melancólica dulzura las flores que levantaban sus corolas sobre una alfombra de menuda yerba.

Poco antes de llegar al cementerio se detuvo.

—Froilán, dijo á su paje; espérame aquí con los caballos.

Froilán se descubrió al dirigirle ella la palabra, y se apeó ligeramente para tenerle el estribo.

—Si alguna de las partidas que vagan por el valle, volvió á decirle, ves que se dirige hacia aquí, corre á avisarme.

Froilán se inclinó á esta instrucción que recibía de la condesa, y ella se dirigió á pie hacia la puerta del cementerio.

Cerca del árbol, detrás del cual la esperaba Mauro con los ojos fijos y el puñal en la diestra, se detuvo, como si algún recuerdo le asaltara, y tornó hacia el lugar en que quedara el paje esperándola.

—Froilán, le dijo, la corona... dame esa corona.

Froilán le entregó la lindísima guirnalda de siemprevivas y hojas de ciprés, de que hemos hecho mención, la cual había sido tegida por las bellísimas manos de Ildara de Courel.

El hidalgo de Lecín que espío todos estos movimientos desde el árbol en que se ocultaba, ya no dudó de que la condesa á donde se dirigía era al cementerio, á orar por el alma de Amaro.

Entonces, por un instinto de venganza que aseguraba más su plan de represalias, se deslizó hacia el cementerio, favorecido por las ramas de las higueras que crecían en torno de él, y que humillaban hasta el suelo sus espesas hojas.

El cementerio estaba desierto; y en medio de él se veía la sepultura del desgraciado hidalgo de Vilamelle, medio oculta por los frondosos sauces que se inclinaban hasta besar la cruz de hierro que se elevaba á la cabecera de la losa funeraria.

Mauro corrió hacia la tumba de Amaro, y se ocultó allí entre el ramaje de los sauces, mirando atentamente hacia la cancela del cementerio, afanoso de ver á la condesa Ildara.

Se hallaba en aquel momento su semblante animado por la más terrible expresión de odio, de venganza y de ferocidad; y un temblor convulsivo, una agitación que en vano podía calmar, revelaba el estado febril que le atormentaba, el crimen que iba á cometer, sus proyectos sangrientos.

Ildara apareció.

Abrió la cancela con mano trémula, volviéndola á cerrar en seguida; y después, al dar dos ó tres pasos hacia la tumba del hidalgo de Vilamele, sus ojos se empañaron de brillantes lágrimas.

Allí, en aquella soledad, y ante aquella sepultura, donde reposaba el sueño de la vida terrestre, el cuerpo de su amante; allí, delante de aquella cruz de hierro toscamente pulimentada, delante de aquellos sauces que, trasplantados para darle sombra, formaban una melancólica y tristísima cúpula de verdura sobre ella; allí donde el silencio era profundo, lúgubre y siniestro, sin que el menor rumor lo alterara, ni el canto de una ave, ni el murmullo de un río, como si todas las armonías del valle se desvanecieran ó se apagaran ante sus paredes; allí, pues, el alma de la condesa pareció dilatarse de amor y de tristeza, y sin separar los ojos de la cruz y del nombre del difunto hidalgo grabado en ella, cayó de rodillas con las manos juntas y una oración de amor en los labios.

En aquel instante, en aquella expansión de amor y de dolor tributada á las cenizas de su amante ¡su mundo era el espacio que abarcaban aquellos sauces con su frondoso ramaje! ¡su Dios, la tumba! ¡su demonio, no lo veía... su demonio, Mauro!

Mauro, el doncel cuya madre asesinaron inocentemente; Mauro, el doncel que había jurado verter por cada gota de su sangre torrentes de la de sus verdugos y allegados; Mauro, el doncel delirante, el hidalgo loco, con los ojos fijos en el pecho de la condesa de Lemos, como buscando donde herirla, y el puñal en la diestra, pronto á arrojarle encima de ella.

Pero... ¿qué le detenía? ¡No la tenía allí... sola... sola!... ¿No estaba Ildara á sus pies; abstraída en sus plegarias, ciega de lágrimas? ¿Qué esperaba el hidalgo vengativo, el hidalgo de las represalias?

¡Oh! ¡no se hizo aguardar!... ¡La condesa exhaló un grito horroroso al ver aparecer por entre las hojas de los sauces aquel semblante pálido, desfigurado... aquella desesperación viva... aquella venganza elocuente!

Al grito de la condesa, Mauro se detuvo á dos ó tres pasos de la tumba de Amaro.

—¡Piedad! exclamó ella, clavando en él sus ojos empañados de lágrimas.

—¡Oh, señora! clamó el de Lecín, ¡la han tenido de mí!... ¡La han tenido de mi madre! ¡mi pobre madre!

Y este último grito conmovió profundamente á la condesa, un grito que no se puede ex-

presar, un grito que ningún actor podrá lanzar jamás en la escena en circunstancias iguales, ni Queen, ni Talma... ni nadie; un grito en que parecía reasumirse el alma y exhalarsse en una aspiración prolongada, porque los dientes, entrechocándose, diríase que no dejaban salir el aliento.

—¡Oh! ¡Dios mío!... ¡Dios mío! exclamó á su vez la condesa Ildara, cayendo sobre la cruz de la sepultura.

Arrebatado, fuera de sí, sin desviar los ojos de ella y apretando su puñal con fuerza, Mauro se abalanzó sobre la condesa.

No la hirió... se detuvo.

En el momento preciso de herirla, de descargar sobre ella el arma fatal, Mauro se quedó inmóvil, con el brazo derecho extendido, y la mano izquierda en los ojos, como si su juventud y su hermosura le lastimaran, y pudieran más que el recuerdo de su madre muriendo en un calabozo de Monforte.

¡Eran los buenos sentimientos de su corazón los que lo desarmaban!

—¡Pobre inocentel exclamó arrojando el puñal lejos de sí y llevando la otra mano á los ojos, como si se horrorizara de lo que iba á hacer.

En efecto, la transición, la reacción, se veri-

ficaba en él de una manera milagrosa; la transición del odio á la compasión, la reacción de su espíritu vertiginoso, terriblemente agitado, á un estado de calma y de sensibilidad indefinible.

En seguida, separando rápidamente las manos de la cara, clavó los ojos en el Cielo y, borrándose de su frente la condesa Ildara que se hallaba á sus pies temblorosa y aterrada...

—¡Madre! clamó... ¡no tengo para tí más que lágrimas!.. ¡lágrimas! ¡lágrimas, madre mía!

Y aquel conmovido hidalgo rompió á llorar como un niño.

—¡Oh, Señor!.. ¡Señor! exclamó la condesa, con una gratitud profunda, enderezándose de rodillas y elevando también al Cielo sus llorosos ojos.

Mauro volvió en seguida la espalda á la tumba de Amaro, y se precipitó como un demente hacia la cancela del cementerio.

Al abrirla para salir, retrocedió unos cuantos pasos, viendo á Rodrigo de Canaval sobre la losa del puentecito que oprimía ligeramente las aguas del riachuelo undoso, que resbalaba por aquella parte, el cual plantado en él con la espada desnuda, le dijo al querer salir:

—¡Atrás, cobarde!

—¡Rodrigo!

—¡Ni aun tienes valor para vengar á tu madre!..

—¡En ella!.. ¡en ella, no! balbuceó Mauro dolorosamente; ¿qné mal me hizo?

—¿Y qué mal había hecho al conde tu madre?..

—¡Oh! ¡es verdad! exclamó Mauro calenturiento.

Y volvió los ojos hacia la condesa Ildara, con una expresión terrible, como si le poseyera el delirio que lo agitaba momentos antes.

El hidalgo de Canaval lo vió enfurecerse con alegría.

—¡Tu madre... tu madre pide sangre, Mauro! le gritó con tono fatídico.

—¡Sí!.. ¡sí!.. clamó el hidalgo de Lecín, como un idiota, pero sin dar un paso hacia la tumba de Amaro.

—¡Tu madre, arrancada de su hogar para el suplicio, sólo porque tenía un hijo que pertenecía á los hermanos de Galicia! ¡Tu madre muerta sobre las tristes pajas de un calabozo... pronunciando tu nombre al espirar, mezclado con el de su verdugo, el esposo de esa mujer que Dios, que aprueba las venganzas legítimas, presenta á tus pies en la soledad de un cementerio!

—¡Sí... sí... Dios... Dios!.. clamó Mauro, lanzándose hacia la condesa de Lemos, impulsado por aquellas palabras del de Canaval, que volvían á despertar otra vez su odio, sus deseos de vengarse.

Pero á los pocos pasos volvió á detenerse, y regresó hacia la cancela como horrorizado.

—¡No... no!.. gritó, Rodrigo; ¡yo no puedo... yo no puedo matar á nadie!.. ¡Que me vengue Dios, que yo no puedo!

Y juntando las manos, elevó al Cielo sus ensangrentados ojos.

—¡Cobarde! ¡cobarde y mil veces cobarde! gritó el de Canaval furioso! ¡Si tú no tienes valor para vengar á tu madre, yo la vengaré ahora mismo, vengando á la vez á nuestros hermanos! ¡Paso!

Y espada en mano, se precipitó hacia la cancela.

—¡Oh! rugió el de Lecín, poniéndose delante; ¡antes me matarás á mí, antes atravesarás mi pecho!

—¡Sí, el pecho de un falso amigo, el pecho del amante de Isabel de Vilamelle, faltando á los lazos de la amistad más sagrada!

—¡Dios! ¡Dios! gritó Mauro, por no encontrar palabras con que rechazar aquella acusación.

Pero viendo al de Canaval que atravesaba la cancela para entrar en el cementerio.

—¡Atrás! ¡atrás!.. gritó á su vez, empujándolo con fuerza.

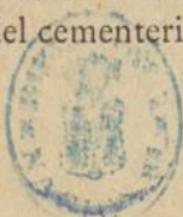
Retrocedió Rodrigo por la violencia del encuentro; pero en seguida blandió su espada y le tiró una estocada al de Lecín, que afortunadamente pudo parar este doncel con una de esas trancas que se usaban entonces para asegurar las cancelas.

El de Canaval no quiso desistir de su empeño á pesar de la actitud hostil que presentaba Mauro defendiendo la entrada, tiróle una cuchillada con fuerza, y al pararla otra vez este, se hirió en la mano derecha con la cual empuñaba el madero.

—¡Ah! clamó el de Lecín, dejándolo caer por el agudo dolor que le produjo la espada de su contrario.

Y en seguida, al volver este, rápido como el pensamiento, á secundarle, le faltó un pie sobre la losa en que se apoyaba, y cayó en el río sin poderse agarrar á nada.

El río, bastante undoso por aquella parte, y con bastante fuerza en su corriente, por el declive que formaba al correr hacia un molino harinero que distaba del cementerio como unos cua-



renta pasos, bien pronto arrastró consigo el cuerpo del hidalgo de Canaval, el cual, arrebatado por él, no podía asirse á nada por la velocidad de su marcha por un cauce abierto á pico, despojado de todo árbol ó piedra que le pudiera favorecer.

Al verlo deslizarse Mauro hacia una muerte cierta y pronta, corrió á la orilla para salvarlo; pero eran tan rectas, altas y seguidas sus paredes de endurecida tierra, que le era imposible conseguirlo á no tener á mano una sogá que arrojarle ó una rama de árbol.

Pero la corriente, resbalando ligeramente por aquel sitio, no daba lugar á pararse en nada... Tres minutos de retraso en auxiliarle, y el cuerpo del de Canaval sería despedazado entre la rugiente rueda en breves instantes.

A pesar del vivo dolor de la herida en la mano derecha, que acababa de recibir, y á pesar de todo, Mauro que no sabía odiar nunca, y menos á un amigo que veía en peligro, aunque este amigo hubiera intentado asesinarlo momentos antes, midió de una rápida mirada la distancia que mediaba entre el molino y el cementerio, así como la parte más accesible de su corriente, y se asustó al ver que el río, donde dejaba de correr como por un foso profundo, era precisa-

mente en unas dos ó tres varas de espacio cerca de la compresa, en donde por lo regular llevaba más fuerza la corriente.

No obstante el inminente riesgo que preveía, Mauro corrió hacia aquel sitio en el momento mismo en que Rodrigo intentara asirse á una de las piedras que por allí formaban sus muros; pero las piedras se desmoronaron por carecer de firmeza bastante para servirle de apoyo.

Mauro tendió la mano izquierda, porque de la derecha no podía servirse; Rodrigo se agarró á aquella mano, y se salvó.

—¡Mauro! exclamó fijando en él una mirada de agradecimiento; ¡oh! ¡gracias, gracias!... ¡pero tu no me ganarás á generoso!

Y desapareció de su presencia, encaminándose ligeramente hacia el cerro del Pantón por entre los árboles que se levantaban entre el cercano cementerio.

Mauro se quedó un momento inmóvil, mirando dolorosamente el sitio por donde se había ocultado, y despues tomó el camino de la torre de Vilamelle con objeto de vendarse la mano.

Al pasar por delante del cementerio, salía de él la condesa, trémula, llorosa y desfallecida.

—¡Adios, señora, adios! le dijo Mauro, apresurando el paso.

Ella no contestó nada, por la emoción que la dominaba. Tan sólo le siguió un instante con la vista.

Mauro llegó á Vilamelle... pero ¡oh fatalidad! al entrar en el patio de la torre, se encontró en él con los lanceros de Fernán de Amade.

Ni unos ni otros contaban con aquel encuentro. La alegría de los realistas fué inmensa al echarse sobre él. La tristeza de Mauro al verse maniatado, ablandaría el corazón de hombres menos insensibles, pues sucumbía sin lucha, sucumbía sin venganza.

XI

REALISTAS Y REPUBLICANOS

Al amanecer el siguiente día, una columna de hombres armados y en número de dos á tres mil, se divisó en las orillas del Cabe, dirigiéndose de Vid ó Avid á la villa de Monforte.

Abría la marcha, y como de vanguardia de aquel pequeño ejército, una división de cien caballos y de ochocientos infantes á las órdenes del Conde de Caminha, llevando, inscrito en sus banderas rojas, este lema precursor de mil

estragos y símbolo gráfico de las aspiraciones liberales de los buenos caláicos: *Deus fratresque Gallæciæ*.

Seguían después trescientos lanceros á las órdenes de los esforzados caballeros Alvaro García, Pedro Bolaño, Pedro Miranda, Rui de Valdelor, Alonso de Cumbraos y Prom de Montrove, entre los que cabalgaban bastantes hidalgos de nombradía, como Payo de Bolmente Rodrigo de Canaval y Enrique de Mezonzo. Veíase después al mariscal Pardo de Cela con el padre Ares y otros individuos del clero, y en pos los ochocientos arqueros que la ciudad de Orense le había enviado para lidiar por la independencía del país ó perecer entre sus montañas.

Tras estas dos divisiones, que parecían formar la vanguardia y el centro de los hermanos de Galicia, se vió moverse otra masa de hombres, arqueros y ballesteros en su mayor parte, que á las órdenes del terrible caudillo popular, Roque das Mariñas, parecía formar la retaguardia: entre esta gente iban los guimaros de la Puebla del Brollón.

Al redondearse el sol en las altas cumbres de Cereija, oriente del gran valle, brillaron sus cascos, sus lanzas y demás armas de guerra á sus

primeros rayos, formando un vistoso juego de brillantes que aparecían y desaparecían entre las trémulas hojas de los árboles que se alzaban en torno de aquellas riberas.

Muy poco después, como si no se esperase más que la aparición de aquellas huestes, del castillo de Monforte, que se levantaba mudo y silencioso sobre su gigante base, empezaron á salir ordenadas columnas de ginetes y peones, al son de los tambores y clarines que venían á retaguardia.

Estas columnas, que descendían hacia la villa por la sinuosa senda del monte, parecían formar también tres cuerpos de ataque. El primero mandado por el conde de Lemos, constaba de las compañías de sus hidalgos Lope de Castellón, Enrique de Marcelle, Mamed de Rozabales, Fernán de Amante, Alvaro de Diomonde, Fid de Hortelle y Alonso de Doáde, á quien el rico-home había perdonado su abandono y torpeza en gracia de su decidida adhesión á la autoridad real, y á ser uno de los más diestros en manejar el hacha en los combates.

A esta división, compuesta de unos cuatrocientos hombres de guerra, seguía la que formaban las gentes de la tierra de Deza, mandadas por su conde; y en pos se distinguían los

aguerridos soldados de D. Alvaro Osorio, marqués de Villafranca del Bierzo, el cual, viendo la actitud hostil y temible que tomaban de algún tiempo los hermanos de Galicia, á pesar de haberlos escarmentado en diferentes encuentros, seguía de cerca las operaciones del mariscal con ánimo de exterminarlo para siempre, y á su ejército de republicanos, y había llegado el día antes á Monforte, noticioso de su aproximación al castillo.

Al distinguirse los dos bandos contrarios, redoblaron su paso con un fin estratégico, el de posesionarse de la villa. A los hermanos de Galicia les venía bastante bien su ocupación, para sentar en ella sus reales y emprender el sitio del castillo en caso de resistencia á su numeroso ejército, pues jamás se habían reunido tantos combatientes como aquel día, aunque constaba de más de treinta mil hombres ó noventa mil, por hallarse sublevadas las ciudades de Lugo, Orense, Mondoñedo, Coruña y otros pueblos más que designa el padre Mariana. A los realistas les convenía también mucho la posesión de la villa, para ampararla del pillaje y desafueros de un ejército sitiador, y por otras ventajas más, aún en caso de librarse la batalla en sus inmediaciones.

A pesar de los deseos de unos y otros, las tropas del conde de Lemos llegaron primero á ella; bien es verdad que los republicanos distaban aún mucho, pues cuando los tercios del marqués de Villafranca entraban en sus calles, los republicanos pasaban al pie del monte Piñeira, que dista un cuarto de legua del puente de Monforte.

Este cuarto de legua, este terreno comprendido entre el cerro de Piñeira y la villa, era lo único que separaba ya á los realistas de los republicanos, cuando estos, viéndola ocupada por aquellos, hicieron alto hasta incorporarse las tres divisiones al pie del monte.

Hubo entonees un corto tiempo de descanso en las filas de los hermanos de Galicia, como si toda la noche hubieran andado atravesando montañas ó como si sus Jefes se ocuparan de los medios mejores para atacar á la villa.

Poco después, en lo alto del cerro de Piñeira apareció una enorme cruz formada de troncos de encina, y á su pie el padre Ares y otro cura; tocaron á misa los clarines del ejército republicano y los soldados dispersos se formaron dando el frente á la cruz, al símbolo de la redención y la espalda á la villa, al enemigo.

Era de ver aquellos tres mil combatientes có-

mo se arrodillaron silenciosamente, y asistían al sacrificio de la misa con una devoción admirable, á pesar del peligro en que iban á entrar.

Al ver esto los realistas, quisieron romper las hostilidades, como si envidiaran aquella idea de los republicanos, de humillarse á Jesucristo antes de morir; y no pudieran soportar la vista de aquel acto tan sublime. Opúsose el conde de Lemos y el marqués de Villafranca á este deseo del rico-home de Deza; y este, queriendo hacer su *feudal* voluntad, se despidió bruscamente de sus compañeros y mandó marchar de frente á sus arqueros y ballesteros.

La misa continuaba, y los realistas también continuaban avanzando hacia el enemigo.

Cerca ya de él, como á unos cien pasos:

—¡Deza! ¡Deza, y el rey de Castilla! gritó el gran señor, agitando su bandera, en donde iban las tres estrellas de oro de su escudo de armas.

Entonces más de quinientas ballestas partieron como otros tantos rayos de las filas de los realistas y fueron á silbar á los oídos de los republicanos, aclarando sus filas.

Pero ni uno se movió.

Era el momento preciso en que se elevaba la hostia sobre la cabeza del padre Ares, y en que todos, con los ojos en ella y la mano derecha

puesta sobre el corazón, pedían á Dios perdón de sus pecados y prometían derramar hasta la última gota de sangre por la independencia de Galicia!

—¡Deza! ¡Deza, y el rey de Castilla! volvió á gritar otra vez el reyezuelo feudal, levantando el pendón de sus estados.

Otra lluvia de flechas y ballestas atravesó los aires y cayó entre los impávidos revolucionarios, los cuales, tan embebidos estaban en la misa, que ni aun miraban al compañero que caía herido ó muerto á su lado.

Pero después de la segunda descarga de los realistas, volvióse el padre Ares al campo enemigo, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—*¡Deus fratresque Gallæciæ!*

Entonces, todas aquellas cabezas inmóviles que se veían á sus pies, oscilaron como las olas de un océano borrascoso; y mandando montar el conde de Caminha á los cien lanceros de su mesnada:

—*¡Deus fratresque Gallæciæ!* ¡Dios y los hermanos de Galicia! repitió con voz de trueno.

Y dando cara á los realistas, se lanzó sobre ellos al frente de los cien caballos.

Aquellas cien lanzas, aquellos cien hombres

cubiertos de hierro, penetraron como un huracán en las filas enemigas, sembrando el terror y la muerte.

Luego viendo el conde de Lemos empeñada la acción de aquella manera tan fatal para sus partidarios:

—¡Lemos! ¡Lemos, y el rey de Castilla! gritó á su vez tomando en sus manos la bandera real, y cargando al frente de los hombres de lanza de sus hidalgos de Monforte.

En retirada ya el señor de Deza con sus gentes, por el estrago que hacían en ellas los lanzones republicanos, volvió otra vez la cara al enemigo, protegido por la caballería de los hidalgos de Monforte.

Bien pronto se vieron en el aire las hachas de los siete hidalgos, hendiendo los cráneos de los jinetes del conde de Caminha, con tanto denuedo y brío, que, desordenados los hermanos de Galicia al primer choque, tuvieron la desgracia de retirarse por un flanco hacia el cerro de Marrojo, que distaba algún espacio del de Piñeira.

—*¡Deus fratresque Gallæciæ!* gritó el mariscal á los suyos, al ver perdidos á los lanceros de Pedro Madruga.

Y entregando la bandera roja á Rodrigo de Canaval que se hallaba á su lado, y tirando de

la espada como si se hallara otra vez en la jornada de Olmedo, se precipitó al galope hacia el cerro de Marojo, á donde cargaban los hidalgos de Monforte con el conde de Lemos y sus gentes, en persecución de los cien caballos.

Tras el mariscal iba su bandera, tras del hidalgo de Canaval más de doscientos jinetes, lonzón en ristre ó espada al hombro, y aquel imponente tropel de hombres y caballos, se precipitaba á salvar á sus hermanos con un arrojo y decisión que hacía honor á su causa y á sus buenos sentimientos.

El encuentro fué terrible.

La caballería de los hidalgos de Monforte, que había vuelto caras á la que brotaba de nuevo de las filas republicanas, esperó con serenidad el choque, y entonces el martilleo de las espadas en los cascos, los botes de lanza que despedían á los hombres por las ancas de sus caballos... y el certero golpe de las hachas de aquellos donceles, siempre manejadas con fuerza, con brío y con ligereza, y siempre hendiendo cráneos y derribando hombros, hizo de aquel encuentro una escena de horror y de desolación.

—¡Lemos! ¡Lemos, y el rey de Castilla! gritaba el conde D. Alonso, presentando la bande-

ra real á Fid de Hortelle, para tirar de la espada y cargar á su vez al enemigo.

—¡Dios y los hermanos de Galicial; *Deus fratresque Gallæciæ!* gritaba también el mariscal con su voz robusta, blandiendo su formidable espada.

Después de unos breves minutos que siguieron á aquel encuentro desastroso, del cual salieron mil ayes, mil gritos lastimosos, lanzados por los heridos y por los que espiraban á los pies de sus trotones, la caballería de los hidalgos de Monfotte empezó á cejar hacia el Marojo.

Casi al mismo tiempo en que empezaba á declararse en retirada, el mariscal Pardo de Cela y el hidalgo de Bolmente se lanzaron sobre la bandera real que, como dejamos referido, tremolaba Fid de Hortelle; y á pesar de agruparse en torno de ella Enrique de Marcelle, Lope de Castellón y Alfonso de Doáde, los dos bravos ginetes seguidos de sus gentes, cargaron tanto sobre los hidalgos, que el oso de Bolmente abrió en dos pedazos con su hacha la cabeza de Fid: al caer este muerto en el suelo con la bandera y al ir á cogerla aquél, Alfonso de Doáde le descargó tal golpe en el cráneo, que el montero mayor cayó á su vez de bruces para no volverse más á levantar.

Mientras pasaba este episodio al pie de la bandera real, la bandera roja de los republicanos tremolaba en las manos de Fernán de Amande. Se la habían cogido á Rodrigo de Canaval este y otro hidalgo, Mamed de Rozabales, derribándolo del caballo, mal parado.

Entonces, Fernán de Amande no paró de correr hacia el alto del Marojo, donde se hallaban ya las gentes del marqués de Villafranca para proteger la heroica retirada de los hidalgos de Monforte; y la plantó en la cima del cerro, después de pisotearla á los ojos de los republicanos.

La pérdida de la bandera pareció desconcertar á estos y cejaron hacia el Piñeira.

—¡Rodrigo!.. ¡Rodrigo! gritó al de Canaval Pardo de Cela, como si le reconviniera por la pérdida de la bandera.

Dadme esa espada, señor, contestó el hidalgo; y esto recobraré aquello.

El mariscal le cedió la espada, tomando otra.

Por aquel tiempo los arqueros de ambos ejércitos ocupaban las pendientes de los dos cerros, haciendo vivos disparos de flechas y ballestas; ocupando la caballería el llano que mediaba entre ellos.

En esta disposición los combatientes, la caballería de los hidalgos de Monforte, reforzada por la del marqués de Villafranca, cargó sobre la del mariscal que, como dejamos dicho, retiraba desalentada por la superioridad numérica del enemigo y por la pérdida de la bandera; y cargó con tanto arrojo que no le dió tiempo para llegar al cerro.

Al frente de ella, se distinguía con la bandera real en una mano Fernán de Amande, avanzando á todo escape hacia sus contrarios.

Rodrigo lo veía avanzar con una alegría feroz, y lo esperaba inmóvil en compañía de Rui de Valdelor y Enrique de Mezonzo.

Llegó cerca de ellos el hidalgo de Amande con los suyos, cada uno corrió á favorecer á su amigo, cada compañero á su compañero, y allí, donde estaban Rodrigo y Fernán de Amande, vino á establecerse el centro de una línea de espadas y lanzones que se prolongaba como dos alas entre los dos cerros; línea que recorría la muerte á menudo; línea que después quedó marcada en el terreno con torrentes de sangre y una doble fila de cadáveres mutilados.

—¡Lemos! ¡Lemos, y el rey de Castilla! gritó Fernán, al acercarse al enemigo con un alud devastador.

—*¡Deus fratresque Gallæciæ!* gritó Rodrigo de Canaval, precipitándose sobre él con temerario arrojo.

Y le descargó tal cuchillada que le derribó el brazo con que sostenía la bandera.

La bandera real cayó, y el hidalgo de Amande huyó exhalando alaridos y con el caballo desbocado, el cual lo precipitó en el Cabe, de donde no se levantó jamás, con el peso de la armadura.

En seguida cargaron los republicanos hasta rebasar del sitio en que cayera la bandera, para recogerla unos al abrigo de otros; pero se empeñó una lucha horrorosa, y más bien cejaban que avanzaban.

Entonces quiso Alfonso de Doáde coger la bandera desde su caballo.

—Déjala, bruto, le dijo Enrique de Marcelle; ¿no ves que es la muerte del que la lleva?

—¡Voto á San Pedro! ¡nunca me dejais hacer lo que quiero! refunfuñó el de Doáde de mal humor.

Y la cogió.

—¡Lemos! ¡Lemos, y el rey de Castilla! gritó tremolándola en el aire.

Los ojos del de Canaval brillaron siniestramente al volverla á ver en el espacio, y rápido

como el viento levantó la espada, avanzó impertérrito y derribó al de Doáde del caballo, arrebatándole la bandera rápidamente.

—*¡Deus fratresque Gallæciæ!* gritaron los republicanos al verse con la bandera.

Y cargaron con más entusiasmo.

—¡Ay! murmuró Alfonso de Doáde, en el suelo, donde se hallaba sin poderse mover; *razón tienen todos en llamarme...*

No pudo seguir; una de las manos del caballo de Rui de Valdelor que avanzaba, descansó en aquel instante sobre su boca y la herradura le aplastó la cara. Allí sucumbió aquel pobre hidalgo á los pies de los trotones enemigos, pisoteado por todos.

Al coger Rodrigo de sus manos la bandera real, retrocedió en busca del mariscal para enseñársela con orgullo, con gloria; pero al comenzar á trepar por un flanco de Piñeira, una flecha enemiga fué á clavarse en su pecho, disparada por una mano muy hábil.

El de Canaval cayó del caballo, sin dejar por eso la bandera, que conservaba entre sus manos con movimientos convulsivos.

Quiso levantarse, incorporarse, y faltándole las fuerzas, cayó envuelto entre los pliegues de la bandera que arrancara al enemigo.

—¡Rodrigo! ¡Rodrigo! clamó el mariscal, llegando en aquel momento.

—¡Ay! ¡cáspital!... exclamó Rodrigo lánguidamente.

Y espiró.

—¡Hermanos! gritó el mariscal, dirigiendo la palabra á los que lo rodeaban; nadie ha muerto nunca de una manera tan gloriosa! ¡muere envuelto en la bandera que acaba de arrancar al enemigo!

El sol había llegado á la mitad de su carrera, y el combate aún seguía sin interrupción, descansando unos y combatiendo otros.

La mortandad era terrible; las mejores lanzas caían, y las mejores espadas caían también con los cadáveres de sus dueños.

Poco antes de ponerse el sol, sucumbió don Alonso López de Lemos, muerto por Roque das Mariñas (1), y pocos momentos después, Roque das Mariñas era traspasado de parte á parte por un lancero del Vierzo.

«Aquel valle tan poético, tan lujoso de luz y de colores, y tan adornado de flores diversas, que hasta en los crestones más elevados sacudían sus corolas perfumadas, era teatro de la

(1) El padre Gándara dice que lo derribaron muerto del caballo á pedradas. (*Armas y triunfos de Galicia.*)

batalla más sangrienta, de la destrucción más completa.

»Dos ejércitos enemigos se encontraban allí y los dos compuestos de hijos del país. Un ejército gritaba ¡*viva el rey!* y el otro gritaba ¡*viva el pueblo!*

»Era tal el odio profundo que los animaba, que no contentos con haberse estado batiendo todo un día hermanos contra hermanos, y amigos contra amigos, los del partido del rey incendiaron la colina del Marojo, y los del partido del pueblo el monte de Piñeira.

»A la rojiza y espantosa claridad, que estos dos faros difundían en el valle, aún continuaron batiéndose de noche ambos ejércitos en su gran cuenca. ¡La sangre sobre las flores; la llama sobre la sangre!»

El incendio cundía con una rapidez espantosa, abrasando aquellas plantas que vestían las montañas, y que en el país designan con el nombre de *tojos y brañas*, ya extendiéndose por todas partes como una serpiente de mil cabezas que devorase con su llama todo cuanto encontraba, ya ahogándose por intervalos entre espesas columnas de humo, y ya apareciendo abandonado á sí mismo sobre aquella escena de desorden y de horror sublime.

A medida que declinaba la luz crepuscular y el horizonte se oscurecía por aquellas espirales de negruzco humo, resaltaba un cuadro brillante, pero no menos triste y horroroso por sus fantásticas sombras y su aterradora luz.

El silbido de las flechas; el estrépito de los caballos y de las armas; los ayes de los moribundos y los gritos de guerra de unos y otros, mezclados á las señales de los clarines, eran envueltos por los prolongados chasquidos de la llama ondeante y ligera, que discurría aquí y allí en furiosas lenguas, en colosales columnas de fuego, rotas á veces por el viento ó arremolinadas en sus vivísimos y culebreantes giros y jigantescas oscilaciones; viéndose á su fulgor que los alisos del Cabe parecían moverse y chocarse como espectros, como las almas de los que espiraban entre ambos montes, animadas aún por un odio inmortal, por una sed de sangre y esterminio imperecedera.

»Cuando el sol apareció al siguiente día sobre las ondeantes crestas de Cereija, no alumbró más que ruinas, gruesas espirales de humo, heridos y cadáveres.

»Ni hubo vencidos ni vencedores.

»¡No hubo más que hombres espantados en presencia de aquel estrago, y que huían al acaso,

como si les persiguiera la voz de Dios pidiéndoles cuenta del daño que habían hecho!»

XII

FIN DE LOS HERMANOS DE GALICIA

Después de aquella sangrienta batalla, la revolución se había personificado en un solo hombre.

Roque das Mariñas, el eco, el jefe de los *mariños*, como llamaban á los demócratas de las orillas del mar que le seguían, pescadores, artesanos y labradores en su mayor parte, había sucumbido en ella. El padre Ares, el eco, el jefe del partido teocrático, había sido acuchillado en una de las juntas ó grandes ayuntamientos de la Cruz Roja, en la primer sesión que celebraran á los pocos días del combate, y sólo quedaba el mariscal Pardo de Cela, el cual había logrado reunir bajo su pensamiento de república y bajo su propósito monárquico, los restos dispersos de aquellos dos grandes partidos tan comprometidos ya en el movimiento revolucionario.

Ciudades, villas y fortalezas se adherían de

día en día á sus ideas, proclamando la independencia de Galicia: y sus pequeños tercios se acrecentaron en poco tiempo de tal modo, que los arzobispos, obispos, marqueses, condes y demás dignidades realistas, viendo cuán impotentes eran sus esfuerzos para contener aquella rebelión, huyeron á Medina del Campo ó á Valladolid, á donde acabaran de regresar los Reyes Católicos después de la conquista de Granada.

Por otra parte, el conde de Caminha y vizconde de Tuy, D. Pedro Alvarez de Sotomayor *alias* Pedro Madruga, según Gándara, Vasco de Apon-te, y demás cronistas y noviliarios del país, diez-maba á su vez á los realistas en las *Rías bajas*, y cometiendo toda clase de vejaciones y liviandades, siguiendo, en fin, un sistema de guerra menos noble que el del mariscal, sus aspiraciones políticas eran más bien personales, sin tener en cuenta que carecía de más apoyo que el de la mesnada que le seguía al incendio y al pillaje, como una gavilla de foragidos á su sangriento capitán.

Reverso de la medalla patriótica que representaba Pardo de Cela, el conde de Caminha bastardeó el santo pensamiento de aquella revolución, y desaparece su memoria en nuestras cró-

nicas antiguas, envuelta en el repugnante velo de sus tropelías, venganzas é iniquidades.

Ya fuesen las divisiones de este caudillo, ya las del mariscal, los hermanos de Galicia derribaron los castillos del Pico Sacro, junto á Santiago; Borrajeiros, hacia Mellid; Castro Ramiro, cerca de Orense; Sandiañes, junto á Allariz; Baamonde, entre Betanzos y Lugo; Castro Caldelas; Táboga, cerca de Villalba; Rodeiro, en tierra de Camba; Celme, en la Limia; y otras fortalezas más que designa el licenciado Molina, porque sus castellanos querían oponerse al dominio de la hermandad.

Estas y otras ventajas ó desafueros, como querais, que cometían los revolucionarios, obligaron á los Reyes Católicos á pensar en la tranquilidad y sumisión de sus estados, como escribe el padre Mariana, y despacharon á Fernando de Acuña como gobernador de Galicia, y á un jurista llamado García de Chinchilla, para aquietar aquellos movimientos (1).

(1) Esta revolución popular del siglo XV dió origen á la Audiencia de Galicia.—Hé aquí lo que dice sobre su fundación una obra nacional muy consultada:—«El poderío despótico que los magnates de Galicia ejercían sobre todas las clases, atropellando, oprimiendo y violentando de todos modos á sus vasallos feudales, sin respetar las cosas más santas, impunemente, porque no

Pero dejemos hablar á un biógrafo moderno del mariscal Pardo de Cela, el cual dice, que después que este fué batido repetidas veces por las huestes castellanas que mandaran contra él los Reyes Católicos, tuvo que refugiarse á las montañas de Mondoñedo, sentando sus reales en el castillo de la Frouseira, situado en la cima del elevado monte del mismo nombre, en la parroquia de Carballido, perteneciente al valle del Oro; no obstante estar aún por él Lugo, Vivero, Ribadeo, y otras ciudades y villas principales.

«Al llegar á Galicia—refiere—su nuevo gobernador, Fernando de Acuña y el jurisconsulto García de Chinchilla, revestidos de amplias facultades para exterminar de una vez la revo-

había ningun juez bastante fuerte para proceder contra ellos; las asonadas, discordias y disensiones que promovian unos contra otros, y las guerras con que á las veces amagaban al mismo trono, combatiéndolo desleales frente á frente, no pocas veces, relajaron la administración de justicia en aquel territorio, y los robos, los asesinatos, las violencias, y todo género de delitos, se perpetraban á la luz del día, sin temor alguno á las leyes divinas ni humanas. Los Reyes Católicos, con su poder y su política, habian contenido los desórdenes de los señores feudales; pero no pudieron cortar tan pronto los males que á la moralidad habia ocasionado su irregular conducta. Para conseguirlo espidieron una real cédula, fechada en Toledo á 3 de Agosto de 1482, creando la Audiencia de Galicia, y nombrando por Justicia mayor de este antiguo reino á D. Fernando de Acuña, etc., etc.»

lución, congregaron la junta del reino en la ciudad de Santiago, formaron diferentes procesos, fulminaron sentencia de muerte contra el mariscal Pedro Pardo de Cela, y todos los hermanos de Galicia que no se sujetaran á la autoridad real.

»El sentenciado reo, lejos de desistir de sus propósitos y de impetrar la clemencia de Sus Altezas, llevó al extremo su rebelión, haciéndose fuerte en su castillo de la Frouseira; y aquellos, para lograr su ocupación y la prisión del mariscal y secuaces, enviaron con la fuerza necesaria al capitán Luis Mudarra, francés de nación, que estaba al servicio de España. Muchos parciales del mariscal, conociendo que en su apurada situación no les salvaría el más temerario empeño, y temiendo ser envueltos en una terrible proscripción, y en las consecuencias de una inevitable derrota, le abandonaron en tan crítico trance, humillándose á la autoridad de los agentes subalternos del trono.

»Convencido el precitado capitán Mudarra, que el ataque al castillo de la Frouseira, y su ocupación á la fuerza ofrecía inminentes riesgos, por la topografía del país y el carácter feroz é indomable de las gentes de armas que le defendían á las órdenes del impertérrito caudillo,

prefirió á las operaciones militares un medio sagaz que, sin efusión de sangre ni descabros de ningún género, apresurase la prisión y ruina de su contrario. Este medio fué el soborno de uno de sus criados, el cual corrompió á otros hasta el número de veintiuno, que obcecados vilmente por la ambición, se comprometieron á entregar á su señor, recibiendo en premio el perdón y las dádivas que se les ofrecían.

»La noche del 7 de Diciembre de 1483, ha sido fatalísima para el mariscal. Su poder, su gloria y sus victorias terminaron en ella para siempre, y el movimiento republicano de Gacia terminó tambien con él, hasta que reapareció en el año de 1845.

»Reposando estaba en su lecho, embriagado tal vez con el placer que le inspiraba la idea de la inalterable fidelidad de sus súbditos y la timidez de sus enemigos, pues que no se decidían á atacarlo denodadamente, cuando estos, después de una estratégica retirada, favorecida por el silencio de una noche tenebrosa, penetraron en la fortaleza, cuyas puertas les franqueó la traición, y se apoderaron de la persona del mariscal y de otros hidalgos que se hallaban á sus órdenes. Es de suponer con mucho fundamento, que aun cuando Mudarra no estable-

ciese con todo el rigor acostumbrado en la guerra el asedio del castillo, y no se empeñase en un ataque decisivo para su ocupación, tuvieron lugar algunas escaramuzas, como luminosamente se deduce de un documento que existe en el archivo del cabildo de Mondoñedo, que viene á ser un apeo hecho en el año de 1540, el cual entre otras declaraciones contiene una de Rui Pérez, coetáneo á estos sucesos, que asienta haber vivido en el monasterio de San Martín, parroquia situada en la falda de Frouseira, con el capellán Fernando Dourado, y con el señor Ares Pérez de Villalonga, al cual diera cierta cantidad de maravedises Mr. Luis Mudarra, capitán que tomara dicha fortaleza por S. A., para la fundación de la capilla y altar de Santa Catalina, con un aniversario en el primer lunes de cada mes por las ánimas de los que murieran y se enterraran sobre el cerro del mencionado fuerte. Esta declaración no deja duda de que antes que la Frouseira fuese tomada, la sangre se derramara en las filas que acaudillaba Mudarra.

»El desgraciado Pardo de Cela, inmediatamente que cayó prisionero, fué conducido á la ciudad de Mondoñedo, sometida á la autoridad real de donde se fugaran el Merino Alvaro Gar-

cía, puesto por aquel, y alguno de sus partidarios, á la llegada del juez Chinchilla con sus alguaciles y tropa. Recelándose este que Pedro Bolaño, señor de la casa de Torés, y Pedro Miranda, de la fortaleza del Boulloso, parientes del mariscal y residentes en puntos no muy distantes de la ciudad, reuniesen sus fuerzas para caer sobre ella é intentar la salvación del prisionero, apresuró la ejecución de la sentencia que contra él se había dictado, y sin dar tiempo á preparar sus descargos y defensas, ni permitirle la disposición de su última voluntad, el 17 del referido Diciembre, siete días después de su prisión, fué degollado en la plaza mayor, resignándose á la muerte con señales inequívocas de su fe religiosa, por cuya consideración, sus restos mortales fueron sepultados junto al púlpito del Evangelio y puerta de la capilla mayor de la catedral (1).

»Sabedora de la prisión de su esposo, y temiendo el trágico fin de sus días, doña Isabel de Castro, que á la sazón se hallaba en Vallado-

(1) Existe en Mondoñedo una calle que se llama la del *Pasatempo*, y dicen nuestras notas, conformes con la tradición, que debe este nombre á que en ella detuvieron los realistas al correo que traía el perdón para el mariscal, mientras á este le cortaban la cabeza. *Pasatempo* quiere decir *Pasatiempo*, en el dialecto provincial.

lid, donde también estaban los Reyes Católicos, sin duda gestionando el indulto, después que contra el mismo recayera la imposición de la pena capital, inconsolable y atormentada del más acerbo dolor, se prosterna á las reales plantas, pide con fervientes plegarias un rasgo de clemencia en favor de su consorte, y aun llega á ofrecer una inmensa suma de dinero por el rescate de una preciosa existencia, á quien consagraba toda su ternura, todos sus desvelos; más la reina de Castilla la despidió con esta contestación:—«Dios me hizo reina para administrar justicia y no para venderla.»

»Trascurrido algún tiempo, y atenuada ó desvanecida la prevención de algunos magnates contra el ajusticiado mariscal, su viuda acudió á la real chancillería de Valladolid, quejándose del juez que dictara la sentencia de muerte, y pidiendo la restitución de los bienes que le fueran confiscados, lo que se le otorgó con excepción de los pertenecientes á la mitra, á pesar de la oposición del fiscal del fisco, á quien se diera traslado de su demanda, logrando además la declaración solemne y judicial de que la muerte de su esposo no dejaba borrón alguno en su descendencia, que efectivamente entroncó con la más ilustre nobleza del país, siendo igualmen-

te declarados perjuros y traidores los súbditos que villanamente le vendieran, con la inhabilitación para ser testigos en toda clase de probanza.

»El castillo de la Frouseira fue derribado y totalmente destruído á la muerte de su señor, y una enorme cadena de hierro que en él había para sujetar los presos, fué trasladada á Mondoñedo, en cuya cárcel aún se conserva con la denominación de *La Mariscalá*.

»A tan lamentables sucesos se dedicaron unas endechas que desde entonces se cantan en el país, compuestas en su propio dialecto, y son las siguientes:

A min chaman Todo Mira
señora do gran Tesouro,
por estrela escrarecida
yago neste Valedouro.

Mas tredor foi que un mour
o vilao que me vendeu,
que de Lugo a Rivadeu
toudos me tiñan temour.

De min a triste Frouseira
que por treizon foi vendida
derribada na ribeira
ca xamais se veu vencida.

Como por treizon vendido
foi o noso Redentor
ansi tamen pereceu
Pedro Pardo meu Señor.

Vintedous foron chamados
os que vendido o han,
non por fame de sustentos
de carne, viño, nin pan.

Nen por outro minister
que falezcan de bondad,
senon por sua vilacia
e mais por maa intenzau.

Eles quedan por tredores
e seu amo por leal,
pois os Reyes a sua filla
sendas terras mandan dar.

A Deus darán conta delo
que lles queira perdonar,
co que acabou a Frouseira
e a vida do Mariscal.»

Tal ha sido el fin de aquel hombre, en quien por último se personificara la revolución. Había visto una corona en sueños, como dice otro historiador; y después de tantos años de vanos esfuerzos por conquistarla, su ambición y sus deseos de emancipar el país, perecieron en un

cadalso, donde espiró también el postrer grito de *¡Deus fratresque Gallæciæ!*

Posteriormente, en 1845, Galicia se vió agitada por iguales deseos de independencía. *El Porvenir*, periódico del país, escribió en su bandera: *No queremos ser más que gallegos*, y las ciudades de Lugo, Santiago, Pontevedra y Tuy, acogieron este grito cerrando sus puertos á los monárquicos. Esta revolución concluyó en el convento de San Martín Pinario con los últimos cartuchos de los regimientos pronunciados, y tuvo por epílogo los fusilamientos de Carral y la expatriación de los que pudieron salvar sus cabezas y sus ideas de emancipación, en Portugal é Inglaterra.

¡Desde 1480 á 1845, habían transcurrido cuatro siglos!... Por una singular coincidencia, en 1480 reinaba Isabel I, y en 1845 Isabel II.

FIN DE LA CUARTA PARTE



EPÍLOGO

DIEZ AÑOS DESPUÉS

I

EL PARAISO EN LA TIERRA



CUÁN gratas son las impresiones de un día de otoño en nuestras montañas setentrionales! ¡Cuán hermoso es uno de esos días entoldados con nubes oscuras, refrescados con deliciosos vientos humedecidos con refrigerantes lluvias!

¡Cuán bello es abandonarse á las impresiones vivificadoras de la naturaleza cuando empiezan á caer las primeras lluvias, cuando empiezan á

levantarse los primeros vientos, cuando la atmósfera seca, polvorosa y sofocante de los últimos días de verano, se refresca y se purifica con las suaves exhalaciones del otoño!

Las flores, marchitas y ajadas por los rayos de un sol abrasador, parece que renacen sobre la frescura de los prados, para extinguir después su segunda vida al bramar los devastadores huracanes del invierno.

El azul del cielo es más vivo, más pronunciado; un azul oscuro á cuya mágica vista se entrega el alma á las contemplaciones dulcísimas y piadosas. ¡No es ese azul claro del verano, ese azul-perla que nada dice, que nada revela y que cansa á la vista!

Las mañanas de otoño tienen su encanto, como las de primavera; y tanto más se hace sensible este misterioso encanto, cuanto que uno sale de otra estación irritante, abrasadora. Las mañanas de otoño no aparecen como mangas de fuego volcánico, fatigando el alma, languideciendo el cuerpo, adormeciendo la vida, como dice un escritor cuyas inspiraciones seguimos en estas impresiones. En las mañanas de otoño los rayos del sol ya no agobian con el peso de su lumbre, ni el calor entorpece los sentidos.

Y ¡cuán bella no es también la hora del cre-

púsculo, cuando el viento mece ligeramente las copas de los árboles, refrescando á la vez nuestra frente; cuando las flores inclinan su corola á los postreros rayos de un sol de plata y rosa, impregnando la atmósfera con sus delicadas emanaciones; cuando sobre el fondo azul oscuro del cielo se ven discurrir nubes de mil colores y de mil formas, y cuando las armonías de las montañas se escuchan y se extinguen por intervalos hasta desaparecer de pronto entre el rumor del mar, cuyas olas se estrellan en las rocas de la playa, como si saludaran la aparición de la luna con su murmullo cadencioso!

¡Y las noches de otoño!... ¡Cuán delicioso no es sentarse á orillas de uno de los océanos que espiran en nuestras costas, en esas queridas noches de otoño en que las jóvenes de los valles dan al viento su voz y bailan la danza provincial bajo las copas de los castaños y sobre sus hojas secas y resbaladizas!

A estas impresiones del otoño, la vida recobra toda su acción, y nos vuelve toda nuestra energía.

¡Benditos, benditos mil veces, encantadores días de otoño con vuestro sol apagado, con vuestros furiosos vendavales, y con vuestro sombrío cielo; yo os prefiero á la risueña y florida pri-

mavera, por que la primavera no habla más que á los ojos y vosotros hablais al corazón!

¡Oh! ¡qué placentera es esa vaguedad del alma, cuando desde las ventanas de vuestra quinta veis caer la menuda lluvia del otoño que se embebe al instante en el abrasado suelo! ¡Cuán consolador es el paseo después, sobre una alfombra de yerba humedecida con el primer rocío del invierno, que, semejante al de la bella y galana primavera, todo parece fecundizarlo, todo vigorizarlo de nuevo!

Vosotros, los que pasais el otoño tendidos en un magnífico sofá, al lado de una soberbia chimenea que calienta y alumbrá, una taza de café y una mujer hermosa; vosotros, los que lejos del mundo físico, os aislais en vuestros gabinetes ricamente alfombrados y enguatados de seda, rodeados de retratos de hombres célebres, cuya biografía absorbe vuestras facultades intelectuales, viviendo más en el interior que en lo exterior, por decirlo así, ¡cuán distintas impresiones son las vuestras! ¡qué distinta poesía! ¡Allí! en la contemplación de estos retratos, en esa vida de periódicos y de chimeneas doradas, el alma parece quiere vivir más aprisa, y el afán de figurar como ellos os consume; los deseos os devoran. Allá, paseando á orillas de un río al

lado de una mujer amante, al pie de los gigantes árboles y de las montañas elevadas, oyendo bramar el trueno en lontananza, el mar, el viento... todas esas armonías del otoño, el alma, por el contrario, parece agrandarse en la contemplación del inmenso cuadro que abarcan los ojos... gozais de una paz y tranquilidad infantil, elevais vuestro pensamiento al Cielo y adorais al Creador de la naturaleza en medio de aquel desierto, de aquel estrépito, de aquella soledad de las montañas, ó de aquel silencio que nada perturba!

¡Oh! ¡cuán deliciosa debe ser esta vida de las montañas al lado de una mujer que amemos y nos ame, que participe de nuestros mismos gustos, de nuestras mismas inclinaciones! Allí, el amor de una mujer es tranquilo, puro y sincero, y jamás cansa como el amor de las alfombras y de los artesonados de oro.

¡Allí, la mujer es el ángel de nuestra existencia en toda la grandiosa y hechicera acepción del término! ¡Allí, la vida es la vida del paraíso, sin afanes, sin ambiciones, sin odios!

Tal era la de un caballero y una dama, en el otoño de 1491, en las montañas de Lecín. La dama era Isabel de Vilamelle; el caballero, Mauro.

La torre que habitaban, tenía la apariencia de

una fortaleza por el exterior, pero por el interior era la de un pequeño palacio de recreo; habitaciones sencillas y vistosamente adornadas, y un jardín rodeado de frondosos árboles, cultivado con esmero y embalsamado por olorosas flores.

En una de sus melancólicas, pero gratas mañanas de otoño, el caballero Mauro de Lecín salió de esa torre y se dirigió al jardín, ricamente vestido de terciopelo, á usanza de aquellos tiempos. Su lujoso traje hacía resaltar más la belleza de sus formas varoniles y de su rostro interesante.

Cuando entró en él, se sentó en un banco de césped, tranquilamente.

Poco después, un hermoso niño como de seis á siete años, graciosamente vestido, entró en el jardín, y Mauro se ocultó detrás de un árbol.

—¡Padre! llamó el niño.

Mauro, la única persona que había allí, guardó silencio.

—¡Padre! volvió á llamar el niño, buscando y rebuscando á alguna persona entre la enramada.

—¡Ah! exclamaron ambos al encontrarse.

Y dándose cariñosos besos, volvieron á sentarse en el banco de césped.

Al poco tiempo compareció en el jardín una mujer bellísima y adornada como para una gran función.

—¡Aquí, madre! ¡aquí! gritó el niño, palmoreando.

—Bien, bien; contestó la dama, acercándose á ellos cariñosamente.

El niño corrió á coger la mano de su madre, y pareció presentarla á su padre.

—¿Va bien así Amaro, Mauro? le preguntó ella, enseñando el traje que acababa de estrenar el niño, y el vistoso rizado de sus cabellos.

—Muy bien, diantre.

—¿Y yo?

A esta pregunta de ella, él no contestó; alargó su cabeza hacia la dama, la dama se inclinó á su vez y recibió un beso en la frente.

—¡A mí! ¡á mí! exclamó también el niño.

Y el padre lo besó amorosamente.

Instantes después todos salían de la torre de Lecín, cabalgando Mauro en un brioso caballo negro, la dama en otro blanco, y el niño, con Doval, en un alazán con albardón.

Esta cabalgadura se dirigió paso á paso desde Lecín á Castellón, desde Castellón á Moreda, donde oyeron misa, y de allí á Morforte, al melancólico brillo del sol de otoño que embellecía

los objetos con sus tintas sumamente suaves y variadas, según su distancia ó su posición topográfica.

II

LA GRAN CÁMARA

¡Cuán silencioso y sombrío te elevas en una altura á los rayos de ese sol que todo lo baña con su luz de oro, bajo ese Cielo lapiz-lazuli con nubes de carmin y plata, y tristemente arrullado por ese viento que recorre tus almenas y bate tus flancos de granito!

No han transcurrido más que diez años, y pareces un cuerpo sin espíritu, un cadáver. ¡No reina dentro de tus muros la animación de otros días!

¿Qué es lo que ha muerto en tí, gigante castillo de Monforte? ¿Tus condes? ¿Tus hidalgos? ¿Tus guerreros?

¡Ah! ¡todo, todo! porque la guerra civil diezma las personas!

Castillo de Monforte, tu exterior es triste, y por tus elevados murallones discurren las plan-

tas parásitas. ¿Que será de tu interior? ¿Existen tus salones lujosamente decorados?

Penetremos en ellos con ese arrogante caballero, esa bellísima dama y ese gracioso niño que llegan á tus puertas, hoy que es día de recepción, hoy que recibe la condesa Ildara, de las cuatro veces ó pocas más que al año se deja ver para sus amigos y conocidos.

Nadie se opone á su entrada. Alguno que otro arquero atraviesa el patio principal, un día tan lleno de ellos, y los saluda humildemente.

Al llegar á las puertas de la gran cámara, el caballero de Lecín que daba el brazo á Isabel, le dijo al niño:

—Ahora... diantre... anúnciate ahora.

El niño se adelantó á los pajes de sala.

—Anunciadme, dijo; anunciad á Amaro de Lecín.

—Amaro de Lecín; gritaron los pajes, abriendo las hojas de la puerta.

Al pronunciarse este nombre por la robusta voz de los pajes, se oyó el rastro de muchos pies y algunos movimientos de sillones, como si se levantarán algunas personas; y al ir á entrar el niño de gentil talante y de bellissimo rostro, fué detenido por la condesa Ildara que salía á

su encuentro, y lo besaba con una ternura casi maternal.

La condesa vestía de riguroso luto.

—¡Oh, mis buenos amigos! dijo, viendo detrás del niño á sus padres que se inclinaban respetuosamente á su presencia.

Y cogiendo de una mano al niño y presentando la otra á su madre, salió del salón y se dirigió á su cámara entre ellos.

Mauro atravesó entonces la puerta de la gran cámara, y penetró en ella. Allí se hallaban muchos caballeros, hidalgos, eclesiásticos y damas de gerarquía.

Un gran señor salió á su encuentro, como á recibirle. Era Pedro de Courel, el mejor montero de las orillas del Bisuña y del Bibey, marqués de Courel y barón de Esperante.

—Bien venido, caballero de Lecín, le dijo, tendiéndole la mano afectuosamente.

—Dios os guarde, señor marqués, contestó Mauro.

Y después de saludar á los circunstantes, fué á ocupar un sillón que le señalaba el hermano de la condesa Ildara, cerca de él.

La conversación de aquellas gentes, interrumpida por un momento á la llegada de Mauro, volvió á anudarse. Se hablaba de cacerías.

Mauro tendió en tanto una mirada por aquel salón y lo encontró muy variado. Había en él muebles preciosos, colgaduras recamadas de oro, y de vistosos colores; veíanse los retratos de todos los Lemos y sus señoras, y ocupaba ya su puesto al fin de ellos el del conde don Alonso.

Mauro se estremeció al encontrarse con su mirada grave, fija y escrutadora; su elevada frente, y aquel aspecto ó expresión de seriedad que distinguía á todos los reyezuelos de los siglos medios. Cuantas veces caían sus ojos en aquel retrato, se estremecía violentamente, pues parecía que habían dibujado al conde con el mismo ceño con que lo recibiera á él, al regresar del Ayuntamiento de la Cruz Roja, lamentándose amargamente de sus ideas revolucionarias.

Estas emociones que empezaban á agitarlo, hijas de recuerdos desagradables, desaparecieron de repente al dirigirle la palabra Pedro de Courel.

—El caballero de Lecín, dijo, me hará el obsequio de acompañarme á una cacería mañana. Iremos más allá de Gundibós, hácia Sas de Penelas, y dormiremos en la Puebla de Tribes.

—Dispensadme, señor marqués; contestó el

de Lecín; conservo memorias muy tristes de una montería, y he jurado no volver más á ellas.

—A Mauro, dijo el vizconde de Avedos, con una sonrisa irónica, no le gusta ya vestir más que de seda y terciopelo, desde que lo hicieron caballero el mismo día en que el conde D. Alonso quería ahorcarlo; el día en que lo cogió preso el hidalgo de Amade.

—A mí no me gusta otra cosa desde entonces, contestó Mauro rápidamente, que mi castillo de Lecín, mi señora y mi hijo.

—¡Cuidado que fué maravilloso aquello! continuó el vizconde, que presumía de gracioso; verse armado caballero el mismo día en que debía ser ahorcado.

—¡En que debía ser ahorcado, señor vizconde! exclamó Mauro exaltándose.

—Sí, ahorcado... ¿No pertenecíais á los hermanos de Galicia? ¡Oh! si no fuera por la condesa Ildara que tanto interesó por vos al conde de Deza y al marqués de Villafranca, aquel mismo día el conde D. Alonso os hubiera colgado.

Mauro calló; su respiración era fatigada; estaba violento.

—Os hicieron apostatar, continuó el gracioso, sonriéndose; y vos habeis maldecido á *vuestros hermanos de Galicia* y á vuestros Guima-

ros de buena gana, pues una maldición os valía la espuela dorada.

—La señora condesa Ildara con su dulzura me convirtió... tartamudeó Mauro, rojo de cólera y trastornado por los epigramas del vizconde.

Y levantándose silenciosamente, pero alterado, se dirigió á una ventana de la gran cámara, como para distinguir desde ella algún objeto que le interesara vivamente; pero era más bien para disimular su enojo.

Entonces, se anunció al caballero de Toubes y á la viuda del hidalgo de Castellón; y aquella enojosa conversación no siguió adelante.

III

AMARO DE LECÍN

Dicen que el tiempo obra sobre los dolores del alma como el opio sobre los del cuerpo; ¡pero ay! cuando el alma cruelmente herida se aísla, se plega, se recoge en sí misma, como la flor que cierra su broche al lastimarse su tallo, el dolor se ceba en su presa hasta sus últimos instantes, el dolor la mata más tarde ó más temprano, según la energía de aquella alma marti-

rizada, ó según la intensidad del pesar que la abrume.

Pero hay naturalezas, espíritus privilegiados, que parecen fundidos para el dolor, para el sufrimiento. Hay almas que, conmovidas vivamente por un violento choque, lejos de lanzarse á una vida agitada y borrascosa, donde puedan borrar el pesar de un incidente de ayer con la alegría de un incidente de mañana, buscan la soledad, y, en su recogimiento doloroso, desafían aún el mal que las aqueja, alimentándolo con sus funestos recuerdos.

Así era la de la condesa Ildara. Diez años no habían bastado para borrar su misticismo amoroso, mezcla de amor á Dios y al hombre, ó como ella decía, amar en el uno al otro, en la memoria del uno al otro; afección doble, superior, singular, que nada había dulcificado el tiempo.

Hela allí en su oratorio donde la vimos por vez primera. Sin embargo de que en su rostro pálido, marchito, se ven las huellas de un dolor terrible, constante, imperecedero, una sonrisa tiernísima se dibuja en sus labios.

No obstante, esta sonrisa de mujer parece más bien la sonrisa de una santa, la de un mártir, la de la resignación con que los primeros cristia-

nos sufrían en este mundo, confiando en las celestiales recompensas que el Señor promete á los buenos en el otro.

Es una sonrisa que el pesar devora pronto; es una sonrisa que se ha de borrar, que se ha de perder en sus oraciones y en sus recuerdos dolorosos, como se borra y se pierde el esplendor de un rayo del sol en los pesados y negros nubarrones que arremolina la tormenta.

A su lado está Isabel, y á pocos pasos está el niño, entretenido en admirar el crucifijo de su reclinatorio y los embutidos de oro que lo realzan, con esa cándida sencillez de la infancia.

Ildara no quita sus ojos de Isabel, y hablan mucho.

De repente Ildara da un grito, y corre hacia el reclinatorio.

Era que el niño, pugnando por arrancar un pequeño botón de oro que sobresalía debajo del crucifijo, había descubierto un cajoncito dentro del cual se vió una *rosa blanca ensangrentada*.

Al ver Ildara descubierto su secreto por la curiosidad del niño, lo miró un momento con irritados ojos, como si lo desconociera.

Pero esta mirada se borró al instante por una de cariño, por una de amor, por una de admiración profunda que la sustituyó al instante.

—¡Ay! aquel niño se llamaba Amaro! y la condesa Ildara de Courel creyó por un momento en la trasmigración de las almas... Creyó que Amaro de Vilamelle, reviviendo en Amaro de Lecín, le decía al mostrarle la rosa:

—No me es desconocido el secreto de tus lágrimas á los pies de Dios; ¡ámame y llórame mientras no nos reunimos en el cielo!

FIN DEL EPÍLOGO



AL SR. D. JUAN MANUEL CANO

Mi querido amigo:—¿Recuerdas lo que me dijiste un día, después de leer la crónica del conde D. Alonso López de Lemos, por el padre González; el manuscrito del *Origen y entroncamiento de la casa de Courel*, y los apuntes inéditos de la vida del mariscal Pardo de Cela?

—¿Por qué, dijiste, no escribes una novela referente á las calaveradas de los hidalgos del conde de Lemos, de sus amores y de su desgraciado fin?

—Porque sería una obra muy trágica, te contesté, y esta clase de obras, decayeron mucho.

—Cuando son de pura invención, en efecto, afirmaste; pero cuando están basadas en hechos históricos, es muy distinto.

—Pero esos mismos hechos históricos horrorizarían, continué. ¿Quién leería sin conmovér-

se la desastrosa muerte de la condesa Maret, víctima de una equivocación fatal; la de Amaro de Vilamelle; la del paje Tristán; el cuadro de la cámara roja, tan propio de aquellas tiempos, y la batalla que tan lastimosa nos presentan esas mismas crónicas?

—Entonces, me dijiste, los episodios de una revolución jamás pertenecerán al novelista.

—Sí... pero en la obra que escribiría, aún hay más, te dije; podrían tachar de inverosímiles algunos cuadros, algunos caracteres. El de la condesa Ildara, por ejemplo, tal como lo pinta el cronista del conde. Léele eso á una mujer de nuestros días y te dirá:—Que necia era esa señora con su sensibilidad estremada, ¡pues no declara á su marido el amor que siente por otro!

—Muy bien, repusiste; pero la mujer que contestara eso no recibiría la educación ascética de Ildara, ni habrá poseído jamás esa sensibilidad exquisita que la particularizaba. Y en cuanto á inverosimilitud, te diré lo que dice Soulié muy acertadamente. «Hay hechos en la vida real que exceden y sobrepujan á las invenciones más ridículas y extravagantes de los novelistas.»

La convicción de esta cita de Soulié, tan oportuna para tranquilizar mis temores respecto al público, me animó tanto como tus palabras, y

prometí que, si Dios me daba fuerzas, escribiría la historia de los hidalgos de Monforte.

Llegó este día, y hela ahí. Tú que has leído los manuscritos y crónicas arriba citadas, y que me sirvieron de texto para mi obra, dime hasta que punto satisface tus deseos y llené el fin que me propuse.

B. VICETTO.

Mi buen amigo:—Sólo leyendo los manuscritos de donde sacaste la obra, podrá apreciarse el mérito de tu trabajo literario y de tu talento poético.

Has hecho algo de nada. De un caos de incidentes confusos, y á veces contradictorios, has hecho una obra correlativa, un drama, una historia de brillantes formas, que los críticos juzgarán como mejor les plazca; pero que concep-túo por una de las novelas españolas de más interés y novedad.

A pesar de algunos defectos que se notan en ella, ya por la precipitación con que la escribiste, ya por que se ocultasen á tu penetración,

no esperaba tanto de tí, pues sea el que quiera el que hubiera tomado semejante cargo, necesitaba una fuerza de imaginación grandísima para salvar los infinitos escollos en que indudablemente has tropezado, porque tengo para mí que ningún trabajo intelectual debe ser más difícil que aquel en que las inspiraciones de un autor tienen que amoldarse á la exactitud histórica, á la cual no puede faltar sin caer en otro escollo no menos terrible; el ridículo.

Es verdad que la obra es sangrienta, trágica; pero no es una obra fantástica, no es una novela; *es la crónica de una guerra civil*. Tu responsabilidad en ella no es más que en la forma de la narración; los hechos, los acontecimientos, pertenecen á la revolución de Galicia en el siglo XV; por lo que sería un error el hacerte responsable de los crímenes de los personajes que pones en acción, de los cuales no eres más que un biógrafo.

Para completar mejor esta idea, me valdré de una imagen que emplea Musset, al caracterizar el novelista histórico.

«Si habeis abierto un libro de anatomía, en una de sus láminas habreis observado un conjunto de huesos enlazados unos con otros, representando el esqueleto humano; en otra ha-

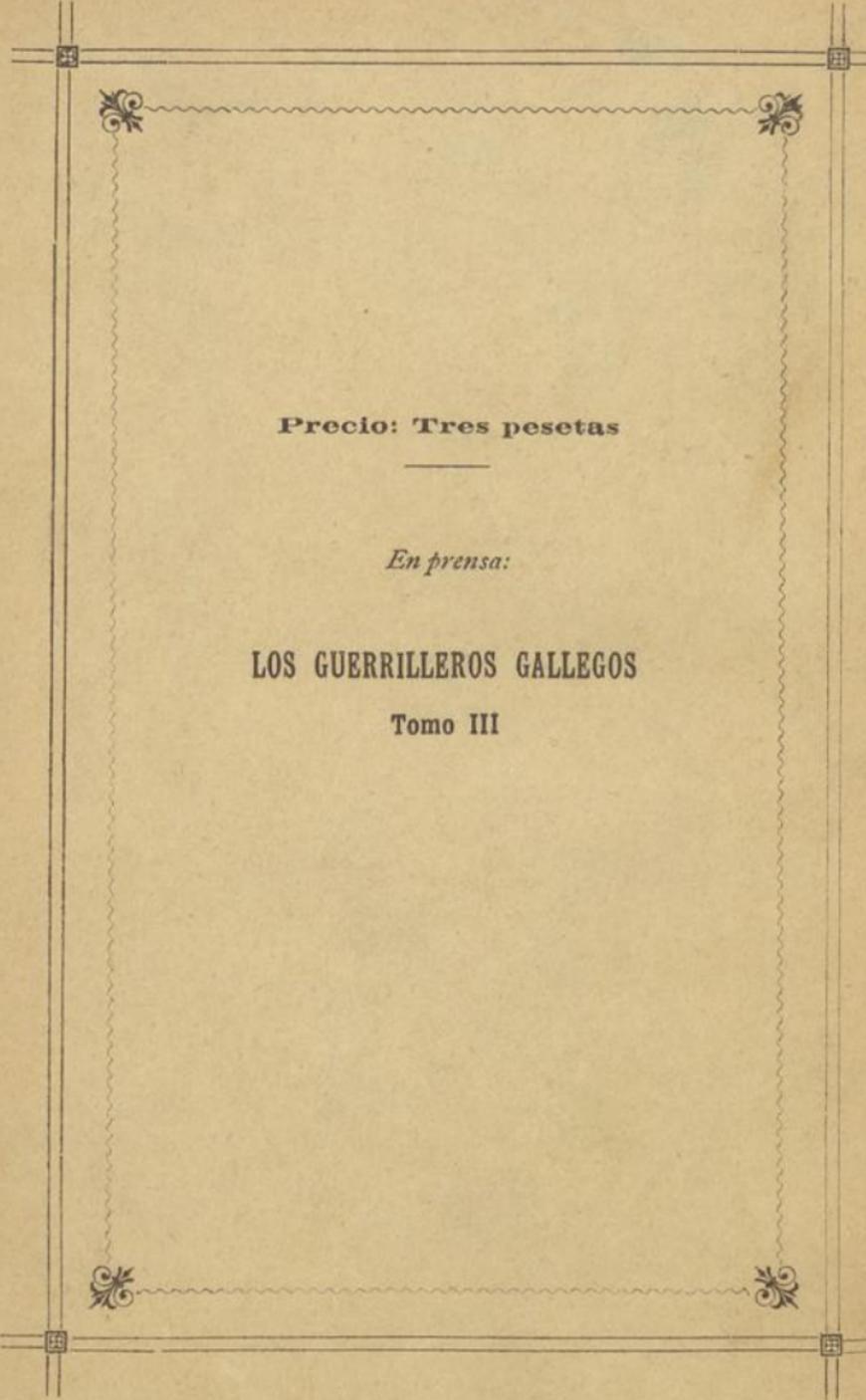
breis visto la disposición de los nervios; por último, la de las venas, y cada una de estas láminas os dará imperfectamente una idea de la estructura del hombre; pero si haceis de las tres imágenes una sola, tendreis un ser casi completo, al cual no faltará ya sino un poco de carne, y la piel que lo envuelva. A este trabajo debe semejarse el propósito del novelista. La historia es el armazón óseo: en las memorias y las crónicas se encuentran las venas y las fibras; lo restante es necesario crearlo uno por sí mismo.»

Y el mérito de ese trabajo literario, mi querido amigo, es el que, como dejo dicho, sólo se podrá apreciar después de leer tu obra y pasar la vista por el *fárrago* de manuscritos y libros antiguos de donde la desentrañaste con un tino y un talento que admirará siempre tu mejor amigo

JUAN MANUEL CANO







Precio: Tres pesetas

En prensa:

LOS GUERRILLEROS GALLEGOS

Tomo III





BIBLIOTECA NACIONAL



1000586893

053856086809



Biblioteca Nacional de España